



El Diario De Ana Frank



GRUPO EDITORIAL
AVANZA



GRUPO EDITORIAL
AVANZA

Título Original: El diario de Ana Frank

Autor: Ana Frank

Grupo Editorial Avanza S.A.S.
comercial@grupoavanza.com.co
WWW.GRUPOAVANZA.COM.CO

Hecho el depósito legal.

Bogotá – Colombia

ISBN: 978-958-5129-55-9

Diseño, diagramación e ilustración: Jaime Arturo Martínez Vacca

Adaptación: Diana Catalina Quitian Espitia

Prólogo: Diana Catalina Quitian Espitia

Desarrollo digital: Andrés Camilo Copete Monroy

Primera edición 2020

Impreso en Colombia por: Print Colombia S.A.S.

Reservados todos los derechos.

Ninguna parte de esta publicación, incluyendo adaptación, portada, diseño interior, ilustraciones y libro digital, pueden ser reproducidas total ni parcialmente sin permiso previo del editor.

PRÓLOGO

El libro que tienes en tus manos no es perfecto; tiene alguno que otro error de redacción y posee un final abrupto, como inacabado. La razón es simple, este no es un libro cualquiera; no es una historia de ficción o una novela romántica. Es una declaración de libertad. El libro que tienes en tus manos fue escrito por una niña de trece años, que se vio obligada a vivir cosas terribles; cosas que aún los adultos no saben como afrontar. Leer el diario de Ana Frank es entrar, sin permiso, en su mente; descubrir sus anhelos, sus deseos y sueños; es ver la crueldad de la guerra a través de los ojos de un niño.

A pesar del encierro en el que vivió los últimos años de su vida, Anne podía ser libre a través de su imaginación y sus escritos. Viajando a través de sus palabras, es posible dibujar la avalancha de sentimientos que sintieron miles de personas durante la segunda guerra mundial; e incluso, durante cualquier otra guerra. Con el pasar de los años, muchos niños como Ana han perdido la vida debido a conflictos políticos, sociales o económicos a los cuales eran ajenos. Sus voces fueron silenciadas; sin embargo, la voz de Ana permanece indeleble ante el paso del tiempo. Lo que tienes en tus manos es un diario secreto, tienes la llave para entrar, pero debes guardar silencio. Debes entrar con respeto.

2 de junio de 1942
*Espero confiarte todo como aún
no he podido hacerlo con nadie, y
espero que seas un apoyo para mí.*

28 de septiembre de 1942

Hasta ahora has sido un gran apoyo, y también Kitty, a quien le escribo regularmente. Esta forma de escribir en el diario me agrada mucho y ahora me cuesta esperar a que llegue el momento para sentarme a escribir en ti.

¡Estoy tan feliz de haberte traído conmigo!

Domingo 14 de junio de 1942

Lo mejor será empezar desde el momento en que te recibí, o sea, cuando te vi en la mesa de los regalos de cumpleaños (porque también estuve en el momento de la compra, pero eso no cuenta).

El viernes 12 de junio, a las seis de la mañana ya me había despertado, ya que era mi cumpleaños. Pero a las seis todavía no me dejan levantarme, así que tuve que aguantar mi curiosidad hasta las siete menos cuarto. Entonces ya no pude más: me levanté y me fui al comedor, donde Moortje, el gato, me recibió haciéndome cariños.

Poco después de las siete fui a saludar a papá y mamá y luego al salón, a desenvolver los regalos, lo primero que vi fuiste tú, y quizá hayas sido uno de mis regalos favoritos. Luego un ramo de rosas y dos ramas de peonías. Papá y mamá me regalaron una blusa azul, un juego de mesa, una botella de zumo de uva que según pienso sabe un poco a vino (¿acaso el vino no se hace con uvas?), un rompecabezas, un tarro de crema, un billete de 2.50 florines y un vale para comprarme dos libros. Después me regalaron otro libro, La cámara oscura de Hildebrand (pero como Margot ya lo tiene, lo he cambiado), una bandeja de galletas caseras (hechas por mí, porque últimamente he aprendido a hacer galletas), muchos dulces y una tarta de fresas hecha por mamá. También una carta de la

abuela, que ha llegado justo a tiempo; pero ha sido, naturalmente, una casualidad.

Entonces pasó a buscarme Hanneli y nos fuimos al colegio. En el recreo ofrecí galletas a los profesores y a los alumnos, y luego tuvimos que regresar a clase. Llegué a casa a las cinco, había ido a gimnasia (aunque no me dejan participar porque se me dislocan fácilmente los brazos y piernas) y como juego de cumpleaños elegí el voleibol para que jugaran mis compañeras. Al llegar a casa ya me estaba esperando Sanne Lederman. A Ilse Wagner, Hanneli Goslar y Jacqueline van Maarsen las traje conmigo de la clase de gimnasia, porque son compañeras del colegio. Hanneli y Sanne eran mis mejores amigas, y cuando nos veían juntas, siempre nos decían: "Ahí van Anne, Hanne y Sanne". A Jacqueline van Maarsen la conocí hace poco en el Liceo Judío y es ahora mi mejor amiga. Ilsa es la mejor amiga de Hanneli, y Sanne va a otro colegio, donde tiene sus amigas.

El club me ha regalado un libro precioso, *Sagas y leyendas neerlandesas*, pero por equivocación me han regalado el segundo tomo, y por eso he cambiado otros dos libros por el primer tomo. La tía Helene me ha dado otro rompecabezas, la tía Stephanie un broche muy lindo y la tía Leny un libro muy divertido, *Las vacaciones de Daisy en la montaña*. Esta mañana cuando me estaba bañando, pensé en lo bonito que sería tener un perro como Rin Tin Tin. Yo también lo llamaría Rin Tin Tin, y en el colegio siempre lo dejaría con el conserje, o cuando hiciera buen tiempo, en el garaje para las bicicletas.

Lunes 15 de junio de 1942

El domingo por la tarde celebramos mi cumpleaños, Rin Tin Tin les gustó mucho a mis compañeros. Me regalaron dos broches, una señal para libros y dos libros. Ahora quisiera contar algunas cosas sobre las clases y el colegio, empezando por los alumnos.

Betty Bloemendaal tiene aspecto de pobretona, y creo que tal vez lo es, vive en la Jan Klasenstraat, una calle al oeste de la ciudad, que ninguno sabe dónde queda. En el colegio es buena alumna, pero sólo porque es muy aplicada, su inteligencia va dejando que desear. Es una chica muy tranquila.

A Jacqueline van Maarsen la consideran mi mejor amiga, pero nunca he tenido una verdadera amiga. Al principio pensé que Jacqueline lo sería, pero me ha decepcionado. D.Q¹ . es una chica muy nerviosa que se olvida de las cosas y a la que en el colegio la castigan seguido. Es muy buena chica, sobre todo con G.Z.

E.S. es una chica que habla demasiado que termina cansándote. Cuando te pregunta algo, siempre se pone a tocarte el pelo o los botones. Dicen que no le caigo nada bien, pero no me importa, ya que ella a mí no me agrada mucho.

Henni Mets es una chica alegre y divertida, pero habla muy alto y cuando juega en la calle se nota que aún es una niña. Es una lástima que tenga una amiga, llamada Beppy, que influye negativamente en ella, ya que ésta es una marrana y una grosera.

J.R., a quien podríamos dedicar capítulos enteros, es una chica presumida, murmuradora, desagradable, que le gusta hacerse la mayor; siempre anda con tapujos y es una hipócrita. Se ha ganado a Jacqueline, lo que es una lástima. Lloro por cualquier cosa, es quisquillosa, y sobre todo muy melindrosa. Siempre quiere que le den la razón. Es muy rica y tiene el armario lleno de vestidos hermosos, pero que la hacen ver mayor. La tonta se cree que es muy guapa, pero es todo lo contrario. Ella y yo no nos soportamos para nada.

Ilse Wagner es una niña alegre y divertida, pero es una quisquillosa y por eso también latosa. Ilse me aprecia mucho. Es muy guapa, pero holgazana.

Hanneli Goslar o Lies, como la llamamos en el colegio, es una chica un poco curiosa. Por lo general es tímida, pero en su casa es fresca. Todo lo que le cuentas se lo cuenta a su madre. Pero tiene opiniones muy definidas y últimamente la aprecio mucho.

Nannie Van Praag-Sigaar es una niña graciosa, bajita e inteligente. Me cae bien. Es bastante guapa. No hay mucho que decir acerca de ella.

Eefje de Jong es muy guapa. Sólo tiene doce años y ya es toda una damisela. Me trata siempre como a un bebé. También es muy servicial y por eso me cae muy bien.

J.Z. es la más hermosa del curso. Tiene una cara preciosa, pero para las cosas del colegio es bastante quedada.

1A petición de algunos interesados sus nombres se han sustituido por iniciales al azar.

Creo que tendrá que repetir curso, pero eso, naturalmente, nunca se lo he dicho.

Para gran sorpresa, G.Z. no ha tenido que repetir curso. Y la última de las doce chicas de la clase soy yo, que soy compañera de pupitre de G.Z.

Acerca de los chicos hay mucho, aunque a la vez poco que contar. Maurice Coster es uno de mis muchos admiradores, pero es un chico bien pesado.

Sallie Springer es un chico demasiado grosero y corre el rumor que ha perdido su virginidad. Sin embargo, me cae bien, porque es muy divertido.

Emiel Bonewit es el admirador de G.Z.; pero ella a él no le hace mucho caso. Es un chico bastante aburrido.

Rob Cohen también ha estado enamorado de mí, pero ahora ya no lo soporto. Es hipócrita, mentiroso, llorón, latoso, está loco y se da unos humos tremendos.

Max van Der Velde es hijo de unos granjeros de Medemblik, pero es un buen tipo, como diría Margot.

Herman Koopman también es un grosero, igual que Jopie de Beer, es un don juan y un mujeriego.

Leo Blom es el amigo del alma de Jopie de Beer pero se le contagia su grosería.

Albert de Mesquita es un chico que ha venido del colegio Montesori y que se ha saltado un curso. Es muy inteligente.

Leo Slager ha venido del mismo colegio, pero no es tan inteligente.

Ru Stoppelmon es un chico bajito y gracioso de Almelo, que ha comenzado el curso más tarde.

C.N. hace todo lo que está prohibido.

Jacques Kosernot está sentado atrás de nosotras con Pam y nos hace morir de risa (a G. y a mi).

Harry Schaap es el chico más decente de la clase, y es bastante simpático.

Werner Joseph también lo es, pero por culpa de los tiempos que corren es un poco callado, por lo que parece un chico aburrido.

Sam Salomon parece uno de esos pillos arrabaleros, un granuja. (¡Otro admirador!)

Appie Riem es bastante ortodoxo, pero otro insignificante.

Ahora debo terminar. La próxima vez tendré muchas cosas que es-

cibir en ti, es decir, que contarte. ¡Adiós! ¡Estoy contenta de tener-te!

Sábado 20 de junio 1942

Para alguien como yo es una sensación extraña escribir un diario. No sólo porque nunca he escrito, sino porque me da la impresión de que más tarde ni a mí ni a ninguna otra persona le interesarán las confidencias de una colegiala de trece años. Pero eso da igual, tengo muchas ganas de escribir y mucho más aún de desahogarme y sacarme unas cuantas espinas. “El papel es más paciente que los hombres”. Me acordé de esta frase uno de esos días melancólicos cuando estaba sentada con la cabeza apoyada entre las manos, aburrida y desganada, sin saber si salir o quedarme en casa, y finalmente me puse a cavilar sin moverme de donde estaba. Sí, es cierto, el papel es paciente, pero como no tengo intención de enseñarle a nadie este cuaderno de tapas duras llamada pomposamente “diario”, a no ser que alguna vez en mi vida tenga un amigo o una amiga que se convierta en el amigo o amiga “del alma”, lo más probable es que a nadie le interese.

He llegado al punto donde nace toda esta idea de escribir un diario: no tengo ninguna amiga.

Para ser más clara tendré que añadir una explicación, porque nadie entenderá por qué una chica de trece años está sola en el mundo. Es que tampoco es así: tengo unos padres muy buenos y una hermana de dieciséis y tengo como treinta amigas más, entre buenas y menos buenas. Tengo un montón de admiradores que tratan de que nuestras miradas se crucen, cuando no hay otra posibilidad, intentan mirarme durante la clase a través de un espejito roto. Tengo a mis parientes, a mis tías, que son muy buenas y un buen hogar. Al parecer no me falta nada, salvo la amiga del alma. Con las chicas que conozco lo único que puedo hacer es divertirme y pasarla bien. Nunca hablamos de otras cosas que no sean las cotidianas, nunca llegamos a hablar de cosas íntimas. Y ahí está justamente el asunto. Tal vez la falta de privacidad sea culpa mía, el asunto es que las cosas son así y lamentablemente no se pueden cambiar. De ahí este diario.

Para realzar todavía más mi fantasía de la idea de la amiga tan anhelada, no quisiera apuntar en este diario los hechos sin más,

como hace todo el mundo, sino que haré que este diario sea esa amiga, y esa amiga se llamará Kitty.

¡Mi historia! (¡Cómo podría ser tan tonta de olvidármela!)

Como nadie entendería nada de lo que fuera a contarle a Kitty si lo hiciera así, si ninguna introducción, tendré que relatar brevemente la historia de mi vida, por poco que me interese hacerlo.

Mi padre, el más bueno de todos los padres que he conocido en mi vida, no se casó hasta los treinta y seis años con mi madre, que tenía veinticinco.

Mi hermana Margot nació en 1926 en Alemania, en Fráncfort del Meno. El 12 de junio de 1929, le seguí yo. Viví en Fráncfort hasta los cuatro años. Como somos judíos (de pura cepa) mi padre se vino a Holanda en 1933, donde fue nombrado director de Opekta, una compañía holandesa de preparación de mermeladas. Mi madre, Edith Hollander, también vino a Holanda en septiembre, y Margot y yo fuimos a Aquisgrán, donde vivía mi abuela. Margot vino a Holanda en diciembre y yo en febrero, cuando me pusieron encima de la mesa como regalo de cumpleaños para Margot.

Pronto comencé el jardín del colegio Montessori y allí estuve hasta que tuve seis años. Luego pasé al primer curso de la primaria. En sexto tuve a la señora Kuperus, la directora. Nos emocionamos al despedirnos al final de curso y lloramos juntas, porque yo había sido admitida al Liceo Judío, al que también iba Margot.

Nuestras vidas seguían con cierta agitación, ya que el resto de familia que se había quedado en Alemania, seguía siendo víctima de las medidas antijudías decretadas por Hitler. Tras los saqueos y matanzas de judíos en 1938, mis dos tíos maternos huyeron y llegaron sanos y salvos a Norteamérica; mi pobre abuela, que ya tenía setenta y tres años, se vino a vivir con nosotros.

Después de mayo de 1940, los buenos tiempos quedaron definitivamente atrás: primero la guerra, luego la capitulación, la invasión alemana, y así comenzaron las desgracias para nosotros los judíos. Las medidas antijudías se dieron rápidamente y se nos privó de muchas libertades. Los judíos deben llevar una estrella de David; deben entregar sus bicicletas; no se les permite viajar en tranvía; no se les permite viajar en coche, tampoco en coches particulares;

los judíos sólo pueden hacer las compras desde la tres hasta las cinco de la tarde; sólo pueden ir a una peluquería judía; no pueden salir a la calle desde las ocho de la noche hasta las seis de la madrugada; no está permitido entrar a los teatros, cines y otros lugares de esparcimiento público; no se les permite la entrada a las piscinas, pistas de tenis, de hockey ni de ningún otro deporte; no se les permite practicar remo; no pueden practicar algún deporte en público; no se les permite estar sentados en sus jardines después de las ocho de la noche, tampoco en los jardines de sus amigos; los judíos no pueden entrar en casa de cristianos; tienen que ir a colegios judíos; y otras cosas por el estilo.

Así pasaban nuestros días: que si esto no lo podíamos hacer, que si lo otro tampoco. Jacques siempre me dice: *“ya no me atrevo a hacer nada, porque tengo miedo a que esté prohibido”*.

En el verano de 1941, la abuela enfermó gravemente. Hubo que operarla y mi cumpleaños apenas lo festejamos. En el verano de 1940 tampoco, porque hacía poco que había terminado la guerra en Holanda. La abuela murió en enero de 1942. Nadie sabe lo mucho que la pienso, y cuanto la sigo queriendo. Este cumpleaños de 1942 lo hemos celebrado para compensar los anteriores, y también encendimos la vela de la abuela.

Nosotros cuatro todavía estamos bien, y así hemos llegado al día de hoy, 20 de junio de 1942, fecha en el que estreno mi diario con alegría.

Sábado 20 de junio de 1942

¡Querida Kitty!

Comienzo ya mismo. En casa está todo tranquilo. Papá y mamá han salido y Margot ha ido a jugar ping-pong, últimamente yo también lo juego mucho, tanto que incluso hemos fundado un club con otras cuatro chicas, llamado “La Osa Menor menos dos”. Un nombre algo curioso, que se basa en una equivocación. Buscábamos un nombre original, y como las socias somos cinco pensamos en las estrellas de la Osa Menor. Creíamos que estaba formada por cinco estrellas, pero nos equivocamos: tiene siete, igual que la Osa Mayor.

De ahí lo de “menos dos”. En casa de Ilse Wagner hay un juego de ping-pong, y la gran mesa del comedor de los Wagner está siempre para nosotras. Como a las cinco jugadoras de ping-pong nos gusta mucho el helado, en especial en verano, y jugando al ping-pong nos acaloramos mucho, nuestras partidas suelen terminar en una visita a alguna de las heladerías más próximas abiertas a los judíos, como “Oase” o “Delphi”. No nos molestamos en llevar nuestros monederos, porque “Oase” está muy concurrido que entre los presentes siempre hay algún señor generoso perteneciente a nuestro amplio círculo de amistades, o algún admirador, que nos ofrece más helado del que podríamos tomar en una semana.

Supongo que te extrañará que a mi edad te esté hablando de admiradores. Lamentablemente, aunque en algunos casos no tanto, en nuestro colegio parece ser un mal inevitable. Tan pronto como un chico me pregunta si me puede acompañar a casa en bicicleta y entablamos una conversación, nueve de cada diez veces puedes estar segura de que el muchacho en cuestión tiene la maldita costumbre de apasionarse y no quitarme los ojos de encima. Después de algún tiempo, el enamoramiento se les va pasando, sobre todo porque yo no hago mucho caso de sus miradas fogosas y continuo pedaleando alegremente. Cuando a veces la cosa se pasa de castaño a oscuro, sacudo un poco la bici, se me cae la cartera, el joven se siente obligado a detenerse para recogerla, y cuando me la entrega yo ya he cambiado de tema. Éstos no son sino los más inofensivos; también los hay que te lanzan besos o que intentan agarrarte el brazo, pero conmigo lo tienen difícil: freno y me niego a seguir aceptando su compañía, o me hago la ofendida y les digo sin rodeos que se vayan a su casa.

Basta por hoy. Ya hemos sentado las bases de nuestra amistad.

¡Hasta mañana!

Tu Ana

Domingo 21 de junio de 1942

Querida Kitty:

Toda la clase tiembla. El motivo, claro, es la reunión de profesores que se avecina. Media clase se pasa el día apostando a que si aprueban o no el curso. G.Z. y yo nos morimos de risa por culpa de nuestros compañeros de atrás, C.N. y Jacques Kocernoot, que ya han puesto en juego todo el capital que tenían para las vacaciones. “¡Qué tú apruebas!”, “¡que no!”, “que sí!”, y así todo el santo día, pero ni las miradas suplicantes de G. pidiendo silencio, ni las cosas que yo les digo, hacen que ellos dos se calmen.

Calculo que la cuarta parte de mis compañeros de clase deberán repetir curso, por lo zoquetes que son, pero como los profesores son personas muy caprichosas, quién sabe si ahora, a modo de excepción, no les da por repartir buenas notas.

En cuanto a mis amigas y a mí misma no me hago problemas, creo que todo saldrá bien. Sólo las matemáticas me preocupan un poco. En fin, habrá que esperar. Mientras tanto, nos damos ánimo mutuamente.

Con todos mis profesores y profesoras me entiendo bastante bien. Son nueve en total: siete hombres y dos mujeres. El profesor Keesing, el viejo de matemáticas, estuvo un tiempo muy enojado conmigo porque hablaba demasiado. Me previno y me previno, hasta que un día me castigó. Me mandó a hacer un escrito; tema: “La parlanchina”. ¡La parlanchina! ¿Qué se podría escribir acerca de ese tema? Ya lo vería más adelante. Lo apunté en mi agenda, guardé la agenda en la cartera y traté de tranquilizarme.

Por la noche, cuando ya había acabado con todas las demás tareas, descubrí que todavía me quedaba el escrito. Con el lápiz en la boca, me puse a pensar en lo que iba a escribir. Era muy fácil ponerse a desvariar y escribir lo más espaciado posible, pero dar una prueba que convenciera de la necesidad de hablar ya resultaba difícil. Estuve pensando y repensando, luego se me ocurrió una cosa, llené las tres hojas que me había dicho el profe y me quedé satisfecha. Los argumentos que había mencionado era el hablar propio de las mujeres, que intentaría moderarme un poco, pero lo más probable era que la costumbre de hablar no se me quitara nunca, ya que mi madre hablaba tanto como yo, si no más, y que los rasgos hereditarios eran muy difíciles de cambiar.

Al profesor Keesing le hicieron mucha gracia mis argumentos, pero cuando en la clase siguiente continué hablando, tuve que hacer un segundo escrito esta vez acerca de “La parlanchina empedernida”. También entregué ese escrito, y Keesing no tuvo motivo de queja durante dos clases. En la tercera, sin embargo, le pareció que había vuelto a pasarme de la raya. “Ana Frank, castigada por hablar en clase. Escrito sobre el tema: “Cuacuá, cuacuá, parlaba la pata”.

Todos mis compañeros echaron a reír. No tuve más remedio que reírme con ellos, aunque ya se me había agotado la imaginación en cuanto a los escritos del parloteo. Tendría que ver si le encontraba un giro original al asunto. Mi amiga Sanne, poetisa eminente, me ofreció su ayuda para hacer el escrito en verso de principio a fin, con lo que dio una gran alegría. Keesing quería ponerme en evidencia mandándome a hacer un escrito sobre un tema tan ridículo, pero con mi poema yo le pondría en evidencia a él por partida triple.

Logramos terminar el poema y quedó muy bonito. Trataba de una pata y un cisne que tenía tres patitos. Como los patitos eran tan parlanchines, el papá cisne los mató a picotazos. Keesing por suerte entendió y soportó la broma; leyó y comentó el poema en clase y hasta en otros cursos. A partir de eso no estuvo en contra de que hablara en clase y nunca más me castigó: al contrario, ahora es él el que siempre está haciendo bromas.

Tu Ana

Miércoles 24 de junio de 1942

Querida Kitty:

¡Qué calor! Nos estamos asando, y con este calor tengo que ir caminando a todas partes. Hasta ahora no me había dado cuenta de lo cómodo que puede resultar un tranvía, sobre todo los que son abiertos, pero ese privilegio ya no lo tenemos los judíos: a nosotros nos toca ir en el “coche de San Fernando”. Ayer a mediodía tenía cita con el dentista en la Jan Luykenstraat, que desde el colegio es un buen trecho. Lógico que luego por la tarde en el colegio casi me durmiera. Menos mal que las personas te ofrecen algo de tomar sin tener que pedirlo. La ayudante del dentista es demasiado amable.

El único medio de transporte que nos está permitido tomar es el transbordador. El barquero del canal Jozef Israelskade nos cruzó tan solo con pedírselo. De verdad, los holandeses no tienen la culpa de que los judíos suframos tantas desgracias.

Ojalá no tuviera que ir al colegio. En las vacaciones de Semana Santa me robaron la bici, y la de mamá, papá la ha dejado en casa de unos amigos cristianos. Pero por suerte ya se acercan las vacaciones: una semana más y ya todo habrá quedado atrás.

Ayer por la mañana me ocurrió algo muy cómico. Cuando pasaba por el garaje de las bicicletas, escuché que alguien me llamaba. Me volví y vi detrás de mí a un chico muy simpático que conocí anteanoche en casa de Wilma, y que es un primo segundo suyo, Wilma es una chica que al principio me caía muy bien, pero que se pasa el día hablando solo de chicos, y eso aburre. El chico se me acercó algo tímido y me dijo que se llamaba Helio Silberberg. Yo estaba un tanto sorprendida y no sabía muy bien que quería, pero no tardó en decírmelo: buscaba mi compañía y quería acompañarme al colegio. “Ya que vamos en la misma dirección, podemos ir juntos”, le respondí, y juntos salimos. Helio ya tiene dieciséis años y me cuenta cosas muy entretenidas.

Hoy por la mañana me estaba esperando otra vez, y supongo que de aquí en adelante lo seguirá haciendo.

Tu Ana.

Miércoles 1 de julio de 1942

Querida Kitty:

Hasta hoy te aseguro que no he tenido tiempo para volver a escribirte.

El jueves estuve toda la tarde en casa de unos amigos, el viernes tuvimos visitas y así sucesivamente hasta hoy.

Helio y yo nos hemos conocido más a fondo esta semana. Me ha contado muchas cosas de su vida.

Nació en Gelsenkirchen y vive en Holanda en casa de sus abuelos. Sus padres están en Bélgica, pero no tiene posibilidades de viajar allí para reunirse con ellos.

Helio tenía una novia, Úrsula. La conozco, es la dulzura y el aburrimiento personificado. Desde que me conoció a mí, Helio se ha dado cuenta de que al lado de Úrsula se duerme. O sea, que soy una especie de anti somnífero, ¡Una nunca sabe para lo que puede llegar a servir!

El sábado por la noche, Jacque se quedó a dormir en casa, pero por la tarde se fue a casa de Hanneli y me aburrí como una ostra.

Helio había quedado en pasar por la noche, pero a eso de las seis me llamó por teléfono. Descolgué el teléfono y me dijo:

—Habla Helmuth Silberberg. ¿Me podría poner con Ana?

—Sí, Helio, soy Ana.

—Hola, Ana. ¿Cómo estás?

—Bien, gracias.

—Siento tener que decirte que esta noche no podré pasar por tu casa, pero quisiera hablarte un momento. ¿Te parece bien que vaya dentro de diez minutos?

—Sí, está bien. ¡Hasta ahora!

—¡Hasta ahora!

Colgué el auricular y corrí a cambiarme de ropa y a arreglarme el pelo. Luego me asomé nerviosa, por la ventana. Por fin lo vi llegar. De milagro no me lancé escaleras abajo, sino que esperé hasta que sonó el timbre. Bajé a abrirle y él fue directamente al grano:

—Mira, Ana, mi abuela dice que eres demasiado joven para que esté saliendo contigo. Dice que tengo que ir a casa de los Lowenbach, aunque tal vez ya sepas que no salgo con Úrsula.

—No, no lo sabía. ¿Acaso discutieron?

—No, al contrario. Le he dicho a Úrsula que de todos modos no nos entendíamos bien y que era mejor que dejáramos de salir juntos, pero que en casa siempre sería bien recibida, y que yo esperaba serlo también en la de ella. Es que yo pensé que ella estaba viendo a otro chico, y la traté como si así fuera. Pero resultó que no era verdad, y ahora mi tío me dijo que debo pedirle disculpas, pero yo no quería hacerlo, y por eso he terminado con ella, pero ése es sólo uno de muchos motivos. Ahora mi abuela quiere que vaya a ver a Úrsula y no a ti, pero yo no opino lo mismo y no tengo intención de hacerlo. La gente mayor tiene a veces ideas anticuadas, pero creo que no pueden obligarlo a uno. Es cierto que necesito a mis abuelos, pero ellos de alguna manera también me necesitan. Ahora resulta que los miércoles por la noche tengo libre porque se

supone que voy a clase de talla de madera, pero en realidad voy a una de esas reuniones del partido sionista. Mis abuelos no quieren que vaya porque no están de acuerdo con el sionismo. Yo no es que sea fanático, pero me interesa, aunque últimamente están armando tal alboroto que había pensado en no ir más. El próximo miércoles será la última vez que vaya. Entonces podremos vernos los miércoles por la noche, los sábados por la tarde y por la noche, los domingos por la tarde, y quizá también otros días.

—Pero si tus abuelos no quieren, no deberías hacerlo a sus espaldas.

—El amor no se puede forzar.

En ese momento pasamos por la librería Blankevoort, donde estaban Peter Schiff y otros chicos. Era la primera vez que me saludaba después de mucho tiempo, y me dio mucha alegría. El lunes, al finalizar la tarde, vino Helio a casa a conocer a papá y mamá. Yo había comprado una tarta y dulces, y además había té y galletas, pero ni Helio ni yo queríamos estar sentados uno al lado del otro, así que salimos a dar una vuelta, y no regresamos hasta las ocho y diez. Papá se enfadó mucho, dijo que no podía ser que llegara a casa tan tarde. Tuve que prometerle que en adelante estaría en casa a las ocho menos diez a más tardar. Helio me ha invitado a ir a su casa el sábado que viene.

Wilma me ha contado que un día que Helio fue a su casa le preguntó:

—¿Quién te gusta más, Úrsula o Ana?

Y entonces él le dijo:

—No es asunto tuyo.

Pero cuando se fue, después de no haber cambiado palabra con Wilma en toda la noche, le dijo:

—¡Pues Ana! Y ahora me voy. ¡No se lo digas a nadie!

Y se marchó

Todo indica que Helio está enamorado de mí, y a mí, para variar, no me desagradó. Margot diría que Helio es un buen chico, y yo opino igual, y aún más. También mamá está todo el día hablando bien de él. Que es un muchacho apuesto, que es muy cortés, simpático. Me alegro de que en casa a todos les caiga tan bien, menos a mis amigas, a las que él encuentra muy niñas, y tiene razón. Jacques siempre me está tomando el pelo por lo de Helio. Yo no es que esté enamorada, nada de eso. ¿Es que no puedo tener amigos? No es-

toy haciendo mal a nadie.

Mamá sigue preguntándome con quién querría casarme, pero creo que ni se imagina que es con Peter, porque yo lo desmiento una y otra vez sin pestañear. Quiero a Peter como nunca he querido a nadie, y siempre trato de convencerme de que sólo vive persiguiendo a todas las chicas para esconder sus sentimientos. Quizá él ahora también crea que Helio y yo estamos enamorados, pero eso no es cierto. No es más que un amigo o como dice mamá, un galán.

Tu Ana

Domingo 5 de julio de 1942

Querida Kitty:

El acto de fin de curso del viernes en el Teatro Judío salió muy bien. Las notas que me han dado no son nada malas: un solo insuficiente (un cinco en álgebra) y por lo demás todos setes, dos ochos y dos seis. Aunque en casa se pusieron felices, cuando de notas se trata mis padres son muy diferentes a otros padres; nunca les importa mucho que mis notas sean buenas o malas; sólo se fijan en si estoy sana, en que no sea demasiado relajada y en si me divierto. Mientras estas tres cosas estén bien, lo demás viene solo.

Yo soy todo lo contrario: no quiero ser mala alumna. Me aceptaron en el Liceo de forma condicional, ya que en realidad me faltaba ir al séptimo curso del colegio Montessori, pero cuando a los chicos judíos nos obligaron a ir a colegios judíos, el señor Elte, después de algunas idas y venidas, a Lies Goslar y a mí nos dejó matricularnos de manera condicional. Lies también ha aprobado el curso, pero tendrá que hacer un examen de geometría de recuperación bastante difícil.

Pobre Lies, en su casa casi nunca puede sentarse a estudiar tranquila.

En su habitación se pasa jugando todo el día su hermana pequeña, una niñita consentida que está a punto de cumplir dos años. Si no hacen lo que ella quiere, se pone a gritar, y si Lies no le presta atención la que se pone a gritar es su madre. De esa manera es imposible estudiar, y tampoco ayudan mucho las incontables clases

de recuperación que tiene seguido. Y es que la casa de los Goslar es una verdadera casa de tócame Roque. Los abuelos maternos de Lies viven en la casa de al lado, pero comen juntos. Luego hay una criada, la niñaíta, el eternamente distraído y despistado padre y la siempre nerviosa y malgeniada madre, que está nuevamente embarazada. Con un panorama así, la torpe de Lies está completamente perdida.

A mi hermana Margot también le ha ido bien con sus notas, como siempre. Si en el colegio existiera el cum laude, se lo habrían dado. ¡Es un hacha!

Papá está mucho en casa últimamente; en la oficina no tiene nada que hacer. No debe ser nada agradable sentirse un inútil. El señor Kleiman se ha hecho cargo de Opekta; y el señor Kugler, de Gies & Cía., la compañía de los sustitutos de especias, fundada hace poco, en 1941.

Hace unos días, cuando estábamos dando una vuelta por la plaza, papá comenzó a hablar del tema de la clandestinidad. Dijo que será muy difícil vivir completamente separados del mundo. Le pregunté por qué me estaba diciendo eso.

—Mira, Ana—, me dijo, —Ya sabes que desde hace más de un año estamos llevando ropa, alimentos y muebles a casa de otra persona. No queremos que nuestras cosas caigan en manos de los alemanes, pero menos aún que nos pesquen a nosotros. Por eso, nos iremos por propia iniciativa y no esperaremos a que vengan por nosotros.

—Pero papá, ¿cuándo será eso?

La seriedad de las palabras de mi padre me dio miedo.

—De eso no te preocupes, ya lo arreglaremos nosotros. Disfruta de tu vida despreocupada mientras puedas.

Eso fue todo. ¡Ojalá que estas tristes palabras tarden mucho en cumplirse!

Acaban de llamar al timbre. Es Helio.

Tu Ana

Miércoles 8 de julio de 1942

Querida Kitty:

Desde la mañana del domingo hasta ahora parece que hubieran pasado dos años. Han pasado tantas cosas que es como si el mundo estuviera patas arriba, pero ya ves Kitty, aún estoy viva, y eso es lo importante, como dice papá. Sí, es cierto, aún estoy viva, pero no me preguntes dónde ni cómo. Hoy no debes entender nada de lo que te escribo, de modo que empezaré por contarte lo que pasó el domingo por la tarde.

A las tres de la tarde Helio acababa de salir un momento, después regresaría. Alguien tocó a la puerta. Yo no lo escuché, ya que estaba leyendo en una silla al sol en la galería. Al rato apareció Margot toda alterada por la puerta de la cocina.

—Ha llegado una citación de la SS para papá — murmuró. — Mamá ya ha salido para la casa de Van Daan. (Van Daan es un amigo y socio de papá).

Me asusté muchísimo. ¡Una citación! Todo el mundo sabe lo que es eso. En mi mente imaginé campos de concentración y celdas solitarias. ¿Acaso íbamos a permitir que a papá se lo llevaran a semejantes lugares?

— Está claro que no irá—, me aseguró Margot cuando nos sentamos a esperar en el salón a que mamá regresara.

Mamá ha ido a preguntarle a Van Daan si podemos instalarnos en nuestro escondite mañana. Los Van Daan se esconderán con nosotros. Seremos siete.

Silencio. Ya no podíamos hablar. Pensar en papá, que sin sospechar nada había ido al asilo judío a hacer unas visitas, esperar a que volviera mamá, el calor, la angustia, todo ello junto hizo que guardáramos silencio.

De pronto llamaron de nuevo a la puerta. —Debe de ser Helio—, dije yo.

— No abras—, me detuvo Margot, pero no hacía falta, oímos a mamá y al señor Van Daan abajo hablando con Helio. Luego entraron y cerraron la puerta. A partir de ese momento, cada vez que llamaron a la puerta, una de nosotras debía bajar sigilosamente para ver si era papá; no abríamos la puerta a extraños. A Margot y a mí nos hicieron salir del salón; Van Daan quería hablar a solas

con mamá.

Una vez en nuestra habitación, Margot me contó que la citación no iba dirigida a papá, sino a ella. De nuevo me asusté y empecé a llorar. Margot tiene dieciséis años. De modo que quieren llevarse a chicas solas tan jóvenes como ella, pero por suerte no iría, lo había dicho mamá, y seguro que a eso se había referido papá cuando hablaba conmigo sobre escondernos. Escondernos, ¿Dónde nos esconderíamos? ¿En la ciudad, en el campo, en una casa, en una cabaña, cómo, cuándo, dónde? Eran muchas las preguntas que no podía hacer, pero que me venían a la mente una y otra vez.

Margot y yo empezamos a guardar lo indispensable en una cartera del colegio. Lo primero que guardé fue este cuaderno de tapas duras, luego unas plumas, pañuelos, libros del colegio, un cepillo, cartas viejas. Pensando en el escondite, guardé en la cartera las cosas más tontas, pero no me arrepiento. Me importan más los recuerdos que los vestidos.

A las cinco llegó por fin papá. Llamamos por teléfono al señor Kleiman, solicitándole que viniera esa misma tarde. Van Daan fue a buscar a Miep. Miep vino y en una bolsa se llevó algunos zapatos, vestidos, chaquetas, ropa interior y medias, y prometió regresar en la noche. Luego hubo un gran silencio en la casa, ninguno de nosotros quería comer nada, aún hacía calor y todo nos resultaba extraño.

La habitación grande del piso de arriba se la habíamos alquilado a un tal Goldschmidt, un hombre divorciado de más de treinta años, que al parecer no tenía nada que hacer, se quedó con nosotros hasta las diez, no hubo forma de hacerle entender que se fuera.

A las once llegaron Miep y Jan Gie. Miep trabaja para papá desde 1933 y es una íntima amiga de la familia al igual que su esposo. Desaparecieron medias, zapatos, libros y ropa interior, metidos en la cartera de Miep y en los bolsillos del abrigo de Jan, y a las once y media también desaparecieron ellos.

Yo estaba muy cansada, aun sabiendo que era la última noche que iba a dormir en mi cama, me dormí de inmediato y no desperté hasta las cinco y media, mamá me llamó. Por suerte, hacía menos calor que el domingo; durante todo el día llovió. Nos pusimos demasiada ropa como si tuviéramos que pasar la noche en un lugar muy frío, con el fin de llevarnos toda la ropa posible. Ningún judío hubiera pensado en salir de su casa con una maleta llena. Yo

llevaba dos camisetas, tres pantalones, un vestido, encima una falda, una chaqueta, un abrigo de verano, dos pares de medias, zapatos cerrados, un gorro, un pañuelo y otras cosas más. Sentía que me ahogaba, pero no había otra cosa más que hacer.

Margot, con su cartera llena de libros del colegio, sacó su bicicleta para seguir a Miep hacia un destino desconocido. Y es que yo no sabía cuál sería nuestro destino. A las siete y media, cerramos la puerta de la casa. Del único que pude despedirme fue de Moortje, mi gato, que encontraría un buen hogar en casa de los vecinos, según nuestras últimas indicaciones al señor Goldschmidt por medio de una nota. Dejamos en la cocina el desayuno sin recoger; medio kilo de carne para el gato, las camas quedaron deshechas, parecía una partida precipitada. Pero, no nos importaba lo que pudieran pensar, teníamos que irnos, queríamos irnos, salir de allí, hacia un lugar seguro.

Continuaré mañana.

Tuya, Ana

Jueves 9 de julio de 1942

Querida Kitty:

Caminamos bajo una lluvia fuerte, papá, mamá y yo, llevando cada uno una cartera de colegio y una bolsa llena de toda clase de cosas. Las personas que se dirigían a su trabajo nos miraban y en sus rostros expresaban la pena de no poder ofrecernos un medio de transporte; nuestra estrella amarilla era bastante elocuente.

Durante el camino, papá y mamá me contaron en detalle el plan de nuestro escondite. Hacía varios meses estaban sacando muebles y enseres, habían tomado la decisión de entrar en clandestinidad de manera voluntaria, esto para el 16 de julio. A raíz de la citación, el asunto se adelantó diez días, de modo que debíamos contentarnos con un lugar menos ordenado.

El escondite estaba en el edificio donde tenía papá sus oficinas. Es un poco difícil de entender, por ello pasaré a dar una explicación. El personal de papá no era numeroso: El señor Kugler, Kleiman y

Miep, además de Bep Voskuijl, la secretaria de 23 años. Todos estaban pendientes de nuestra llegada. El señor Voskuijl trabajaba en el almacén, quien era padre de Bep, junto con dos jóvenes, quienes no sabían nada.

El edificio está constituido de la siguiente manera: en la planta baja hay un gran almacén, que sirve para el depósito de mercancías. Este está subdividido en diferentes habitaciones, una para moler la canela, el clavo y algo similar a la pimienta, luego está la habitación de las provisiones. Al lado de la puerta del almacén está la puerta de entrada de la casa, detrás de la cual hay una segunda puerta que da acceso a la escalera. Subiendo las escaleras se llega a una puerta de vidrio transparente, en la que anteriormente estaba escrito "OFICINA" en letras negras. Es la oficina principal del edificio, muy grande, con mucha luz, muy llena. De día es donde trabajan Bep, Miep y el señor Kleiman. Atravesando por un cuarto pequeño donde hay una caja fuerte, el armario en el que se guardan cosas de escritorio, se llega a una pequeña habitación oscura y húmeda que da al patio. Esta era la oficina del señor Kugler y del señor Van Daan, pero que ahora solo es del primero. También se puede llegar a la oficina del señor Kugler desde el pasillo, que se abre desde el interior de la oficina y no desde afuera. Saliendo de la oficina hay un corredor estrecho y largo, se pasa por la carbonera y después de subir cuatro escalones, se llega a la habitación que es el orgullo del lugar: la oficina principal. En ésta se encuentran muebles elegantes, un piso muy fino y alfombras, una radio, una hermosa lámpara, todo es muy bello. Al lado está una gran cocina con calentador de agua y dos hornillos y del lado de la cocina un baño. Ese es el segundo piso.

Desde el pasillo de la planta baja se sube por una escalera de madera, en donde hay un pequeño corredor, al que le llamamos descansillo. Allí se ven dos puertas, una está a la derecha y la otra a la izquierda del descansillo; la de la izquierda comunica con la casa del frente donde hay almacenes y un desván. En esta parte del edificio hay unas escaleras empinadas, al estilo holandés (de esas escaleras en las que se puede tener fácilmente un accidente), que llevan a una segunda puerta que da a la calle.

La puerta de la derecha del descansillo, lleva a "la casa de atrás". Nadie sospecharía que esta simple puerta pintada de gris, sin nada particular, esconde tantas habitaciones. Delante de ella hay un es-

calón alto por el cual es la entrada. Frente a esta puerta de entrada se encuentra una escalera empinada; a la izquierda hay un pequeño pasillo y una habitación que se ha transformado para la familia Frank, al lado otra habitación más pequeña; un cuarto de estudio y alcoba de las señoritas Frank. A la derecha de la escalera, una habitación sin ventanas con un baño cerrado y otra puerta que tiene acceso a la habitación de Margot y mía. Al subir las escaleras y al abrir la puerta de arriba, es sorprendente encontrar tanto espacio y tanta iluminación en una casa tan antigua. En este espacio hay un fogón (esto se le debe a que Kugler tenía un laboratorio antes) y un lavadero. O sea, que esa era la cocina y a la vez el dormitorio de la familia Van Daan, cuarto de estar general, comedor y estudio. Luego, un cuartito cerca al corredor servirá de alcoba para Peter Van Daan y finalmente, hay un desván tan grande como las habitaciones que sirven de depósito en el piso de abajo. Y aquí finaliza la presentación de la casa de atrás, la cual es hermosa.

Tu Ana

Viernes 10 de julio de 1942

Querida Kitty:

Seguramente te has aburrido con esa fastidiosa descripción de la casa, pero me parece importante que tú sepas dónde estoy. En mis próximas cartas te contaré cómo estamos viviendo.

Ahora quisiera continuar con la historia del otro día, que aún no he finalizado. Tan pronto llegamos al edificio Prinsengracht 663, Miep nos hizo subir por la escalera de madera, directamente a la casa de atrás. Cerró la puerta detrás de nosotros y nos dejó solos. Ya que había llegado en bicicleta antes, Margot nos estaba esperando. Se encontraban llenas de cosas y en un desorden inimaginable todas las habitaciones. Las cajas que habían sido llevadas a la oficina, estaban en el suelo y sobre las camas. En el cuartito, había gran cantidad de ropa de cama. Si queríamos dormir esa noche en camas decentes, debíamos ponernos a arreglar de manera urgente. Ni mamá ni Margot estaban en condiciones de ayudar, ellas estaban sobre las camas acostadas, agotadas y desganadas, mientras que papá y yo, los «ordenadores» de la familia, queríamos iniciar lo

más pronto posible.

Todo el día estuvimos organizando, arreglando los armarios, para por fin caer tan agotados en camas limpias y bien hechas. No habíamos comido nada caliente en todo el día, pero no nos habíamos preocupado por esto; mamá y Margot se sentían demasiado cansadas y ansiosas como para comer y junto con papá teníamos cosas por hacer.

El martes en la mañana retomamos el trabajo del lunes. Bep y Miep, se encargaron de nuestro aprovisionamiento, comprando las raciones, papá oscureció las ventanas, que no resultaban suficientes, lavamos el piso de la cocina y estuvimos trabajando fuertemente desde la mañana hasta la noche. Hasta el miércoles no tuve tiempo para pensar en los cambios que habían surgido. Sólo entonces, por primera vez desde que llegamos, encontré el momento para contarte todo lo que había pasado y fui más consciente de todo lo que podría pasarme.

Tu Ana

Sábado 11 de julio de 1942

Querida Kitty:

Ni mi papá, ni mi mamá, ni Margot han podido acostumbrarse al sonido de las campanas de la iglesia del Oeste, que suenan anunciando la hora cada quince minutos. Yo si me siento a gusto con el sonido, es una sensación de aliento. Estarás interesado en saber si siento agrado de cómo estoy viviendo y de mi escondite, pues te digo que ni yo lo sé aún. Creo que nunca podré sentirme como en mi hogar, no significa que este mal o me desagrade; ya que siento como si fueran unas vacaciones en un lugar extraño. Así se dieron las cosas y no puedo hacer nada. Nuestro escondite es ideal como refugio; aunque esté todo inclinado y sea húmedo, no se encontraría un escondite tan cómodo en Ámsterdam, tal vez ni siquiera en toda Holanda.

Nuestra habitación, la de Margot y mía, tenía aspecto desolador; gracias a papá, que había traído mis fotos de artistas de cine y postales, pude decorar toda una pared de la habitación. Quedó muy

bonito, se ve alegre. Cuando lleguen los Van Daan, construiremos con la madera del desván algún armario y estantes.

Mamá y Margot se sienten mejor. Ayer mamá se sintió lo suficientemente bien como para hacer una sopa de arvejas, pero por estar conversando abajo, se olvidó de ella, de tal manera que quedaron algo carbonizadas.

Ayer en la noche los cuatro fuimos a la oficina privada de papá para oír la radio inglesa. Yo estaba tan asustada pensando que alguien pudiera oírnos que le supliqué a papá que regresáramos arriba. Comprendiendo mi temor mamá me acompañó arriba. También en otros aspectos tenemos mucho miedo de que los vecinos nos descubran. Debido a esto, confeccionamos cortinas, no son cortinas propiamente dichas, ya que están hechas de retazos de tela diferentes en cuanto a la forma, el color, la clase y el diseño. Papá y yo las cosimos, aún sin saber nada de costura. Estos ornamentos han sido puestos con chinchas en las ventanas y ahí quedarán hasta nuestra salida de aquí.

El edificio del lado derecho está ocupado por una sede de la compañía Keg, de Zaandam, y el edificio de la izquierda por un fabricante de muebles. Nadie se queda en esos inmuebles después de la jornada laboral, pero no hay que confiarse. Por ese motivo, Margot tiene prohibido toser de noche, pues tiene un fuerte resfriado, por ello le damos medicamentos en grandes cantidades.

Pienso con alegría en la llegada de los Van Daan, quienes llegan el martes. Será divertido y habrá menos silencio. Puesto que el silencio me asusta en las noches me gustaría que uno de nuestros protectores viniera a dormir aquí.

No es tan horrible la vida aquí, ya que podemos cocinar; y en la oficina de papá podemos escuchar la radio. El señor Kleiman y Miep, también Bep Voskuijl nos han ayudado bastante. Nos han traído frutas y no creo que nos aburramos tan pronto. Tenemos varias cosas para entretenernos. Eso sí, no podemos hacer ruidos por temor a ser descubiertos.

Ayer tuvimos demasiado trabajo; estuvimos deshuesando cerezas para la oficina. El señor Kugler quería hacer conservas con ellas. Con las cajas de madera de las cerezas, haremos estantes para poner los libros.

Me llaman.

Tu Ana

28 de septiembre de 1942.

Me angustia mucho el no poder salir y temo el ser descubiertos y que nos fusilen. Sé que no es una perspectiva muy positiva.

Domingo 12 de julio de 1942

Hoy hace un mes todos fueron buenos conmigo, cuando fue mi cumpleaños, pero ahora siento que me estoy distanciando de mamá y Margot. Hoy he trabajado duro y he sido elogiada por ello, pero luego empezaron los regaños.

Es bastante diferente como me tratan a mí y a Margot. Mi hermana ha roto la aspiradora y ante eso mamá le dijo:

– Pero Margot, se nota que no estás acostumbrada a trabajar, si no, te hubieras dado cuenta que no debías desenchufar la aspiradora tirando del cable.

Margot respondió algo y todo quedó ahí.

Pero en cambio yo hoy no acaté una orden de mamá y en seguida comenzaron los regaños en los cuales participó toda la familia.

Siento cada vez más como si no encajara en la familia. Siempre hablan de que somos una familia unida y de que estamos tan bien juntos, pero no se dan cuenta de que yo no siento ni opino lo mismo.

Solo mi papá me entiende de vez en cuando, pero casi siempre está del lado de mamá y Margot. Tampoco me agrada que les cuenten a los extraños lo mal que he estado, o si lloro, o de lo inteligente que soy. También hablan de mi gato y eso tampoco me gusta, ya que es mi lado vulnerable. Extraño mucho a Moortje, y nadie sabe cuánto lo pienso. Siempre lo recuerdo y lloro. Él es tan bueno y lo quiero mucho...sueño siempre con su regreso.

Aquí tengo sueños agradables, también sé que tendremos que quedarnos aquí hasta que termine la guerra. Nunca podemos salir, sólo recibimos vistas de Miep, su marido Jan, Bep Voskuijl, el señor Kugler, el señor Kleiman y la señora Kleiman, aunque ella casi nunca viene ya que le parece algo peligroso.

Septiembre de 1942.

Papá siempre es bueno. Me entiende y a veces me gustaría hablar más con él, sin ponerme a llorar. Pero al parecer tiene que ver con la edad. Quisiera escribir todo el tiempo, pero eso sería aburrido.

Hasta ahora lo único que he escrito son pensamientos, no he podido escribir historias divertidas para podérselas leer a alguien más. Pero de ahora en adelante no seré más sentimental y estaré más en la realidad.

Viernes 14 de agosto de 1942

Querida Kitty:

Hace un mes que te abandoné, pero en verdad no había bastantes novedades para contarte. Los Van Daan llegaron el 13 de julio. Los esperábamos el 14, pero como los alemanes habían empezado a generar ansiedad a una cantidad de personas entre el 13 y el 16 de julio, con citaciones a diestra y siniestra, los Van Daan prefirieron llegar antes por seguridad.

A las nueve y media de la mañana, cuando todavía estábamos desayunando, llegó Peter, el hijo de los Van Daan, quien no ha cumplido aún los dieciséis años. Es un muchacho, desgarrado y tímido, no espero gran cosa de él como compañía. El señor y la señora Van Daan llegaron media hora más tarde. La señora provocó nuestra alegría al sacar de su sombrerera un enorme orinal.

—Sin él no me siento cómoda— declaró y el orinal fue lo primero a lo que se le asignó un lugar fijo: debajo del diván. El señor Van Daan no había traído el orinal, pero sí su mesa plegable para el té.

Desde el comienzo hicimos todas las comidas juntos, después de tres días, todos sentimos que nos habíamos transformado en una sola familia, pero con la diferencia de que aún los Van Daan tenían muchas cosas que contarnos del mundo exterior. Entre otras cosas, lo que más nos interesaba era qué había sido de nuestra casa y del señor Gold Schmidt.

El señor Van Daan nos relató lo siguiente:

—El lunes a las nueve de la mañana, el señor Goldschmidt nos telefoneó y preguntó si podía pasar por su casa. Fui enseguida y lo encontré muy alterado. Me enseñó una nota que le habían dejada

a los Frank y siguiendo las indicaciones que en ella estaban, deseaba llevar el gato a casa de los vecinos, en lo que estuve de acuerdo. El señor Goldschmidt temía que registraran la casa, por lo que examinamos todas las habitaciones, haciendo un poco de orden y también recogimos la mesa. De pronto, en el escritorio de la señora Frank encontré un block en el cual estaba escrita una dirección en Maastricht. Aun sabiendo que la había dejado intencionalmente, me hice el sorprendido y asustado, rogando al señor Goldschmidt que quemara el papel, el cual podría causar alguna desgracia. Seguía haciendo todo el tiempo como si no supiera acerca de la desaparición de ustedes, pero al ver aquel papel se me ocurrió una idea. —Señor Goldschmidt —, dije. —ahora que lo pienso, me parece saber la relación con esa dirección. Un oficial de jerarquía se presentó en la oficina hace unos seis meses, resultó ser un amigo de infancia del señor Frank. Le prometió ayudarlo en caso de ser necesario y precisamente residía en Maastricht. Se me hace que ha mantenido su palabra y que ha ayudado al señor Frank a pasar a Bélgica y de allí a Suiza. Le recomendé que contara eso a los amigos de los Frank que pidieran noticias de ellos. Aunque sin hablar necesariamente de Maastricht. Después de esto, me marché. La mayoría de los amigos de ustedes lo saben, porque en varias ocasiones ya he escuchado este relato.

Nosotros encontramos esta historia muy divertida, y nos hizo reír más la imaginación de las personas cuando los Van Daan nos contaban lo que algunos decían. Así hubo quien nos vio partir, una familia de la Merwedeplein dijo que nos vio a los cuatro al romper el alba, montados en bicicleta y otra señora decía que habíamos sido metidos en un furgón militar en plena noche.

Tu Ana

Viernes 21 de agosto de 1942

Querida Kitty:

Nuestro escondite ha sido ahora un verdadero escondite. El señor Kugler indicó que era mejor colocar una estantería delante de la puerta de la entrada, ya que los alemanes están buscando dentro de las casas bicicletas ocultas. Pero es una estantería giratoria que

se abre como una puerta. El señor Voskuijl lo ha fabricado. (Fue puesto al corriente de nuestra permanencia en el lugar y se muestra muy servicial en todo).

En este momento, para poder llegar al primer piso, hay que agacharse primero y luego saltar. Al cabo de tres días, todos teníamos la frente llena de chichones, porque chocábamos contra la puerta, que era demasiado baja. Por eso, Peter ha colocado en el reborde una bolsita rellena de virutas de madera. ¡Veremos cómo funciona!

Estudiar, no lo hago mucho. He decidido prolongar mis vacaciones hasta septiembre. Papá será mi profesor, Pero antes debemos comprar los libros del nuevo curso.

No hay demasiados cambios en nuestra vida. Peter se ha dejado lavar la cabeza, lo que no tiene nada de particular. El señor Van Daan y yo siempre discutimos. Mamá me trata como a una niña, sigue sin gustarme. Por lo demás, estamos algo mejor. Peter no me cae bien; es tan aburrido; se la pasa acostado en la cama la mitad del tiempo, luego se pone a martillar y cuando termina se vuelve a acostar. ¡Qué tonto!

Esta mañana mi mamá de nuevo me regañó, nuestras opiniones son opuestas. Papá es un cielo, aunque a veces se enoja conmigo, pero muy poco.

El tiempo es hermoso, y a pesar de todo, lo aprovechamos tumbándonos en la silla que hay en el desván.

Tu Ana

21 de septiembre de 1942

El señor Van Daan está sumiso conmigo últimamente. Yo lo dejo, sin oponerme.

Miércoles 5 de septiembre de 1942

Querida Kitty:

El señor y la señora Van Daan han tenido una fuerte pelea. Nunca había presenciado algo igual, porque papá y mamá no pensarían jamás en gritarse de esa manera. La causa una verdadera insignificancia, por lo que no vale la pena mencionarlo. En fin, cada quien

con sus cosas. Naturalmente, para Peter, no es muy agradable, pues está en medio. Pero a él ya nadie lo toma en cuenta, además de que es un quisquilloso, ayer estaba preocupado porque tenía la lengua azul en vez de roja, esta singularidad desapareció en un abrir y cerrar de ojos. Hoy sufre de tortícolis y se pasea con una bufanda en su cuello y por lo demás el señor Van Daan se queja por un lumbago. También tiene dolores en el corazón, los riñones y los pulmones. ¡Es un verdadero hipocondríaco! (Así se les llama, ¿verdad?). Mamá y la señora Van Daan no hacen muy buenas amigas. Motivos para la discusión hay muchos. Te daré un ejemplo: la señora Van Daan ha retirado del armario donde se encuentra nuestra ropa en común todas sus sábanas, que eran tres. ¡Ella cree que la ropa de mamá sirve para todo el mundo, se va a sentir muy decepcionada cuando se dé cuenta que mamá ha seguido su ejemplo!

Además, se siente muy molesta porque usamos su vajilla y no la nuestra para uso común. Trata por todos los medios de saber qué hemos hecho de nuestros platos, los cuales están mucho más cerca de lo que ella supone: en el desván, guardados en cajas de cartón, detrás de material publicitario. Los platos estarán fuera del alcance mientras estemos escondidos.

¡Mucho mejor!

Siempre me ocurren desgracias. Ayer dejé caer un plato sopero perteneciente a la señora Van Daan.

—¡Ay! —, exclamó furiosa. —¿Es que no puedes tener cuidado? Es todo lo que me queda.

Por favor ten en cuenta, Kitty, que las dos señoras de la casa hablan el holandés macarrónico (de los señores no me animo a decir nada, se ofenderían demasiado). Si vieras cómo mezclan y confunden todo, te daría mucha risa. Ya no le prestamos atención a esas cosas, puesto que no se corregirían. Cuando te escriba acerca de ellas, no lo haré tal cual, sino que lo pondré en holandés correcto.

La semana pasada, ocurrió algo en nuestra vida monótona por un pequeño incidente: se trataba de Peter y de un libro sobre mujeres. Margot y Peter tienen permiso para leer casi todos los libros que el señor Kleiman nos presta, pero este libro sobre un tema tan especial tenía que quedar en manos de las personas mayores. Esto logró despertar la curiosidad de Peter: ¿qué podía haber de prohibido en aquel libro? A escondidas, se lo sacó a su madre mientras ella conversaba abajo y fue al desván con su botín.

Todo anduvo bien durante dos días; La señora Van Daan había observado lo que su hijo hacía, pero no se lo dijo a nadie, hasta que su marido se enteró por sí solo, éste se enojó, le quitó el libro a su hijo y pensó que todo acabaría ahí. Sin embargo, había sobrestimado la curiosidad de Peter que no se dejó intimidar en absoluto por la firmeza de su padre.

Peter trató por todos los medios de leer hasta el fin aquel libro. Entretanto, su madre había venido a pedirle su opinión a mi mamá. A mamá le pareció, en efecto, que aquel libro no era adecuado para Margot, aun cuando aprobaba que leyera la mayoría de los otros.

—Hay una gran diferencia, señora Van Daan—, dijo mamá, —entre Margot y Peter. Ante todo, Margot es una muchacha y las muchachas están siempre más adelantadas que los muchachos; además, Margot ya ha leído muchos libros serios y no anda en búsqueda de lecturas prohibidas, por último, Margot es más seria e inteligente, lo que se demuestra por el hecho de que está a punto de finalizar la escuela.

La señora Van Daan estuvo de acuerdo con mamá, aunque seguía considerando erróneo permitir a los jóvenes leer libros escritos para adultos.

Después de esto Peter seguía buscando un momento propicio para apoderarse del libro cuando nadie lo observaba. La otra tarde, a las siete y media, cuando todo el mundo escuchaba la radio en la oficina de papá, se llevó su tesoro al desván. Debí bajar de allí a las ocho y media, pero el libro era tan cautivador que no presté atención a la hora y apareció en el momento en que su padre regresaba al cuarto de estar, bajando por las escaleras del desván. Una bofetada, un golpe, el libro cayó sobre la mesa y Peter de regreso al desván.

Así estaban las cosas en el momento de cenar. Peter se quedaba arriba, nadie se preocupaba de él, había sido castigado, debía irse a la cama sin comer. Continuamos con la comida, todos estábamos de buen humor, de pronto se escuchó un silbido penetrante. Todos dejaron cuchillos y tenedores y nos miramos con susto. Entonces, se oyó la voz de Peter gritando por la chimenea:

—¡Si ustedes creen que voy a bajar, pues no lo haré!

El señor Van Daan se levantó de un salto, tiró su servilleta y con el rostro enrojecido, gritó:

—¡Basta, hasta aquí hemos llegado!

Papá lo tomó del brazo, temiendo algo malo, lo siguió al desván. Tras un pataleo, Peter volvió a su habitación, se cerró la puerta y continuamos con la cena.

La señora Van Daan hubiera querido guardar un poco de comida a su querido hijito, pero su marido se opuso.

—Si no se disculpa inmediatamente, pasará la noche en el desván.

Hubo protestas de parte de todos, pues considerábamos que privarle de cenar era ya suficiente. Y si Peter se resfriaba, no podrían ir a buscar un médico.

Peter no se disculpó y volvió al desván. El señor Van Daan resolvió no ocuparse más del asunto, sin embargo, a la mañana siguiente pude comprobar que Peter había dormido en su cama, después volvió al desván a las siete, pero papá lo convenció de que bajara. Durante tres días de miradas de enojo y silencio obstinado, todo volvió a la normalidad.

Tu Ana

Lunes 21 de septiembre de 1942

Querida Kitty:

Hoy solo contaré noticias de la vida cotidiana. Por encima del diván hay una cuerda que sirve para avisar cuando haya disparos.

No soporto a la señora Van Daan. Arriba me regañan seguido por hablar sin parar, pero no les hago caso. La última novedad de la señora Van Daan fue la de no lavar las ollas. Si hay algunas sobras, las deja dentro, en lugar de ponerlas en un plato de vidrio como nosotros solemos hacer y deja que todo se dañe. Y cuando a Margot le toca el turno de lavar los platos le dice:

—¡Ay, Margot, tienes mucho trabajo!

El señor Kleiman me trae libros cada quince días, libros para niñas. Me gusta la serie Joop ter Heul y los de Cissy van Marxveldt. He leído cuatro veces *Locura de verano* y las situaciones tan graciosas que describe aún siguen haciéndome gracia.

Papá y yo hemos establecido mi árbol genealógico paterno. Sobre cada miembro de la familia me cuenta una breve historia, eso me hace sentir mi pasado. He reanudado mis estudios. Me esfuerzo mucho con el francés, y cada día repaso cinco verbos irregulares. Sin embargo, he olvidado algunas cosas que había aprendido en el colegio.

Peter se encuentra estudiando inglés con enormes suspiros. Acaban de llegar algunos libros; Yo había traído una provisión de cuadernos, lápices, borradores y etiquetas. Pim (así llamo cariñosamente a papá) quiere que le dé clases de holandés. A mí no me importa dárselas, en compensación por su ayuda en francés y otras asignaturas. Pero comete muchos errores. ¡Errores increíbles!

Escucho a veces la radio holandesa que transmiten desde Londres; hace poco habló el príncipe Bernardo, que contó que para enero espera el nacimiento de un niño. A mí me gusta mucho la noticia, en casa se sorprenden de que tenga tanta simpatía por la casa real holandesa.

Hace días, hablamos acerca de que todavía soy muy ignorante, por lo que me puse a estudiar más, porque no quisiera volver a encontrarme en la misma clase a los catorce o quince años. Enseguida se mencionó el hecho de que casi todos los libros de los mayores no me son permitidos. Mamá lee en este momento, hombres, mujeres y criados, pero a mí me lo han prohibido (¡Margot sí puede!); primero tendré que tener más cultura, como la sesuda de mi hermana. Se ha hablado también de mi ignorancia en temas de filosofía, psicología y fisiología. (Acabo de consultar en el diccionario estas difíciles palabras), y es cierto que no sé nada de eso. ¡Tal vez el año que viene ya sepa algo de esos temas!

He llegado a la conclusión de que no tengo más que un vestido de mangas largas y tres chalecos para el invierno. Papá me ha permitido tejer un suéter blanco con lana. La lana no es muy bonita, pero su calor será lo suficiente. Tenemos más ropa en casa de otras personas, pero lástima que no podamos ir a buscarlas antes de que termine la guerra, quién sabe si las recuperaremos. Hace poco, apenas terminaba de escribir sobre la señora Van Daan ella apareció.

¡Plaf! Tuve que cerrar el cuaderno de inmediato.

—¿Qué, Ana? ¿No me permites ver lo que escribes?

- Creo que no, lo siento señora.
- ¿Ni siquiera la última página?
- No señora, ni siquiera la última página.

Me ha dado un buen susto, porque lo que escribí acerca de ella no era para nada agradable.

Así, todos los días pasa algo, pero soy demasiado perezosa y estoy cansada para escribirlo todo.

Tu Ana

Viernes 25 de septiembre de 1942

Querida Kitty:

Papá tiene un antiguo amigo, el señor Dreher, un hombre de aproximadamente setenta y cinco años, bastante sordo, pobre y algo enfermo, que tiene a su lado a una mujer veinte siete años menor que él, igual pobre, con los brazos llenos de brazaletes y anillos falsos, que le han quedado de otras épocas. Este señor Dreher, le ha causado a papá muchas molestias y siempre he admirado su paciencia al atender a este tipo por teléfono. Cuando aún estábamos en casa, mamá siempre le recomendaba a mi padre que pusiera el auricular al lado de un gramófono, que cada tres minutos dijera “si señor Dreher, no señor Dreher”, porque el señor no comprendía las palabras de papá.

Hoy el señor Dreher llamó a la oficina y le pidió a Kugler que pasara a verlo. Kugler no quería y quiso enviar a Miep. Miep llamó por teléfono para disculparse. Luego la señora de Dreher llamó tres veces, pero como supuestamente Miep no estaba, tuvo que imitar la voz de Bep. En el piso de abajo en las oficinas hubo grandes carcajadas y ahora cada vez que suena el teléfono, dice Bep: “¡Debe ser la señora Dreher!” por lo que a Miep le da risa y atiende el teléfono con una risa poco cortés, seguro que en el mundo no existe un negocio igual al nuestro, en el que los directores y secretarías se divierten un montón.

En la noche me paso a la habitación de los Van Daan para charlar un poco. Entonces, se comen bizcochos antipolillas (la caja de galletas la guardan en el armario que está lleno de polillas) y bebemos limonada, la pasamos muy bien.

Hablamos de Peter. Les dije que Peter me acariciaba a menudo la mejilla y que eso me molesta. Ellos me preguntaron si en realidad yo no podía encariñarme con Peter, porque él me quería mucho. Yo pensé “¡Uy!” y respondí que no. ¡Cómo lo ves!

Dije también que Peter me parecía un poco torpe, que era tímido, como todos los muchachos que no estaban acostumbrados a tratar con chicas.

Debo decir que el comité de refugiados de la casa de atrás (sección masculina), se muestra bastante creativo. Te contaré lo que han inventado para dar noticias nuestras al señor Broks, representante de la Cía.

Opekta, que ha guardado secretamente algunos de nuestros objetos personales y es amigo nuestro, da un mensaje de nuestra parte: escribe una carta a máquina que va a un cliente indirecto de Opekta, que vive en Zelanda, adjuntando a la carta una nota en un sobre, el cual lleva escrita la dirección con letra de papá. Tan pronto como llega, sustituyen la carta por un mensaje con la letra de papá dando señales de vida. Así Broks, la lee sin una sospecha. Han escogido Zelanda porque al estar cerca a Bélgica la carta puede pasar la frontera de manera clandestina sin sospechar. Una persona como Broks segura que jamás recibiría un permiso así.

Anoche papá volvió a hacer teatro. Estaba muy cansancio y tambaleo al irse a cama. Como tenía frío en los pies, le puse mis escarpines para dormir, a los cinco minutos ya no los tenía. Luego, tampoco quería luz y se metió debajo de las sábanas. Cuando se apagó la luz fue sacando su cabeza lentamente. Fue algo muy cómico, luego, cuando estábamos hablando de que Peter trató de “tía” a Margot, se oyó la voz de papá diciendo: “Tía María”.

El gato Mauschi, está cada vez más bueno y simpático conmigo, aunque yo le tengo algo de miedo.

Tu Ana

Domingo 27 de septiembre de 1942

Querida Kitty:

Acabo de tener una gran “discusión” con mamá, pero no nos entendemos muy bien y entro en llanto. En momentos así no soporto

a mamá, y es que pareciera que fuera una extraña para ella, ni siquiera sabe qué opino de las cosas más cotidianas.

Estábamos hablando de criadas, de que debían ser llamarlas “asistentes domésticas” y que después de la guerra deberíamos llamarlas así. Yo no estaba muy segura de llamarlas así, entonces me dijo que yo muchas veces hablaba de lo que pasará “Más adelante”, y que pretendía ser una gran dama, pero eso no es cierto, ¿A caso yo no puedo construir mis propios castillos en el aire? Con eso no hago mal a nadie, no hace falta que se lo tome tan a pecho. Papá si me defiende, si no fuera por él, seguro no aguantaría seguir aquí, o casi.

Con Margot tampoco tengo una buena relación. Aunque en nuestra familia no ha habido un enfrentamiento como el que te conté anteriormente, para mí no siempre es agradable ni mucho menos formar parte de ella. La manera de ser de mi hermana y de mamá es muy extraña. Comprendo mejor a mis amigas que a mi mamá, que lástima, ¿Verdad?

La señora Van Daan está insoportable, es muy caprichosa, y guarda lo suyo bajo llave. Mamá podría responder a la desaparición de un «objeto Frank» con la de un «objeto Van Daan».

Hay personas que se complacen en educar hijos ajenos, además de los propios. Los Van Daan pertenecen a esta categoría. No se ocupan de Margot, ella es la cordura, la delicadeza y la inteligencia personificadas; Pero, al parecer, yo soy maleducada. Más de una vez sucede que, a la mesa, vayan y vengan palabras de censura y respuestas insolentes. Papá y mamá me defienden siempre, sin ellos, yo ya me habría rendido. Aunque mis padres no paran de reprocharme que hablo demasiado, recomendándome que no me meta en lo que no me interesa y sea más modesta, siempre fracaso en eso. Y si papá no se mostrara tan paciente conmigo, hace tiempo que habría fracasado en satisfacer a mis padres, cuyas exigencias no son tan estrictas. Si me sirvo poca verdura, que detesto, y como más papas, los Van Daan, sobre todo la señora, se quejan, diciendo que estoy demasiado consentida.

— ¡Vamos Ana, sírvete un poco más de verdura!

—No señora, gracias—, digo yo; —las papas son suficientes.

—Las verduras son buenas para la salud. Tu madre lo dice también. Vamos, come un poco más—insiste, hasta que papá intervenga para aprobar mi negativa.

Entonces, la señora dice:

—¡Había que ver lo que sucedía en nuestra casa! ¡En nuestra casa, por lo menos sabíamos educar a los niños! ¡Llaman ustedes educación a eso! Ana está terriblemente malcriada. Yo no lo permitiría nunca, si Ana fuera mi hija... (¡Afortunadamente, no lo soy!). Pero volviendo a este tema de la educación, un incómodo silencio siguió a las últimas palabras de la señora Van Daan. Luego, papá respondió:

—Yo considero que Ana está muy bien educada. Hasta ha aprendido a no contestar a sus largos sermones. En cuanto a las verduras, observe su propio plato.

La señora estaba derrotada y bien, papá aludía a la porción mínima de verduras que ella misma se servía. Se cree, sin embargo, con el derecho de cuidarse un poco, porque sufre de gases; se sentiría molesta si comiera demasiada verdura antes de acostarse. De cualquier modo, que me deje en paz y se quede callada, así no tendrá que decir excusas estúpidas. Es gracioso verla enrojecer ante cualquier cosa. A mí no me sucede. Ella si se enoja bastante.

Tu Ana

Lunes 28 de septiembre de 1942

Querida Kitty:

No alcancé a contarte de otra pelea más el día de ayer ya que tuve que interrumpir mi escrito. Pero antes, me parece demasiado extraño que las personas mayores regañen por cualquier cosa insignificante; hasta ahora he creído que eso de pelearse era solo de niños, que con los años ya no se hacía. Puede producirse una verdadera riña por una razón seria, pero las palabras ofensivas dichas constantemente aquí no tienen ninguna razón de ser y están ahora a la orden del día; ya tendría que acostumbrarme a eso. Aunque, no creo que eso ocurra, no me acostumbraré mientras esas «discusiones» se produzcan por mi culpa. No me reconocen ninguna cualidad, según ellos yo no tengo nada de bueno, definitivamente nada, mi apariencia, mi carácter, todo lo condenan, cada cosa detrás de otra es criticada y son discusiones interminables. Pero hay algo a lo que nunca estuve acostumbrada: son esos gritos y esas palabras

duras que estoy obligada a escuchar, haciendo como que no me importan o poniendo buena cara. Es superior a lo que puedo soportar. Eso no puede durar. No quiero soportar todas esas humillaciones. Les demostraré que Ana Frank no nació ayer; y cuando les diga, de una vez por todas, que comiencen por cuidar su propia educación antes de ocuparse de la mía, no podrán reaccionar y terminarán por callarse. ¡Qué maneras! ¡Son unos bárbaros! Cada vez que eso ocurre, quedo desconcertada ante semejante desenfado y sobre todo ante semejante estupidez (la de la señora Van Daan); pero tan pronto como me recobre — y no ha de tardar—, les contestaré de la misma manera y sin vueltas. ¡Así cambiarán de tono! ¿Soy en realidad tan mal educada, pretenciosa, terca, insolente, tonta, perezosa, etc., etc., como ellos pretenden? Claro que no. Ya sé que tengo muchos defectos, ¡pero de veras que exageran! Si supieras Kitty, ¡cómo me hacen hervir la sangre esas injurias e insultos! Pero no será por mucho tiempo más. ¡Mi rabia no va a tardar en estallar! Basta ya. Te he fastidiado bastante con mis disputas. Sin embargo, hubo una conversación muy interesante en la mesa, tengo ganas de contártela. Hablábamos de la modestia extrema de Pim, las personas menos hábiles suelen advertir tal hecho. De pronto, la señora Van Daan dice:

—Yo también soy modesta, mucho más que mi marido.

¡Qué descaró! ¡Sólo con decirlo demuestra su falta de modestia! El señor Van Daan, que juzgó necesario aclarar eso de “que mi marido”, contestó, muy tranquilo:

—Es que yo no me empeño en ser modesto. Sé por experiencia que las personas modestas no van muy lejos en la vida. Y volviéndose hacia mí:

—Nunca seas modesta, Ana. ¡Así no llegarás lejos en la vida!

Mamá aprobó este punto de vista. Pero la señora Van Daan tenía, naturalmente, que decir su palabra sobre un tema tan interesante como la educación. Esta vez, se dirigió, no directamente a mí, sino a mis padres y respondió lo siguiente:

—¡Ustedes tienen un concepto diferente de la vida, al decirle a Ana una cosa semejante! En mis tiempos no era así, pero estoy segura de que esa diferencia existe todavía, salvo en las familias modernas como la de ustedes.

Este fue un ataque abierto a la forma en que mamá educa a sus hijas. La señora Van Daan se había puesto roja de emoción; mamá,

en cambio, permanecía impasible. La persona que enrojece se deja llevar por sus emociones y corre el riesgo de perder más pronto la partida. Mamá, con las mejillas pálidas, apenas si reflexionó antes de responder:

—Señora Van Daan, yo creo efectivamente, que es preferible ser un poco menos modesto en la vida. Mi marido, Margot y Peter, los tres son demasiado modestos. Su marido, Ana, usted y yo no somos lo que se puede decir modestos, pero no nos dejamos atropellar. Entonces exclamó la señora Van Daan:

—Querida señora, no le entiendo. Yo soy verdaderamente la modestia personificada. ¿Qué es lo que le hace a usted dudar?

—Nada en especial — respondió mamá, ¡pero nadie diría que usted brilla por su modestia!

A lo que respondió la señora Van Daan:

—¡Me gustaría saber en qué carezco yo de modestia! Si no me ocupo de mi misma, nadie lo va a hacer, me dejarían morir de hambre. Esta observación carente de sentido hizo reír a mamá, lo que irritó más aún a la señora Van Daan que continuó hablando y hablando, en un magnífico alemán— holandés y holandés— alemán, hasta que, perdida en sus propias palabras, resolvió abandonar la habitación. Al levantarse, se volvió para dejar caer su mirada sobre mí. ¡Era como para verlo! En ese momento yo tuve la desgracia de menear la cabeza, casi inconscientemente, con una expresión de lástima mezclada sin duda de ironía, a tal punto me sentía fascinada por su oleada de palabras. La señora se crispó, se puso a lanzar injurias en alemán, sirviéndose de una jerga sumamente vulgar. ¡Era un lindo espectáculo! Si hubiera sabido dibujar, la habría pintado en esa actitud; a tal punto resultaba cómica, demasiado cómica, la pobre y estúpida mujer.

Después de todo esto, de cualquier modo, he aprendido algo: peleándose abiertamente es como se aprende a conocer a los demás más a fondo, es entonces cuando en realidad se puede juzgar el carácter.

Tu Ana

Martes 29 de septiembre de 1942

Querida Kitty:

Las personas que viven escondidas tienen experiencias muy curiosas. Figúrate que no tenemos bañera y debemos bañarnos en una tina pequeña. Y como hay agua caliente en la oficina (quiero decir en todo el piso de abajo), los siete disfrutamos esta ventaja por turno, pero como somos muy diferentes unos de otros, algunos se han mostrado más pudorosos, cada miembro de la familia se reserva su rincón en el cuarto de baño. Peter se da el suyo en la cocina, a pesar de la puerta vidriera. Cuando piensa bañarse anuncia durante media hora que no se puede pasar por delante de la cocina. Esta medida le parece suficiente. El señor Van Daan se toma el suyo en el piso de arriba. La seguridad de lavarse en su cuarto le compensa el fastidio de subir el agua al tercer piso. La señora Van Daan simplemente no se baña por el momento, está esperando hallar el lugar más adecuado. Papá ha elegido la oficina privada como cuarto de baño y mamá la cocina, detrás de la pantalla de la estufa; Margot y yo nos hemos reservado la oficina de adelante. Se bajan las cortinas todos los sábados por la tarde; la que aguarda su turno espía, por una estrecha rendija, a la extraña gente de afuera que va y viene.

Desde la semana pasada, mi cuarto de baño ya no me agrada y me puse a buscar uno más cómodo. Peter me dio una buena idea, colocar la tina en el espacioso baño de la oficina, allí puedo sentarme, encender la luz, cerrar la puerta con llave, hacer correr el agua sucia sin ayuda de terceros y estoy al abrigo de miradas indiscretas. El domingo por primera vez utilicé mi nuevo cuarto de baño, resulta cómico decirlo, lo denominé el más práctico de todos.

La semana pasada, el día miércoles, el fontanero trabajó en el piso de abajo en la conexión de agua que debía ser llevada del baño de las oficinas al corredor.

Esta transformación se hizo para impedir que se forme hielo en las cañerías, para el caso de que tengamos un invierno fuerte. Esta visita del fontanero nos resultaba muy incómoda. No sólo no había que tocar los grifos del agua durante el día, sino que tampoco podíamos usar los baños. Ya sé que no es muy delicado

contarte contarte lo que hicimos, pero no soy tan seria como para no hacerlo. Desde que nos mudamos al escondite, papá y yo nos procuramos un orinal improvisado, a falta de uno verdadero, sacrificando para ello dos grandes frascos de conserva de vidrio. Durante los trabajos del fontanero, pusimos y utilizamos los recipientes en la alcoba, pero todo esto se me hace menos horrible que permanecer encerrada en una habitación, inmóvil en una silla, sin poder hablar durante todo el día. No puedes imaginar el suplicio de la señorita Cuacuá. Durante las horas de trabajo del fontanero no hicimos más que cuchichear; pero no podíamos hablar en absoluto y no moverse es cien veces más horrible. Después de tres días de este régimen, me sentía entumecida y tenía el trasero duro y dolorido. Con unos ejercicios físicos antes de acostarme me sentí un poco mejor.

Tu Ana

Jueves 1 de octubre de 1942

Querida Kitty:

Ayer tuve un gran susto. A las ocho sonó el timbre insistentemente, sólo se me ocurrió una cosa, que eran ellos. Pero todo el mundo afirmó que sólo se trataba de mendigos o del cartero, me tranquilicé. Los días se vuelven muy tranquilos. Levinsohn, un farmacéutico y químico judío, trabaja en la cocina de las oficinas para el señor Kugler. Conoce bien el edificio, por eso tememos que un día se le ocurra subir para ver el antiguo laboratorio. Permanecemos inmóviles y silenciosos como ratas en su escondite. ¡Quién habría podido sospechar, hace tres meses, que Ana la nerviosa sería capaz de quedarse quieta en una silla durante horas y horas, sin moverse!

El 29 fue el cumpleaños de la señora Van Daan. Aunque no haya podido festejárselo en gran forma, se le agasajó con flores, regalitos y comida extra. Los claveles rojos de su marido parecen ser una tradición familiar. Hablando de ella, te diré que su constante coqueteo con papá me fastidia sobremanera. Le acaricia la mejilla y los cabellos, se levanta la falda por sobre la rodilla, se hace la graciosa para atraer la atención de Pim. Por suerte, él no la juzga bonita ni ocurrente, no se presta a ese juego. Por si no lo sabes, soy

bastante celosa por naturaleza, eso me resulta insoportable. ¿Mamá acaso hace eso de conquistar al señor Van Daan?, y yo no he vacilado en decírselo a la señora Van Daan. Peter, es capaz de hacer reír de vez en cuando. Ambos sentimos predilección por los disfraces y eso fue causa de una gran hilaridad general. El apareció con un ajustado vestido de cola perteneciente a su mamá y yo, con su traje; él, con un sombrero de mujer y yo con una gorra. Los mayores rieron hasta saltárseles las lágrimas. Nosotros también. Nos divertimos de veras.

Bep compró en la tienda de Bijenkorf faldas para Margot y para mí. Son de pacotilla, de la peor clase, verdaderas bolsas de yute y costaron, respectivamente 24 y 7,5 florines. ¡Qué diferencia con las de antes de la guerra! Te anuncio nuestra última diversión. Bep se las ha arreglado para hacernos llegar, a Margot, a Peter y a mí, lecciones de taquigrafía por correspondencia. El año que viene esperamos ser expertos taquígrafos. A mí me parece muy interesante poder dominar esa escritura secreta.

Ya me duele el dedo índice izquierdo, no puedo planchar. ¡Por suerte!

El señor Van Daan quiso que me sentara a su lado en la mesa, porque según él, Margot no come lo suficiente; no me molesta cambiar por un tiempo.

En el jardín siempre hay un gatito negro corriendo, que me recuerda a mi gato Moortje, pobre. Mamá siempre tiene algo que decir, sobre todo a la hora de comer, por eso me agrada el cambio. Ahora la debe soportar Margot, aunque tampoco, ya que mamá a ella no le dice nada.

Para terminar este día quiero hacer un chiste del señor Van Daan: ¿Sabes lo que hace 99 veces “click” y una vez “clac”? ¡Un ciempiés con una pata de palo!

Tu Ana

Sábado 3 de octubre de 1942

Querida Kitty:

Ayer tuvimos otro alboroto por haber estado acostada en la cama del señor Van Daan. También hubo otro inconveniente con mamá

quien provocó una escena terrible y le dijo a papá todo lo que pensaba de mí. Luego se puso a llorar, yo también, y eso me dio un dolor de cabeza terrible. Terminé por decirle a papá que lo quería a él mucho más que a mamá; él me contestó que eso pasaría, pero no le creo. Es necesario que me esfuerce por permanecer tranquila con mamá; Papá querría verme tranquila cuando mamá tiene dolor de cabeza o no se siente bien. Por ejemplo, debería llevarle algo sin hacerme rogar. Pero yo no lo hago nunca. Dedico bastante tiempo al estudio del francés, y estoy leyendo *La niñez de Eva*, de Nico van Suchtelen. No hay mucha diferencia en las novelas para chicas y esto. Eva pensaba que los niños crecían en los árboles, como las manzanas y que las cigüeñas los recogen cuando están maduros y se los lleva a las madres. Pero la gata de su amiga tuvo gatitos y estos salían de ella. Ella pensaba que la gata ponía huevos al igual que una gallina y también que las madres antes de tener a sus hijos ponían huevos y debían empollarlos. Eva también quería tener un niño. Cogió un chal de lana y lo tendió en el suelo, donde según ella caería el huevo. Al mismo tiempo empezó a cacarear, pero no salió ningún huevo. Por fin, después de muchos esfuerzos, salió algo que no era ningún huevo, sino una salchichita. Eva sintió vergüenza, pensó que estaba enferma. Es muy gracioso, ¿verdad? *La niñez de Eva* también habla de mujeres que venden sus cuerpos en unos callejones por dinero. A mí me daría vergüenza hacer algo así. También habla de que Eva le vino la regla. Eso sí desearía que me pasara, con eso sería adulta.

Papá siempre está refunfuñando porque escribo en el diario y amenaza con quitármelo. ¡Por favor, no! Tendré que esconderlo.

Tu Ana

Miércoles 7 de octubre de 1942

Me imagino que...

Viajo a Suiza. Papá y yo dormimos en la misma habitación, mientras que el cuarto de estudio de mis primos pasa a ser mi cuarto privado, en el que recibo visitas. De sorpresa me compran muebles nuevos, con mesita de té y un diván, todo muy hermoso.

Después de unos días papá me da 150 florines, o el equivalente a la moneda suiza y me dice que compre todo lo que necesite. (Después, todas las semanas me da un florín, para que compre lo que se me antoje.) Salgo con Bernd mi primo y me compro:

3 blusas de verano = 1.50
3 pantalones de verano = 1.50
3 blusas de invierno = 2.25
3 pantalones de invierno = 2.25
2 enaguas = 1.00
2 sostenes pequeños = 1.00
5 pijamas = 5.00
1 cubre cama de verano = 2.50
1 cubre cama de invierno = 3.00
1 cojín = 1.00
1 par de zapatillas de verano = 1.00
1 par de zapatillas de invierno = 1.50
1 par de zapatos colegiales = 1.50
1 par de zapatos de vestir = 2.00
2 delantales = 1.00

Ovillos de lana de muchos colores, vestidos, gorros, abrigos, maquillaje, perfume y demás cosas para el baño.

Viernes 9 de octubre de 1942

Querida Kitty:

Hoy no tengo que anunciarte más que noticias tristes. Muchos de nuestros amigos judíos son poco a poco embarcados por la Gestapo, que no anda con contemplaciones; son transportados en furgones de ganado a Westerbork, un gran campo para judíos, en Drente. Westerbork debe ser una pesadilla: hay un solo lavabo para más de cien personas y faltan retretes. A los hombres, mujeres les toca dormir uno sobre otro, a veces con niños. Es casi imposible huir. La mayoría de las personas tienen una inconfundible marca en el cráneo afeitado, además de sus marcados rasgos judíos.

Si eso sucede ya en Holanda, ¿qué será en las regiones lejanas y bárbaras de las que Westerbork no es más que el vestíbulo?

Nosotros no ignoramos que esas pobres gentes serán exterminadas. La radio inglesa habla de cámaras de gas, después de todo, quizá sea la mejor manera de morir rápidamente. Eso me tiene enferma. Miep es quien nos cuenta todos esos horrores de manera tan impresionante, que ella misma se siente espantada. Por ejemplo, Miep nos cuenta que encontró ante su puerta a una vieja judía paralítica, aguardando a la Gestapo que había ido a buscar un auto para transportarla. La pobre vieja se moría de miedo a causa de los disparos que se escuchaban contra los aviones ingleses y temblaba viendo los haces luminosos que se cruzaban en el cielo como flechas. Miep no tuvo el valor de hacerla entrar en su propia casa; nadie se hubiera atrevido a hacerlo. Los alemanes castigan tales acciones sin clemencia.

Bep también está triste; su novio tiene que partir para Alemania. Ella teme que los aviadores que vuelan sobre las casas dejen caer su cargamento de bombas explosivas, que pesan millares de kilos, sobre la cabeza de su Bertus. Bromas tales como que «tampoco le caerán más de mil toneladas» y «una sola bomba basta», me parecen fuera de lugar. Ciertamente que Bertus no es el único obligado a partir. Todos los días salen trenes llenos de jóvenes de uno y otro sexo destinados al trabajo obligatorio en Alemania. Cuando se detienen en el trayecto, en cualquier cruce, algunos tratan de escapar o pasar a la clandestinidad; eso resulta a veces, pero en muy pequeña proporción.

Aún no he terminado con mi oración fúnebre. ¿Sabes lo que es un rehén? Es el último invento para castigar a los saboteadores. La cosa más atroz que se pueda imaginar. Ciudadanos inocentes y absolutamente respetables son arrestados y aguardan en la cárcel su condena. Si el saboteador no aparece la Gestapo fusila a un número de estos rehenes sin más rodeos. Los diarios publican a menudo las esquelas mortuorias de esos hombres bajo el título de “accidente fatal” ¡Hermoso pueblo el alemán! ¡Y pensar que yo pertenecía a él! Pero no, hace mucho tiempo que Hitler nos hizo apátridas. De todos modos, no hay enemigos más grandes en el mundo que los alemanes y los judíos.

Tu Ana

Miércoles 14 de octubre de 1942

Querida Kitty:

Estoy muy ocupada. Acabo de traducir un capítulo de *La Belle Nivernaise*, anotando las palabras cuyo significado no conocía. He resuelto también un difícil problema de matemáticas y he escrito tres páginas de gramática francesa. Me niego a resolver problemas de matemáticas todos los días. Papá los detesta también: yo me las arreglo mejor que él, pero a decir verdad, ni el uno ni el otro nos sentimos muy fuertes en la materia, de manera que, a menudo necesitamos recurrir a Margot.

Yo soy la más adelantada de los tres en taquigrafía.

Ayer terminé de leer *Los exploradores*. Es entretenido, pero aun así está lejos de Joop ter Heul. Considero a Cissy van Marxveldt una escritora formidable. Tengo la firme intención de permitir que mis hijos lean todos sus libros.

He leído también un montón de obras de teatro.

Mamá, Margot y yo somos de nuevo las mejores amigas, es mucho más agradable. Anoche Margot vino a acostarse a mi lado. Juntas en mi cama tan pequeña, no tienes idea de lo divertido que era. Ella me preguntó si podía leer mi diario.

—Sólo ciertos pasajes— respondí. Le pedí lo mismo en cuanto al suyo y también me dejó leerlo.

Así llegamos a hablar del futuro. Le pregunté qué quería ser de mayor, pero ella no quiere hablar de eso y lo mantiene en gran secreto. Habló vagamente de la enseñanza; no sé si ella hará algo en ese sentido, pero creo que sí. En el fondo, yo no debería ser tan curiosa.

Esta mañana me acosté en la cama de Peter, después de echarlo de allí. Estaba furioso, pero no me importa. Ya es hora de que se muestre un poco más amable conmigo; anoche le regalé una manzana.

Le he preguntado a Margot si me encuentra fea. Ella me ha dicho que tengo una expresión muy divertida y ojos bonitos. Bastante vaga su respuesta, ¿no te parece?

Hasta la próxima.

Ana Frank

P.D. Esta mañana todos hemos pasado por la balanza. Margot pesa 60 kilos, mamá 62, papá 70, Ana 43, Peter 67, la señora Van Daan 53, el señor Van Daan 75. En estos tres meses he subido 8 kilos ¡Mucho! ¿no?

Martes 20 de octubre de 1942

Querida Kitty:

Aún me tiembla la mano, aunque ya han pasado dos horas desde aquel susto. En el edificio hay cinco extintores de incendios. Los de abajo, no avisaron que el carpintero tenía que venir a recargar los aparatos; estábamos al corriente, pero no que era para hoy. Sucedió que ninguno de nosotros estaba haciendo intento alguno de permanecer en silencio. De pronto oí desde el rellano fuertes martillazos del otro lado de nuestra puerta armario. Inmediatamente pensé en el carpintero y le avisé a Bep, que comía con nosotros, para que no bajase. Papá y yo nos hicimos cerca a la puerta para escuchar cuando el hombre se fuera. Después de haber trabajado unos quince minutos, dejó su martillo y sus otras herramientas sobre nuestro armario (así lo creímos) y golpeó a nuestra puerta. Todos palidecimos. ¿Había oído algo y quería examinar aquella armazón misteriosa? Seguramente así fue, porque golpeaba, tiraba, empujaba sin parar.

Aterrorizada, casi me desmayo pensando que aquel hombre, que nos era totalmente extraño, iba a descubrir nuestro hermoso escondite. Y en el preciso instante en el que creí llegaba mi última hora, oí la voz del señor Kleiman diciendo:

—¡Abran, soy yo!

Le abrimos inmediatamente. ¿Qué había sucedido? Resulta que se le había trabado el gancho que sujeta la puerta del armario, por eso, nadie pudo prevenirnos de la hora de los trabajos del carpintero.

El carpintero se había ido y el señor Kleiman, al venir a buscar a Bep, no lograba abrir la puerta-armario. ¡Qué alivio! Pensé, porque aquel tipo que imaginé, estaba dispuesto a entrar en nuestro refugio

mientras adquiría proporciones cada vez más formidables; a la larga, se había transformado en un verdadero gigante y en el fascista más fanático en mi imaginación. Bien, afortunadamente ya todo había pasado.

El día lunes nos divertimos mucho. Miep y Jan pasaron la noche con nosotros. Margot y yo dormimos con papá y mamá, con el fin de dar nuestro lugar a la pareja. Comimos demasiado bien. El festín fue interrumpido por un cortocircuito causado por la lámpara de papá. ¿Qué hacer? Había otros tapones en la casa, pero la caja con repuestos se encuentra en el fondo del almacén, por eso, dar con él en la oscuridad era complicado. Los hombres decidieron, sin embargo, arriesgarse y después de diez minutos pudimos apagar las velas.

Hoy madrugué mucho, Jan ya estaba vestido. Debía irse a las ocho y media. Miep se estaba cambiando, solo tenía las enaguas cuando entré. Usa lo mismo que yo para montar en bicicleta. Bajó a la oficina después de un buen desayuno en familia, encantada de librarse del trayecto en bicicleta, porque llovía a torrentes.

Hice las camas con papá y luego me aprendí la conjugación irregular de algunos verbos en francés. ¡Soy muy aplicada! ¿Verdad? Margot junto con Peter estaban leyendo en nuestra habitación y Mouschi se había hecho al lado de Margot en el diván. Después de terminar mis actividades me fui con ellos y me puse a leer.

La semana próxima, Bep vendrá a pasar una noche con nosotros.

Tu Ana

Jueves 29 de octubre de 1942

Querida Kitty:

Estoy preocupada; papá está enfermo. Tiene muchos granos y fiebre alta; se diría que es viruela. ¡Cómo te imaginarás, no podemos ir a buscar un médico! Mamá se esfuerza por bajarle la fiebre. Esta mañana Miep nos contó que el departamento de los Van Daan en la Zuider-Amstellaan, fue saqueado. Todavía no se lo hemos dicho a la señora Van Daan, ya que anda muy nerviosa en estos últimos tiempos; no tenemos ganas de oír sus quejas con respecto a su hermosa vajilla y a las lindas sillitas que dejó allí.

Nosotros también nos vimos obligados a abandonar casi todo lo que era bonito. ¡Nada se logra con lamentarse!

Papá quiere que lea algunos libros para personas mayores. Me ha traído del armario grande las tragedias de Goethe y de Schiller; va a leerme algunas páginas cada noche. Ya hemos comenzado con DON CARLOS. Para seguir el buen ejemplo de papá, mamá me ha puesto en las manos su libro de rezos. He leído algunas plegarias en alemán, para complacerla; son hermosas, pero no me dicen gran cosa. ¿Por qué me obliga ella a exteriorizar sentimientos religiosos? Mañana encenderemos la estufa por primera vez. ¡Cómo vamos a ahumarnos!, pues hace tanto tiempo que no se deshollina. ¡Ojalá ese artefacto funcione!

Tu Ana.

Lunes 2 de noviembre de 1942

Querida Kitty:

El viernes vino Bep. La pasamos bien, pero ella no logró dormir ya que había bebido demasiado vino. Por lo demás, nada raro ocurrió. Ayer estuve con dolor de cabeza y me acosté temprano. Margot está de nuevo fastidiosa.

Esta mañana ordené la oficina, levanté un fichero que se había caído y tenía todas sus piezas mezcladas. Como no estaba tan sencillo le pedí ayuda a Margot y a Peter, pero no quisieron los muy flojos. Así que lo guardé tal cual, porque sola no lo haré. ¡Soy tonta, pero tampoco tanto!

Tu Ana

P.D. He olvidado decirte la importante noticia de que tal vez pronto me llegue la regla. Lo noto porque he sentido últimamente una sustancia extraña en mi ropa interior y mamá ya me lo dijo. Apenas puedo esperar. ¡Para mí, esto es muy importante!

22 de enero de 1944

Ya no podría escribir algo así.

Ahora que leo mi diario después de año y medio, me sorprende que alguna vez haya sido tan niña e ingenua. Me doy cuenta de que por más que lo desee, ya no seré más así. Mis estados de ánimo, las cosas que digo acerca de Margot, de mamá y papá, todavía las entiendo como si las hubiera escrito ayer. Pero esa manera desvergonzada de escribir acerca de otras cosas, ya no las comprendo. He descrito algunos temas de una forma poco elegante, ¡Pero ya basta de lamentarme!

Lo que también comprendo es cómo extraño a Moortje y el deseo de tenerlo conmigo. Últimamente he sentido un gran deseo de confianza, afecto y cariño. Este deseo es fuerte y siempre está ahí.

Jueves 5 de noviembre de 1942

Querida Kitty:

Al fin los ingleses han tenido victorias en África y Stalingrado aún no ha caído, de modo que los hombres de la casa están felices. Así que en la mañana tomaron café y té. No ha pasado nada más importante.

Esta semana me he dedicado a leer, así seguro llegaré lejos... Mamá y yo nos entendemos bastante mejor, aunque aún no nos tenemos la suficiente confianza. Y papá, aunque sé que me oculta algo, siempre es tan bueno.

La estufa lleva varios días encendida y la habitación ya se encuentra llena de humo. Yo prefiero la calefacción central y sé que no soy la única. A Margot sólo puedo decirle que es una persona desagradable; me estresa bastante.

Ana Frank

Sábado 7 de noviembre de 1942

Querida Kitty:

Mamá está muy nerviosa, eso para mí es peligro. ¿Es en realidad extraño que papá y mamá reprendan a Margot, pero que a mí me regañen con frecuencia? Anoche, por ejemplo, Margot estaba leyendo un libro ilustrado con dibujos hermosos; como se había levantado y abandonado la habitación, dejó su libro con el fin de reanudar su lectura tan pronto como volviera. Yo no tenía nada especial que hacer en ese momento, así que lo tomé para mirarlo. A su regreso, Margot vio que yo tenía su libro, frunció el ceño y me pidió que se lo regresara. Yo quería leer un instante más. Margot se enfadó mucho y mamá intervino:

—Margot está leyendo ese libro. ¡Debes dárselo!

Papá notó, sin embargo, el gesto de víctima de Margot y gritó:

—¡Querría verte a ti si Margot se pusiera a ver uno de tus libros!

Yo cedí inmediatamente y después de haber dejado el libro, salí de la habitación, “humillada”, según la expresión de papá. No se trataba de sentirme humillada, ni de estar enojada. Estaba simplemente triste.

No me pareció justo que papá me regañara sin preguntar la causa de nuestra discusión. Yo misma habría devuelto el libro a Margot mucho antes, si papá y mamá no se hubiesen metido, en cambio, se pusieron enseguida de parte de mi hermana, como si ella fuera la víctima de algo muy injusto. Mamá protege a Margot, ellas se protegen siempre mutuamente. Estoy tan acostumbrada a esa situación que me he vuelto indiferente a las palabras de mamá y a la irritabilidad de Margot. Yo las quiero, pero sólo porque son mi familia. En cuanto a papá es otra cosa. Me entristece cada vez que él demuestra su preferencia por Margot, cada vez que aprueba sus actos, que la colma de elogios y de caricias. Porque yo adoro a papá. No quiero a nadie más tanto como a él.

¡Margot es siempre la más inteligente, la más amable, la más bella y la mejor! Pero, no obstante, yo tengo un poco de derecho a ser tomada en serio. Siempre he sido el payaso de la familia, constantemente se me trata de insoportable, siempre he tenido que pagar dos veces por lo que hago: primero al recibir los regaños y luego por el desespero que siento.

Ya no puedo soportar ese aparente favoritismo. Espero de papá algo que él no es capaz de darme. No estoy celosa de Margot. No envidio su belleza ni su inteligencia. Todo lo que pido es el amor de papá, su afecto verdadero no solamente a su hija, sino a Ana.

Intento aferrarme a papá porque él es el único que mantiene en mí los últimos sentimientos de familia. Papá no quiere entender que a veces necesito desahogarme acerca de mamá. Se niega a escucharme, me evita cuanto quiero hablarle en relación a los defectos de ella. Más que todo lo demás, es mamá, con su carácter y sus faltas, quien genera un peso sobre mi corazón. Ya no sé qué actitud adoptar, no puedo decirle que es desordenada, sarcástica y dura y, sin embargo, no puedo soportar que siempre se me acuse. En todo somos distintas y chocamos. Yo no juzgo el carácter de mamá, porque no me corresponde juzgarla; pero la comparo con la imagen que me he forjado, ella no es lo que espero de una madre. Me es necesario, cumplir yo misma con esa función. Me he alejado de mis padres, todo eso porque he concebido un ejemplo ideal de madre y esposa que en nada se asemeja a ella, a quien estoy obligada a llamar mamá.

Siempre me propongo pasar por alto los defectos de mamá, no ver más que sus cualidades y tratar de encontrar en mí lo que busco en ella. Más no he podido hacerlo, y lo desesperante es que ni papá ni mamá sospechan lo que me ocurre y yo no apruebo eso. ¿Hay padres capaces de dar entera satisfacción a sus hijos? En ocasiones se me ocurre que Dios quiere ponerme a prueba, no sólo ahora sino siempre, debo hacerme buena mediante mi propio esfuerzo, sin ejemplos, con el fin de ser más adelante una persona fuerte.

¿Quién leerá estas cartas si no soy yo? ¿Quién me consolará más que yo? Porque necesito a menudo consuelo; con mucha frecuencia me faltan las fuerzas, lo que hago no es suficiente. Y no hago mucho. Trato de corregirme, todos los días intento ser mejor.

Me tratan de la manera más incoherente. Un día, Ana es la inteligencia misma, al día siguiente, Ana es una pequeña ignorante que no comprende nada de nada y que cree haber sacado de los libros todo lo que sabe. Ahora bien, ya no soy la niñita consentida, que causa gracia con todo lo que hace. Tengo mi ideal, es decir, tengo varios; tengo ideas y proyectos, aunque todavía no pueda expresarlos.

¡Ah!, cuántas cosas acuden a mi mente de noche, cuando me quedo sola, obligada como estoy durante el día a soportar a quienes me fastidian y se engañan sobre mis intenciones. Por eso vuelvo siempre a mi diario, que es para mí un punto de partida y mi futuro, porque Kitty nunca pierde la paciencia. Yo le prometo que, a pesar de todo, me mantendré firme, recorreré mi camino y me tragaré las lágrimas. Pero, cómo me agradecería ver los resultados, ser alentada, ser animada por alguien que me quisiera.

No me critiques, mírame como a alguien que a veces está a punto de estallar.

Tu Ana

Lunes 9 de noviembre de 1942

Querida Kitty:

Ayer Peter cumplió dieciséis años. A las ocho subí a saludarlo, recibió regalos preciosos, entre otros un juego de mesa, una máquina para afeitarse y un encendedor, él no fuma, o lo hace raramente, pero eso es elegante. El señor Van Daan nos sorprendió grandemente al anunciarnos, a la una de la tarde, que los ingleses habían desembarcado en Túnez, en Argel, en Casablanca y en Orán.

La opinión de todos fue "Es el principio del fin", pero Churchill, el Primer Ministro inglés, dijo: "Este desembarco es un acontecimiento, pero no hay que denominarlo el principio del fin. Yo más bien diría que es el fin del principio". ¿Aprecias la diferencia? No obstante, podemos ser optimistas. Stalingrado, que los alemanes tienen en mira desde hace tres meses, sigue sin caer en sus manos. Para hablar nuevamente del anexo, voy a describirte cómo nos aprovisionamos. Como sabes hay unos glotones en el piso de arriba. El pan nos lo trae un amable panadero que el señor Kleiman conoce bien. No contamos con tanto pan como era antes en casa, pero es suficiente. Compramos clandestinamente tarjetas de racionamiento, cuyos precios suben constantemente de 27 a 33 florines, ¡todo ello por un trozo de papel impreso! Además de nuestras latas de conservas hemos comprado 135 kilos de legumbres secas, que no están destinadas a nosotros solos; es también para el personal de la oficina.

Estas legumbres fueron colocadas en bolsas que se colgaron en nuestro pequeño corredor, detrás de la puerta-armario. El peso hizo reventar algunas costuras. Decidimos, pues, alinear nuestras provisiones de invierno en el desván y confiar a Peter la tarea de llevarlas. Cinco de las seis bolsas habían llegado a destino sin inconvenientes, Peter estaba subiendo la sexta, cuando la costura se abrió y dejó caer desde lo alto de la escalera una lluvia, mejor dicho, una granizada de frijoles. Como contenía alrededor de 25 kilos, aquella bolsa derramó su contenido con un estrepitoso ruido infernal. En la oficina imaginaban ya que la casa iba a hundirse. Asustado durante un instante, Peter no tardó en comenzar a reír al verme al pie de la escalera, tal como una isla cubierta por las olas de frijoles que me cubrían. Nos pusimos a recogerlos, pero los frijoles son tan pequeños y tan lisos, que siempre quedan algunos en todos los rincones posibles e imposibles. A raíz de este accidente, ya no pasamos por la escalera sin recoger algún frijol, que luego llevamos a la señora Van Daan.

Casi me había olvidado de decirte lo más importante: papá se ha recuperado completamente del malestar que tenía.

Tu Ana

P.D. La radio acaba de anunciar que Argel ha caído. Marruecos, Casablanca y Orán están, desde hace algunos días, en manos de los ingleses. Ahora solo falta la noticia de Túnez.

Martes 10 de noviembre de 1942

Querida Kitty:

¡Una gran noticia! ¡Vamos a recibir a una persona más en nuestro escondite! Sí, es verdad, siempre habíamos pensado que era posible albergar y alimentar a otra persona, pero temíamos abusar de la responsabilidad de Kugler y Kleiman. A raíz de las crecientes persecuciones de que son objeto los judíos, papá decidió tantear el terreno; nuestros dos protectores estuvieron inmediatamente de acuerdo:

—El peligro para ocho es el mismo que para siete — dijeron con mucha lógica.

Nos pusimos entonces de acuerdo; pasamos revista a nuestro círculo de amigos. Buscábamos a alguien que estuviera solo y se adaptara bien a nuestra vida. No fue difícil encontrar uno. En el transcurso del debate y después de que papá rechazó ciertas proposiciones de los Van Daan en favor a miembros de su familia, por fin se pusieron de acuerdo sobre el elegido: un dentista, llamado Alfred Dussel, cuya esposa era cristiana, una mujer joven y agradable. Nosotros no habíamos tenido con él más que un trato superficial, pero sabíamos que era un hombre tranquilo y capaz de congeniar con nosotros. Como Miep lo conoce, le encargamos de comunicar a Alfred Dussel que hay un escondite para él y organizar lo demás. En el caso de que acepte, él compartirá el dormitorio conmigo y Margot tendría que dormir con mis padres. Le pediremos que traiga algo para comer.

Tu Ana

Jueves 12 de noviembre de 1942

Querida Kitty:

Vino Miep a decirnos que Dussel ha aceptado encantado, ya que estaba en búsqueda de un escondite. Ella insistió en que se preparara lo más rápidamente posible, con preferencia para el sábado. Pero él se negó, tenía que poner sus cosas en orden y arreglar sus cuentas; y aún debía atender a dos clientes. Miep ha venido esta mañana para ponernos al corriente de este retraso eventual. No nos agrada prolongar el plazo, ya que todos esos preparativos exigen de parte de Dussel explicaciones a personas que nosotros preferimos no incluir en el asunto, Miep le insistió en que venga el sábado. Pero no, Dussel se ha negado diciendo que vendrá el lunes. Me parece curioso que no haya aceptado de una vez la propuesta. Si lo atraparan en la calle no podría atender a sus pacientes ni ordenar sus cosas. ¿Para qué retrasar el asunto? Opino que papá ha cometido un error al ceder.

Ninguna otra novedad.

Tu Ana

Martes 17 de noviembre de 1942

Querida Kitty:

Dussel ha llegado. Todo salió bien. Miep le había dicho que tenía que encontrarse a las once de la mañana frente a la oficina de correos, donde, en un lugar acordado, un señor lo esperaría para acompañarlo. Fue puntual a la cita. Dussel vio que se le acercaba el señor Kleiman, a quien también conocía, el cual le rogó que pasara por la oficina a ver a Miep, pues la persona que debía conducirlo había tenido un impedimento. Kleiman tomó el tranvía para volver a la oficina, en tanto que Dussel seguía el mismo camino a pie, para llegar allí a las once y veinte. Llamó a la puerta, Miep le ayudó a quitarse el abrigo, sobretodo de cierta manera para ocultar la estrella y lo introdujo en la oficina privada, donde Kleiman lo mantuvo hasta que se fue la mujer encargada de la limpieza. Con el pretexto de que se necesitaba la oficina privada, Miep hizo subir a Dussel, abrió el armario giratorio y entró a nuestra casa de atrás.

Nosotros, sentados con los Van Daan alrededor de la mesa, aguardábamos a nuestro invitado con café y coñac. Miep lo hizo entrar primero en la sala; él reconoció enseguida nuestros muebles, pero no se imaginaba que estábamos arriba. Cuando Miep se lo dijo, estuvo a punto de desmayarse, pero ella no le dio tiempo y le mostró el camino. Dussel se dejó caer en una silla, nos miró sin poder pronunciar una palabra, como si tratase de asimilar tantas sorpresas juntas. Luego, tartamudeó:

—Pero... ¿ustedes no estaban en Bélgica? ¿No vino un militar en el auto? ¿la huida? ¿no es logrado? Nosotros le explicamos toda la historia del oficial y del auto y cómo habíamos hecho correr ese rumor para despistar a los curiosos, sobre todo a los alemanes, que habrían vuelto a buscarnos tarde o temprano. Dussel quedó sorprendido ante tanto ingenio, su mirada se paseó de nuevo de un lado al otro, nos rogó que le dejásemos ver de más cerca nuestro suntuoso pequeño lugar tan práctico. Después de haber terminado la comida con nosotros, se fue a dormir un poco, y luego, después de tomar una taza de té, se dedicó a ordenar sus cosas, que Miep trajo antes de su llegada, comenzando a sentirse un poco en su casa, sobre todo cuando le entregaron el reglamento del escondite (redactado por el señor Van Daan):

PROSPECTO Y GUÍA DE LA CASA DE ATRÁS

Establecimiento especial para la permanencia provisional de ju-
díos y demás.

Abierto todo el año.

Sitio aislado, libre de vegetación, en el corazón de Ámsterdam.
Vecinos excluidos. Se llega con los tranvías 13 y 17, o bien con un
coche o una bicicleta. En caso de prohibición por los alemanes de
estos medios de transporte, se puede llegar a pie.

Alquiler: gratuito.

Régimen: sin materias grasas.

Cuarto de baño: con agua corriente. (Que lamentablemente tam-
bién corre por algunas paredes). Amplio espacio reservado a las
mercancías de cualquier clase.

Posee un receptor de radio, con transmisiones directas de Lon-
dres, Nueva York, Tel Aviv y muchos otros lugares. Este aparato
sólo puede usarse después de las dieciocho horas; no se prohíbe
sintonizar las estaciones alemanas, siempre que éstas transmitan
música clásica o cosa semejante.

Horas de descanso: De veintidós a ocho de la mañana. El domingo
hasta las diez y cuarto. En razón de las circunstancias, se observan
también las horas de descanso diurno indicadas por la dirección.
¡En interés común, cada cual debe respetar estrictamente las horas
de descanso prescritas!

Idiomas extranjeros: Sea quien sea, les ruego hablar en voz baja
y en una lengua civilizada; es decir que queda excluido el alemán.

Cultura física: Todos los días. Vacaciones... Prohibición de aban-
donar el lugar hasta nueva orden. Lecciones: Una lección de taqui-
grafía por semana, inglés, francés, matemáticas e historia a toda
hora.

Horas de comida: El desayuno, todos los días, excepto los festi-
vos, a las nueve de la mañana. Domingos y feriados: hasta las once
y media. Almuerzo: Parcial o completo, de trece y cuarto a trece y
cuarenta y cinco.

Cena: Caliente o fría, sin hora fija, en razón de las transmisiones
radiales. Obligaciones con el Comité de reaprovisionamiento: Estar
siempre dispuesto a secundar a nuestros protectores en las tareas
de oficina.

Baños: La tina está a disposición de quienes la soliciten, los domingos a partir de las nueve. Se puede hacer aseo personal en el baño, en la cocina, en la oficina privada o en la oficina de adelante, a elección.

Bebidas alcohólicas: Bajo prescripción médica solamente. Fin.

Tu Ana

Jueves 19 de noviembre de 1942

Querida Kitty:

Como lo creíamos, Dussel es una persona muy agradable. Por supuesto, estuvo de acuerdo en compartir conmigo el dormitorio; no me entusiasma demasiado convivir de esa manera con un extraño, pero es necesario que cada uno haga lo suyo y yo soporto de buena gana este pequeño sacrificio. «Todas esas cosas carecen de importancia cuando podemos salvar a alguien», dice papá con razón.

Desde el primer día de estancia, Dussel me ha preguntado muchas cosas, por ejemplo: a qué hora venía la asistenta o señora del servicio, cómo nos arreglábamos para el baño y las horas de acceso al baño. No hay que reírse, aunque suene gracioso: todo eso no es simple en un escondite. Durante el día no se puede llamar la atención, con el fin de evitar que nos oigan desde la oficina, sobre todo si hay alguien de afuera, como la mujer que hace la limpieza: en ese caso, todas las precauciones son pocas. Yo se lo he explicado todo lo más claramente posible, pero es un poco lento de comprensión; repite cada pregunta dos veces y no retiene las respuestas. Confío en que eso pasará. Probablemente aún no se ha amoldado a un cambio tan duro. Por lo demás, parece que las cosas marchan.

Dussel nos ha hablado sobre el mundo exterior, del que nosotros no formamos parte desde hace tanto tiempo. Sus relatos son tristes. Muchos amigos han desaparecido esperándoles un terrible destino. No hay noche en que los coches militares verdes o grises no recorran la ciudad; los alemanes llaman a todas las puertas para verificar si hay judíos. Si los encuentran, embarcan inmediatamente a toda la familia; si no, llaman a la puerta siguiente.

Los que no se ocultan, no escapan a su suerte. En ocasiones, los alemanes se dedican a eso sistemáticamente, lista en mano, golpeando a las puertas tras las cuales, piensan, les aguarda un rico botín. A veces se les paga un rescate, a tanto por cabeza, como en los mercados de esclavos de antaño. Es demasiado trágico, no hay que tomarlo en broma.

Por la noche, veo a menudo a esas pobres personas desfilar en caravanas, gente inocente, con sus hijos llorando, arrastrados por algunos que los azotan y los torturan hasta hacerlos caer. No respetan a nadie, ni a los viejos, ni a los niños, ni a las mujeres embarazadas, ni a los enfermos, todos deben marchar hacia su muerte. Que bien estamos nosotros aquí, bien y tranquilos. Podríamos cerrar los ojos ante toda esa miseria, pero pensamos en los que nos eran queridos y para los cuales tememos lo peor, sin poder ayudarlos. En mi casa, bien abrigada, me siento menos que nada cuando pienso en las amigas que más quería, arrancadas de sus hogares. Me da miedo pensar que aquellos que estaban tan próximos a mí se hallen ahora en manos de malvados verdugos.

Por la única razón de ser judíos.

Tu Ana

Viernes 20 de noviembre de 1942

Querida Kitty:

Ninguno de nosotros sabe ya cómo actuar. Hasta ahora, las noticias sobre los judíos llegaban a montones y habíamos resuelto mantener nuestra moral conservando en todo lo posible el buen humor. Cuando a Miep se le escapaba una mala noticia acerca de alguno de nuestros amigos, mamá y la señora Van Daan se echaban a llorar, de manera que Miep prefirió no contar nada más. Pero Dussel, acribillado a preguntas, nos ha contado tantas historias horribles que no nos es posible olvidarlas tan pronto. Sin embargo, esto terminará por pasar también y necesariamente volveremos a los chistes y las bromas. De nada sirve quedarse con tanta mala noticia e historias, no será beneficioso ni para nosotros ni para los que están en peligro. Convertir al escondite en un lugar triste no

tiene ningún sentido. A todo esto, se añade otra tragedia, pero que es de naturaleza completamente personal, y de la que no debería pensar al lado de las que acabo de contar. Sin embargo, no puedo dejar de decirte que cada vez me siento más triste y sola, que noto que el vacío crece en mí. Antes los amigos y diversiones no me dejaban tiempo para pensar en estas cosas. En la actualidad, tengo la cabeza llena de cosas tristes, cuanto más ahondo, más me doy cuenta de que, por querido que me sea, papá nunca podrá reemplazar a mis amigos y a ese mundo que quedó atrás.

Pero, ¿por qué sentirme mal con cosas tan tontas? Soy demasiado ingrata, Kitty, lo sé, ¡pero como me regañan siempre, solo puedo pensar en esas cosas tristes!

Tu Ana

Sábado 28 de noviembre de 1942

Querida Kitty:

Hemos gastado demasiada luz, excediendo nuestra cuota. El resultado ha sido la más grande economía en el consumo de la luz y la perspectiva de que nos corten la corriente. ¡Quince días! ¿Qué te parece? Pero tal vez no ocurra eso. Se pone bastante oscuro a partir de las cuatro o de las cuatro y media y ya no podemos leer. Matamos el tiempo con actividades tales como adivinanzas, cultura física, hablar inglés o francés, criticar libros y a la larga nos cansamos. Desde anoche, tengo algo nuevo, miro hacia las habitaciones iluminadas de nuestros vecinos. Durante el día, no nos está permitido correr las cortinas ni un centímetro, pero por la noche no veo ningún peligro.

No sabía que los vecinos fueran gente tan interesante, al menos los nuestros. He sorprendido a una pareja en el momento de sentarse a comer, más allá, toda una familia asistía a la proyección de una nueva película y al dentista de enfrente que atendía a una anciana terriblemente asustada. A propósito, el señor Dussel, que tenía reputación de querer a los niños, se revela un educador del más viejo estilo y predica largamente sobre urbanidad. Como yo tengo la rara suerte de compartir mi alcoba, demasiado pequeña, con el honorable pedagogo y como se me considera la más mal

educada de los tres jóvenes, no sé cómo esquivar sus reprimendas y sus sermones y termino por no escuchar lo que dice. Si la cosa quedara ahí, sería soportable. pero el estimado señor es un soplón y siempre va con mamá a contar todo. Primero me dejo atrapar por él y enseguida viene el remate de mamá. Si el día es especialmente fatídico, la señora Van Daan me llama cinco minutos después para hacerme responder también.

En realidad, no es fácil ser la figura central «mal educada», de una familia de entrometidos que viven en un escondite.

Por la noche en la cama, pasando revista a los numerosos pecados y faltas que según ellos cometo, me pierdo de tal manera en ese montón de acusaciones, que o me echo a reír o me pongo a llorar, según mi estado de ánimo. Y enseguida me duermo con la extraña sensación de querer ser otra persona, o hacer otra cosa de lo que quiero, o ser diferente a lo que quiero o soy.

¡Por Dios!, Ni yo me entiendo, tú tampoco desde luego, discúlpame por esta confusión, pero no me gusta tachar y la falta de papel nos prohíbe romperlo. Sólo puedo decirte que no releas la frase y, sobre todo, que no trates de profundizar en ella, porque no llegaras a entender.

Tu Ana

Lunes 7 de diciembre de 1942

Querida Kitty:

Este año Januká y San Nicolás han caído casi para la misma fecha; apenas un día de diferencia. Para la fiesta de Januká, no hemos preparado muchas cosas, algunas golosinas solamente y, sobre todo las velitas. Debido a la escasez de velas, solo podemos encenderlas durante diez minutos, pero esto si va acompañado del cántico, con eso es suficiente. El señor Van Daan fabricó un candelabro de madera, así que también lo tenemos.

La noche de San Nicolás, el sábado, fue mucho más linda. Bep y Miep habían llamado nuestra atención, murmurando todo el tiempo con papá y sospechábamos que algo se preparaba. Y así fue, a las ocho de la noche todos bajamos por la escalera de madera pasando por un oscuro corredor, (Yo estaba aterrada y añoraba mi

escondite), llegando a un pequeño cuarto que por cierto no tiene ventanas, así que pudimos encender la luz eléctrica tras lo cual papá abrió el gran armario.

Todo el mundo exclamó:

¡Oh, qué bonito!

En el rincón había una gran cesta adornada con papeles alusivos a San Nicolás y sobre ellos, una máscara de Pedro el Negro.

Nos apresuramos a llevar la cesta arriba. Cada uno encontró en ella un regalo acompañado de un poema para la ocasión, de acuerdo con la costumbre holandesa. Yo recibí un bizcocho en forma de muñeca cuya falda era una cómoda bolsita; papá, un sujetador de libros, etc. Todos los regalos eran muy ingeniosos y divertidos, hasta entonces nunca habíamos celebrado la fiesta de San Nicolás, por ser la primera vez, fue todo un éxito.

Tu Ana

P.D. También teníamos regalos para nuestros amigos del primer piso. ¡Todas esas cosas bonitas que fueron de los tiempos buenos! Supimos que el Sr. Voskuil fabricó él mismo sus obsequios para papá y el Señor Van Daan.

¡Es maravilloso lo que alguien puede hacer con sus manos!

Jueves 10 de diciembre de 1942

Querida Kitty:

El señor Van Daan ha trabajado siempre con embutidos en general, carnes y especias. Fue tomado en las oficinas de papá precisamente por su experiencia, lo que no nos cae nada mal.

Hemos encargado mucha carne (clandestinamente, desde luego), para hacer conservas, teniendo en cuenta los tiempos difíciles. El señor Van Daan quería hacer salchicha, longaniza y salchichón. Era curioso ver las tripas transformarse en salchichas, después de haber sido picada y repicada y sazonada con todos los ingredientes. Inmediatamente las probamos en el almuerzo con chucrut. Pero las longanizas, que eran para conservar, van a ser puestas a secar en el techo, colgadas de un palo con hilo.

Cada uno de nosotros al entrar en la habitación y ver la exposición de longanizas frescas, se echó a reír. No era para menos. La habitación resultaba irreconocible.

Cubierto con el delantal de su mujer, que lo hacía aún más voluminoso, el señor Van Daan se afanaba con la carne: sus manos cubiertas de sangre, la cara roja y el delantal manchado, le daban el aspecto de un verdadero carnicero. La señora se ocupaba de todo a la vez: aprender su lección de holandés, cuidar la sopa y mirar a su marido, suspirando y gimiendo de dolor al acordarse de su costilla rota. ¡Así aprenderá a no hacer, a su edad, ejercicios idiotas de cultura física! ¡Todo eso para afinar un poco su grueso trasero!

Dussel con su ojo inflamado ponía compresas de manzanilla. Papá había colocado su silla en el delgado rayo de sol que se filtraba por la ventana; se tropezaba con él de vez en cuando; sin duda, el reumatismo lo hacía sufrir, porque parecía un viejo encorvado, mirando con irritación los dedos del señor Van Daan.

Peter hacía acrobacias con su gato; mamá, Margot y yo estábamos pelando papas. Pero finalmente, nadie hacía bien las cosas, ya que todos estábamos pendientes del señor Van Daan.

Dussel ha abierto un nuevo consultorio odontológico. Por si te divierte, voy a contarte cómo ha sido.

Mamá se encontraba planchando, cuando la señora Van Daan se ofreció como primera paciente. Se sentó en medio de la habitación, con gesto importante. Dussel abrió su estuche y sacó sus instrumentos, pidió agua de colonia como desinfectante y vaselina en reemplazo de cera.

Miró el interior de la boca de la señora, tocó un diente o un molar, lo que la hizo estremecerse como si fuera a morir de dolor, en tanto lanzaba exclamaciones incoherentes. Tras un largo examen (según ella, aunque no duró más de dos minutos) Dussel empezó a hurgar en una caries. Pero no pudo seguir. La señora tomada de improviso, agitó brazos y piernas hasta que Dussel soltó bruscamente su pequeño gancho, ¡Que quedó prendido de la muela de la señora! ¡Entonces ahí sí que empezó un tremendo espectáculo! La señora lanzó los brazos en todas direcciones, gritando y llorando (en la medida de lo posible, con tal instrumento en la boca) e intentando arrancar el pequeño gancho, que se había hundido todavía más. Muy tranquilo, el señor Dussel observaba la escena con los brazos en la cintura. Los demás espectadores estábamos muertos de la

risa. Esto era tonto, pues estoy segura de que yo hubiera chillado más fuerte que ella. Después de muchos golpes, gritos y llantos, la señora terminó por arrancarse el gancho, ¡y el señor Dussel continuó su trabajo como si nada hubiera sucedido! Se desempeñó tan rápidamente, que la señora no tuvo tiempo de volver a lo mismo, gracias a sus dos ayudantes, el señor Van Daan y yo. Todo ello me hizo pensar en un grabado medieval que lleva esta leyenda: «cudandero trabajando». Por fin, a la señora se le acabó la paciencia; tenía que atender su sopa y el resto de la comida.

De una cosa estoy segura, ya no se ofrecerá tan rápido para hacerse otro tratamiento.

Tu Ana

Domingo 13 de diciembre de 1942

Querida Kitty:

Estoy cómodamente instalada en la oficina principal, puedo mirar hacia afuera por la rendija de la espesa cortina. Aunque ya está anocheciendo, tengo todavía bastante luz para escribirte. Resulta extraño ver pasar a la gente, me parece que todos tienen prisa y que a cada instante van a chocar contra sus propios pies. En cuanto a las bicicletas, ¡Estas van muy rápido! ni siquiera puedo distinguir quien va en ella. La gente de este barrio no tiene buen aspecto, en especial los niños, que están muy sucios, yo no los tocaría. Verdaderos hijos de la pobreza, con la nariz siempre sucia. Y no entiendo lo que dicen.

Ayer en la tarde, cuando Margot y yo tomamos aquí nuestro baño, le dije:

—¿Qué pasaría si pudiéramos atrapar a esos chicos que pasan por aquí, con una caña de pescar y uno detrás de otro darles un baño, lavarlos, cepillarlos, coserles la ropa y dejarlos enseguida donde estaban?

Margot me interrumpió:

—Los verías mañana igual de sucios y con la ropa nuevamente rota.

Pero sí digo tonterías, hay otras cosas que ver: autos, barcos y la lluvia. Me gusta, en particular, escuchar el tranvía y a los niños

pasar.

Nuestros pensamientos varían tan poco como nosotros mismos. Forman un círculo perpetuo, que va de los judíos a los alemanes y de los alimentos a la política. Entre paréntesis, hablando de judíos, ayer por entre las cortinas, vi pasar a dos, yo me sentía extraña, tenía la sensación de que estaba traicionando a esa gente y que estaba esperando a espiar su desgracia.

Exactamente delante de nosotros hay un barco habitado por un barquero y su familia, con su perrito, no conocemos del perro más que sus ladridos y su colita en lo alto, que divisamos sobresaliendo cuando él da vueltas por el barco.

¡Ay! Ahora que la lluvia persiste, la mayoría de la gente se ha escondido bajo su paraguas. No veo más que impermeables y a veces una cabeza debajo de un gorro. Casi no vale la pena ver más a nadie. Ya he visto bastante a esas mujeres abotargadas por las papas, vestidas con un abrigo verde o rojo, con los tacones gastados y la bolsa al brazo. Algunas tienen el rostro bondadoso, otras se muestran gruñonas, supongo depende del humor de sus maridos.

Tu Ana

Martes 22 de diciembre de 1942

Querida Kitty:

La casa de atrás ha recibido la buena noticia de que para la Navidad tendremos cada uno un cuarto de kilo de mantequilla extra. El periódico anuncia un cuarto de kilo, pero esa ración está reservada a los privilegiados que obtienen sus cupones del Estado y no a los judíos ocultos que sólo pueden pagar cuatro cupones en vez de ocho y que son ilegales. Todos vamos a cocinar con nuestra ración de mantequilla.

Esta mañana he preparado galletas y dos tortas. Hay mucho que hacer arriba, por eso mamá me ha dicho que no debo realizar mis tareas o leer, hasta que se haya terminado todo el trabajo de casa. La señora Van Daan guarda cama a causa de su costilla lastimada, se queja todo el día, hace que le cambien sus vendajes en todo momento y no se contenta con nada. Me alegraré cuando la vea de pie siendo ella misma. Hay que reconocer que es muy activa

y ordenada; mientras goza de buena salud física y mental, es una buena persona.

Durante el día me insisten con el «¡shisf, shisf!» para que no haga ruido, mi compañero de habitación se permite también hacerme «¡shisf, shisf!» durante la noche. Es que ya no tengo ni el derecho de darme vuelta en la cama. Me niego a hacerle caso, tengo la firme intención de devolver un «shisf» la próxima vez.

Me hace enojar mucho, sobre todo el domingo, cuando enciende la luz temprano para hacer gimnasia durante diez minutos y aunque solo dura eso, me parecen a mí horas, porque desplaza constantemente las sillas que coloco a la cabecera de mi cama para alargarla. Después de haber terminado sus ejercicios, agitando violentamente los brazos, el caballero empieza a arreglarse, yendo ante la percha para buscar sus calzoncillos, lo mismo para su corbata, que siempre olvida sobre la mesa y que para ir donde ella se choca contra todo.

Pero mejor no te aburro con mis lamentos, mis quejas no cambiarán las cosas. En cuanto a mis medios de venganza, tales como desenroscar la lámpara, cerrar la puerta con llave, esconder sus ropas y demás, renuncio a ello para que reine la paz.

¡Me he vuelto muy sensata! Aquí se necesita buen sentido para todo: para estudiar, para callarse, para ayudar, para obedecer y quién sabe para qué más. Temo abusar de mi sensatez ya que de por sí no es demasiada, no quiero que se agote pronto y que no quede nada para después de la guerra.

Tu Ana

Miércoles 13 de enero de 1943

Querida Kitty:

Esta mañana me han interrumpido nuevamente en todo, de manera que no pude hacer nada bien. Tenemos una nueva actividad, llenar paquetes con salsa de carne en polvo, para Gies & Cía.

El señor Kugler no encuentra personas que lo puedan hacer y haciéndolo nosotros le resulta más barato. Es un trabajo similar al de las cárceles, te aburre y hace que te entre una risa algo tonta.

El terror reina en la ciudad, noche y día, transportando a esas pobres personas, que llevan tan solo al hombro una maleta y un poco de dinero. Estos últimos bienes les son quitados en el trayecto, eso dicen. Se separa a las familias, a un lado los hombres, a otro lado las mujeres y a otro lado los niños. Los niños, al volver de la escuela ya no encuentran a sus padres. Las mujeres, al regresar del mercado hallan sus puertas selladas, se encuentran con que sus familias han desaparecido. También les toca a los cristianos holandeses, los cuales sienten temor, pues se llevan a sus hijos obligados a Alemania. Todo el mundo tiene miedo. Todas las noches centenares de aviones vuelan sobre Holanda para bombardear y dejar en ruinas las ciudades alemanas; y a toda hora, millares de hombres caen en Rusia y en África del Norte. Nadie está a salvo, el mundo entero se halla en guerra y aunque los aliados lleven ventaja, todavía no se ve el final.

¿Y nosotros? Nosotros estamos bien, mucho mejor que millones de otras personas. Nosotros estamos seguros y aún nos queda dinero. Somos egoístas que nos permitimos hablar de lo que sucederá “después de la guerra”, regocijándonos pensando en adquirir ropas y zapatos nuevos, cuando deberíamos economizar cada centavo para salvar a los afligidos después de la guerra, o al menos, todo lo que quede por salvar.

Los niños pasean por aquí vestidos con camisas delgaditas y zuecos, sin abrigo, ni gorra, ni calcetines y nadie acude a su ayuda. No tienen nada que comer, si acaso una zanahoria. Abandonan sus casas frías para salir al frío y llegar a su escuela que es más fría aún. Muchos niños detienen a los transeúntes para pedirles alimento. Holanda ha llegado a eso.

Podría seguir hablando de la miseria acarreada por la guerra durante horas y horas, pero eso me desalienta todavía más. No nos queda más que aguantar y esperar el término de estas desgracias. Tanto judíos y cristianos esperan, el mundo entero espera y muchos esperan tan solo la muerte.

Tu Ana

Sábado 30 de enero de 1943

Querida Kitty:

Me da mucha rabia, sin poder demostrarlo. Me gustaría gritar, golpear con los pies, llorar, sacudir a mamá, no puedo soportar de nuevo esas palabras hirientes, esas miradas burlonas, esas acusaciones, como flechas lanzadas por un arco demasiado tenso, que me penetran y que son tan difíciles de retirar. A Margot, a los Van Daan, a Dussel y también a papá, quisiera gritarles ¡Déjenme en paz, déjenme dormir una sola noche sin mojar de lágrimas la almohada, sin esos latidos en mi cabeza y sin que los ojos me ardan! ¡Déjenme irme lejos, déjenme abandonarlo todo! Pero soy incapaz de eso, no puedo mostrar mi desesperación, no puedo dejar ver las heridas que causan en mí. No puedo soportar su lástima o su burlona bondad, eso sí me haría gritar.

Ya no puedo hablar sin que me sienta afectada, ni callarme sin ser ridícula, soy tratada de insolente cuando respondo, de taimada cuando tengo una buena idea, de perezosa cuando estoy cansada, de egoísta cuando como un bocado de más, de estúpida, de apocada, de calculadora, etc. Durante todo el día no oigo más que sus juzgamientos, que soy una chiquilla insoportable; aunque me ría y finja desentenderme, confieso que todo eso me afecta. Tomaría a Dios por testigo y le pediría que me diese otra forma de ser, una personalidad que no provocara tanta ira. Pero es imposible, sé bien que no soy tan mala como pretenden. Hago cuanto puedo por contentar a todo el mundo a mi alrededor; te aseguro que ni sospechan hasta qué punto me esfuerzo, intento reírme a la menor cosa para no darles a entender que estoy con pena.

Más de una vez, después de reproches interminables y poco razonables, le he lanzado a mamá, en la cara un “No me importa lo que tú dices. No te ocupes más de mí. Soy un caso perdido”. A eso seguido me ha respondido que era una insolente, durante dos días me ha ignorado y luego todo es olvidado y me vuelve a tratar como a los demás.

Me es imposible ser un día la chica buena, cariñosa y al otro día permitir que me echen todo su odio en cara. Prefiero mantenerme en un término justo, que desde luego no tiene nada de justo y guardarme para mí mis pensamientos.

Si vuelven a tratarme con desprecio, adoptaré por una vez la misma actitud hacia ellos.

¡Ah, sí sólo pudiera!

Tu Ana

Viernes 5 de febrero de 1943

Querida Kitty:

Hace mucho que no te escribo acerca de las peleas. No significa que éstas hayan disminuido. El señor Dussel se mostró muy afectado por las peleas continuas, pero ahora ha empezado a acostumbrarse, abandonando todo esfuerzo por arreglar las cosas. Margot y Peter son tan aburridos y fastidiosos, que no se deberían incluir entre el grupo de los «jóvenes».

No encajo y oigo a cada momento: —¡Margot y Peter no harían eso! ¿Por qué no eres como tu hermana?

¡No los soporto!

Te confieso que no tengo ninguna intención de ser como Margot. Ella, para mi gusto, es demasiado indiferente y le falta carácter, es la primera que cede en una conversación, está siempre de acuerdo con quien dice la última palabra. ¡Yo, por mi parte, quiero ser más firme de espíritu! Pero estas teorías me las guardo para mí. Se burlarían si las utilizara como defensa.

En la mesa, la atmósfera es muy tensa la mayoría de las veces. Por suerte, los estallidos son interrumpidos en ocasiones por los «toma sopa», es decir, los que vienen a visitarnos y son convidados con un plato de sopa.

Esta tarde, el señor Van Daan ha hecho notar, una vez más, que Margot come muy poco: “Sin duda lo hace para mantener la línea” agregó en tono de burla.

Tomando la defensa de Margot, como de costumbre, mamá dijo: — No puedo seguir soportando sus tonterías.

La señora Va Daan enrojeció; el señor Va Daan miró fijamente por un segundo y no respondió.

A veces nos reímos de cosas que dice alguno de nosotros, pocos días atrás, la señora Van Daan estaba contando acerca de sus recuerdos de juventud, lograba engañar a su padre, había tenido muchos pretendientes, etcétera.

—Y ¿saben ustedes? — prosiguió, —mi padre me aconsejó que dijera a un caballero que se estaba volviendo demasiado intempestivo << ¡Señor, no olvide usted que soy una dama! >>

Nos echamos a reír a carcajadas.

También Peter, aunque es muy callado a veces, suele provocar nuestra risa. Siente pasión por las palabras extranjeras, aun cuando no siempre conozca su significado. Una tarde se prohibió usar el lavabo porque había visitas en la oficina. Pero Peter estaba apurado, así que no apretó la descarga.

Para prevenirnos, dejó una nota en la puerta: «S. V. P. gas». Por supuesto, lo que quería decir era: «Cuidado con el gas», pero pensó que las iniciales quedaban más elegantes. No tenía la más remota idea de que querían decir «por favor».

Tu Ana

Sábado 27 de febrero de 1943

Querida Kitty:

Pim dice que llegará una invasión de un día a otro. Churchill tuvo una pulmonía de la que se restablece lentamente. En la India, Gandhi demuestra, una vez más, su amor por la libertad haciendo huelga de hambre.

La señora dice que es fatalista. Pero ¿quién teme más durante los bombardeos? Nadie más que Petronella Van Daan.

Jan Gies nos ha traído el sermón impreso por los obispos y distribuido entre los fieles de la iglesia. Es bonito y está muy bien escrito: «holandeses, no descanséis, todos están luchando con sus propias armas, por la libertad de la patria, del pueblo y de la religión. Ayudad, sed generosos, y no desfallezcáis». ¡Y eso viene del púlpito! ¿Servirá de algo? Nuestros correligionarios seguramente no podrán ser salvados.

No te imaginas lo que nos ha ocurrido: El propietario vendió este edificio, sin avisar antes a Kugler ni a Kleiman.

Un día vino de visita el nuevo propietario, acompañado de un arquitecto, para examinar la casa. Afortunadamente, el señor Kleiman se encontraba presente, les enseñó toda la casa, salvo nuestra parte, diciéndoles que la llave de esa puerta la tenía en su domicilio. El nuevo propietario no insistió. ¡Con tal de que no vuelvan para echar una ojeada al anexo! ¡Eso sería amargo para nosotros!.

Papá nos regaló un nuevo fichero para Margot y para mí, lo usaremos para los libros que ya hemos leído; cada una anotará el título de los libros, el autor, etc.

He aprendido dos palabras nuevas: "burdel" y "cocotte". Tengo una libreta especial para escribirlas.

Nuevo racionamiento de mantequilla y margarina en la mesa. En cada plato se coloca una pequeña porción. Considero que los Van Daan no realizan un reparto equitativo, pero mis padres temen demasiado las disputas para permitirse decir algo. Yo pienso que a esa gente siempre se le debería pagar con la misma moneda.

Tu Ana

Jueves 4 de marzo de 1943

Querida Kitty:

La señora tiene un nuevo nombre, ahora le llamamos la señora Beaverbrook. Supongo que no entenderás el por qué. Te cuento: en la radio inglesa habla frecuentemente un tal Beaverbrook, acerca de que Alemania es poco bombardeada. La señora Van Daan siempre contradice a todos, hasta a Churchill y al servicio informativo, pero con el locutor de radio está totalmente de acuerdo. Por eso nosotros pensamos que es mejor que se case con aquel señor y al sentirse halagada por eso, le llamamos de esta manera.

Vendrá un nuevo trabajador al almacén. Al antiguo lo mandarán a Alemania. Lo sentimos por él, aunque eso nos conviene ya que el nuevo no conoce el edificio. Estas personas que trabajan en el almacén nos tienen bien preocupados.

Gandhi ha vuelto a comer.

El mercado ilegal funciona muy bien. Si tuviéramos dinero suficiente podríamos comer cuanto deseáramos. Cada vez que respiramos, estornudamos o nos da tos, de tanta pimienta que estamos

moliendo. Todos los que nos visitan nos saludan con un ¡achís! La señora dice que no baja ya que se puede enfermar.

No me agrada el negocio de papá; solo vende pimienta. ¡Un negociante de productos alimenticios debería vender al menos una golosina!

Esta mañana, nuevamente me han dicho varias cosas. Hubo rayos y centellas, tanto que aún me zumban los oídos. Que Ana esto y lo otro, “Ana mal” y que “Van Daan bien”, que patatín y que patatán.

Tu Ana

Miércoles 10 de marzo de 1943

Querida Kitty:

Anoche tuvimos un cortocircuito durante un bombardeo. No puedo librarme del miedo a los aviones y a las bombas y me paso casi todas las noches al lecho de papá, buscando allí protección. Es algo infantil, lo admito, pero si tú tuvieras que pasar por eso... Los cañones hacen un estruendo ensordecedor. La señora Beaverbrook, la fatalista estaba a punto de soltar las lágrimas cuando dijo:

—¡Oh, por Dios qué desagradable! ¡Oh, que estruendo!

Lo que quería decir: «Muerdo de miedo».

A la luz de las velas no era tan terrible como en la oscuridad. Yo me estremecía como si tuviera fiebre y suplicaba a papá que encendiera nuevamente una vela, pero él se mantuvo inflexible, había que permanecer en la oscuridad. De repente empezaron a tirar con las ametralladoras, lo que es cien veces más aterrador que los cañones. Mamá saltó de la cama y encendió la vela a pesar de que papá se oponía. Mamá contestó con firmeza:

—¿Ana no es un viejo soldado como tú?

Asunto terminado.

¿Te he contado ya de los otros miedos de la señora? Creo que no. Si no lo hiciera, no estarías completamente al tanto de las aventuras de la casa de atrás. Una noche, la señora creyó oír ladrones en el desván, percibía sus pasos, no cabía duda, estaba tan asustada que despertó a su marido. Pero en ese momento los ladrones habían desaparecido; el señor Van Daan no oyó más que los latidos del corazón de su esposa.

—¡Ay Putti! (apodo cariñoso del señor Van Daan). Seguramente se han llevado las longanizas y todas nuestras bolsas de frijoles. ¡Y Peter! ¡Oh! ¿Estará todavía en su cama?

—No te alarmes que no se han llevado a Peter. No tengas miedo y déjame dormir.

Pero no hubo más remedio. La señora sentía tal pavor que ya no podía volver a conciliar el sueño. Algunas noches después, toda la familia Van Daan fue despertada por sonidos fantasmales. Peter subió al desván con una linterna ¡Brrr! Vio un ejército de ratas que huía.

Los ladrones habían sido descubiertos. Hemos dejado a Mouschi en el desván para que cace a los indeseables, que no han vuelto, por lo menos durante las horas de descanso.

Hace unos días, Peter fue al desván a buscar periódicos viejos. Al bajar la escalera apoyó la mano, sin mirar, en una rata enorme. Le faltó poco para caer por la escalera muerto de susto y de dolor, porque la rata le mordió el brazo. Al entrar en nuestra habitación estaba pálido como la cera y con su pijama todo manchado de sangre, apenas si se mantenía en pie. Qué sorpresa tan desagradable. No es divertido acariciar una rata y ser mordido no resulta muy agradable.

Tu Ana

Viernes 12 de marzo de 1943

Querida Kitty:

Permíteme que te presente: Mamá Frank, defensora de los niños. Ahora reclama mantequilla suplementaria para los jóvenes; se trata de los problemas de la adolescencia moderna. Problema tras problema, mamá los defiende a todos y entabla una lucha en pro de la juventud; y, aunque los mayores se irriten, siempre gana.

Una lata de lengua en conserva se ha echado a perder. Cena de gala para Mouschi y Mofe.

Tú no conoces aún a Mofe que, sin embargo, ya estaba en el edificio antes de nuestra llegada al escondite. Es el gato del almacén, donde tiene a las ratas a raya. Su nombre político se explica como sigue:

la empresa poseía dos gatos, uno para el almacén y otro para el desván, cuando estos dos gatos se encontraban libraban siempre batallas monstruosas. El del almacén atacaba primero, mientras que el del desván salía siempre vencedor. Exactamente como en la política. Agresivo, o alemán, al gato del almacén se le había dado el nombre de Mofe y al gato del desván, con su carácter inglés, Tommy. Tommy ha desaparecido y Mofe nos distrae cuando bajamos a la oficina.

Hemos comido tantas legumbres que ya no puedo verlas. Siento náuseas sólo de pensar en ellas. Ya no se sirve pan por la tarde. Papá acaba de declarar que está muy preocupado. ¡Pobre! tiene otra vez una mirada muy triste.

No puedo apartar mis ojos de un libro titulado El golpe en la puerta, de Ina Boudier-Bakker. La descripción de la familia es excelente y está muy bien escrito, aunque los capítulos relacionados con la guerra y la emancipación de las mujeres me gustan menos, en verdad no me interesan.

Bombardeos violentos sobre Alemania. El señor Van Daan está enfadado; no tiene cigarrillos. Discusión sobre el problema de comer o no comer verduras en latas; decisión a nuestro favor.

Ya no me sirve ningún zapato, solo las botas de esquiar que son poco prácticas para la casa. Un par de sandalias de esparto al precio de 6,50 florines han durado una semana. Miep quizás encuentre algo en el mercado negro. Tengo que ir a cortarle el pelo a Pim. Papá asegura que no querrá otro peluquero después de la guerra; a tal punto me desempeño bien en mi tarea. ¡Ojalá no le cortara tan seguido la oreja!

Tu Ana

Jueves 18 de marzo de 1943

Querida Kitty:

Turquía va a entrar en la guerra. Gran emoción. Aguardamos las transmisiones de la radio con ansias.

Tu Ana

Viernes 19 de marzo de 1943

Querida Kitty:

La alegría fue seguida de una decepción, tan solo una hora después. Turquía aún no está en guerra; el discurso del ministro del exterior no era más que un llamamiento a suspender la neutralidad. Un vendedor del centro de la ciudad había gritado: «¡Turquía al lado de los ingleses!». Sus periódicos llegaron hasta nosotros con su engaño y falsas noticias.

Los billetes de 500 y de 1000 florines van a ser declarados caducos. Quienes se ocupan del mercado ilegal, etc., van a verse en apuros, pero es mucho más serio para los propietarios que ocultan su dinero y para quienes están escondidos por la fuerza de las circunstancias. Cuando se quiere cambiar un billete de 1000, se estaría obligado a declarar y probar su proveniencia.

Podrán utilizarse para pagar los impuestos, hasta la semana próxima. Dussel ha conseguido un antiguo torno operado a pedal. Bien pronto voy a ser sometida a un examen minucioso.

El «Führer de los germanos» ha hablado a sus soldados heridos. ¡Triste audición! Preguntas y respuestas poco más o menos de esta clase:

—Mi nombre es Heinrich Scheppel.

—¿Dónde fue usted herido?

—En el frente de Stalingrado.

—¿Qué heridas tiene?

—Ambos pies helados y fractura del brazo izquierdo.

Así transmitía la radio esta función de títeres. Los heridos parecían estar muy orgullosos de sus heridas, cuantas más mejor. Uno de ellos parecía muy turbado, apenas podía hablar, por la simple razón de que le era permitido tender al Führer la mano (si es que le queda alguna).

Tu Ana

Jueves 25 de marzo de 1943

Querida Kitty:

Cuando estábamos agradablemente reunidos papá, mamá, Margot y yo, Peter entró de pronto y murmuró algo al oído de papá. Yo pude oír: Un barril tumbado en el almacén y alguien tratando de abrir la puerta, tras lo cual salieron enseguida. Margot había comprendido lo mismo, pero trataba de calmarme, porque naturalmente, yo me había puesto pálida. Ya solas las tres, no había más que aguardar. Apenas dos minutos más tarde subió la señora Van Daan; había estado escuchando la radio en la oficina privada, papá le había dicho que desconectara el aparato y subiera silenciosamente, pero cuando menos ruido quiere hacer, más crujen los pedañes. Después de otros cinco minutos, Peter y Pim reaparecieron, muy pálidos y nos contaron sus desventuras. Se habían puesto a escuchar al pie de la escalera, al principio sin resultado. De pronto oyeron dos golpes violentos, como si golpearan dos puertas. De un salto, Pim subió hasta nuestra casa; al pasar, Peter avisó a Dussel, que como siempre, fue el último en unirse a nosotros. Todos nos pusimos en marcha para subir a la parte de los Van Daan, no sin antes quitarnos los zapatos. El señor Van Daan estaba en cama con resfrío; nos agrupamos alrededor de su cabecera para imponerle, en voz baja, de nuestras sospechas. Cada vez que el señor Van Daan tosía, su esposa y yo casi nos desmayábamos de miedo; por fin, uno de nosotros tuvo la luminosa idea de darle codeína: la tos calmó inmediatamente.

Tras una larga espera, supusimos que, como ya no se percibía ningún ruido, los ladrones habían oído nuestros pasos en aquellas oficinas cerradas y habían emprendido la fuga. Pensamos con aprensión en el receptor de radio, a cuyo alrededor las sillas formaban un círculo y que todavía estaba sintonizado con Inglaterra. Si la puerta hubiera sido forzada y si los encargados del cañón anti-aéreo denunciaran tal irregularidad a la policía, las consecuencias no podrían ser más serias. El señor Van Daan se levantó, se puso el abrigo y el sombrero, siguió a papá y ambos bajaron la escalera; Peter, que para mayor seguridad se había armado de un gran martillo, se unió a ellos. Las señoras, Margot y yo nos quedamos en una espera angustiosa durante cinco minutos, por fin, los hombres

reaparecieron para decirnos que todo estaba tranquilo en la casa. Llegamos al acuerdo que no utilizaríamos el agua de los grifos ni la descarga del baño. Pero la emoción causó el mismo efecto en cada uno de nosotros. Puedes imaginarte cuál era la atmósfera después que todos hubimos visitado el retrete. Cuando un incidente de tal clase sucede, siempre hay un montón de cosas que se suman a él; y en este caso, en primer lugar, las campanas de la iglesia dejaron de sonar, por lo tanto yo me veía privada de ese amigo que infaliblemente me infundía confianza; en segundo lugar nos preguntábamos si la puerta de la casa había sido bien cerrada la víspera, porque el señor Voskuijl se había ido antes de la hora esa tarde e ignorábamos si Bep pensó en pedirle la llave antes de que se fuera.

Sólo alrededor de las once y media de la noche comenzamos a sentirnos un poco más tranquilos. Los ladrones nos habían alarmado a eso de las ocho, a pesar de su rápida fuga, nos hicieron pasar una velada de execrable incertidumbre. Después de pensarlo, nos pareció extremadamente improbable que un ladrón se arriesgara a forzar una puerta de entrada a una hora en que la gente circula aún por las calles. Además, alguien sugirió que el capataz de nuestros vecinos podía haber trabajado hasta más tarde, que el ruido podía provenir de allí, puesto que las paredes eran delgadas; en tal caso, la emoción general habría jugado una mala pasada a nuestro oído y nuestra imaginación habría hecho lo demás durante aquellos instantes críticos.

Nos acostamos, aunque sin tener sueño. Papá, mamá y Dussel pasaron una noche casi en blanco; en cuanto a mí, puedo decir sin exagerar, que apenas pude cerrar los ojos. En la mañana, los hombres bajaron hasta la puerta de entrada para observar la cerradura, todo estaba en orden, por lo tanto, quedamos más tranquilos.

Cuando contamos a nuestros protectores la aventura e inquietud de la noche anterior en todos sus detalles, se burlaron de nosotros; pasado el susto, es bien fácil reírse de estas cosas. Solo Bep nos ha tomado en serio.

Tu Ana

P.D. El baño estaba tapado en la mañana y papá ha tenido que sacar de la taza, todo el papel que se encontraba allí atascado. El palo con el que sacó todo después lo quemamos.

Sábado 27 de marzo de 1943

Querida Kitty:

Hemos terminado el curso de taquigrafía, ahora vamos a dedicarnos a la velocidad. ¡Seremos campeones! Debo contarte otras cosas sobre mis pasatiempos, así los llamo porque no tenemos otra cosa que hacer que dejar transcurrir los días lo más rápidamente posible hasta que podamos salir. Me gusta la mitología, sobre todo los dioses griegos y romanos. Todos piensan que es algo pasajero, eso me dicen, ya que nunca han oído hablar de una escolar que aprecie a los dioses. ¡Yo seré la primera! El señor Van Daan continúa resfriado, tiene la garganta un poco irritada. A causa de esto, quiere llamar la atención, Hace gárgaras con manzanilla y se unta el paladar con tintura de mirra, se pone bálsamo mentolado en los dientes, la lengua, hace inhalaciones y aun así está de mal humor.

Rauter, uno de los nazis importantes, ha pronunciado un discurso: «Todos los judíos deberán abandonar los países germánicos antes del 1º de julio. La provincia de Utrecht será depurada del 1º de abril al 1º de mayo (como si se tratase de vulgares cucarachas), Enseguida, las provincias de Holanda del Norte y del Sur, del 1º de mayo al 1º de junio». Llevan a esas pobres personas al matadero como un tropel de animales enfermos y sucios. Pero prefiero no hablar de eso, porque es una pesadilla.

Una buena noticia: la oficina de la Bolsa de trabajo alemana ha sido incendiada, la han saboteado. Luego le tocó el turno al Registro Civil, donde hombres disfrazados de polizontes alemanes mataron a los centinelas y destruyeron documentos importantes.

Tu Ana

Jueves 1 de abril de 1943

Querida Kitty:

No creas que estoy para bromas. Hoy puedo citar el refrán que dice: “Una desgracia nunca viene sola”.

Ante todo, el señor Kleiman, ese protector que nunca deja de alegrarnos, tuvo ayer una fuerte hemorragia del estómago y debe

guardar cama al menos tres semanas. Aunque estas hemorragias le vienen seguido y no tienen remedio. En segundo lugar, Bep está con gripe. En tercer lugar, el señor Voskuijl será internado en el hospital la semana próxima, para que lo operen. Al parecer tiene una úlcera. Y, en cuarto lugar, importantes conversaciones de negocios iban a entablarse, y ya habían sido fijados los detalles entre papá y Kleiman. Faltó tiempo para poner al tanto a Kugler.

Esa reunión de negocios que debía celebrarse con los señores Fráncfort en la oficina privada, tenía a papá terriblemente ansioso en cuanto al resultado.

—¡Si yo pudiera estar presente! ¡Ah, si yo pudiera estar allí!, — decía.

—Por qué no pegas el oído al suelo—, le aconsejaron. —Lo oírías todo.

El rostro de papá se iluminó. Ayer en la mañana, a las once y media, Margot y Pim (dos oídos valen más que uno) se tendieron a todo lo largo para tomar el puesto de escucha. La conversación, inacabada por la mañana, se postergó hasta la tarde. Papá estaba acalambreado por aquella postura poco práctica e incapaz de proseguir la campaña de espionaje, a las dos y media, cuando las voces se hicieron oír, me rogó que lo reemplazara al lado de Margot. Pero las conversaciones se eternizaban y se hacían tan aburridas, que me dormí sobre el linóleo duro y frío. Margot no se atrevió ni siquiera a tocarme y mucho menos a llamarme, por miedo al menor ruido que delatara nuestra presencia. Me desperté después de una buena media hora y comprobé que no recordaba nada de lo que se había dicho. Afortunadamente Margot había prestado más atención.

Tu Ana

Viernes 2 de abril de 1943

Querida Kitty:

Otra vez se ha ampliado mi lista de pecados. Anoche, cuando ya estaba acostada, aguardando a papá que debía rezar conmigo antes de darme las buenas noches, mamá entró, se sentó en mi cama y me preguntó muy discretamente:

—Ana, papá no puede venir todavía, ¿quieres que recemos juntas esta vez?

—No, mamá— contesté.

Mamá se levantó, se quedó un momento junto a mi cama y luego se dirigió lentamente hacia la puerta, de donde se volvió de pronto y con el rostro demudado por la aflicción, dijo:

—Prefiero no enfadarme. El cariño no se puede obligar.

Las lágrimas resbalaban por sus mejillas cuando cerró la puerta. Yo permanecí inmóvil, juzgándome odiosa por haberla rechazado tan injustamente, aunque sabiendo que no podía responder de otra manera. Soy incapaz de ser hipócrita, así como de rezar con ella a disgusto. Lo que ella me había pedido era sencillamente imposible. Sentí compasión de mamá, pues por primera vez en mi vida me daba cuenta de que mi frialdad no le era indiferente. La pesadumbre se leía en su cara cuando dijo que el cariño no es una orden. La verdad duele. Sin embargo, mamá me ha rechazado, me ha abrumado siempre con sus observaciones intempestivas y sin tacto y se ha burlado de cosas que yo me resisto a tomar en broma. Se sintió afectada en lo más íntimo al comprobar que todo amor ha desaparecido de veras, exactamente como me ocurría a mí al recibir cada día sus duras palabras.

Ella lloró largo rato y no pasó una buena noche. Papá no me mira casi y cuando sus ojos se cruzan con los míos, puedo leer en ellos: “¿Cómo has podido ser tan mala?, ¿cómo te has atrevido a causar esa pena a tu madre?”. Ellos esperan que yo me disculpe, pero es imposible disculparme en un caso semejante, porque he dicho una verdad que, tarde o temprano, mamá se verá obligada a escuchar de todos modos. Ya no necesito aparentar, pues me he vuelto indiferente a las lágrimas de mamá y a las miradas de papá; por primera vez, ambos se percatan de lo que siento constantemente. No puedo hacer más sino apiadarme de mamá, que se ve obligada a guardar su compostura ante mí. Por mi parte, he resuelto callarme y mantenerme fría; no retrocederé ante ninguna verdad, sea la que sea, pues cuanto más se tarde en decir, más doloroso será enfrentarla.

Tu Ana

Martes 27 de abril de 1943

Querida Kitty:

Las disputas hacen retumbar la casa entera. Mamá contra mí, los Van Daan contra papá, la señora contra mamá. Todo el mundo está enojado. Bonito panorama ¿Verdad? Los innumerables pecados de Ana han salido a relucir.

El sábado pasado regresaron los señores extranjeros. Se quedaron hasta las seis de la tarde. Estábamos todos inmóviles, sin poder siquiera respirar. El señor Voskuijl está en el hospital. El señor Kleiman se ha restablecido más pronto de lo que se creía, pues, por esta vez la hemorragia pudo combatirse fácilmente. Nos contó que el Registro Civil fue tan bien tratado por los bomberos, que no solamente extinguieron las llamas, sino que, además, dejaron todo el interior bajo agua. Eso me alegra. El Cariton Hotel está en ruinas; dos aviones ingleses, con un pesado cargamento de bombas incendiarias, atacaron el Centro de oficiales alemán. Pegando fuego a toda la esquina del Singel y la calle Vijzelstraat. Se acabó el descanso por la noche; tengo unas ojeras enormes por falta de sueño.

Nuestra alimentación es abominable. Desayuno: pan duro y sucedáneo de café. Comida: espinaca o lechugas, desde hace quince días. Las patatas, de 30 centímetros de largo, son dulzonas y saben a podrido. ¡Quienes deseen adelgazar no tienen más que hacerse pensionistas de la casa de atrás! Nuestros vecinos no dejan de lamentarse, pero nosotros tomamos la situación no tan a lo trágico.

Todos los hombres que hayan sido movilizados o que hayan combatido en 1940 son llamados con el fin de trabajar para el Führer como prisioneros de guerra. ¡Una medida más contra la invasión!

Tu Ana

Sábado 1 de mayo de 1943

Querida Kitty:

Fue el cumpleaños de Dussel. Antes de que llegara el día se hizo como al que no le importaba, pero cuando llegó Miep con una bolsa llena de regalos, se puso como un niño, estaba muy contento.

Su mujer Lotje le ha enviado huevos, mantequilla, galletas, limonada, pan, coñac, pastel de especias, flores, naranjas, chocolates, libros y papel para cartas. Instaló una mesa para los regalos, los cuales estuvieron por tres días. ¡Viejo loco!

No vayas a pensar que aguanta hambre; en su armario encontramos, pan, queso, huevos y mermelada. Es un gran escándalo que, habiéndolo acogido con tanto cariño para salvarlo de una desgracia, sea capaz de llenarse el estómago a escondidas, sin darnos nada a nosotros. ¿Acaso nosotros no hemos compartido nuestras cosas con él? Pero se ha comportado peor aún, ha sido odioso con Kleiman, Voskuil y Bep, a quienes no ha dado nada. Las naranjas que tanto le hacen falta a Kleiman para su estómago, Dussel las considera más sanas para su propio estómago.

Anoche recogí cuatro veces mis cosas, a causa de los disparos tan fuertes. Hoy hice una maleta pequeña, en la que he puesto solo las cosas más importantes en caso de tener que huir. Pero mamá, con toda razón, me ha preguntado: “¿A dónde piensas huir?” Toda Holanda ha sido tocada por la huelga de tantos trabajadores. Han declarado el estado de sitio y a todos les darán un cupón menos de mantequilla, por haberse portado mal.

Al finalizar la tarde, le lavé la cabeza a mamá, lo que no es tan sencillo. Como no tenemos champú, debemos hacerlo con un jabón y mamá no puede peinarse bien, ya que al peine de la familia solo le quedan diez dientes.

Tu Ana

Domingo 2 de mayo de 1943

Querida Kitty:

A veces pienso en la forma en que vivimos aquí, llego casi siempre a la misma conclusión de que, comparados con los judíos que no están escondidos, nosotros debemos considerarnos en el paraíso. Sin embargo, más tarde, cuando todo retorne a la normalidad y habitemos, como antes, nuestra casa decentemente arreglada, no podré dejar de asombrarme al recordar hasta qué punto hemos descendido. Esto en lo que concierne a nuestra manera de vivir.

Por ejemplo, desde que estamos aquí utilizamos sobre la mesa el mismo hule, que ya no puede llamarse limpio después de un uso tan prolongado. Trato a menudo de frotarlo con un estropajo, pero éste tiene más agujeros que tela. Por mucho que se lave y jabone la mesa nunca se logra nada satisfactorio. Durante todo el invierno los Van Daan han dormido sobre un retazo de franela que no se puede lavar aquí, por el razonamiento del jabón. Papá lleva un pantalón raído y una corbata desgastada. El corsé de mamá ha exhalado hoy su último suspiro, en tanto que Margot se pasea con un corpiño dos medidas más chico. Mamá y Margot se las arreglaron para pasar el invierno con sólo tres camisones para las dos; los míos se han vuelto tan cortos, que ni siquiera me llegan hasta las rodillas. Desde luego estas cosas son pasajeras y por tanto intrascendentes, pero a veces tengo mis aprensiones: Nosotros, que nos adaptamos actualmente a nuestras cosas usadas, desde mi ropa interior hasta la brocha de afeitar de papá ¿volveremos a llevar la misma vida de antes de la guerra?

Tu Ana

Domingo 2 de mayo de 1943

Apreciaciones sobre la guerra de los habitantes de la casa de atrás.

El señor Van Daan: En opinión de todos, este hombre, entiende mucho de política. Pero nos predice que debemos de permanecer aquí hasta finales del 43. Aunque creo que es mucho tiempo, tal vez aguantemos. ¿Pero quién nos garantiza que esta guerra, que no nos ha traído más que penas y tristezas, habrá acabado para esa fecha? ¿Y quién nos garantiza que todos los escondidos aquí estaremos seguros y no nos pasará nada? ¡Absolutamente nadie! Y por eso tanta angustia cada día. La palabra escondite se ha tornado muy común.

El señor Dussel no hace más que inventar lo que dice y cuando alguien quiera contradecir, las tendrá que pagar. En casa del señor Alfred Dussel supongo que la norma es que él siempre tiene la última palabra, pero para Anna Frank eso no le va para nada.

Lo que piensan sobre la guerra los demás integrantes de la casa de atrás no tiene ningún interés.

Tu Ana

Martes 18 de mayo de 1943

Querida Kitty:

He sido testigo de un terrible enfrentamiento entre aviones ingleses y alemanes. Desafortunadamente, los tripulantes de dos máquinas inglesas fueron obligados a abandonar sus aparatos en medio de las llamas y a saltar en paracaídas. Nuestro lechero, que vive cerca de la ciudad, vio a cuatro canadienses sentados en la cuneta del camino, uno de ellos, que hablaba fluidamente el holandés, le pidió fuego y le contó que formaba parte de un equipo de seis hombres. El piloto murió carbonizado y el quinto se había ocultado no sabían dónde. La policía alemana los encontró en perfecto estado de salud. ¡Cómo es posible conservar tal presencia de espíritu después de un salto tan formidable!

A pesar del calor primaveral, nos vemos obligados a encender la estufa todos los días para quemar restos de hortalizas y otros residuos. Como debemos tener en cuenta al muchacho del depósito no podemos utilizar los tachos de basura. La menor imprudencia bastaría para delatarnos. Todos los estudiantes que hayan terminado o piensen proseguir sus estudios este año han sido invitados a firmar una declaración en la que afirman simpatizar con los alemanes y con el nuevo orden. El 80 por ciento se ha negado resueltamente a renegar de su conciencia y de sus convicciones y han tenido que sufrir las consecuencias. Todos los estudiantes que no firmaron serán enviados a un campo de trabajo en Alemania. Si todos los jóvenes son condenados a trabajos forzados en Alemania, ¿qué va a quedar de la juventud holandesa?

Anoche, yo estaba en la cama y mamá había cerrado la ventana para minimizar el ruido del bombardeo. De pronto escuché que uno de nuestros vecinos saltaba de la cama como picado por una tarántula (no muy ligero, era la señora) e inmediatamente después, la detonación inmediata de una bomba. Grité: «¡Luz, luz!» Pim encendió una vela. Yo esperaba ver la habitación devorada por las llamas de un momento a otro. No sucedió nada. Subimos rápidamente a ver qué era lo que los había alarmado. El señor y la señora Van Daan habían visto una luz rosada en el cielo.

El creyó que había fuego no lejos de nosotros, y ella, que las llamas se habían apoderado de nuestra casa. La detonación de la bomba la hizo saltar sobre sus piernas temblorosas. Pero como aquí no había sucedido nada, volvimos a meternos todos en la cama. Los disparos se reanudaron apenas un cuarto de hora más tarde. Inmediatamente la señora Van Daan se levantó y bajó a la habitación del señor Dussel, buscando allí la calma que inútilmente procuraba encontrar al lado de su marido. Dussel la recibió con estas palabras “Ven a mi cama, hijita”, lo que provocó en todo el mundo una alocada risa que ayudó para ahuyentar el miedo y hacer olvidar el estruendo de los cañones.

Tu Ana

Domingo 13 de junio de 1943

Querida Kitty:

Para mi cumpleaños papá me ha escrito un poema muy hermoso, tanto que no podría pasarlo por alto. Pim no puede componer poemas sino en alemán. Y Margot se encargó de la traducción. Según el fragmento que cito, podrás juzgar si Margot se ha desempeñado bien en su tarea voluntaria. El comienzo, que no es más que un resumen de los acontecimientos del año transcurrido y continúa con:

Aunque eres la más joven, ya no eres una niña, más la vida no es fácil pues todos quieren enseñarte, no siempre para bien; “¡Tenemos experiencia, aprende de nosotros!”. “¡Ya todo lo hemos hecho muchas veces y sabemos mejor lo que hay que hacer!”. Y así siguen diciendo siempre lo mismo. Las propias faltas tienen poco peso, por eso pesan tanto las faltas de los otros. Tus padres tratamos de ser justos; muchas cosas sabemos que te molestan mas no siempre podemos darte la razón. Hay que ceder mil veces en la vida y aceptar muchas cosas como píldora amarga y todo por la paz. El año transcurrido, no lo has disipado; con tus estudios, tareas y lecturas nunca pareces aburrirte. Y ahora hablemos de tu ropa pues oigo que preguntas: ¿Y qué puedo ponerme? Todo me queda corto. Mi camisa es un trapo y mi pobre calzado no me sirve sino para sufrir. ¡Ah, cuántas calamidades me atormentan!

He suprimido también otro pasaje referente a la comida, que Margot no ha logrado poner en verso. ¿No te parece lindo este poema? Además, he sido muy obsequiada: tres bonitos regalos, entre ellos un grueso libro sobre mi tema preferido: Mitología de Grecia y Roma. Tampoco tengo que quejarme por las golosinas; como benjamina de la familia escondida, pienso que cada habitante de nuestro escondite me ha brindado un poco de sus últimas reservas. En realidad, me han honrado demasiado dadas las circunstancias, he recibido más de lo que merezco.

Tu Ana

Martes 15 de junio de 1943

Querida Kitty:

Han pasado muchas cosas que contarte, pero a menudo las paso por alto, por no juzgarlas suficientemente interesantes y así mismo, por miedo de aburrirte con demasiadas cartas. He aquí las últimas novedades. Seré breve. No han operado la úlcera del señor Voskuijl. En la mesa de operaciones el cirujano comprobó que había un cáncer demasiado avanzado y no había nada que hacer. Lo mantuvo en el hospital durante tres semanas, alimentándole bien, antes de mandarlo a su casa. Lo compadezco profundamente y, si pudiera salir, no habría dejado de ir a verlo a menudo, para distraerlo. El mes próximo habrá que ceder el aparato de radio. Los alemanes los requisan todos. El señor Kleiman está obligado a entregar el suyo a las autoridades. Pero nuestro protector ha comprado en el mercado negro una radio pequeña, que reemplazará al gran receptor Philips. Es una lástima tener que desprenderse de una radio tan buena, pero una casa que sirve de escondite no puede permitirse atraer la atención de las autoridades con una irregularidad. Vamos a colocar aquí el radio pequeño; un receptor clandestino, en casa de judíos clandestinos que compran en el mercado negro con dinero clandestino. Todo el mundo se esfuerza por conseguir un viejo radio para entregar a las autoridades en lugar del que ellos reclaman. Cuanto peores son las noticias, la maravillosa radio nos alienta con su voz en transmisiones: “¡Ánimo, volverán tiempos mejores!”

Tu Ana

Domingo 11 de julio de 1943

Querida Kitty:

Retomando el tema de la educación, puedo decirte que me esfuerzo mucho por hacerme útil, por ser amable y cariñosa, en una palabra, por cambiar el clima y atenuar la lluvia de observaciones. ¡Qué estupidez pretender ser ejemplar con quienes no congeniamos! Pero, en verdad, comprendo que con un poco de hipocresía tengo mucho más que ganar que con mis opiniones sinceras, (que nadie ha pedido ni estimado nunca). A veces me olvido de interpretar la comedia y no puedo contener mi enojo ante una injusticia, de manera que necesito soportar durante cuatro semanas o más las alusiones a la chiquilla más insolente del mundo. ¿No piensas que a veces me quejo con razón? Afortunadamente, no soy de quejarme, pues me agriaría cada vez más y perdería para siempre mi buen humor. He decidido dejar un poco la taquigrafía después de todo el tiempo que le he dedicado. Primero, para poder consagrarme mejor a mis otras asignaturas, y luego, por mis ojos. Cada día me vuelvo más miope, hace tiempo que debía usar gafas. (¡Huy que me harán parecer una lechuzca!) Pero ya sabes que a los escondidos no se les permite, etc.

Ayer, en toda la casa no se ha hablado más que de los ojos de Ana, porque mamá ha sugerido que fuera al consultorio a revisarme acompañada de la señora Kleiman. Ante esta sola perspectiva estremecí, no es una tontería, ¡Imagínatelo! ¡Salir a la calle! ¡Estar en la calle! No lo imagino. Al principio, el solo hecho de pensarlo me asustó mucho; luego, me sentí encantada. Pero no es tan sencillo como parece. Esta decisión le interesa a todo el mundo y como cada uno de los interesados tiene algo que decir, no han podido ponerse de acuerdo inmediatamente. Todas las dificultades, todos los riesgos han sido pesados y sopesados, aun cuando Miep se ofreció enseguida para acompañarme. Mientras, saqué del armario mi abrigo gris, pero me queda tan chico, que parece de mi hermana menor. Siento verdadera curiosidad por ver qué resulta del proyecto, aunque pienso que será abandonado porque, entretanto, los ingleses han desembarcado en Sicilia y papá está una vez más

persuadido de “un final rápido”. Bep nos confía, a Margot y a mí, una gran parte de su trabajo de oficina; eso le ayuda enormemente y a nosotras nos hace sentirnos útiles e importantes. Se trata de clasificar la correspondencia y de inscribir las ventas; todo el mundo puede hacerlo, pero nosotras somos muy concienzudas.

Miep siempre anda como una mula de carga, transportando paquetes. Casi todos los días recorre kilómetros para conseguir algunas hortalizas que trae en grandes bolsas atadas a su bicicleta. Cada sábado, fielmente, llega con cinco libros de la biblioteca; los esperamos toda la semana con impaciencia. Exactamente como niños a quienes se ha prometido un juguete. Las personas corrientes jamás podrán imaginar lo que los libros significan para quienes están escondidos. Libros, el estudio y la radio, son toda nuestra distracción.

Tu Ana

Martes 13 de julio de 1943

Querida Kitty.

Ayer, después de almorzar y con permiso de papá, pregunté a Dussel, si por favor, querría concederme (¡Más educada, imposible!) el uso de la mesa en el cuarto que compartimos, dos tardes por semana de cuatro a cinco y media. Yo lo utilizo todos los días de dos a cuatro, mientras Dussel duerme la siesta; a partir de las cuatro, la habitación y la mesa me están vedadas. Por la tarde, hay demasiada gente en el cuarto de mis padres para poder estudiar allí; es imposible concentrarse, además a papá también le gusta utilizar la mesa cuando tiene trabajo.

Considero haber pedido algo razonable y lo hice con pura cortesía. ¿Y no imaginarás lo que el señor Dussel contestó?

—No.

¡Lisa y llanamente dijo que no!

Me sentí indignada. Le pregunté la razón de su respuesta, eso sí, bien decidida a no rendirme. Pero quedé desilusionada. He aquí lo que me dijo:

—Yo también tengo que trabajar.

Si no lo hago por la tarde no trabajo en absoluto. He de terminar mi tesis, en caso contrario, ¿de qué valdría haberla comenzado? Y tú, tú no tienes nada serio que hacer. La mitología no es trabajo; tejer y leer tampoco. Yo me he reservado la mesita y me la quedo.

Y esta fue mi respuesta:

—Señor Dussel, yo trabajo todo lo seriamente que puedo; en la habitación de mis padres es imposible por la tarde. Le pido que tenga la amabilidad de reflexionar sobre lo que le estoy pidiendo.

Tras decir estas palabras, Ana, muy ofendida, ignora al gran doctor. Me sentí tan enojada frente a aquel Dussel abominablemente mal educado, cuando yo me había mantenido tan correcta. Por la noche, me arreglé para hablar a solas con papá; le conté cómo habían sucedido las cosas y discutí con él frente a la manera en la que tenía que portarme, porque no quería ceder y deseaba resolver el asunto completamente sola, si era posible. Pim me dio algunos consejos, entre otros el de aguardar hasta el día siguiente porque me sentía demasiado exaltada. Pero eso no me gustaba. Después de limpiar la vajilla, me reuní con Dussel en mi cuarto; teniendo a Pim en la habitación de al lado y la puerta abierta, la seguridad no me faltaba. Empecé:

—Señor Dussel, usted quizá juzgue que no vale la pena considerar mi pedido más detenidamente, pero, sin embargo, yo le ruego que reflexione.

Dussel, con la más amable de sus sonrisas, dijo:

—Sigo dispuesto, en todo instante a hablar de ese asunto, aunque lo juzgue terminado.

A pesar de las frecuentes interrupciones de Dussel, continué:

—Cuando usted llegó a nuestra casa, quedó bien entendido que, al compartir la habitación conmigo, compartiríamos también su uso y usted aceptó ocuparla por la mañana, en tanto que yo dispondría de ella por la tarde, ¡toda la tarde! Ni siquiera le pido tanto: dos tardes por semana me parece cosa razonable.

Dussel saltó como si hubiera sido pinchado por un alfiler:

—Tú no tienes ningún derecho, además, ¿a dónde quieres que me vaya? Le diré al señor Van Daan que me construya una casita de perro en el desván para trabajar allí tranquilo; aquí no se está tranquilo en ninguna parte. No se puede vivir contigo sin reñir. Si tu hermana Margot hubiera venido a pedirme lo mismo, yo no habría pensado siquiera en negárselo, pero tú...

Siguieron entonces las mismas críticas: la mitología, el tejido, etc. Es decir, humillaciones para Ana. Ella, sin embargo, no se dio por aludida y dejó terminar a Dussel:

—Pero, ¿qué quieres?, contigo es inútil cualquier discusión. Tú eres una gran egoísta, sólo piensas en hacer lo que se te antoja, no retrocedes ante nada ni nadie con tal de salirte con la tuya. Nunca he visto una niña igual. Pero, en resumidas cuentas, me veré obligado a aceptarlo; de lo contrario, tendré que oír más tarde que Ana Frank ha fracasado en sus exámenes porque el señor Dussel se negó a cederle la mesita.

Y así, sucesivamente, como una catarata a la larga yo no podía seguirle. Pensé: “Voy a darle tal bofetada que se estrellará contra el techo con todas sus mentiras”; pero después me decía a mí misma: “¡No te alteres, este tipo no vale la pena!” Por fin, el señor Dussel se quedó sin resuello, pero, a la vez el enfado y el triunfo se leían en su cara cuando dejó la habitación con actitud pedante. Yo corrí donde papá para repetirle mi pequeña discusión en todos sus pormenores, por si acaso no la había escuchado. Pim decidió volver a hablar de ello con Dussel. Esa misma noche el diálogo duró una media hora. La conversación transcurrió, poco más o menos, como sigue: Se trataba de saber si Ana tenía o no derecho a la mesita. Papá le recordó que ellos ya habían hablado antes de eso. Él había tenido la debilidad, en aquel momento, de darle la razón, para mantener el prestigio de los mayores frente a los chicos. Pero ni entonces ni ahora lo consideraba justo. Dussel protestó y dijo que Ana no tenía ningún derecho a tratarle como un importuno que se apodera de todo; papá, protestó a su vez diciendo que él mismo acababa de ser testigo de la conversación entre Dussel y yo y que nada semejante había sido dicho. Algunas observaciones aún, de una parte y de la otra, papá terminó por defender mis estudios, que Dussel denominaba mi “egoísmo” y mis “tareítas”.

Por último, no tuvo más remedio que acceder y dejarme estudiar dos tardes, sin interrupción, hasta las cinco. Ha adoptado un aire de arrogancia y no me ha dirigido la palabra durante dos días. A las cinco en punto, viene a tomar posesión de su mesita hasta las cinco y media, por pura niñería naturalmente.

Una persona de esa edad tan pedante, ha de serlo por naturaleza y es difícil que cambie sus hábitos.

Tu Ana

Viernes 16 de julio de 1943

Querida Kitty:

Otra vez han entrado ladrones. Pero ladrones de verás. Hoy, a las siete, cuando Peter bajó al depósito como de costumbre, notó inmediatamente que la puerta de éste, así como la de entrada estaban abiertas de par en par. Informó de ello a Pim, que se apresuró a fijar la aguja del dial del aparato de radio en la onda de Alemania y a cerrar cuidadosamente la puerta del despacho privado antes de volver a subir con Peter. La consigna para estos casos es: no abrir ningún grifo, por tanto, no lavarse, no utilizar el baño, mantenerse quietos y estar todos organizados para las ocho. Consigna estrictamente observada. Los ocho habíamos dormido bien durante la noche y nos alegrábamos de no haber oído nada. Sólo alrededor de las once y media el señor Kleiman subió a contarnos toda la historia: los rateros debían de haber abierto la puerta de entrada con una ganzúa, forzado la puerta del depósito. Como allí no había gran cosa que robar, habían probado suerte con el segundo piso. Se llevaron dos cajitas que contenían 40 florines, tarjetas de traspaso de valores y lo más importante, todos los bonos de azúcar, que representan una provisión de 150 kilos. El señor Kugler cree que estos ladrones y nuestros misteriosos visitantes de hace seis semanas que, entonces, no lograron abrir las tres puertas (la del almacén y las dos puertas de la calle) deben de ser los mismos.

El asunto ha tornado de nuevo tormentosa la atmósfera, pero eso ocurre regularmente en la casa de atrás. Por fortuna pudimos salvar la máquina de escribir y la caja con el dinero que subimos a la casa todas las noches, para guardarlas en nuestro armario.

Tu Ana

P.D. Desembarco en Sicilia. Otro paso más que nos acerca a...

Lunes 19 de julio de 1943

Querida Kitty:

El domingo, el norte de Ámsterdam fue terriblemente bombardeado. Con grandes destrozos, calles enteras devastadas; llevaré mucho tiempo retirar todos los cadáveres. Se han contado, hasta ahora, doscientos muertos y muchísimos heridos; los hospitales están atestados. Dicen que gran cantidad de niños andan perdidos buscando a sus padres bajo los escombros aún calientes. Me estremezco al recordar los estruendos que se escuchaban a lo lejos, sólo podía pensar en que era el comienzo de esta destrucción.

Tu Ana

Viernes 23 de julio de 1943

Querida Kitty:

Quiero contarte lo que cada uno de nosotros desea hacer en primer lugar, al salir de aquí. Lo que más agradecería a Margot y al señor Van Daan es meterse hasta la barbilla en un baño muy caliente y quedarse en él por lo menos media hora. La señora Van Daan, antes que cualquier otra cosa, sabotearía unas golosinas. Dussel no puede pensar más que en su Charlotte, su mujercita. Mamá en una taza de café. Papá, en visitar al señor Voskuijl. Peter, en ir al cine. Y yo me sentiría extasiada al punto de que no sabría por dónde empezar. Lo que más deseo es estar en mi casa, poder circular libremente, moverme, en fin, ser dirigida en mis estudios, es decir, ¡volver a la escuela! Bep se ha ofrecido para adquirir frutas clandestinamente ¡Y cómo! Uvas, 5 florines el kilo. Grosellas, 70 céntimos la libra. Un durazno medio florín. Melón florín y medio el kilo, y todas las noches puede leerse en los periódicos: “¡El alza de los precios obedece a la usura!”.

Tu Ana

Lunes 26 de julio de 1943

Querida Kitty:

Ayer tuvimos un día algo alborotado y todavía estamos nerviosos. Sin duda, te preguntarás si alguna vez pasamos un día tranquilo. Por la mañana, durante el desayuno, sonó la alarma; pero, nos despreocupamos, porque eso quiere decir que los aviones se aproximan a la costa. Luego me tendí durante una hora, pues sentía un fuerte dolor de cabeza y me reuní con los demás alrededor de las dos de la tarde. A las dos y media, apenas Margot había terminado de ordenar su trabajo de oficina, las sirenas se pusieron a rugir; de modo que ambas subimos enseguida. Era hora, pues cinco minutos después se produjeron tales sacudidas que los cuatro nos refugiamos en nuestro «rincón de seguridad» en el corredor. No había lugar a dudas, la casa temblaba y las bombas no caían lejos. Me aferré a mi maletita, más para aferrarme a algo que para huir, pues, de cualquier modo, nosotros no podemos salir: la calle nos reserva tantos peligros como los bombardeos. Después de media hora, disminuyó la cantidad de aviones; en cambio, hubo una enorme bahatola en la casa. Peter había vuelto a bajar de su puesto de observación en el desván. Dussel se hallaba en el despacho. La señora Van Daan se creía a salvo en la oficina privada. Su marido había visto todo el espectáculo desde la buhardilla Y nosotros nos habíamos quedado en el pequeño corredor. Subí a la buhardilla para ver las columnas de humo que se elevaban por sobre el puerto. Bien pronto nos invadió un olor a quemado y el cielo se vio cubierto por una bruma espesa.

Un incendio de tales dimensiones no resulta un espectáculo agradable; por fortuna, pronto se extinguió, de manera que cada uno de nosotros pudo volver poco después a sus ocupaciones. Por la noche, a la hora de la cena, nueva alarma. La comida era buena, pero el ruido de las sirenas me quitó el apetito. Todo permaneció tranquilo hasta la señal que indicaba el fin de la alarma, tres cuartos de hora más tarde. Apenas lavados los platos, alarma, el estruendo de las baterías antiaéreas y un número absurdo de aviones. “Dos ataques en un solo día es demasiado”. Pero no se nos pedía nuestra opinión: una vez más, llovían bombas, ahora por el otro lado, según el comunicado inglés. Subiendo, bajando, los aviones hacían

vibrar el aire y me ponían la piel de gallina. Puedo asegurarte que, al acostarme, a las nueve, no podía sostenerme sobre mis pies. A medianoche me desperté: los aviones. Dussel estaba desvistándose; no hice caso de eso y al primer cañonazo, salté de mi cama para ir a refugiarme en la de papá. Dos horas de vuelo y de bombardeo incesantes; luego, silencio. Me volví a mi cama y me dormí a las dos y media.

Las siete. Me desperté sobresaltada. Van Daan estaba con papá. Mi primer pensamiento fue el de "Otra vez los ladrones". Oí a Van Daan decir "todo", y pensé que lo habían robado todo. Pero no. Esta vez la noticia era maravillosa, la más maravillosa desde hacía varios meses, ¿qué digo?, desde que comenzó la guerra: "Mussolini renunció, el rey de Italia se ha hecho cargo del gobierno". Lo celebramos alborozadamente, todos y cada uno. Después de la espantosa jornada de ayer, por fin un buen presagio, una esperanza. ¡La esperanza del final, la esperanza de la paz! Kugler subió a decirnos que Fokker fue arrasado.

Esta noche, dos nuevas alarmas. Estoy cansada por los bombardeos y la falta de sueño, no tengo ganas de estudiar. La ansiedad con respecto a lo que sucede en Italia nos mantiene viva la esperanza de lo que pueda ocurrir de aquí en adelante...

Tu Ana

Jueves 29 de julio de 1943

Querida Kitty:

La señora Van Daan, Dussel y yo estábamos lavando los platos. Y lo que casi nunca ocurre e iba seguramente a llamar la atención de mis compañeros de tarea, era que yo había guardado un silencio absoluto. Con el fin de evitar cuestiones busqué un tema que creía neutro: el libro Enrique, el de la acera de enfrente cumplía con esa exigencia.

Pero me equivoqué. Si la señora Van Daan no me hiere, es Dussel quien lo hace, debí haber pensado en eso. Fue él quien nos recomendó la obra como extraordinaria y excelente. Lo mismo que yo, Margot no la encontró ni lo uno ni lo otro.

Sin dejar de secar los platos, admití que el autor estaba acertado en el retrato del chico, pero que, en cuanto a lo demás, era preferible no hablar y me atraje la indignación del señor Dussel.

—¿Cómo puedes comprender la psicología de un hombre? Pasa si se tratara de un niño. Tú eres demasiado joven para un libro así; ni siquiera estaría al alcance de una persona de veinte años. (Entonces, ¿por qué nos lo recomendó tan calurosamente a las dos?).

Dussel y la señora Van Daan prosiguieron sus observaciones por turno:

—Sabes demasiadas cosas inadecuadas para tu edad. Tu educación deja mucho que desear. Más tarde, cuando seas mayor, no encontrarás ya atractivo en nada y dirás:

“Todo eso ya lo leí en los libros, hace veinte años”. Apresúrate, pues, a enamorarte y a encontrar un marido si deseas enamorarte de verdad. Has aprendido todas las teorías, pero te falta la práctica. Qué concepto tan curioso tienen ellos de la educación al azuzarme siempre contra mis padres, que es lo que hacen en realidad. Y callar delante de una muchacha de mi edad cuando les sorprendo hablando de cosas para mayores. Sin embargo, en su opinión, es un método también excelente. Veo a menudo los resultados de ese tipo de crianza. En ese momento los hubiera abofeteado a ambos, por la forma en que me estaban poniendo en ridículo. Me sentía fuera de mí. Si pudiera saber cuándo me veré libre de esta gente. ¡La señora Van Daan, es un caso serio! Es un modelo de conducta... ¡pero qué conducta!, todos están de acuerdo en que es muy indiscreta, egoísta, hipócrita, calculadora y que está siempre en desacuerdo sobre cualquier cosa. A eso se le añade la vanidad y la coquetería. Es claro que, no la aguanto. Podría escribir sobre ella volúmenes enteros. De pronto un día me ponga a hacerlo. Todo el mundo es capaz de crearse una aureola. La señora es amable y así engaña de buenas a primeras.

Según mamá, es demasiado tonta y no vale la pena prestarle atención. Margot la considera insignificante. Papá la encuentra demasiado fea, física y moralmente. Y yo, que al principio no tenía ningún prejuicio, debo admitir, tras muchas vueltas, que tienen razón los tres y estoy lejos de ser demasiado severa. Tiene tantos defectos, que no hay por dónde tomarla.

Tu Ana

P.D. Te advierto que al escribir esto, estoy todavía bastante enojada.

Martes 3 de agosto de 1943

Querida Kitty:

Las noticias políticas son buenas. En Italia, el partido fascista ha sido proscrito. El pueblo combate a los fascistas en muchos lugares; hasta las fuerzas armadas han intervenido en la batalla. ¿Cómo un país así, en tal situación sostiene la guerra contra Inglaterra?

Acabamos de soportar el tercer ataque aéreo del día; tuve que apretar con fuerza los dientes para infundirme valor. La señora Van Daan, que siempre dice: “déjalos que vengan” y “más vale un final con susto que ningún final”; se ha vuelto en la actualidad la más cobarde de todos nosotros. Temblaba como una hoja esta mañana y hasta estalló en sollozos. Cuando su marido, con el que acababa de hacer las paces después de una semana de discusiones, la consoló, una podría emocionarse de veras ante tal escena. Mouschi ha demostrado que poseer un gato tiene sus desventajas, así como sus ventajas. Toda la casa está llena de pulgas y la plaga aumenta día a día. El señor Kugler ha desparramado un polvo amarillo en todos los rincones del edificio, pero eso no parece haber afectado mucho a los bichitos. Nos hemos tornado muy nerviosos, constantemente imaginamos algo arañándonos las piernas, brazos y distintas partes del cuerpo. Por tal motivo emprendimos nuevamente los ejercicios corporales, para poder mirarnos la espalda o la parte trasera de las piernas mientras estamos parados. Ahora pagamos las consecuencias de nuestra falta de agilidad. Estamos tan rígidos que ni siquiera podemos girar la cabeza apropiadamente porque hemos dejado atrás la gimnasia.

Tu Ana

Miércoles 4 de agosto de 1943

Querida Kitty:

Llevamos más de un año encerrados en la casa de atrás y, sin embargo, nunca llegaré a darte de ésta una idea perfecta. Hay tantas cosas, que uno se pierde y ¡existe una gran diferencia entre la vida que llevamos y la de las personas normales! Hoy te daré un resumen de nuestra vida diaria. Comenzaré por el final de la jornada. Alrededor de las nueve de la noche, todo el mundo realiza preparativos para dormir provocando un enorme desplazamiento de cosas. Se apartan las sillas y se van a buscar las frazadas, que son desplegadas: todo el mobiliario del día se transforma. Yo duermo en el divancito que no tiene más que 1,50 m. de largo y al que, por tanto, deben agregársele dos sillas como larguero. Un colchón, las sábanas, las almohadas y las frazadas, todo hay que retirarlo del lecho de Dussel, donde estos objetos son colocados durante el día. Más allá se oye un crujido tremendo, donde está el catre de Margot, cuyos travesaños de madera rechinan locamente. Hay que sacar los almohadones y mantas de alguna otra parte. En la parte de nuestros vecinos, un estruendo terrible: no es más que la cama de la señora, que es empujada hacia la ventana, para que las naricitas de Su Alteza, vestida de una mañanita rosa, puedan gozar del aire vivificante. A las 9, después de Peter, tomo posesión del baño y me entrego a una higiene minuciosa; muchas veces aprovecho para matar alguna pulga; además de limpiarme los dientes, ponerme los rizadoros, revisarme las uñas y otros pequeños secretos de toilette, todo ello en menos de media hora. A las 9:30, con la bata de baño sobre los hombros y con el jabón en una mano, orinal, horquillas, rizadoros y algodón en la otra, salida rápida, seguida a menudo por un toque de atención por parte de mi sucesor, el cual desapueba la presencia de algunos cabellos que ondulan graciosamente sobre la mesa del tocador. A las 10, apagamiento total de luces. Buenas noches. Durante un buen cuartito de hora, crujidos de lechos y muelles rotos, suspiros y luego silencio, siempre y cuando los vecinos de arriba no empiecen a pelear. A las 11.30, La puerta del tocador chirria. Una delgada red de luz penetra en el dormitorio. Crujidos de suelas y luego la sombra de un gran gabán, que agranda al hombre que lo lleva. Dussel ha terminado su trabajo en el escritorio de

Kugler. Durante diez minutos, ruido de pasos, roce de papeles (de los comestibles que oculta). Enseguida, hace su cama. La silueta desaparece otra vez; de vez en cuando, ruidos sospechosos procedentes del baño. A las 3, Me levanto para hacer una pequeña necesidad en la vasija de hierro enlozado que utilizo como orinal, la cual está bajo mi cama y sobre una alfombrita de goma que protege el piso. Cada vez que ello ocurre, retengo la respiración, pues me parece oír una verdadera cascada de agua precipitándose desde lo alto de una montaña. Repongo el orinal en su sitio y la pequeña forma blanca en camisón, que, por cierto, genera en Margot sobresalto, pues siempre me dice “¡Ay qué camisón tan indecente!”, vuelve a su cama. Sigue por lo menos un cuarto de hora de insomnio, escuchando los ruidos nocturnos. ¿No entran ladrones en la casa? Además, están los ruidos de las camas, arriba, al lado, en la misma habitación, que me informan sobre los que duermen y los que se agitan. Si es Dussel quien no duerme, resulta muy incómodo. Primero, percibo un ruidito como de un pez que boquea repetido, no menos de diez veces; sucesivamente se humedece los labios, creo y hace sonar la lengua, o bien da vueltas y más vueltas, de manera interminable, hundiendo las almohadas. Cinco minutos de inmovilidad completa. Pero no hay que hacerse ilusiones, estas maniobras pueden repetirse hasta tres veces antes de que el doctor Dussel se amodore por fin. No es improbable que, entre la una y las cuatro de la madrugada, seamos despertados por aviones y detonaciones ininterrumpidas. Casi siempre, yo ya he saltado de la cama antes de saber qué ocurre. A veces estoy soñando con mis verbos irregulares franceses o con las peleas de nuestros vecinos; en tal caso, me sorprendo de encontrarme todavía en mi cuarto, me apodero presurosa de una almohada y un pañuelo, me pongo un batón y corro en zapatillas hasta donde está papá, como lo ha dicho Margot en un verso de aniversario: En la noche, al primer disparo, la puerta gime y aparece una niña aferrando una almohada y un pañuelo. Llegada al lecho paterno, tengo menos miedo, salvo cuando las sacudidas son demasiado fuertes.

A las siete menos cuarto: ¡Trrrr! El despertador. ¡Crac...! ¡paf!... la señora lo ha apagado. El señor se ha levantado. Pone agua a hervir y hace sus abluciones. A las siete y cuarto, cruje la puerta. Le toca turno a Dussel en el baño. Ya sola, corro las cortinas y un nuevo día empieza en la casa de atrás.

Tu Ana

Jueves 5 de agosto de 1943

Querida Kitty:

Te describo ahora el mediodía.

Son las doce y media. Todos respiran con alivio. Los muchachos que trabajan en el depósito se han ido a almorzar. Se oye a la señora que pasa la aspiradora sobre su única alfombra. Margot recoge sus libros, se prepara para la clase de “alumnos que no progresan”, pues ésa es la actitud de Dussel. Pim se esconde en un rincón con su inseparable Dickens. Mamá se dispone a dar una mano a la buena cocinera Van Daan y yo voy al baño para ordenarlo un poco y refrescarme al mismo tiempo.

A la una menos cuarto: Gota a gota se va llenando el cubo. Llega uno detrás de otro. Primero el señor Gies, luego Kleiman o Kugler, Bep y a veces, también Miep.

A la una: Agrupados alrededor del pequeño receptor, todo el mundo escucha la BBC; son los únicos instantes en que los miembros del anexo no se interrumpen y oyen hablar a alguien que no puede ser contradicho, ni siquiera por el señor Van Daan.

A la una y cuarto: Distribución de víveres. Cada uno de los invitados del escritorio recibe sopa y, cuando hay postre, se lo reparte con ellos. Contento, el señor Gies se sienta en el diván o se apoya contra la mesa, con su escudilla, su diario y el gato; cuando alguna de estas tres cosas le falta, se queja. Kleiman, da las últimas noticias de la ciudad. Se adivina la llegada de Kugler por su paso pesado en la escalera y por el golpe fuerte a la puerta, tras lo cual entra, frotándose las manos presuroso u ocioso, taciturno o locuaz, según su estado de ánimo.

A la una cuarenta y cinco: El almuerzo de los oficinistas ha terminado. Se levantan y cada quien vuelve a sus ocupaciones. Margot y mamá friegan la vajilla. Los esposos Van Daan se van a dormir la siesta a su cuarto. Peter sube al desván. Papá se tiende en el diván. Dussel, en su cama. Y Ana se pone a estudiar. Es la hora más tranquila; como todo el mundo duerme, no seré molestada. Dussel sueña con golosinas, eso se ve, pero no lo miro mucho tiempo, minutos contados, pues a las cuatro en punto el doctor se pone de pie,

reloj en mano, para que, sin un minuto de retardo, yo le entregue el escritorio.

Tu Ana

Sábado 7 de agosto de 1943

Querida Kitty:

Unas semanas antes, escribí algo, un escrito fantasioso y me ha dado tanta alegría hacerlo que mi producción literaria va formando una buena pila de papel.

Tu Ana

Lunes 9 de agosto de 1943

Querida Kitty:

Continúo describiendo los horarios en la casa. Es la hora de cenar. A la cabeza, el señor Van Daan, que es el primero en servirse y abundantemente, de todo lo que le gusta. Ello no le impide dirigir resueltamente la conversación y dar su opinión, que es ley. Pobre de quien se atreva a contradecirlo. Porque sabe gruñir como un gato enfurecido, es mejor evitarlo. Está totalmente seguro de sus opiniones y persuadido de que es infalible. Es verdad que se trata de un hombre inteligente, pero ésa no es razón para tanta suficiencia y presunción. Su fatuidad resulta intolerable.

Madame: Mejor sería que no decir nada. Ciertos días, cuando no está de buen humor, desearía muchísimo no verla. Bien pensado, ella es la causa de todas las discusiones, ¡No cabe duda! Cada uno de nosotros evita con todo cuidado incurrir en su enojo. Pero podríamos apodararla la provocadora. Cuando puede provocar, está en su elemento; poner en contra a Ana con la señora Frank, a Margot con papá, aunque esto es menos fácil.

En la mesa, jamás se priva de nada, aunque ella, más de una vez, se imagine lo contrario. Las papas más chicas, los mejores trozos, lo más selecto de todo; "elegir para ella primero" es la divisa de la señora; los otros tendrán que esperar hasta que ella haya

encontrado lo que desea. Y habla que habla. Que la escuchen o no, que nos interese o no lo que cuenta, la tiene sin cuidado. No caben dudas de que piensa. Con una sonrisa coqueta y pretendiendo saber de todo, se esmera con el uno y el otro, dándole buenos consejos. Todo eso puede causar buena impresión. Pero, quien la conoce mejor no se engaña. En suma: es activa, jovial, en caso de buen humor, coqueta, a veces, hasta linda. He ahí a Petronella van Daan.

El tercer invitado no se destaca. El joven Van Daan, es taciturno y apagado la mayor parte del tiempo. En cuanto a su apetito, devora al estilo de los miembros de su familia y nunca está satisfecho. Después de una comida de las más sustanciosas, declara con mucha calma que podría comer aún el doble.

Margot, cuarta invitada: Come como un pajarito y no habla en absoluto. No tiene apetito sino para las verduras y las frutas. Los Van Daan opinan que se la ha mimado demasiado. En nuestra opinión, su mal apetito proviene de la “falta de aire y deporte”.

Mamá, quinta invitada: Gran conversadora, de buen apetito. Nunca se la tomaría por la dueña de casa, como la señora Van Daan. ¿Por qué? porque la señora se ocupa de la cocina, en tanto que mamá lava, plancha y asea.

El sexto y séptimo lugar: No me extenderé en lo que se refiere a papá y a mí misma. Pim es el más discreto de todos. Cuida primero de que cada uno se haya servido. Él no necesita nada. Todo lo que es bueno, lo destina a los niños. Es la bondad personificada y, a su lado, el incurable manojó de nervios de la casa de atrás.

Dussel: Se sirve, no mira a su alrededor, come, no habla... Absorbe cantidades enormes, sea bueno o malo, nunca dice que no. El pantalón le llega hasta el pecho, chaqueta roja, zapatillas negras y gafas de carey. Con esta indumentaria puede vérselo trabajar en la mesita, trabajar siempre, con la única interrupción de su pequeña siesta al mediodía, sus comidas, etc.; su lugar predilecto: el baño. Tres, cuatro, cinco veces al día. Si alguien se impacienta frente a la puerta del retrete, apretando los puños y saltando sobre un pie, primero, sobre el otro ¿crees que se da por enterado? Para nada. De las siete y cuarto a las siete y media, de las doce y media a la una, de las dos a las dos y cuarto, de las cuatro a las cuatro y cuarto, de las seis a las seis y cuarto y de las once y media a las doce, es como para anotárselo, son “sus horas fijas para sesión” él las conserva estrictamente y no se preocupa para nada de las súplicas del otro

lado de la puerta, que anuncian un desastre inminente.

La novena no pertenece a los miembros de la familia de la casa de atrás, pero se cuenta entre los invitados. Bep tiene muy buen apetito. No deja nada, no se queja. La menor cosa le agrada, con gran satisfacción también de nuestra parte. Siempre de buen humor, servicial, buena: esas son sus virtudes.

Tu Ana

Martes 10 de agosto de 1943

Querida Kitty:

Una nueva idea: en la mesa, me hablo a mí misma en vez de hacerlo a los demás. Es un éxito, desde dos puntos de vista. Ante todo, ellos se alegran de no tener que dejarme la palabra por mucho tiempo, además, ya no tengo que molestarme por las opiniones ajenas. En cuanto a mi opinión personal, yo no la juzgo tonta, aunque los otros sí, por eso me la guardo. Lo mismo hago con los alimentos que no me agradan: si tengo que tragarme una cosa que detesto, tomo mi plato, trato de imaginar que hay en él algo delicioso y, mirándolo lo menos posible, ya lo he engullido todo antes de darme cuenta. Para levantarme por la mañana —tanto que me desagrada— salto de la cama, diciéndome “Volverás a acostarte enseguida, con toda comodidad”, pero corro a la ventana, quito el enmascaramiento, aspiro el aire fresco por la rendija entreabierta, hasta que estoy bien despabilada. Luego, enseguida a quitar las sábanas para no dejarse tentar. ¿Sabes cómo lo llama mamá? “el arte de vivir”. ¿No te parece gracioso? Desde hace una semana nadie tiene ya la hora exacta. El reloj de nuestra querida y fiel iglesia ha sido quitado, sin duda para la fundición de metales destinados a material de guerra. Ya no hay manera de averiguar la hora, ni de día ni de noche. Yo sigo esperando que el reloj sea reemplazado por un artefacto cualquiera, de hierro o de cobre que nos recuerde a los del barrio nuestra campana.

Esté donde esté, mis pies suscitan la admiración a mi alrededor. A pesar de las circunstancias, estoy admirable, maravillosamente calzada, gracias a Miep, que ha descubierto un par de zapatos de

ocasión, por 27,50 florines; son de gamuza con refuerzos de cuero, de un rojo vinotinto y con tacones bastante altos. Aumentan mucho mi estatura. Tengo la impresión de andar con zancos. Dussel ha estado a punto de poner nuestras vidas en peligro. Ha tenido la ocurrencia de encargarle a Miep un libro prohibido: una sátira sobre Hitler y Mussolini. Al volver en bicicleta con el famoso librito, tuvo un choque con una motocicleta de las SS, sobresaltada por el accidente, Miep les gritó: “¡Malditos!” y se escondió a toda prisa.

Prefiero no pensar en lo que habría sucedido si la llevan a la comisaría.

Tu Ana

La tarea del día en comunidad: ¡pelar papas!

Uno va a buscar los periódicos; otro, los cuchillos, reservándose el mejor para sí mismo; un tercero, las patatas; un cuarto, la cacerola llena de agua. El señor Dussel comienza, no hace los mejores cortes, pero pela sin interrupción y mira a diestra y siniestra para ver si los demás trabajan de la misma manera que él. ¡No!

—Ana, mira un poco cómo tengo yo el cuchillo y pelo de arriba abajo. No, así no... ¡Así!

Entonces respondo tímidamente:

—Pero estoy acostumbrada a hacerlo de este modo, señor Dussel, y lo hago con rapidez.

Sin embargo, yo te enseñé la manera más cómoda. Puedes fiarte de mí. Naturalmente, a mí, me importa un comino. Haz como quieras. Seguimos pelando. Miro de soslayo a mi vecino que agacha la cabeza, pensativo y en silencio. Aún no hemos terminado la tarea. Luego, miro a papá, que está del otro lado; pelar papas no es para él un fastidio sino un trabajo de precisión. Cuando lee, en su frente se graba una arruga profunda; pero, cuando ayuda a preparar patatas, arvejas u otras legumbres, parece impermeable a todo pensamiento y pone “su cara de pelar papas”, asegurándose de que no entrega ninguna que no esté bien pelada, con una expresión semejante, la imperfección no es aceptada.

Sigo con la tarea, no tengo más que levantar los ojos para estar informada. La señora Van Daan trata de atraer la atención de Dussel. Primero, le hace una mirada furtiva, él finge no haber notado nada. Enseguida, ella guiña el ojo, él sigue su trabajo atentamente.

Luego, ella se ríe; Dussel mantiene los ojos bajos. Entonces, mamá se ríe también; Dussel permanece impassible. La señora no ha logrado ningún resultado y va a proceder de otra manera. Después de un silencio:

—Putti, ¿por qué no te pones un delantal? Mañana me veré nuevamente obligada a quitar las manchas de tu pantalón.

—¡No me ensucio!

Otro silencio breve.

—Putti, ¿por qué no te sientas?

—Estoy bien de pie. ¡es mejor!

—Putti, ¡ten cuidado que te salpicas!

—Sí, mami, tendré cuidado.

La señora busca otro tema de conversación.

—Dime, Putti ¿Por qué los ingleses no han reanudado los bombardeos?

—Porque el tiempo es demasiado malo.

—Pero ayer hacía buen tiempo y no había aviones.

—¿Y si habláramos de otra cosa?

—¿Y por qué, si a mí me agrada saber lo que tú piensas de eso?

—No.

—¿Por qué no?

—¡Cállate, mamacita!

—El señor Frank contesta siempre a su esposa cuando ella le pregunta algo, ¿no es verdad?

La señora ha tocado el punto sensible de su esposo. Este se calla, así es su defensa y ella prosigue:

—¡Nunca llegará la invasión!

El señor palidece. Viendo el efecto que ha producido, su mujer se ruboriza y luego persiste.

—¡Los ingleses no terminan nunca nada!

La bomba estalla.

—¡Bueno, cállate, maldita sea!

Mamá no puede aguantar las carcajadas. Por mi parte, me mantengo muy seria. He ahí una muestra. Eso se repite casi todos los días, a menos que hayan peleado con anterioridad, en tal caso tenemos la ventaja de que ambos permanecen en silencio.

Faltan papas; subo a buscarlas al desván. Allí encuentro a Peter que le está sacando las pulgas al gato.

Levanta los ojos, el gato aprovecha y ¡hop!, huye por la ventana abierta al alero. Peter maldice y yo desaparezco riendo.

La libertad en la casa de atrás.

A las cinco y media: Sube Bep a darnos libertad vespertina. Al subir, le dan el postre que nos darán más adelante a nosotros. En cuanto Bep ya está instalada, la señora comienza a pedir cosas, por ejemplo:

—Ay Bep, quisiera pedirte unas cositas...

Bep, me guiña el ojo: la señora no desaprovecha cada oportunidad para decirle sus deseos a cualquier persona que suba.

Debe ser uno de los motivos por el cual ya nadie desea subir.

A las seis menos cuarto: se va Bep, echa el último vistazo por la cocina y el despacho de papá, luego abre la puerta para el gato.

Mi gira de inspección me lleva al escritorio de Kugler. Van Daan abre cajones y ficheros para inspeccionar la correspondencia del día. Peter se encarga de la llave del depósito y de Mouschi. Pim sube a nuestra casa la máquina de escribir, Margot busca un sitio tranquilo para liquidar su trabajo de oficina, la señora pone el agua sobre el gas y mamá se acerca con las papas. Todo el mundo tiene asignada una tarea. Peter no tarda en volver del depósito y pregunta dónde está el pan, generalmente, ha sido colocado en el armario de la cocina. Hoy no. ¿Se habrán olvidado del pan? Peter se ofrece a buscarlo en el escritorio del frente. Antes de entrar en él, se pone en cuatro patas para no ser visto desde afuera, avanza hasta el armario de acero, donde, en efecto, ve el pan, se apodera de él y da media vuelta; pero antes de que pueda salir, Mouschi ha saltado por sobre su espalda, instalándose debajo del escritorio. Peter juega al escondite con el gato y por fin logra atraparlo por la cola. Mouschi resopla, Peter suspira. Ya lo tiene... No. Mouschi huye y se instala junto a la ventana para lamerse muy complacido, contento de haber escapado de su amo; como último recurso, éste le tiende un trozo de pan, Mouschi se deja seducir y la puerta se cierra detrás de Peter.

He podido observarlo todo desde la puerta. Tic, tic, tic... Llaman tres veces: ¡A comer!

Tu Ana

Lunes 23 de agosto de 1943

Por la mañana, a las ocho y media en punto, mamá y Margot se sienten algo nerviosas ¡shisf!... ¡silencio papá! ¡Pim, shisf! Que ya son las ocho y media. Ven aquí, no dejes correr el agua, camina despacio. Otras exclamaciones semejantes para papá, que está en el cuarto de baño. Debe volver a su habitación a las ocho y media en punto. Todos los grifos son cerrados, la descarga del baño está prohibida. Silencio absoluto. Hasta que no llega el personal de oficina; los hombres del depósito pueden oírnos en el silencio de los locales vacíos.

A las ocho y veinte, abren la puerta los del piso de arriba, tres golpecitos en nuestro techo anuncian que Ana puede ir a buscar su sopa de avena. Bien, ya está preparado mi plato para perros. Subo a buscarlo. De regreso a mi cuarto, tengo que darme prisa, peinarme ligero, no hablar más, reponer la cama en su lugar. Silencio, es la hora. La señora se pone sus zapatillas, el señor también; todos los ruidos son ahogados. Ahora comienza nuestra vida en familia. Yo me dedico a mis lecciones o aparento hacerlo; Margot, otro tanto; papá se instala -con su Dickens naturalmente y un diccionario- sobre el borde de la cama desfondada y gimiente, cuyos colchones no merecen ya ni ese nombre; dos almohadas pueden también ser útiles, pero papá las rechaza. “¡No las necesito, estoy bien!”

Entretenido en su lectura, no mira a nadie; se ríe de vez en cuando y a veces, quiere obligar a mamá a escuchar una anécdota.

Respuesta:

—¡No tengo tiempo!

Se muestra decepcionado por un segundo y luego sigue leyendo; un instante después, impresionado por un párrafo divertido, hace una nueva tentativa:

—Ma, lee esto. No es largo.

Mamá está siempre instalada en el diván, leyendo, cosiendo, tejiendo, o estudiando, según los días. Le sucede que se acuerda bruscamente de algo, dice de prisa:

—Ana, ¿te acuerdas...? Margot, anota...

Vuelve la tranquilidad, Margot cierra repentinamente su libro, papá frunce el ceño por un momento, luego reaparece la arruga de su frente y vuelve a sumirse en su libro, mamá empieza a

conversar con Margot, yo escucho porque soy curiosa. Envolvemos a Pim en el asunto... ¡Son las nueve! ¡Desayuno!

Tu Ana

Viernes 10 de septiembre de 1943

Querida Kitty:

Cada vez que me siento a escribir, algo especial ha pasado, pero casi siempre son cosas desagradables, pero en esta ocasión ha sido bueno.

El miércoles 8 de septiembre, en la noche, la transmisión de las siete nos anunció: *Here follows the best news from whole the war. ¡Italy has capitulated!* ¡Italia ha capitulado incondicionalmente! A las ocho y cuarto escuchamos el programa holandés transmitido desde Inglaterra: “Queridos oyentes: hace una hora, acababa yo de terminar mi escritura diaria, cuando recibimos la maravillosa noticia de la capitulación de Italia. Puedo asegurar que nunca he roto mis notas con tanto placer”. Tocaron el himno inglés, el himno norteamericano y La Internacional rusa. Como siempre el programa holandés que se transmite desde Inglaterra ha sido muy alentador, aunque no muestre demasiado optimismo. Pero, no todo es color de rosa entre nosotros. El señor Kleiman está enfermo. Ya te he dicho cuánto lo estimamos todos; nunca se siente bien, sufre mucho, debe comer y moverse lo menos posible y, a pesar de todo eso, siempre está de buen humor y demuestra un coraje admirable. Mamá tiene razón al decir: “El sol brilla cuando el señor Kleiman viene a casa”.

Deben de internarlo en el hospital, donde tiene que soportar una grave operación de estómago. Tendrá que quedarse allí por lo menos cuatro semanas. Si hubieras visto de qué manera se despidió de nosotros: como si saliera a la tienda y ya.

Tu Ana

Jueves 16 de septiembre de 1943

Querida Kitty.

En la casa de atrás las relaciones personales empeoran. Cuando nos sentamos a la mesa, nadie se atreve ya a abrir la boca, salvo para comer, porque la menor palabra corre el riesgo de ser mal interpretada o de molestar a uno o a otro.

Me dan todos los días valeriana para combatir la depresión y la ansiedad, lo que no impide que al día siguiente me sienta todavía más fastidiada. Conozco un remedio que me ayudaría mucho más: reír, reír, pero nosotros casi que nos hemos olvidado ya de la risa. Si esto dura aún mucho tiempo, temo verme con una larga cara y una mueca agria para siempre. Definitivamente, las cosas no mejoran y ya se acerca el invierno. Otra cosa, y no es lo mejor: uno de los hombres del almacén, un tal Van Maaren, sospecha que algo sucede en la casa de atrás. Aparentemente ese hombre no puede ocultar su gran curiosidad, no se deja engañar fácilmente y además, no inspira confianza.

Una vez, Kugler, como medida de prudencia, dio un rodeo para reunirse con nosotros. Es decir: diez para la una, se puso el abrigo y fue a la farmacia de la esquina; cinco minutos después, se sirvió de la otra puerta de entrada para subir a nuestra casa, como un ladrón, por la escalera que da acceso a ella directamente. Quería irse a la una y cuarto, pero, habiendo sido interceptado por Bep, que pudo prevenirle de que Van Maaren se encontraba en la oficina, dio media vuelta y se quedó con nosotros hasta la una y media. Entonces, se descalzó y, con los zapatos en la mano, volvió a bajar por la misma escalera con tal prudencia que, a fuerza de evitar los crujidos de los peldaños, tardó un cuarto de hora en volver a su escritorio, entrando por la calle.

Entretanto, liberada de Van Maaren, Bep volvió a buscar al señor Kugler, que ya se había ido hace rato. ¿Un director que baja descalzo y se coloca los zapatos en la calle? ¿Qué dirían los vecinos?

Tu Ana

Miércoles 29 de septiembre de 1943

Querida Kitty:

Es el cumpleaños de la señora Van Daan. Se le ha regalado un frasco de mermelada, aparte de cupones para queso, carne y pan. Su marido, Dussel y el personal de la oficina también le regalaron alimentos y además flores. ¡Los tiempos no dan para más!

Esta semana, Bep ha estado a punto de sufrir un ataque, hizo tantos encargos, insistiéndole tanto sobre las cosas urgentes y sobre lo que nos faltaba, pidiéndole que regresara porque había comprendido mal, que estuvo a punto de perder la paciencia. No es de sorprenderse, cuando se piensa en todo el trabajo acumulado en la oficina. Ella reemplaza a Miep, que tiene gripe, y a Kleiman, enfermo; además, tiene un tobillo lastimado y se siente mal por problemas sentimentales y debe soportar a un padre que regaña por todo. Nosotros, la hemos consolado diciéndole que nuestra lista de encargos se acortaría si ella nos dice que le falta tiempo.

Noto que hay tirantez entre papá y el señor Van Daan. Papá, por una u otra razón está enojado. ¡Si yo no me viera tan directamente mezclada en estas situaciones! ¡Si pudiera escapar! Van a volvernos locos.

Tu Ana

Sábado 17 de octubre de 1943

Querida Kitty:

Kleiman ha regresado, ¡Menos mal! Está bastante pálido, pero ya se ha puesto en marcha, lleno de ánimo, encargándose de vender ropas por cuenta de Van Daan. Estos andan cortos de fondos, resulta desagradable, pero es así. La señora tiene abrigos, vestidos, calzado para revender, pero no quiere deshacerse de nada, mientras que el señor no logra vender ni un traje porque pide un precio demasiado elevado. No se sabe en qué terminará todo esto. La señora no tendrá más remedio que desprenderse de su abrigo de piel. La disputa entre marido y mujer sobre el asunto ha sido violentísima; ahora asistimos a la fase de reconciliación:

“¡Ay, querido Putti!” y “¡Kerli hermosa!”. Esas palabrotas que desde un mes se han usada en casa, aún me dan vuelta. Papá no abre la boca. Cuando alguien se dirige a él, se muestra huraño, como si temiera tener que intervenir en un nuevo litigio. Los pómulos de mamá están rojos de emoción. Margot se queja de dolores de cabeza. Dussel, de insomnio. La señora Van Daan se lamenta todo el día, y yo estoy enloqueciendo del todo. En verdad, he olvidado con quién he reñido y hemos hecho las paces.

Sólo el estudio me distrae y por eso le dedico más tiempo.

Tu Ana

Viernes 29 de octubre de 1943

Querida Kitty:

El señor Kleiman está nuevamente ausente, su estómago otra vez. Ni siquiera sabe si la hemorragia ha sido bien contenida. Por primera vez le hemos visto deprimido porque no se sentía bien. Otra discusión entre el señor y la señora Van Daan. Cuestión financiera. Los Van Daan se han gastado su dinero, ya te lo adelanté. Hace algún tiempo, el señor Kleiman habló de un amigo que trabaja en el comercio de pieles, el señor Van Daan tuvo entonces la idea de vender un abrigo de pieles de su mujer enteramente de conejo y ya usado durante diecisiete años. Han obtenido por él 325 florines, una gran cantidad de dinero. La señora hubiera preferido quedarse con ese dinero, con el fin de poder comprar ropa nueva después de la guerra. Le costó mucho trabajo a su marido hacerle entender que ese dinero era necesario para los gastos de la casa. No puedes imaginar qué gritos, qué injurias y chillidos. Fue terrible. Nosotros nos quedamos cerca de la escalera, aguantando la respiración y preparados para subir a separar a esos dos. Todo eso influye en el sistema nervioso y causa tal tensión que, por la noche, cuando me acuesto, lloro y agradezco al cielo que puedo contar con una media hora para mí sola. En cuanto a mí, la única novedad es que no tenga nada de hambre. Siempre oigo decir: “¡Qué mal aspecto!”. Te confieso que hacen lo indecible para que mi salud no flaquee; me dan glucosa, aceite de hígado de bacalao y tabletas de levadura y calcio. Mis nervios me juegan malas pasadas: estoy de un humor

espantoso. La atmósfera de la casa es deprimente, soñolienta, aplastante, sobre todo el domingo. Afuera, ningún canto de pájaro; adentro, un silencio mortal y sofocante planea sobre personas y cosas, y pesa sobre mí como si quisiera arrastrarme a profundidades insondables. En momentos así, me olvido de papá, de mamá y de Margot. Indiferente, voy de una habitación a otra, subiendo y bajando las escaleras, me veo como el pájaro cantor cuyas alas han sido cortadas y que, en la oscuridad total, se hiere al golpearse contra los barrotes de su estrecha jaula. Una voz interior me grita: “Sal a la calle, ríe, respira”. Ni siquiera contesto; me acuesto en un diván y me duermo para acortar el tiempo, el silencio y el miedo, ya que no hay forma de matarlos.

Tu Ana

Miércoles 3 de noviembre de 1943

Querida Kitty:

Para distraernos un poco, papá ha hecho traer un programa del Instituto de Enseñanza de Leiden, con una actividad educativa. Margot ha revisado por lo menos tres veces el voluminoso libro, sin encontrar en él algo que le pareciera interesante. La decisión de papá fue rápida, ha elegido un curso de “latín elemental” por correspondencia, que no ha tardado en llegar y Margot se ha dedicado a él con entusiasmo. Es demasiado difícil para mí, aunque me habría gustado mucho aprender latín. Como yo necesitaba también algo nuevo, papá ha pedido a Kleiman que le obtenga una Biblia para niños, con el fin de que me entere de algunas cosas del Nuevo Testamento.

—¿Es que quieres regalarle a Ana una Biblia para la fiesta de la Januká? —, preguntó Margot, bastante consternada.

—Si... pero pienso que la fiesta de San Nicolás será mejor ocasión — respondió papá—. No veo muy bien a Jesús en la Januká.

Como se ha roto la aspiradora, debo cepillar la alfombra casi todas las noches. Cierro la ventana y paso el escobón. “Esto no acabará bien”. Seguro que habrá quejas. Y así fue: a mamá, el polvo que quedaba le generó un fuerte dolor de cabeza, el nuevo diccionario

de Margot se cubrió de mugre. “A buen servicio mal galardón” como dice el refrán.

Lo último de la casa de atrás fue, que la estufa no se podía encender los domingos temprano, ya que saldría humo de la chimenea y podría llamar la atención de los vecinos. Y lo mismo ocurre con las cortinas, estas no se podían correr. El resultado: muchos reproches.

¡Pero si nadie lo verá! Por ahí empiezan los descuidos. De momento las riñas han disminuido. Sólo Dussel está riñendo con Van Daan. Cuando la menciona, dice “vaca idiota”, “morsa”, “yegua” y la señora le responde a él “solterona” “damisela susceptible” etc. Dijo la sartén al cazo: ¡Apártate que me tiznas!

Tu Ana

La noche del lunes 8 de noviembre de 1943

Querida Kitty:

Si tú pudieras leer mis cartas una detrás de otra, te sentirías sin duda impresionada por la gran variedad de estados de ánimo con que ellas fueron escritas. No me agrada depender de la atmósfera de la casa de atrás, más bien me fastidia; pero no soy la única aquí, pues todo el mundo está malhumorado. Cuando leo un libro que me impresiona, necesito hacer un gran esfuerzo de readaptación antes de reunirme nuevamente con los habitantes de nuestra casa. De ser así, ellos me juzgarían una especie de alienada. Notarás que paso en este momento por un período de depresión. No sabría decirte por qué he caído en tal pesimismo, pero creo que es mi cobardía, con la cual ando siempre forcejeando.

Este anochecer, cuando Bep estaba todavía en la casa, llamaron a la puerta, largo rato y con insistencia. Inmediatamente me puse pálida, tuve cólicos y palpitaciones, todo eso por la angustia únicamente. De noche, en sueños, me veo en una prisión, sin mis padres, otras veces ando por la carretera o se quema nuestra casa y a veces que nos vienen a buscar en la noche y me escondo bajo la cama desesperada; es como si lo viviera en carne propia. ¡Y encima tengo la sensación de que todo eso, me podría suceder en

cualquier momento! Miep nos dice a menudo que nos envidia, porque todo es tan tranquilo aquí. Hay quizás en ello algo de verdad, pero Miep olvida nuestras angustias diarias. Ya no concibo siquiera que el mundo pueda volver a ser normal para nosotros. Cuando se me ocurre hablar de lo que será “después de la guerra” es para mí algo así como un castillo en el aire, una cosa que nunca se realizará. Nuestra casa de antes, las amigas, las bromas en la escuela... pienso en todo eso como si hubiera sido vivido por otra persona que no fuera yo misma. Nos veo, a los ocho del anexo, como si fuéramos un trozo de cielo azul rodeado poco a poco por nubes sombrías, pesadas y amenazantes. El claro, la isla que nos mantiene aún a salvo, se achica constantemente por la presión de las nubes que nos separan todavía del peligro, cada vez más cercano. Las tinieblas y el peligro se estrechan a nuestro alrededor; buscamos un escape y, por la desesperación, chocamos los unos contra los otros. Todos miramos hacia arriba, allá donde los hombres luchan entre sí; o miramos a lo alto, allí donde solo estamos separados por la masa de tinieblas que nos cierra el paso como un muro impenetrable que está a punto de aplastarnos, pero que aún no es bastante poderoso. Con todas mis fuerzas, imploro: “¡Oh anillo, anillo, ensánchate y ábrete ante nosotros!”.

Tu Ana

Jueves 11 de noviembre de 1943

Querida Kitty:

Se me ha ocurrido un buen título para este capítulo:

Oda a mi pluma “in memoriam”

Mi pluma ha sido siempre para mí muy valiosa, la aprecio mucho, sobre todo por su gruesa pluma, porque yo no puedo escribir bien sino con una pluma gruesa. La vida de mi lapicera ha sido larga y muy interesante; así que te la contaré brevemente. Cuando tenía nueve años llegó, envuelta en algodón, en un paquetito postal con la mención: «Muestra sin valor». Había recorrido un largo camino: venía de Aquisgrán, donde solía vivir mi abuelita, la amable donante. En tanto que el viento de febrero hacía estragos, yo estaba en cama con gripe. La gloriosa lapicera, en su estuche de cuero rojo,

era la admiración de todas mis amigas. ¡Yo, Ana Frank, podía estar orgullosa, porque al fin poseía una pluma estilográfica! A la edad de diez años me permitieron llevarla a la escuela y la maestra estuvo de acuerdo en que la utilizara. A los once años, mi tesoro se quedó en casa, porque la maestra de sexto era partidaria de las plumas corrientes y tinteros. A los doce años, en el Liceo Judío, mi pluma estilográfica volvía a entrar en funciones con tanto más honor y autenticidad cuanto que estaba encerrada en un nuevo estuche con cierre relámpago, que contenía, igualmente, un lápiz de mina. A los trece años, la lapicera me siguió a la casa de atrás, donde desde entonces ha galopado sobre mi diario y mis cuadernos. Se acaba su existencia en mi año decimocuarto. En la tarde del viernes, después de las cinco, salí de mi cuarto para seguir trabajando en la habitación de mis padres. Instalada enseguida en el escritorio, fui empujada sin demasiada suavidad por Margot y papá, que iban a dedicarse a su latín. Abandonando mi lapicera sobre la mesa, utilicé el rinconcito que se dignaron dejarme para seleccionar y limpiar frijoles, es decir, para eliminar los enmohecidos y limpiar los buenos. A las seis menos cuarto recogí todas las descartadas en un papel de diario y las eché al fuego. La estufa, que en los últimos días casi no tiraba, escupió una llama enorme: ahora, funcionaba bien, y eso me alegraba. Cuando los estudiantes de latín terminaron, me dispuse a proseguir mi tarea epistolar, pero mi pluma estilográfica no aparecía por ningún lado. La busqué, buscó Margot, mamá, papá y Dussel buscaron también. Esfuerzo inútil: mi tesoro había desaparecido sin dejar rastros.

—Quizás ha caído en la estufa con los frijoles — indicó Margot.

—¡Vamos! ¡No puede ser! — opiné.

Por la noche, como seguíamos sin dar con mi lapicera, empecé a creer como todo el mundo, que había ardido. La prueba: aquella llama enorme que sólo podía ser provocada por la baquelita. En efecto, la triste suposición se troncó en verdad a la mañana siguiente, cuando papá retiró de las cenizas el sujetador de la lapicera. La punta de oro se había derretido misteriosamente.

—Debe de haberse fundido en una de las piedras refractarias — dijo papá.

Me queda un consuelo, aunque sea pequeña mi pluma: ha sido incinerada. Confío en que me suceda a mí lo mismo.

Tu Ana

Miércoles 17 de noviembre de 1943

Querida Kitty:

Hemos tenido varios hechos terribles. Hay difteria en la casa de Bep, quien por eso no podrá venir a nuestra casa durante seis semanas. Resulta molesto, pues solía encargarse de nuestro aprovisionamiento y, además, ella nos levanta la moral. Extrañamos su presencia terriblemente. Kleiman sigue en cama, desde hace tres semanas soporta un régimen severo: leche y avena. Kugler se siente exhausto.

Las lecciones de latín por correspondencia de Margot son corregidas por un profesor que parece muy amable e ingenioso. Sin duda se siente encantado de tener una alumna tan capaz. Margot le manda sus lecciones firmadas con el nombre de Bep. Dussel está muy alterado y no comprendemos el motivo. Cada vez que nos reunimos en la parte de los Van Daan, no despega los labios. Todos lo hemos notado y, al cabo de varios días de esta comedia, a mamá le ha parecido oportuno ponerlo en guardia contra el carácter de la señora Van Daan, que podría hacerle la vida imposible, si él persistiera en su silencio. Dussel contestó que el señor Van Daan había sido el primero en no dirigirle más la palabra; y que no le correspondería a él, Dussel, dar el primer paso. Quizá no lo recuerdes, pero ayer, 16 de noviembre, se cumplió exactamente un año de la entrada de Dussel en el anexo. Con tal motivo, obsequió a mamá con un pequeño tiesto de flores, sin regalar absolutamente nada a la señora Van Daan. Ahora bien, ésta, mucho antes de la fecha memorable, había hecho diversas alusiones directas, dando claramente a entender a Dussel, que esperaba de él un pequeño recuerdo. En lugar de expresar su gratitud por la acogida desinteresada que le hemos hecho, guardó un silencio absoluto. En la mañana del 16 preguntó si debía felicitarle o presentarle mis condolencias; él me contestó que aceptaba lo uno o lo otro. Mamá quiso actuar como pacificadora, pero todo sigue igual.

No exagero al decir que Dussel tiene problemas de memoria, siempre tergiversa toda la información. Por otro lado, ante cada acusación, hace una promesa que jamás cumple.

“El hombre es grande de espíritu, pero sus actos carecen de importancia...”

Tu Ana

Sábado 27 de noviembre de 1943

Querida Kitty:

Anoche, antes de dormirme, se me apareció Hanneli. La vi ante mí, cubierta de harapos, el rostro enflaquecido. Sus ojos me miraban fijamente, inmensos, muy tristes y llenos de reproche. Podía leer en ellos: ¡Oh, Ana! ¿Por qué me has abandonado? ¡Ayúdame, ven a auxiliarme, hazme salir de este infierno, sálvame! Me es imposible ayudarla. Sólo puedo ser espectadora del sufrimiento y de la muerte de los otros y rogar a Dios que algún día pueda volver a verla. Vi solamente a Hanneli, a nadie más y ahora comprendo, la juzgué mal, yo era demasiado joven. Ella se había encariñado con su nueva amiga y yo procedí como si quisiera quitársela. ¡Por lo que ha debido pasar! Sé lo que es eso, porque también yo lo he experimentado. Antes, me sucedía, como un relámpago, que lograba comprender algo de su vida, pero enseguida volvía a caer mezquinamente en mis propios placeres y resabios.

Fui mala. Ella acaba de mirarme con ojos suplicantes y rostro pálido. ¡Ah, que desamparada está! ¡Si tan solo pudiera ayudarla! ¡Dios mío! ¡Cómo es posible que yo aquí tenga todo cuanto puedo desear y que ella es víctima de una suerte terrible! Ella era por lo menos tan piadosa como yo. También quería siempre el bien. ¿Por qué la vida me ha elegido a mí y por qué la muerte la busca a ella? ¿Qué diferencia hay entre las dos? A decir verdad, la había olvidado desde hacía meses, sí, desde hacía casi un año. Tal vez, no completamente, pero nunca se me había aparecido así, en toda su miseria. Hanneli, si vives hasta el final de la guerra y vuelves a nosotros, espero poder reunirme contigo y compensarte un poco por mi omisión. Pero es ahora cuando ella necesita de mi ayuda y no después. ¿Piensa todavía en mí? En caso afirmativo, ¿de qué manera? ¡Dios mío, protégela, para que al menos no esté sola! ¡Oh!, si tú pudieras decirle que la compadezco y la quiero, tal vez encontraría la fuerza para soportar sus males. Que así sea. Porque

no veo solución. Sus grandes ojos me persiguen aún, no me abandonan. ¿Habrá encontrado Hanneli la fe en sí misma, o le habrán enseñado a creer en Dios? Ni siquiera lo sé. Nunca se lo pregunté. Hanneli, Hanneli, si pudiera sacarte de donde estas, si al menos pudiese compartir contigo todo lo que yo disfruto. Es demasiado tarde, ya no puedo hacer nada por ayudarla o reparar mis errores. ¡Pero nunca la olvidaré, rezaré siempre por ella!

Tu Ana

Lunes 6 de diciembre de 1943

Querida Kitty:

Cuando llega el día de San Nicolás, todos pensábamos inconscientemente en la bonita cesta del año pasado; por eso me parecía tanto más penoso dejar pasar la fiesta este año. Por largo tiempo me devané los sesos para dar con algo entretenido que pudiera divertirnos. Después de haber consultado a Pim, nos dedicamos inmediatamente a componer un pequeño poema para cada miembro de la casa de atrás. El domingo en la noche, a las ocho y cuarto, subimos a casa de los Van Daan, cargados con la cesta de la ropa, decorada por nosotros con siluetas y lazos azules y rosas recortados en papel de seda. La parte superior estaba cubierta con gran papel de envolver, al cual se hallaba pegada una carta. Una sorpresa de tal envergadura causó visiblemente gran impresión. Yo desprendí la nota y leí en voz alta:

San Nicolás está aquí otra vez, aunque no exactamente como el año pasado; ya no es posible celebrar ese día con aquella fe y profunda alegría. Entonces, sí éramos optimistas y creíamos firmemente en la victoria. Pensábamos celebrar este año una alegre fiesta en libertad. Pero puesto que de aquel día guardamos recuerdo y aunque los regalos brillen por su ausencia, cada uno puede mirar y en su zapato encontrar...

Cuando papá hubo levantado el papel que tapaba la cesta, su contenido provocó estallidos de risa interminables. Cada habitante de la casa de atrás pudo recobrar allí dentro el zapato que le pertenecía en cuyo interior estaba escrito el nombre y la dirección del respectivo dueño.

Tu Ana

Miércoles 22 de diciembre de 1943

Querida Kitty:

Una fuerte gripe ha impedido que te escriba con regularidad. Es terrible estar enferma aquí; cada vez que sentía ganas de toser, me metía bajo las cobijas, tratando de no hacer mucho ruido con mi garganta, con el resultado de que la irritaba más; debían entonces calmarme con leche y miel, azúcar y pastillas. Cuando pienso en todos los tratamientos que tuve que soportar, me dan todavía vértigos y pensar por todo lo que pasé: sudoración, compresas húmedas, cataplasmas en el pecho, tisanas calientes, gargarismos, unturas, cocciones, limones exprimidos, el termómetro cada dos horas e inmovilidad completa. ¿Se puede curar uno realmente de esta manera? Lo más desagradable era tener sobre mi pecho desnudo la cabeza llena de goma del señor Dussel, dándoselas de médico y queriendo sacar conclusiones de los ruidos de mi pecho. No sólo sus cabellos me cosquilleaban terriblemente, sino que me sentía en extremo incómoda, por más que hace unos treinta años obtuvo su diploma de médico. ¿Qué venía ese tipo a hacer sobre mi pecho desnudo? ¿Acaso se cree mi amante? Por lo demás, me pregunto todavía si es capaz de distinguir entre los ruidos normales y los dudosos, porque sus oídos necesitarían urgentemente una buena revisión; pienso que cada vez escucha menos. Ya he hablado bastante de enfermedades. Me siento mejor que nunca, he crecido un centímetro, aumenté un kilo, estoy algo pálida y me siento impaciente por retomar mis estudios. No tengo ninguna novedad que contarte. Por extraordinario que parezca, todos están bien en casa, nadie se pelea; no habíamos conocido una paz semejante desde hace por lo menos seis meses. Bep no ha vuelto todavía. Para Navidad tendremos una ración suplementaria de aceite, bombones y mermelada. No puedes imaginarte lo magnífico que es mi regalo: un broche hecho con monedas de cobre, brillante como el oro, en fin, espléndido. El señor Dussel ha regalado a mamá y a la señora Van Daan una hermosa torta, para cuya preparación comisionó a Miep.

Pobre Miep, le he preparado una pequeña sorpresa como también a Bep. Pedí al señor Kleiman que encargara pastelitos de mazapán con el azúcar de mi avena de las mañanas, que he estado economizando durante dos meses.

Llovizna seguido y La estufa humea. Lo que comemos nos cae pesado en el estómago, provocando “truenos” por todas partes.

Tregua en la guerra, humor de perros.

Tu Ana

Viernes 24 de diciembre de 1943

Querida Kitty:

Ya te he contado hasta qué punto nos vemos afectados por la atmósfera de la casa. En mi caso, eso cobra proporciones inquietantes. “En la cima del mundo, o en las profundidades de cuya imagen me he forjado”. Esto podría aplicarse a mí. Me siento en el primer estado al pensar en todo lo que disfrutamos aquí, comparado con lo que les ocurre a otros judíos; y en el segundo caigo frecuentemente, como hoy, por ejemplo, a raíz de la visita de la señora Kleiman, que nos ha hablado de su hija Jopie; ella va a remar con sus amigos, participa en actividades de un teatro de aficionados, práctica deportes. No creo estar celosa de Jopie, pero al oír hablar de su vida mi deseo de reír y divertirme alocadamente se vuelve más fuerte. Sobre todo, ahora, durante las vacaciones de Navidad, encerrados como estamos entre cuatro paredes, cual parias. Quizás esté mal hablar de eso, puedo parecer ingrata, y sin duda exagero. Soy incapaz de reservarme tales cosas para mí, y retorno a lo que ya dije al principio: “El papel es paciente”. Cuando alguien llega al anexo desde la calle, el viento en sus ropas y el frío coloreando sus cachetes, quisiera ocultar mi cabeza debajo de las frazadas para hacer callar este pensamiento, ¿Cuándo podremos respirar aire fresco? Y como no puedo esconder la cabeza debajo de las frazadas, sino que, al contrario, me veo obligada a mantenerla alta y mostrarme valiente, los pensamientos vienen y vuelven, innumerables. Créeme: después del año y medio de vida enclaustrada, hay momentos en que la copa rebasa. Sea cual fuere mi sentido de la justicia y de la gratitud, no me es posible ahuyentar tales ideas. Ir en

bicicleta, bailar, silbar, mirar a la gente, sentirme joven y libre; tengo sed y hambre de todo eso, y debo esforzarme para disimularlo. Imagínate que los ocho comenzáramos a quejarnos o a hacer mala cara. ¿Adónde iríamos a parar? A veces me hago esta pregunta: “¿Existe alguien en el mundo capaz de comprenderme, sea o no judío, y que viera en mí a la muchacha que pide nada más que una cosa, divertirse, gozar de la vida?”. Lo ignoro, no podría hablar de eso con nadie, porque me echaría a llorar. Sin embargo, llorar alivia en ocasiones. Pese a mis teorías y a lo que me atormenta, la verdadera madre que yo imagino y que me comprendería me falta a cada instante. Todo cuanto pienso, todo cuanto escribo le está dedicado, en la esperanza de llegar a ser más tarde para mis hijos la “Mamita”, una “Mamita” que no tomaría necesariamente en serio todo lo que se dice en las conversaciones generales, pero que sí consideraría seriamente lo que yo dijera. Sin que pueda explicar por qué, me parece que lo expresa todo. Con el fin de aproximarme a mi ideal, he pensado llamar a mamá “Mans o man”, para no decir “Mansa”. Ella es, por así decir, la mamá incompleta. ¡Cuánto me gustaría llamarla así! Y, sin embargo, ella ignora todo eso. Afortunadamente, porque se apenaría demasiado. Pero ya me he desahogado bastante.

Al escribir estas líneas me ha pasado un poco mi más profunda aflicción.

Tu Ana

Sábado 25 de diciembre de 1943

Querida Kitty:

Este día de Navidad me recuerda muy particularmente a Pim, en lo que me contó el año pasado, por la misma época. Entonces, no podía comprender tan bien el sentido de sus palabras. ¡Cómo me gustaría que volviera a hablarme de eso! Al menos, podría robarle mi simpatía. Pim debió de contarlo por necesidad de confiarse a alguien, aunque sólo fuera una vez, él, el confidente de tantos “secretos del corazón”, porque Pim no habla nunca de sí mismo. No creo que Margot tenga la menor idea de todo lo que papá ha sufrido. ¡Pobre Pim! No podrá hacerme creer que lo ha olvidado todo.

No olvidará jamás. Se ha vuelto tolerante. ¡Confío en que algún día seré un poco como él, sin tener que pasar por todo lo que ha pasado!

Tu Ana

Lunes 27 de diciembre de 1943

Querida Kitty:

El viernes en la noche por primera vez en mi vida me dieron un regalo de Navidad. Miep, Bep, Kleiman y Kugler nos prepararon una sorpresa. Miep hizo torta de Navidad, adornada con lo siguiente: "Paz 1944". Bep nos regaló galletas, muy buenas. Peter, Margot y yo recibimos cada uno un frasco de yogur y los mayores, una botella de cerveza. Todo estaba muy bien envuelto, con una imagen en cada paquetito. Por todo lo demás, los días de Navidad pasaron rápidamente.

Tu Ana

Miércoles 29 de diciembre de 1943

Querida Kitty:

Anoche me sentí triste de nuevo. Volví a acordarme de abuelita y de Hanneli. Abuela querida, abuelita ¡Qué buena y dulce era! Ignorábamos que padecía de una enfermedad muy grave. ¿Lo deseaba ella así? Nunca hubiese dejado que nos derrumbáramos. Yo podía hacer cualquier cosa, ser insoportable a último grado, pero ella siempre me disculpaba. Abuelita, ¿tú si me quisiste o tú tampoco me comprendiste? No sé. ¡Qué sola debía de sentirse, a pesar del cariño de todos nosotros! Hay quien puede sentir la soledad, aunque esté rodeado de afectos, porque para nadie existe el amor total. ¿Y Hanneli? ¿Vive aún? ¿Qué hace? ¡Oh Dios, protéjala y devuélvenosla! Hanneli, tú me haces imaginar lo que hubiera podido ser mi suerte; constantemente me pongo en tu lugar. ¿Por qué, entonces, tomar tan en serio lo que sucede en casa? ¿No debería sentirme contenta, dichosa y satisfecha, salvo cuando pienso

en ella y los que comparten su desgracia? Soy egoísta y cobarde. ¿Por qué debo afligirme y pensar siempre en las peores desgracias hasta gritar de miedo? Porque mi fe, a pesar de todo, no es bastante fuerte. Dios me ha dado más de lo que merezco y, sin embargo, cada día sigo acumulando culpas. Cuando pienso en mi prójimo, es como para llorar todo el día. Sólo queda pedirle a Dios para que haga un milagro y salve todavía algunas vidas. ¡Ojalá esté rezando lo suficiente!

Tu Ana

Jueves 30 de diciembre de 1943

Querida Kitty:

Todo ha seguido bien en casa, aunque ahora se acercan nuevas peleas, esto sería por “la comida” a la señora se le ocurrió la idea de freír menos papas en la mañana y guardarlas. Esto molesto a más de uno y hemos dividido las papas, aunque nos dimos cuenta que las divisiones de manteca no son equitativas. Si el desenlace resulta ser llamativo, te lo contaré. ¡Ojalá estuviéramos separados del todo!

Tu Ana

Domingo 2 de enero de 1944

Querida Kitty:

Esta mañana ya que no tenía nada que hacer, me puse a hojear mi diario, me he detenido en algunas partes que hablaban de mamá, y me sentí aterrada por las palabras duras que utilicé para hablar de ella. Me he preguntado: “Ana, ¿viene verdaderamente de ti ese odio? ¿Es posible? Con una de las hojas en la mano, he tratado de descubrir las razones de esa rabia, de esa especie de odio que se habían apoderado de mí al punto de confiártelo todo. Porque mi conciencia no se tranquilizará hasta que haya quedado claro estas acusaciones.

Olvidemos un momento cómo llegué a eso. Sufro y he sufrido siempre de una especie de mal moral; es algo así como si, habiendo mantenido mi cabeza bajo el agua, viera yo las cosas no tales como son, cuando me hallo en ese estado, soy incapaz de pensar y sacar conclusiones sobre las palabras de mi adversario, lo que me permitirá obrar en armonía con aquel a quien he ofendido o herido con mi temperamento demasiado fuerte. Me repliego entonces en mí misma, sólo veo mi yo, y derramo sobre el papel mis alegrías, mis burlas y mis pesares, sin pensar más que en mi propia persona. Este diario tiene mucho valor para mí, porque forma parte de mis memorias; sin embargo, en muchas páginas podría añadir: "Es del pasado". Estaba muy enojada con mamá y a veces sigo estándolo. Ella no me ha comprendido, es verdad; pero yo, por mi parte, tampoco la he comprendido a ella. Como me quería de veras, me demostraba su ternura; pero, como yo la colocaba a menudo en una situación desagradable y, además, las tristes circunstancias la habían puesto nerviosa e irritable, ella me reñía... lo que, al fin y al cabo, era comprensible. Me lo tomé demasiado en serio al sentirme ofendida, al ponerme insolente y mostrarme indispuesta hacia ella, pues esto hacía que le causara una gran pena. En el fondo, sólo hay malentendidos y desacuerdos entre una parte y la otra. Nos hemos envenenado mutuamente. Pero eso pasará. He sido incapaz de admitirlo y me he apiadado de mí misma, lo que es asimismo comprensible. Cuando se tiene un temperamento tan vivo como el mío, surge la cólera tras el enojo. En otro tiempo, antes de mi vida enclaustrada, esta cólera se traducía en algunas palabras vehementes, en algunos golpecitos de pie a espaldas de mamá, con eso me calmaba. Esa época, en la que, podía provocar fríamente en mamá una crisis de lágrimas, ha sido bien superada. Me he vuelto más razonable, y, asimismo, mamá está un poco menos nerviosa. Cuando ella me fastidia, casi siempre me callo y ella hace otro tanto, por lo que todo parece marchar mejor. Me es imposible sentir por mi madre el amor apegado de una hija. Me falta tal sentimiento. Me tranquilizo con la idea de que el papel es menos sensible que mamá; porque ella, fatalmente, llevaría mis injurias en su corazón.

Tu Ana

Miércoles 5 de enero de 1944

Querida Kitty:

Hoy voy a contarte dos cosas. Será largo. Pero es absolutamente necesario que hable de esto con alguien y nadie más que tú, que yo sepa, puede guardar silencio, ocurra lo que ocurra. Primero se trata de mamá. Me he quejado mucho de ella, porque ahora hago cuanto puedo por demostrarle una mayor amabilidad. De repente, acabo de descubrir lo que le falta. Mamá nos ha dicho ella misma que nos considera como amigas tuyas más que como hijas. Es muy bonito, no digo que no; sin embargo, una amiga no puede reemplazar a una madre. Necesito ver en mi madre un ejemplo que pueda seguir, quiero poder respetarla. Algo me dice que Margot no piensa en absoluto como yo, y que nunca comprendería lo que acabo de decirte. En cuanto a papá, él evita toda conversación concerniente a mamá. En mi opinión una madre debe ser una mujer cuya primera cualidad sea el tacto, sobre todo frente a hijas de nuestra edad y que no obre como una mamá que se burla de mí cuando lloro, no por dolor físico, sino por otro motivo. Hay una cosa, quizás insignificante, pero que nunca le he perdonado. Hace mucho tiempo, antes de venir al anexo, tuve que ir un día al dentista. Mamá y Margot me acompañaron y estuvieron de acuerdo en que llevara mi bicicleta. Al salir las tres del dentista, mamá y Margot me dijeron que iban al centro para ver o comprar algo, ya no recuerdo exactamente. Quise seguir las, pero me despidieron, porque iba en bicicleta. Me sentí tan furiosa, que las lágrimas me subieron a los ojos, lo que las hizo soltar la carcajada. Entonces, yo lo vi todo rojo y les saqué la lengua, así, en plena calle. Una viejecita que pasaba por allí en ese instante me miró muy asombrada. Volví a casa, debí llorar largo rato. Es curioso, pero la herida que mamá me causó en aquel momento me sigue doliendo todavía cuando lo pienso.

Será difícil hablarte de la segunda cosa, porque se trata de mí misma. Ayer leí un artículo de la doctora Sis Heyster, a propósito de la manía de ruborizarse. Este artículo parece dirigirse a mí sola. Aunque no enrojezco con tanta facilidad, me parece que las otras cosas de que habla se aplican perfectamente a mí. He aquí, poco más o menos, lo que escribe: una muchacha durante los años de pubertad, se repliega en sí misma y empieza a reflexionar sobre los

milagros que se producen en su cuerpo. Yo también noto esta sensación; por eso, en estos últimos tiempos, me siento cohibida delante de Margot y de mis padres. En cambio, aunque sea más tímida que yo, Margot no demuestra la menor inhibición. Lo que me sucede me parece maravilloso; no sólo las transformaciones visibles de mi cuerpo, sino lo que se verifica en mi interior. Aun cuando yo nunca hable a nadie de mí misma, ni de todas estas cosas, pienso en ellas y las refiero aquí. Cada vez que estoy indispuesta, esto sólo me ha sucedido tres veces:

tengo la sensación de llevar en mi un secreto muy tierno, a despecho del dolor, de la laxitud y de la suciedad; es porque, a pesar de los pequeños fastidios de esos pocos días, me regocijo en cierto modo desde el momento en que voy a sentir ese secreto una vez más.

Sis Heyster dice también en su artículo que las muchachas de esta edad no están muy seguras de sí mismas, pero no tardarán en reconocerse mujeres, con sus ideas, sus pensamientos y sus hábitos personales. En lo que a mí respecta, como me encuentro aquí desde alrededor de mi decimotercer año, he comenzado a reflexionar sobre mí misma mucho antes que las otras muchachas y a sentirme «persona». Por la noche, en la cama, siento a veces una necesidad inexplicable de tocarme los senos y percibir la calma de los latidos regulares y seguros de mi corazón. Inconscientemente, tuve sensaciones semejantes mucho antes de venir aquí, porque recuerdo que una vez al dormir con una amiga, tuve la irresistible necesidad de besarla, lo que entonces hice. Su cuerpo, con el que ella siempre se había mostrado recatada, me despertaba una gran curiosidad. Le pregunté si, como prueba de amistad, no me permitiría palpar sus senos, haciendo ella lo mismo con los míos; pero mi amiga se negó. Cada vez que veo la imagen de una mujer desnuda, como, por ejemplo, Venus, me quedo extasiada. Me ha sucedido encontrar eso tan maravillosamente bello, que me ha costado retener las lágrimas. ¡Ojalá tuviera una amiga!

Tu Ana

Jueves 6 de enero de 1944

Querida Kitty:

Como mi deseo de hablar de veras con alguien se ha vuelto por fin demasiado fuerte, elegí a Peter. Más de una vez he entrado en su habitación. Lo encuentro muy simpático. Pero Peter, por tímido que sea, nunca le cerraría la puerta a nadie que fuera a visitarle, no me quedaba mucho tiempo por miedo a que me dijera fastidiosa. Siempre buscaba un pretexto para quedarme a su lado, como casualmente, para charlar y ayer se presentó esa oportunidad. Se ha apoderado de Peter una verdadera pasión por los crucigramas y se pasa en eso todo el día. Lo ayudé y, bien pronto, nos hallamos el uno frente al otro en su mesita, él en la silla, yo en el diván. Experimentaba una extraña sensación al mirar sus ojos profundamente azules y su sonrisa misteriosa. Pude leer en su falta de aplomo timidez y al mismo tiempo, incertidumbre. Al ver sus torpes movimientos, algo se estremeció en mí. No pude impedirme cruzar nuestras miradas una y otra vez. Pero la velada transcurrió sin nada de esencial, salvo que yo le hablé de esa manía de sonrojarme, no con las palabras que empleo aquí, evidentemente, sino para señalarle que él también cobraría aplomo con rapidez. Por la noche, en la cama, esta situación me pareció muy poco regocijante y francamente detestable la idea de implorar los favores de Peter. ¿Qué no haría por satisfacer mis más íntimos anhelos? La prueba: mi propósito es ir a ver a Peter más a menudo y hacerle hablar. Pero no hay que pensar que estoy enamorada de Peter. Nada de eso. Si los Van Daan hubieran tenido una hija en lugar de un hijo, igualmente habría tratado de buscar su amistad.

Esta mañana, al despertarme alrededor de las siete, recordé enseguida lo que había soñado. Estaba sentada en una silla y enfrente de mí Peter... Schiff, revisábamos un libro con ilustraciones. Mi sueño fue tan claro, que me acuerdo todavía, parcialmente, de los dibujos. Pero no termina aquí. De repente, la mirada de Peter se cruzó con la mía, y me hundí largamente en sus hermosos ojos de un castaño aterciopelado. Luego Peter dijo con acento muy dulce: "¡Si yo lo hubiera sabido, hace mucho tiempo que habría acudido a ti!".

Bruscamente me volví, porque no podía ya dominar mi turbación. Enseguida sentí una mejilla contra la mía; una mejilla muy suave, fresca y bienhechora... Era delicioso, infinitamente delicioso... En ese instante me desperté. Su mejilla estaba aún contra la mía y seguía sintiendo sus ojos morenos que miraban hasta el fondo de mi corazón, tan profundamente que él podía leer en ellos cuánto lo había amado y cuánto lo amo todavía. Mis ojos se llenaron de lágrimas ante la idea de haberle perdido de nuevo, pero al mismo tiempo me regocijó la certidumbre de que aquel Peter sigue siendo mi predilecto y lo será siempre. Es curioso notar cuántas imágenes concretas me acuden durante el sueño.

Una vez vi a Oma (mi otra abuela) tan claramente ante mí, que pude distinguir en su piel las gruesas arrugas aterciopeladas. Enseguida se me apareció abuelita como ángel guardián; tras ella, Hanneli, que representa para mí el símbolo de la miseria de todas mis amigas y de todos los judíos. Cuando rezo por ella, rezo por todos los judíos y por todos los desamparados. Y ahora, Peter, mi querido Peter, nunca antes, se me había aparecido tan claramente. Lo he visto ante mí. No necesito una fotografía suya, lo veo bien, muy bien.

Tu Ana

Viernes 7 de enero de 1944

Querida Kitty:

¡Qué tonta soy, me he olvidado completamente de contarte la historia de mi gran amor!

Cuando era muy chica, en el jardín infantil, le tomé simpatía a Sally Kimmel. Su padre había fallecido y vivía con su madre en casa de una tía. Yo no prestaba atención a la belleza y durante muchos años quise mucho a Sally. Jugábamos siempre juntos, pero fuera de eso, mi amor no halló reciprocidad. Enseguida, Peter apareció en mi camino y de un modo muy infantil me enamoré de él. Peter también me encontraba simpática y durante todo un verano, fuimos inseparables. Cuando pienso en ello, nos veo todavía atravesar las calles de la mano, él con su traje de algodón blanco, yo con un corto vestido de verano. Al término de las vacaciones, al regreso

a las clases, él había pasado a la escuela secundaria, y yo estaba todavía con los pequeños. Venía a buscarme a la escuela, o bien yo iba a buscarle a la suya. Peter era la imagen misma de la belleza, alto, delgado, con un rostro serio, calmo e inteligente. Tenía cabellos negros y ojos castaños magníficos, tez mate, mejillas tersas y nariz puntiaguda. Me enloquecía su risa, que le daba un aspecto audaz de muchacho travieso. Luego me fui al campo para las vacaciones. Entretanto, Peter se había mudado, para ir a vivir con un compañero mucho mayor que él. Este sin duda le hizo notar que yo no era todavía más que una mocosa. Resultado: Peter me dejó. Yo lo amaba a tal punto, que no podía resignarme, y no me desprendía de él; hasta el día en que comprendí que, si me empecinaba así por más tiempo, me tomarían por una buscona. Pasaron los años, Peter tenía amigas de su edad, y ya no se tomaba el trabajo de saludarme; pero yo no podía olvidarlo. En el Liceo Judío, muchos muchachos de mi clase se habían enamorado de mí; eso me halagaba, pero sin causarme la menor impresión. Luego fue Harry quien se prendó de mí, más seriamente, pero, como ya lo he dicho, nunca volví a enamorarme. Según un dicho popular, las heridas se curan con el tiempo, y así solía sucederme. Creí haber olvidado a Peter, pensando que ya no me impresionaba. Sin embargo, su recuerdo vivía tan fuerte en mí, en mi subconsciente, que a veces me he sentido celosa de sus otras amigas, y por esta razón ya no lo encontraba tan atractivo. Esta mañana he comprendido que nada cambió entre nosotros; al contrario, mi amor por él ha crecido y madurado conmigo. Ahora veo bien que Peter debía de juzgarme muy niña para él; pero eso no me impedía sufrir por su olvido total. Desde que su rostro se me ha aparecido tan claramente, tengo la certeza de que nadie podrá nunca adentrarse tan profundamente en mi corazón.

Me siento toda turbada por ese sueño. Cuando papá me besó esta mañana, hubiera querido gritarle: “¡Oh, si tú fueras Peter!”. No puedo hacer nada sin pensar en él, durante todo el día no he parado de decirme: “¡Peter! ¡Querido Peter! ¿Quién podrá ayudarme ahora?” No me queda más que proseguir la vida de todos los días y rogar a Dios que si alguna vez salgo de aquí, Peter se cruce nuevamente en mi camino, y al leer en mis ojos mis sentimientos diga: «¡Oh Ana! ¡Si yo lo hubiera sabido, hace mucho tiempo que hubiera acudido a ti!».

Al mirarme al espejo, me he encontrado completamente cambiada. Veo mis ojos claros y profundos, mis mejillas teñidas de rosa, lo que no me sucedía desde hace muchas semanas; mi boca parece también más dulce. Parezco dichosa y, sin embargo, no sé qué pensamiento triste ha hecho desaparecer súbitamente la sonrisa de mis labios. No puedo ser dichosa, porque debo decirme que estoy lejos de los pensamientos de Peter. Con todo, sigo viendo sus hermosos ojos que me miran, y siento todavía su mejilla fresca contra la mía...

¡Peter, Peter! ¿Cómo apartarme nuevamente de tu imagen? ¿Quién podría ocupar tu lugar sin convertirse en un vil remedo? Te amo. Con un amor incapaz de crecer más en mi corazón. Es tan fuerte, que necesita expandirse y revelarse en mí de un solo golpe, en toda su magnitud. Hace una semana, ayer mismo, si me hubieran preguntado cuál de mis amigos sería para mí el mejor marido, habría contestado: “No lo sé”; mientras que ahora lo gritaría con todas mis fuerzas: “¡Peter! ¡Porque lo amo de todo corazón, con toda mi alma! ¡Y me abandono completamente a él!”. Con una sola reserva: que sólo toque mi cara. Una vez que hablábamos sobre sexualidad, papá me dijo que yo aún no podría comprender aquel deseo. Pero yo sí sabía más de lo que él sospechaba. ¡Oh Peter, ven conmigo, piensa en mí, mi querido Peter!

Tu Ana

Miércoles 12 de enero de 1944

Querida Kitty:

Bep ha vuelto hace quince días. Miep y Jan se enfermaron del estómago y no pudieron venir durante dos días. En este momento, yo tengo la loca idea de la danza clásica y ensayo seriamente mis pasos todas las noches. Con una combinación azul cielo con puntillas, mamá me ha fabricado una túnica de danza moderna. Una cinta estrecha la cierra por encima del pecho y en el talle otra cinta rosada más ancha completa el efecto. He tratado en vano de transformar mis zapatillas de gimnasia en escares de bailarina. Mis extremidades adormecidas empiezan a soltarse, exactamente como antes. Uno de los ejercicios es maravilloso: sentada en el suelo

tomo un talón en cada mano, y levanto ambas piernas sin doblar las rodillas. Debo utilizar un almohadón como apoyo, para no maltratar demasiado mi pobre trasero. El último libro leído por los mayores es *Ochtend zonder Wolken* (Amanecer sin nubes). Mamá lo ha encontrado magnífico; en él se habla mucho de los problemas de la juventud. Yo me he dicho a mí misma irónicamente: “¡Trata primero de comprender un poco a la juventud que tienes a tu alrededor!”. Pienso que mamá se engaña sobre nuestras relaciones con nuestros padres; cree ocuparse constantemente de la vida de sus hijas y se considera única en su género. En todo caso, eso sólo puede referirse a Margot, pues mamá nunca ha pensado en los problemas ni en los pensamientos que me preocupan. No tengo el menor deseo de hacerle notar que una de sus hijas es distinta a la imagen que ella se forja, porque se sentiría mal y, desde luego, no sabía obrar de otra manera; por eso, prefiero ahorrarle el pesar que le causaría, tanto más que para mí en nada cambiaría la situación. Mamá se percata bien de que yo la quiero menos que Margot, pero imagina que sólo se trata de una etapa difícil de mi vida. Margot se ha vuelto tan amable que no la reconozco; ya no enseña las uñas tan a menudo, y nos hemos hecho muy amigas. Ha dejado de tratarme como si yo fuera una chiquilla insignificante. Parecerá raro, pero a veces me miro como si viera por otros ojos que los míos. Entonces, bien a mis anchas, examino las cuestiones de una cierta “Ana”, recorro las páginas de mi vida, como si se tratara de una extraña. Antes, en nuestra casa, cuando no reflexionaba tanto, tenía en ocasiones la sensación de no formar parte de mi familia. Durante cierto tiempo interpreté asimismo el papel de huérfana; o me dirigía a mí misma múltiples reproches, diciéndome que nadie tenía la culpa si yo quería hacerme la víctima, cuando todo el mundo era tan bueno conmigo. Luego llegó un momento en que me esforcé por ser amable: por la mañana, al oír pasos en la escalera, esperaba ver entrar a mamá, para darme los buenos días; era afectuosa con ella; pero también porque me sentía feliz de verla tan amable contigo. Luego, bastaba una de sus observaciones un poco ásperas para que yo me fuera a la escuela toda desalentada. Al regreso, la disculpaba, diciéndome que podía tener preocupaciones; llegaba, pues, a casa muy alegre, hablaba por diez, hasta que la misma cosa de la mañana se repetía y volvía a irme, pensativa, con mi maleta escolar. Otra vez regresaba con la firme intención de enfurruñarme, lo que

olvidaba enseguida, tantas eran las novedades que tenía que contar; ellas eran dirigidas evidentemente a mamá, que, en mi opinión, debía estar siempre dispuesta a escucharme en cualquier circunstancia. Después pasó nuevamente por una época en la que no escuchaba los pasos por la mañana, me sentía sola y mojaba una vez más de lágrimas la almohada. Aquí, en la clandestinidad, las cosas se han agravado aún más. En fin, tú lo sabes. Pero, no obstante, en todas estas dificultades Dios me ha socorrido y me ha enviado a... ¡Peter! Juego un momento con mi medalloncito, lo beso y pienso: "Después de todo, ¿qué más da? Tengo a mi Peter y nadie lo sabe". Así, puedo pasar por alto cualquier desaire. ¿Quién sabrá en esta casa lo que sucede en la mente de una adolescente?

Tu Ana

Sábado 15 de enero de 1944

Querida Kitty:

No tiene sentido describirte a cada paso nuestras disputas y querellas en sus menores detalles. Para ser breve te diré que ya no usamos en común con los Van Daan muchas de las provisiones, como la mantequilla y la carne, y que hacemos freír nuestras patatas fuera de la cocina común. Desde hace algún tiempo, nos concedemos un pequeño suplemento de pan negro, porque, a partir de las cuatro de la tarde, empezamos a sentirnos obsesionados por la hora de la cena, sin poder imponer silencio a nuestros estómagos vacíos. Ahora se acerca el cumpleaños de mamá. Kugler le ha traído azúcar, lo que despertó los celos de los Van Daan, pues la señora no recibió lo mismo en ocasión de su propio cumpleaños. Nuevas pullas, crisis de lágrimas y diálogos ásperos. ¡Bah! De nada vale que te fastidie con todo eso. Puedo decirte, Kitty, que ellos nos molestan cada vez más. Mamá ha hecho el voto irrealizable de abstenerse de ver a los Van Daan durante quince días. No ceso de preguntarme si el hecho de cohabitar con otras personas, sean quienes fueren, lleva forzosamente a las disputas. ¿O será que, en nuestro caso, hemos tenido especial mala suerte? ¿Es mezquina y egoísta la mayoría de la gente? Me parece útil haber aprendido algo sobre la mente humana, pero empiezo a sentirme cansada.

Ni nuestras querellas ni nuestras ganas de aire y libertad pondrán fin a esta guerra; por eso estamos obligados a sacar de nuestra permanencia aquí el mejor partido y hacerla soportable. En este momento parezco discurrir razonablemente; no obstante, si sigo aquí mucho tiempo más, corro también el riesgo de transformarme en una seca solterona. ¡Y tengo tantos deseos de ser una verdadera adolescente!

Tu Ana

Sábado 22 de enero de 1944

Querida Kitty:

¿Podrías decirme por qué las personas esconden con tanto temor lo que están sintiendo? ¿Cómo es posible que en compañía yo sea totalmente diferente a lo que debería ser? ¿Por qué desconfían unos de otros? Debe de haber una razón, no lo dudo, pero cuando noto que nadie, ni siquiera los míos, responden a mi deseo de confianza, me siento desdichada. Me parece haber madurado desde la noche de mi sueño, me siento más que nunca una persona distinta que se vale por sí misma. Te sorprenderá muchísimo cuando te diga que hasta a los Van Daan los miro con otros ojos. Yo no comparto la idea preconcebida de los míos en lo que atañe a nuestras discusiones. ¿Cómo puedo haber cambiado tanto? Ya ves, se me ha ocurrido pensar que, si mamá no hubiera sido lo que es, nuestras relaciones habrían resultado del todo diferentes. Desde luego, la señora Van Daan no es fina ni inteligente, pero me parece que, si mamá demostrara más tacto en las conversaciones espinosas, más de una discusión podría haberse evitado. La señora Van Daan tiene una gran cualidad, la de ser sensible al razonamiento. A pesar de su egoísmo, de su avaricia y de sus mañas, se puede fácilmente inducir a ceder, si se sabe tratarla, evitando irritarla o tocar sus puntos más sensibles. No se consigue tal vez siempre al primer intento, pero se trata de tener paciencia o, en caso necesario, volver a empezar. Los problemas sobre la forma en que nos educaron, la comida: todo eso hubiera tomado un sesgo muy distinto si hubiésemos hablado amistosamente y con sinceridad y si no nos hubiéramos limitado a ver tan sólo el lado malo de los demás.

Sé con exactitud lo que vas a decir, Kitty: “Pero, Ana, ¿eres tú quién habla? ¡Tú que te has visto obligada a soportar tantas cosas de esa gente, palabras duras, injusticias, etc.!” . Pues bien, soy yo quien habla así. Quiero empezar de nuevo y llegar al fondo del problema prescindiendo de prejuicios. Voy a estudiar a los Van Daan a mi manera, para ver lo que hay de justo y de exagerado en nuestra opinión. Si personalmente me siento defraudada, me pondré del lado de papá y mamá; si no, trataré de hacerles ver en dónde está su error, en caso de fracasar, me atenderé a mi propia opinión y a mi propio juicio. Aprovecharé toda oportunidad de discutir nuestras diferencias francamente con la señora y de hacerle ver mis ideas imparciales, aun a riesgo de que me trate de impertinente. No me volveré contra mi propia familia, pero, en lo que me concierne, los chismorreos han terminado. Hasta hoy he creído a pies juntillas que sólo los Van Daan son responsables de nuestras disputas, pero también nosotros tenemos algo que ver en eso. En principio tenemos generalmente razón, pero las personas inteligentes (entre las que nos contamos) están obligadas a dar pruebas de su perspicacia y de su tacto frente a los demás. Espero poseer algo de criterio y hallar la ocasión de aplicarlo.

Tu Ana

Lunes 24 de enero de 1944

Querida Kitty:

Me ha ocurrido una cosa muy extraña. Lo cual me parece curioso. Tanto en nuestra casa como en la escuela, se hablaba de temas sexuales, a veces con misterio, a veces con vergüenza. Las alusiones sobre el particular se hacían únicamente cuchicheando y quien se mostraba ignorante era motivo de bromas. Yo juzgaba eso estúpido y pensaba: “¿Por qué hablan de esas cosas con tanto misterio? Es ridículo”. Pero, como no podía remediarlo, me callaba todo lo posible o trataba de obtener información de mis amigas. Ya puesta al corriente de muchas cosas, hablé también de ello con mis padres. Mamá me dijo un día: Ana, te doy un buen consejo. No discutas nunca este tema con muchachos. Si son ellos los que empiezan a hablar de ello, no respondas. Recuerdo todavía mi respuesta:

—“¡Claro que no, faltaba más!”

Las cosas quedaron así.

Al principio de nuestra permanencia en la casa, papá, de tiempo en tiempo, dejaba escapar detalles que yo hubiera preferido conocer por mamá y amplié mi conocimiento gracias a los libros y a las conversaciones que se entablaban a mi alrededor. Sobre el particular, casi como excepción. Peter Van Daan nunca ha sido tan fastidioso como los compañeros de clase; La señora nos contó una vez que ni ella ni su marido habían hablado de esas cosas con Peter. Por lo tanto, ella ignoraba hasta qué punto su hijo estaba informado. Ayer, mientras Margot, Peter y yo pelábamos las papas, charlamos como de costumbre y, al hablar de Moffie:

—Seguimos sin saber si Moffie es un gato o una gata, ¿no?

—Si sabemos— repuso él, —es un macho.

Me eché a reír.

—¡Si va a tener gatitos, como puede ser macho!

Peter y Margot rieron también. Peter había hecho notar, hace dos meses, que Moffie tendría gatitos a breve plazo: su vientre aumentaba a ojos vistas. El grosor, sin embargo, provenía de muchas rapiñas y los gatitos no parecían crecer y mucho menos nacer. Peter quiso defenderse y dijo:

—Nada de eso. Si quieres, puedes venir a comprobarlo tú misma.

Mientras jugaba con él el otro día vi bien que es un macho. Impelida por mi gran curiosidad, lo acompañé al depósito, pero Moffie no esperaba visitas y tampoco aparecía. Guardamos un momento; luego, como teníamos frío, volvimos arriba. Después, por la tarde, oí que Peter bajaba de nuevo. Armándome de valor para atravesar sola la casa silenciosa, llegué al depósito. Sobre la mesa de embalaje, Moffie jugaba con Peter, que acababa de ponerlo sobre la balanza para controlar su peso.

—¡Hola! ¿Quieres verlo?

Sin más preparativos, tendió al animal boca arriba, sujetándole hábilmente por las patas y la lección comenzó:

—Aquí tienes los órganos sexuales masculinos. Ahí algunos pe- los y eso otro es su trasero. El gato dio un respingo y volvió a ponerse sobre sus patas blancas.

Si otro muchacho me hubiera mostrado “los órganos sexuales masculinos”, nunca más habría vuelto a mirarlo.

Pero Peter continuó hablando sin segunda intención, con toda naturalidad, de este tema delicado y acabó por ahuyentar en mi toda aprensión. Jugamos con Moffie, charlamos y nos marchamos hacia la puerta del amplio almacén.

—Cuando quiero saber algo, siempre termino encontrándolo por casualidad en algún libro, ¿Tú no? —le dije.

—No. Se lo pregunto a mi padre. Él sabe de todo mucho más que yo y, además, tiene experiencia.

Ya habíamos llegado cerca de la escalera, así que callé. ¡Cómo se cambia! Jamás hubiera creído poder hablar de eso tan abiertamente, ni siquiera con una muchacha. Estoy segura de que mamá pensaba en eso al advertirme que no hablase con los muchachos de tales temas. Pero al menos he aprendido algo: hay jóvenes, incluso del sexo opuesto, que pueden hablar de temas sexuales sin bromear y sin vergüenza. ¿Hablará Peter de todo a sus padres? ¿será él verdaderamente tal como se me mostró ayer? En fin, no me importa demasiado después de todo.

Tu Ana

Jueves 27 de enero de 1944

Querida Kitty:

Últimamente me he aficionado mucho a los árboles genealógicos de las familias reinantes: de ello deduzco que, a fuerza de buscar, se puede muy bien remontarse hasta la antigüedad haciendo descubrimientos cada vez más interesantes. Aunque me aplico particularmente a mis deberes escolares (empiezo a poder seguir bastante bien las audiciones de la BBC), me pasó una gran parte de los domingos recortando y clasificando mi colección de artistas de cine, que adquiere un volumen respetable. El señor Kugler suele traer, todos los lunes, una revista de cine, lo que me produce una gran satisfacción. Aunque mi círculo, menos frívolo, piensa que eso es derrochar dinero en extravagancias, de todos modos, ellos se sorprenden al oírme citar los nombres exactos de los actores de los filmes estrenados hace un año o más. Bep va mucho al cine con su amigo durante las horas libres; ella me anuncia los títulos de las películas que verá el sábado, y seguida yo le

enumero a los actores protagonistas y las opiniones de la crítica. No hace mucho tiempo mamá decía que yo no tendría ya necesidad de ir más tarde al cine para desquitarme, a tal punto los filmes, sus artistas y las críticas se habían grabado en mi memoria.

Cuando aparezco un día con un nuevo peinado, todos me miran con ojos críticos y siempre puedo esperarme la pregunta, ¿a qué artista de cine se parece? Y nadie me cree más que a medias cuando respondo que es una de mis creaciones. En cuanto al peinado, no dura más de media hora, tras lo cual, me siento tan contrariada por las observaciones, que corro al cuarto de baño para arreglarme el peinado de rizos como todos los días.

Tu Ana

Viernes 28 de enero de 1944

Querida Kitty:

Esta mañana me preguntaba si te sientes como una vaca, al obligarte a rumiar constantemente las mismas cosas y las mismas novedades. La monotonía debe de hacerte bostezar abiertamente y juzgarás que ya es hora de que Ana aparezca con algo nuevo. Sé lo aburrida que debes estar, no hago más que desenterrar viejas historias. Eso aburre, y a mí también, desde luego. Cuando, en la mesa, no se habla de política ni de menús succulentos, mamá y la señora Van Daan rivalizan en relatos de sus historias de juventud, que nos sabemos de memoria, o bien Dussel empieza a chochar a propósito del amplio guardarropa de su mujer, o sobre caballos de carrera, de canoas que hacen agua, o de niños superdotados que nadan desde la edad de cuatro años y de los calambres que reclamaban sus cuidados. Si uno de nosotros toma la palabra, cualquier otro puede fácilmente terminar la historia empezada. Cada historia la conocemos bien, sólo el narrador la festeja riendo, completamente solo, juzgándose muy ocurrente. Los diversos lecheros, almaceneros y carniceros de ambas casas tienen una larga barba en nuestras mentes, a tal punto su recuerdo es venerado o vituperado a la mesa. Nada de todo cuanto ha sido puesto y repuesto sobre el tapete, en el anexo, puede mantenerse joven y fresco.

Es imposible, podría acostumbrarme, después de todo, si al menos los mayores se abstuvieran de repetir incansablemente los relatos que conocen por Kleiman por Miep y Jan, añadiéndoles a veces detalles de su propia imaginación, de manera que me pellizco el brazo bajo la mesa para no interrumpir y poner sobre el camino recto al entusiasta narrador. Las muchachitas educadas, tales como Ana, no tienen bajo ningún pretexto el derecho de corregir a los mayores, sean cuales fueren sus errores, sus embustes o sus invenciones. Un tema predilecto de Kleiman y Jan es el de los que se ocultan, así como el de los movimientos clandestinos. No ignoran que todo cuanto concierne a nuestros semejantes y sus escondites nos interesa de modo prodigioso, que nos afligimos sinceramente cuando son atrapados y saltamos de alegría cuando sabemos que un prisionero se ha escapado. El tema de las personas que se ocultan se ha tornado una costumbre tan cotidiana como antes el hábito de poner las pantuflas de papá debajo de la estufa. Son muchas las organizaciones como la «Holanda Libre», que urden falsos documentos de identidad, suministran dinero a las personas ocultas, preparan refugios, proveen de trabajo clandestino a los jóvenes. Quienes allí trabajan realizan una acción desinteresada, ayudan y permiten vivir a otros poniendo muchas veces en peligro su propia vida. El mejor ejemplo lo tengo aquí: el de nuestros protectores, que nos han sacado adelante hasta ahora, y que espero, lograrán su objetivo hasta el final, porque deben resignarse a sufrir la misma suerte que nosotros en caso de denuncia. Nunca hacen alusión o se han quejado de la carga que, indudablemente, representamos para ellos. Todos los días suben a nuestra casa, hablan de negocios y de política con los hombres, de aprovisionamiento y de los estragos de la guerra con las damas, de libros y de periódicos con los niños. En todo lo que les es posible, se muestran alegres, traen flores y regalos para los cumpleaños y días de fiesta, y están siempre dispuestos a sernos útiles. Jamás olvidaremos el valor heroico de quienes luchan contra los alemanes; pero existe también el valor de nuestros protectores, que nos demuestran tanto cariño y benevolencia.

Se hacen correr los rumores más absurdos, pero, sin embargo, los hay que son verídicos. Esta semana, el señor Kleiman nos ha contado que en la Güeldre hubo un partido de fútbol, uno de los equipos se componía de hombres que estaban escondidos y el otro

de miembros de la policía.

En el ayuntamiento de Hilversum se realizó una nueva distribución de tarjetas de identificación de racionamiento, haciendo acudir a quienes protegen a los que se encuentran ocultos a cierta hora para recoger sus tarjetas, que se hallaban sobre una mesita, discretamente apartadas.

Hay que tener mucho cuidado para hacer eso y que los alemanes no se enteren.

Tu Ana

Jueves 3 de febrero de 1944

Querida Kitty:

El clima de invasión ha ganado al país y aumenta de día en día. Si tú estuvieras aquí, serías como yo, te dejarías impresionar por los preparativos extraordinarios, te burlarías de las personas que se excitan tanto, quizá, ¡quién sabe!, para nada. Todos los diarios se ocupan de lo mismo; la posibilidad de una invasión aliada enloquece a la gente completamente. Se leen artículos tales como éste: “En caso de desembarco de los ingleses en Holanda, las autoridades alemanas tomarán todas las medidas para la defensa del país; si es necesario, se recurrirá a la inundación”. Distribuyen pequeños mapas geográficos de Holanda con las regiones a inundar. Como Ámsterdam se encuentra en esta zona, nos preguntamos lo que sucedería con un metro de agua en las calles. Este problema difícil ha provocado las más variadas respuestas:

—La marcha a pie y en bicicleta quedan descartadas; será menester cruzar penosamente.

—¡Qué va! Se irá a nado. Todo el mundo se pondrá en traje de baño, sin olvidar la gorra y nadaremos bajo el agua todo lo posible; así, nadie verá que somos judíos.

—¡Qué tontería! Me gustaría ver a las mujeres nadando, cuando las ratas se pongan a morderles sus lindas piernas. (Esto, naturalmente, pero veremos quien grita más fuerte, al ser mordidos).

—No podremos salir de la casa; el edificio es tan viejo, que se desplomará en cuanto comience la inundación.

—Bueno, ya déjense de bromas. Vamos a arreglarnos para conseguir una pequeña lancha.

—No vale la pena. No hay más que tomar un gran cajón, el empaque de las latas de leche del desván y remar con bastones.

—Por mi parte, yo caminaré con zancos. Era campeón en mi juventud.

—Jan Gies no necesitará hacerlo; cargará a su mujer sobre los hombros y será Miep quien lleve los zancos.

Ahora puedes hacerte una idea aproximada. Estas conversaciones son acaso divertidas en el momento, pero esto no pasará así en la realidad. Ya se verá. El segundo problema que nos traería una invasión también ha sido discutido.

¿Qué hacer si los alemanes quieren evacuar Ámsterdam?

—Partir con todo el mundo disfrazándonos lo mejor posible, transformándonos. ¡Eso!

—No partiremos bajo ningún pretexto. Lo único que hay que hacer es quedarse aquí. Los alemanes son capaces de trasladar a toda la población hasta Alemania y allí dejar morir a todo el mundo.

—Sí, claro, nos quedaremos aquí. Es el lugar más seguro. Vamos a tratar de persuadir a Kleiman de que venga a habitar la casa con su familia.

Trataremos de conseguir una bolsa de virutas y dormirán en el suelo. Miep y Kleiman podrían traer ya las frazadas.

—Nos quedan treinta kilos de trigo; habrá que pedir más. Jan se ocupará de las legumbres secas; tenemos todavía alrededor de 30 kilos de frijoles y 5 kilos de arvejas y no olvidemos las 50 latas de hortalizas.

—Mamá, ¿quieres hacer el inventario de las otras reservas?

—Diez latas de pescado, 40 latas de leche, 10 kilos de leche en polvo, 3 botellas de aceite, 4 tarros de mantequilla salada, 4 latas de carne, 2 frascos de fresas, 2 frascos de frambuesa con grosellas, 20 botellas de tomates, 5 kilos de copos de avena, 4 kilos de arroz y nada más.

No está tan mal. Pero hay que pensar en alimentar a nuestros invitados, y, si transcurren varias semanas sin poder reaprovisionarnos, nuestras reservas parecerán menos importantes. Tenemos suficiente carbón y leña, así como velas.

Cada cual va a coserse unabolsita para colgársela al cuello, destinada a guardar el dinero, en caso de partida. Habrá que redactar listas de las cosas que llevaríamos con nosotros si nos viéramos obligados a huir y cada cual puede empezar ya a preparar una mochila. Cuando ese momento se avecine, dos de nosotros permanecerán en su puesto de observación, uno en el desván, el otro en la fachada.

—Dime, ¿qué haremos de todas nuestras reservas si cortan el agua, el gas y la electricidad?

En tal caso, se cocinará en la estufa, con agua de lluvia hervida. Haremos una reserva de agua, comenzando por llenar todas las damajuanas.

Escucho conversaciones así todo el día. La invasión por aquí, la invasión por allá y las discusiones sobre el hambre, las bombas, los extintores, los jergones, los certificados de judíos, los gases asfixiantes, etc. No son cosas para animar a nadie. Una muestra más, si me permites, de las conversaciones de los hombres de la casa con Jan:

Casa de atrás: Nosotros tememos que los alemanes, al dar media vuelta, arrastren a toda la población con ellos.

Jan: Imposible. No tienen tantos trenes a su disposición.

Casa de atrás: ¿Trenes? ¿Piensa usted que van a instalar a nuestros ciudadanos en pequeños vagones? Nada de eso. Les dirán que se sirvan de sus piernas como medio de transporte. (el “pedes apostolorum”, como dice siempre Dussel).

Jan: No lo creo. Ustedes lo ven todo demasiado tétrico... ¿Qué interés pueden tener en arrastrar a toda la población?

Casa de atrás: ¿Ha olvidado usted lo que dijo Goebbels? «Si se nos obliga a retirarnos, cerraremos también la puerta de todos los territorios ocupados»

Jan: Ellos han dicho muchas otras cosas.

Casa de atrás: ¿Cree usted a los alemanes demasiado nobles o demasiado caritativos para tal acción? Seguramente piensan así: “Si nosotros debemos perecer, todos los que están bajo nuestra dominación perecerán con nosotros”

Jan: Digan ustedes lo que quieran, yo no lo creo.

Casa de atrás: Siempre la misma historia: no darnos cuenta del peligro hasta que se nos echa encima.

Jan: Después de todo, tampoco ustedes saben nada en concreto. Todo eso no son más que suposiciones.

Casa de atrás: Nosotros ya hemos pasado por esto, en Alemania primero, aquí después. ¿Y qué sucede en Rusia?

Jan: Olviden por un momento la cuestión esa de los judíos. Yo pienso que nadie sabe lo que pasa en Rusia. Los ingleses y los rusos actúan como los alemanes: exageran para hacer propaganda.

Casa de atrás: No lo creemos. La radio inglesa ha dicho siempre la verdad. Aun admitiendo que sus transmisiones son exageradas, eso no le impediría a usted reconocer la realidad. Porque no se puede negar el hecho de que millones de personas inocentes son asesinadas o asfixiadas con gases, sin ninguna contemplación, lo mismo en Rusia que en Polonia.

Te ahorraré nuestras otras conversaciones. Por mi parte, me siento muy tranquila y no presto atención alguna a ese revuelo que hay a mi alrededor. Me da igual vivir o morir. El mundo no va a dejar de girar por mi causa y no seré yo quien cambie los acontecimientos. Sólo me resta ver venir las cosas. Que pase lo que tenga que pasar, me ocuparé de mis estudios y confío en que el final será bueno.

Tu Ana

Sábado 12 de febrero de 1944

Querida Kitty:

Hace sol, el cielo es de un azul hermoso, el viento es agradable y yo tengo unas ganas locas... unas ganas locas de todo. De hablar, de libertad, de amigos, de soledad. Tengo unas ganas locas de llorar. Quisiera estallar. Las lágrimas me apaciguarían, lo sé, pero soy incapaz de llorar.

No me quedo quieta, voy de una habitación a otra, me detengo para respirar a través de la rendija de una ventana cerrada y mi corazón late como si dijera: "Pero, vamos, satisface de una buena vez mi deseo"

Creo sentir en mí la primavera, el despertar de la primavera; lo siento en mi cuerpo y en mi alma. Me cuesta portarme como de costumbre, tengo la cabeza enmarañada, no sé qué leer, qué escribir, qué hacer. Sólo sé que me invade un gran deseo...

Tu Ana

Lunes 14 de febrero de 1944

Querida Kitty:

Desde el sábado, muchas cosas han cambiado en mí. Yo sentía una ansiedad terrible (la tengo aún), pero... me siento un poco, solo un poco más tranquila. Noté esta mañana (seré honesta) que, con gran alegría de mi parte, Peter me mira de cierta manera. De una manera muy distinta a la habitual; no podría explicártelo de otra forma. Siempre pensé que Peter estaba enamorado de Margot, y ahora, de repente, tengo la sensación de que me equivocaba. No lo he mirado durante el día, adrede; al menos, no mucho, pues cada vez que lo hacía me encontraba con su mirada clavada en mí, y además... además es verdad, un sentimiento maravilloso me ha impedido mirarlo demasiado a menudo. Querría estar sola, completamente sola. Papá no ha dejado de notar que algo me pasa, pero me sería imposible contárselo todo. El domingo en la noche, con excepción de Pim y yo, todo el mundo escuchaba «La Música Inmortal de los Maestros Alemanes». Dussel movía constantemente los botones del aparato, lo que fastidiaba a Peter, y, desde luego, también a los demás. Después de una media hora de nerviosidad contenida. Peter le rogó más o menos irritado que dejara de hacerlo. Dussel contestó con su tonillo desdeñoso: «Estoy arreglándolo». Peter se enfadó, repuso con insolencia y fue apoyado por Van Daan; Dussel se vio obligado a ceder. Eso fue todo. Este incidente no tiene nada de extraordinario en sí, pero parece que Peter se lo tomó a pecho. En todo caso, esta mañana vino al desván, donde yo estaba buscando algo en un cajón de libros, para hablarme de ello. Como yo no sabía nada, lo escuché con atención, lo que hizo que Peter diera rienda suelta a sus sentimientos.

—Y ya ves —dijo él—, por lo general no hablo, porque sé anticipadamente que nunca consigo dar con las palabras en un caso semejante. Empiezo a tartamudear, enrojeczo y lo digo todo al revés; a la larga, no tengo más remedio que interrumpirme, porque no logro decir lo que quiero. También ayer sucedió así. Quería decir otra cosa. Pero, una vez lanzado, perdí el hilo de mis ideas y eso es terrible. Antes tenía una mala costumbre, que te aseguro me

gustaría recuperar: cuando alguien me hacía rabiar, utilizaba los puños más que las palabras. Ya sé que esa manera de proceder no me llevará a nada. Por eso te admiro a ti. Dices las cosas sin rodeos. Le dices a la gente lo que tienes que decirle. No tienes nada de tímida.

—Te equivocas, respondí. —La mayoría de las veces digo las cosas de una manera totalmente distinta a como desearía hacerlo. Luego, una vez hecho, ya no puedo callarme. Es un mal que tú desconoces. Me reí al decir estas últimas palabras. Pero quise tranquilizarlo, sin que notara mi alegría; tomé un almohadón para sentarme en el suelo, coloqué las rodillas en el mentón y le miré atentamente.

Estoy verdaderamente encantada: la casa alberga a alguien que sufre las mismas crisis de furor que yo. Peter parecía visiblemente aliviado por poder criticar a Dussel; sabía que yo no lo delataría. Estoy feliz, ya que en casa aún hay alguien al que le dan los mismos ataques de furia que a mí. Se notaba que a Peter le hacía bien poder criticar a Dussel duramente, sin temor a que le dijeran algo. Y a mí también me hace sentir bien, porque notaba una sensación de solidaridad, algo que antes solo sentía con mis amigas.

Tu Ana

Martes 15 de febrero de 1944

Querida Kitty:

El insignificante asunto con Dussel, pasó a mayores y todo por su culpa. El lunes en la mañana se acercó a mamá con un aire triunfal y le contó que esa misma mañana, Peter le preguntó cómo había dormido y había agregado que lamentaba lo que había sucedido el domingo en la noche y que lo del problema no había sido enserio. Entonces Dussel, había tranquilizado a Peter, asegurando que él tampoco lo había tomado a pecho. Todo parecía acabar ahí. Mamá vino a mí con el cuento y yo, en secreto, me quedé sorprendida de que Peter, que estaba tan enojado con Dussel, se hubiera rebajado de esa manera a pesar de todas sus afirmaciones.

No pude dejar de analizar a Peter y por él me enteré enseguida que Dussel había mentado. ¡Tendrías que haber visto el rostro de

Peter, era digno de una fotografía! En su cara se notaba la indignación por la mentira, la rabia, las veces que me había consultado acerca de lo que debería hacer, la intranquilidad y otras cosas más.

Por la noche, el señor Van Daan y Peter hablaron con Dussel, pero no fue tan terrible, porque hoy Peter se sometió a un tratamiento dental. En realidad, hubieran preferido no dirigirse la palabra.

Tu Ana

Miércoles 16 de febrero de 1944

Querida Kitty:

Peter y yo no nos hablamos en todo el día, solo lo hicimos para cruzar algunas palabras sin importancia.

Es el cumpleaños de Margot. A las doce y media, Peter vino a admirar los regalos que habíamos preparado, se entretuvo charlando más tiempo que de costumbre, lo que no habría hecho de haberse tratado de una simple visita de cortesía. Por la tarde, fui a buscar el café y también las papas, pues me parece bien agasajar a Margot al menos una vez al año. Peter quitó enseguida de la escalera sus papeles, para dejarme paso, y yo le pregunté si quería que cerrara la puerta del desván.

—Sí, me contestó, es preferible. Al volver, no tienes más que golpear: yo te abriré.

Dándole las gracias, subí a la buhardilla, donde pasé diez buenos minutos eligiendo en el gran tonel las patatas más pequeñas. Me dolía la cintura y empezaba a sentir frío. Naturalmente, no golpeé y abrí yo misma la puerta; sin embargo, él acudió a mi encuentro y, muy servicial, se encargó de la cacerola.

—He buscado incansablemente— dije yo—, pero no las he encontrado más pequeñas.

—¿Has mirado en el tonel grande?

—Sí, he metido bien las manos y lo he revuelto todo.

Cuando llegué al pie de la escalera, Peter, cacerola en mano, se detuvo para examinarla bien.

—¡Ah, es un buen trabajo! — dijo.

Y en el momento en que le tomaba el recipiente, añadió:

—¡Excelente!

Al decir eso, su mirada fue tan tierna, tan cálida, que me enternecí también. Me daba cuenta de que él quería resultar agradable, y como no sabe hacer un cumplido, puso en su mirada todo el sentimiento. ¡Cómo le comprendo y cuánto se lo agradezco! En este mismo instante sigo sintiéndome feliz al evocar sus palabras y la dulzura de sus ojos. Mamá hizo notar que no había allí bastantes patatas para la cena. Muy dócil, me brindé para la segunda expedición. Al llegar nuevamente hasta la puerta de Peter, me disculpé por molestarlo dos veces seguidas. Él se levantó, se situó entre la escalera y el muro, me tomó por el brazo y me cerró el camino.

—Para mí no es una molestia. Yo lo haré.

Le dije que no valía la pena, que esta vez no necesitaba elegir papas chicas. Convencido, me soltó el brazo. Pero al regreso, vino a abrirme la escotilla y nuevamente, me tomó la cacerola de las manos. En la puerta, le pregunté:

—¿Qué estudias en este momento?

—francés — fue la respuesta.

Le pregunté también si no quería mostrarme sus lecciones y, después de haberme lavado las manos, me senté en el diván. Le di algunas indicaciones para su lección, luego nos pusimos los dos a charlar. Me contó que, más adelante, querría ir a las Indias Holandesas y vivir en una plantación. Habló de su familia, del mercado negro; pero terminó por decir que se sentía completamente inútil. Le dije que parecía sufrir un fuerte complejo de inferioridad. Él habló también de los judíos, diciendo que le habría resultado mucho más cómodo ser cristiano y preguntándome si no podía pasar por tal después de la guerra. Le pregunté si es que quería hacerse bautizar, pero no se trata de eso. En su opinión, después de la guerra, nadie sabrá si es judío o cristiano. Durante un segundo sentí el corazón oprimido: ¡Qué lástima que él no logre todavía desprenderse de un resto de insinceridad! Por lo demás, nuestra conversación fue agradable. Hablamos de papá, de la humanidad y de muchas otras cosas, que ya ni siquiera recuerdo exactamente. No me fui hasta las cuatro y media. Por la noche, volvió a decir algo muy bonito. Se vinculaba a una foto de artista que yo le había regalado y que pende de la pared de su cuarto desde hace más de un año y medio. Puesto que le gusta tanto, yo lo invité a escoger algunas otras de artistas de mi colección.

No — repuso él—. Prefiero tenerla sola a ella; la veo todos los días y se ha transformado en mi amiga. Ahora comprendo mejor por qué abraza a Mouschi con tanta frecuencia. Se ve que él también siente necesidad de ternura. Luego dijo también (iba a olvidarlo): No conozco el miedo, sólo me asustan mis propios defectos, pero pienso en ellos cada vez menos.

El complejo de inferioridad de Peter es verdaderamente terrible. Se cree siempre estúpido, mientras que Margot y yo seríamos extraordinariamente inteligentes. No sabe cómo agradecerme cuando lo ayudo con el francés. Tengo la firme intención de decirle que se deje de tonterías, que sabe mucho más inglés y geografía, por ejemplo.

Ana Frank

Jueves 17 de febrero de 1944

Querida Kitty:

Esta mañana fui arriba, había prometido a la señora leerle algunos cuentos. Inicé con El sueño de Eva, que le gustó demasiado y después les leí algunas cosas del diario, lo cual les hizo reír mucho. Peter también escuchó algunas partes, no todo, luego me dijo que si podía pasar después a leerle de nuevo. Pensé que podría aprovechar esta oportunidad, fui a buscar mis apuntes y le dejé ver la parte en la que Cady y Hans hablan de Dios. No podría decirte que le causó esto; dijo algo que ya no recuerdo, no si sobre estaba bien o no, sino acerca de la idea misma. Le dije que solo quería mostrarle que no solo escribía cosas divertidas. Asintió con la cabeza y salí de la habitación. ¡Veremos si me hace algún comentario!

Tu Ana Frank

Viernes 18 de febrero de 1944

Querida Kitty:

Cada vez que subo al desván por una u otra razón, siento el deseo de verlo a "él". Mi vida aquí ha mejorado; porque ahora tiene un

sentido y eso me regocija.

El objeto de mi amistad se encuentra siempre en casa, es fácil, y no necesito temer a ninguna rival, excepto Margot. No creo estar enamorada, no; pero algo me dice que el sentimiento que ha surgido entre Peter y yo puede llegar a ser muy bello, una amistad que aumentará con la confianza. Todos mis momentos de ocio los paso en su cuarto; cuando llego, ya no es como antes, cuando él no sabía exactamente qué actitud adoptar; ahora, ocurre todo lo contrario y, al irme, estando junto a la puerta, él no ha cesado todavía de hablar. Mamá no ve con buenos ojos mis idas y venidas; dice que no hago más que molestar a Peter y que hay que dejarlo en paz. ¿Es que no comprende mis sentimientos? Cuando subo al cuarto de él, mamá me mira siempre con expresión curiosa. Cuando bajo, me pregunta dónde he estado. ¡No me agrada decirlo, pero poco a poco comienzo a sentir desagrado por ella!

Tu Ana

Sábado 19 de febrero de 1944

Querida Kitty:

De nuevo sábado. Ya sabes lo que eso significa. Silencio relativo por la mañana. He ayudado un poco en la cocina en el espacio de nuestros vecinos; en cuanto a "él", sólo ha intercambiado conmigo unas pocas palabras furtivas. A las dos y media, cuando cada uno se mete en su habitación para leer o dormir, me instalé en la oficina privada, provista de frazadas, con el fin de trabajar tranquilamente, pero no duró largo rato, pues no podía más; dejé caer la cabeza sobre el brazo y estallé en sollozos. Dando libre curso a una ola de lágrimas, me sentía profundamente desdichada. ¡Ah, sí tan siquiera «él» viniera a consolarme! A las cuatro subí de nuevo a mi espacio, preparándome para ir a buscar patatas. Mi corazón latió de esperanza ante la idea de un encuentro, entré en el cuarto de baño para arreglarme el pelo. En ese instante, lo oí bajar al depósito para jugar con Moffie. De repente, sentí que las lágrimas me subían a los ojos y entré a toda prisa en el baño llevándome conmigo el espejo, completamente vestida, mientras las lágrimas dibujaban manchas oscuras sobre mi delantal rojo.

Pensaba, que así nunca llegaría al corazón de Peter. Es probable que no me encuentre ningún atractivo y que no sienta ninguna necesidad de confianza. Puede ser que piense en mí, pero superficialmente. Sólo me queda estar sin compañía en mi camino, sin confidente, sin Peter. De nuevo días sin esperanzas, sin consuelo y sin alegría: eso es lo que me espera. ¡Si tan sólo pudiera apoyar la cabeza en su hombro para sentirme menos sola, desesperada y menos abandonada! Quizá no sienta ningún afecto por mí y mire a los demás con ojos igualmente tiernos. ¿Por qué, pues, imaginé que todo eso era sólo para mí? ¡Ay Peter, si pudieras verme y oírme! Es posible que la verdad sea desoladora, en tal caso, no podría soportarla.

Pero poco después he sentido renacer mis esperanzas, mi alegría, aunque mis lágrimas continúan fluyendo en mí.

Tu Ana

Domingo 20 de febrero de 1944

Querida Kitty:

Lo que otras personas hacen durante la semana, en la casa lo hacemos los domingos. Mientras los demás se ponen sus mejores vestuarios, nosotros estamos acá haciendo oficio.

A las ocho de la mañana, sin importarle los que aún deseamos dormir, Dussel se levanta, va al baño, luego al primer piso, después sube y se queda una hora en el baño haciéndose aseo personal.

A las nueve y media, se enciende la estufa, se corren las cortinas y Van Daan va al baño. Uno de los tormentos míos en la mañana cuando deseo dormir, es que debo ver la espalda de Dussel cuando reza. Todos se asombran cuando digo que Dussel rezando es un horrible espectáculo.

A las diez y cuarto, Se escucha silbar a Van Daan, el baño está vacío. Luego todo se torna acelerado, Margot y yo bajamos a preparar la colada. Después papá hace uso del cuarto de baño. A las once va Margot y luego yo, para esa hora ya están todos limpios.

A las once y media, desayuno, mejor no me extiendo más en esto, siempre hablo de la comida.

A las doce y cuarto, todos se dispersan. Papá empieza a cepillar la alfombra con tanta fuerza que toda la habitación queda cubierta de polvo. El señor Dussel hace las camas (mal, la verdad) silbando siempre el mismo concierto de Beethoven. Se oyen los pasos de mamá en el desván colgando la ropa. Margot y yo lavamos los platos y ordenamos un poco la habitación.

Miércoles 23 de febrero de 1944

Mi querida Kitty:

Desde ayer hace un tiempo maravilloso y me siento completamente cambiada. Cada mañana voy al desván donde trabaja Peter y donde el aire de afuera refresca mis pulmones saturados de moho. Desde mi sitio preferido, en el suelo, miro el cielo azul, el castaño aún desnudo, en cuyas ramas brillan las gotitas de lluvia, las gaviotas que cortan el aire con su vuelo rápido. Él había apoyado la cabeza contra la gruesa viga. Yo estaba sentada. Respirábamos juntos el aire fresco, mirábamos afuera, entre nosotros había algo que no debía ser interrumpido con palabras. Por largo rato, nos quedamos mirando el cielo los dos; cuando tuvo que dejarme para ir a cortar leña, sentí que Peter era un muchacho extraordinario. Subió la escalera seguido de mí y durante el cuarto de hora que cortó la leña no intercambiamos una palabra. Yo permanecía de pie para mirarlo, él se pretendía en cortar bien la leña para demostrarme su fuerza. También miré por la ventana abierta, tras la cual se divisaba una gran parte de Ámsterdam; y por sobre los tejados hasta la línea del horizonte, había un azul tan límpido, que ya no distinguí la línea divisoria. Me dije:

—Mientras esto exista y yo pueda disfrutarlo, este sol radiante, este cielo sin nubes, no puedo estar triste.

Para quien tenga miedo, se sienta triste o desdichado, el mejor remedio es salir al aire libre y buscar un lugar donde esté solo con el cielo, la naturaleza y Dios. Entonces se siente que todo está bien así y que Dios quiere ver a los hombres felices en la naturaleza, simple pero bella. Mientras esto exista, e indudablemente será siempre así, estoy segura de que todo pesar hallará su consuelo, fueran cuales fueren las circunstancias.

¡Ay!, quizá no tenga que esperar mucho tiempo para compartir este admirable sentimiento de felicidad con alguien que se tome las cosas de la misma manera que yo.

Tu Ana

P.D. Pensamientos: A Peter.

Son tantas las cosas que echamos de menos aquí, desde hace tanto tiempo y de ellas me veo privada en la misma medida que tú. No me refiero a necesidades físicas, pues tenemos lo indispensable. Hablo de las cosas que suceden en nosotros, tales como los pensamientos y los sentimientos. Siento la nostalgia, tanto como tú, del aire y de la libertad. Pero he empezado a creer que tenemos el privilegio de tener una compensación enorme por todas esas privaciones. De ello me he percatado repentinamente, esta mañana, frente a la ventana abierta. Quiero decir: una compensación interna. Mirando afuera y a Dios, abrazando con una mirada recia y profunda a la naturaleza, me sentí dichosa, nada más que dichosa. Y Peter, mientras esa dicha esté en ti — gozar de salud, de la naturaleza y de muchas otras cosas más—, mientras seas capaz de sentirla, siempre volverá a ti. Puede perderse todo, la riqueza, el prestigio; pero esa dicha en tu corazón sólo puede, cuando más, ensombrecerse y volverá a ti siempre, mientras vivas. Mientras levantes los ojos, sin temor hacia el cielo, estarás seguro de ser puro y volverás a ser feliz, suceda lo que suceda.

Domingo 27 de febrero de 1944

Querida Kitty:

Desde muy temprano en la mañana y hasta las últimas horas de la noche, no hago más que pensar en Peter. Me duermo evocando su imagen, sueño con él durante la noche y me despierto todavía bajo su mirada. Tengo la impresión muy nítida de que, contrariamente a las apariencias, Peter y yo no somos muy diferentes el uno del otro. Te diré el por qué: a Peter, lo mismo que a mí, le falta una madre. La suya es demasiado superficial, solamente piensa en

coquetear y se interesa poquísimos por los pensamientos de su hijo. La mía demuestra un mayor interés por mí, pero está desprovista del instinto materno, tan hermoso y sutil. Peter y yo mantenemos ambos una lucha interna a causa de nuestros sentimientos contradictorios, aún no nos sentimos lo suficientemente seguros y, en el fondo, somos demasiado sensibles como para soportar brusquedades. Cuando me agreden, mi reacción es directa, a veces quisiera escapar, esconder lo que siento. Como eso es imposible, empiezo a hacer ruido con las ollas para que todo el mundo me quiera perder de vista. Peter, por el contrario, se encierra en su habitación, casi no habla, permanece más bien taciturno, cavila y se esconde en su timidez.

Pero, ¿dónde y cómo vamos a poder encontrarnos?

No sé durante cuánto tiempo el sentido común me permitirá controlar este deseo.

Tu Ana

Lunes 28 de febrero de 1944

Muy querida Kitty:

Esto se ha convertido en una pesadilla. Lo veo a todas horas, o casi, sin poder ir hasta él; necesito vigilarlo para no traicionarme, aparentar jovialidad, mientras que todo en mí no es más que desesperación. Peter Schiff y Peter Van Daan se han fundido en un solo Peter, amado y bueno y por quien suspiro. Mamá me fastidia; papá es amable y me fastidia, por lo tanto, aún más; en cuanto a Margot, me fastidia más que mis padres, pues pretende verme feliz y yo lo único que deseo es estar tranquila. Peter no se ha reunido conmigo en el desván; ha ido a la buhardilla para realizar un trabajo de carpintería. A cada chirrido, a cada martillazo sentía desvanecerse mi valor y me entristecía cada vez más. A lo lejos un carillón tocaba: Puro de cuerpo, puro de alma. Soy sentimental ya lo sé. Estoy desesperada y me vuelvo muy poco razonable: eso lo sé también. ¡Ay de mí!

Tuya, Ana

Miércoles 1 de marzo de 1944

Querida Kitty:

Mis propios intereses han pasado a un segundo plano, porque... ¡han entrado ladrones! No es divertido eso de que se repitan, pero ¿qué culpa tengo yo de que los ladrones sienten cierto placer en honrar a Gies & Cía., con su visita? Este robo fue mucho más complicado que el de julio de 1943.

Anoche, cuando el señor Van Daan se trasladó al despacho de Kugler, a las siete y media, vio que las puertas vidrieras y la puerta del escritorio estaban abiertas, sorprendido, decidió inspeccionar los lugares y tuvo otras sorpresas; las puertas del vestuario estaban igualmente abiertas y había allí un desorden espantoso, sobre todo en la oficina delantera. Su primer pensamiento fue: «Un ladrón». Para saber a qué atenerse, bajó hasta la puerta de entrada y la examinó: todo estaba cerrado y la cerradura de seguridad intacta. Peter y Bep no han dejado el escritorio en orden después de su trabajo de la tarde». Permaneció un buen momento en el despacho de Kugler y apagó la luz antes de salir, sin cavilar demasiado sobre el misterio de las puertas abiertas y el desorden. Esta mañana, Peter golpeó a nuestra puerta y nos anunció que había encontrado abierta de par en par la puerta de calle. Nos dijo también que el aparato de proyección y la nueva cartera de documentos de Kugler habían desaparecido del armario, Peter fue encargado de cerrar la puerta y Van Daan contó sus descubrimientos de la víspera a la noche, dejándonos a todos muy inquietos. Toda la historia se resume en que el ladrón debía de tener en su poder un duplicado de la llave de seguridad, pues la puerta había sido abierta normalmente. Debe de haber entrado al anochecer, más bien temprano y haberla cerrado. Luego, molestando por Van Daan, sin duda se ocultó hasta que éste se fue; tras lo cual, huyó con su botín, a toda prisa, olvidándose de volver a cerrar la puerta. ¿Quién puede tener la llave? ¿Por qué el ladrón no fue al almacén? ¿Será culpable alguno de los hombres que allí trabajan? ¿irá a denunciarnos, puesto que ha oído y hasta quizá visto a Van Daan? Es horrible no saber si al ladrón se le ocurrirá la idea de abrir nuestra puerta de nuevo. ¿O será que se habrá asustado al ver a un hombre pasearse libremente por ahí?

Tu Ana

P.D. Si pudieras recomendarnos un detective, te lo agradeceríamos. Es necesario la discreción absoluta en estas cosas de escondites.

Jueves 2 de marzo de 1944

Querida Kitty:

Hoy he estado con Margot en el desván. Aunque no lo disfruté tanto como me imaginaría que disfrutaría con Peter (u otro chico). Noto que, con frecuencia, sus sentimientos coinciden con los míos. Mientras fregábamos los platos, Bep ha hablado de su propio desaliento con mamá y la señora Van Daan. ¿Qué alivio puede esperar de ellas? Nunca adivinarías el consejo de mamá: Bep no tenía más que pensar en todas las personas que ahora atraviesan un momento difícil. ¿De qué sirve pensar en las desgracias ajenas cuando una ya se siente bastante desdichada? Dije algo así, la respuesta fue que no podía hablar todavía de estas cosas.

¡Qué tontos son los mayores! Como si Peter, Margot, Bep y yo no tuviéramos todos los mismos sentimientos que invocan el amor de una madre o el de los más íntimos amigos, pero nuestras madres no nos comprenden realmente. Quizá la señora Van Daan sea más capaz que mamá. ¡Ay!, cuánto me hubiera gustado decir a Bep algo que la reconfortase sabiendo por experiencia qué es lo que desea oír, pero papá intervino, poniéndome a un lado. ¡Qué tontos son todos!

Con Margot también hablé de papá y mamá, ¡qué bien la pasaríamos si no estuvieran siempre fastidiando! Podríamos organizar veladas y hablar de temas interesantes. ¡Pero hasta aquí hemos llegado, porque a mí, lo que menos me dejan es hablar! El señor Van Daan ataca, mamá se pone desagradable y no puede hablar de nada de manera natural. Se jactan de ser modernos. Según ellos, “nosotros no podemos opinar”, nos pueden decir que nos callemos. Se puede decir eso: pero nunca dejaremos de tener nuestra propia opinión. Se puede tenerla, por joven que se sea y nadie puede arrebatárnosla. Lo que nos ayudaría verdaderamente, tanto a nosotros como a Bep, es un cariño abnegado, del que carece cada

uno de nosotros. Nadie y mucho menos los tontos “sabelotodo” que aquí nos rodean, parece capaz de comprendernos; porque nosotros somos infinitamente más sensibles y estamos más avanzados en nuestras ideas que cualquiera de ellos; mucho más de lo que ellos sospechan y desde hace rato. Mamá se ha vuelto gruñona nuevamente. Es obvio que está celosa, pues en la actualidad hablo más con la señora Van Daan que con ella.

Esta tarde atrapé al vuelo a Peter y charlamos juntos por lo menos tres cuartos de hora. A él le cuesta lo indecible hablar de sí mismo; y sólo lo logró después de muchas vacilaciones. Las frecuentes disputas de sus padres sobre política, cigarrillos y un montón de cosas, todo me lo ha contado. Se mostraba muy tímido. A mi vez, le he hablado de mis padres. El defendió a papá, diciendo que era una persona excelente y que no se podía dejar de quererlo. Enseguida, fueron puestas sobre el tapete su familia y la mía. Parece sorprenderle el hecho de que sus padres no sean siempre personas gratas entre nosotros.

—Peter — le dije —, tú sabes que soy franca. Entonces, ¿por qué no decírtelo puesto que conocemos sus defectos?

Entre otras cosas dije, además:

—Peter, me gustaría mucho ayudarte, si tú lo deseas. Nunca dices nada. Pero yo sé que todo eso te tortura.

—En efecto, tú podrías socorrerme mucho.

—Lo mejor sería, quizá, que hablastes con mi padre. Puedes decirselo todo. Él es muy discreto.

—Sí, tu padre es un verdadero camarada.

—Tú lo quieres mucho, ¿verdad?

Peter asintió con la cabeza y yo agregué:

—Pues él también te quiere mucho a ti.

Levantó con rapidez la cabeza y se sonrojó; era realmente conmovedor ver el efecto de estas pocas palabras.

—¿De veras? — preguntó.

—Claro que sí — dije, —me doy cuenta de lo que quiere decir.

Entonces llegó el señor Van Daan a hacernos un dictado. Peter, al igual que papá, es un “tipo fenomenal”

Tu Ana

Viernes 3 de marzo de 1944

Querida Kitty:

Esta noche, mirando la llama de las velas, me sentí tranquila y feliz. Realmente, en ellas veo a mi abuelita. Es abuelita quien me guarda y me protege, quien me devuelve mi alegría. Pero hay otro que domina todo mi ser. Ese otro es... Peter. Hoy cuando fui a buscar las papas, me detuvo en la escalera, con la olla llena, y me preguntó:

—¿Qué has hecho al medio día?

Me senté en los peldaños, después de dejar la olla en el suelo y nos pusimos a hablar. Sólo una hora después las papas llegaron a su destino. Peter no dijo una palabra sobre sus padres; hablamos únicamente de libros y de otros tiempos. ¡Ay, qué mirada tan ardiente tiene ese chico! Creo que voy a enamorarme de él. Si ya no lo estoy. Por lo demás, esta noche, él dejó escapar una palabra al respecto, cuando entró en su habitación, después de haber terminado de pelar las papas.

—Tengo calor.

Basta mirarnos a Margot y a mí para conocer la temperatura. Cuando hace frío, estamos pálidas; cuando hace calor, estamos coloradas.

—¿Enamorada? — preguntó él.

—¿Por qué he de estar enamorada?

Más bien tonta, mi respuesta.

—¿Por qué no? — dijo él.

Enseguida fue menester que nos reuniéramos con los otros para comer. ¿Qué ha querido decir? Esta noche me las he arreglado para preguntarle por fin si mis charlas no le molestaban, a lo que ha contestado:

—Para nada...

¿Habrá dicho eso por timidez? No lo sé. Kitty, estoy exactamente como una enamorada que sólo sabe hablar de su amor. Desde luego, Peter es verdaderamente adorable. ¿Cuándo podré decírselo? No antes de que él piense lo mismo de mí. Pero soy perfectamente capaz de cuidarme a mí misma y él lo sabe. Además, Peter disfruta de su soledad; por eso, no puedo darme bien cuenta de hasta qué punto le agrado. En todo caso, comenzamos a conocernos un

poco, pero atrevemos a decir las cosas que ardemos de ganas de decirnos...

¡Ojalá tuviéramos el valor de decir todo lo que sentimos! Muchas veces por día él me dirige una mirada de cómplice, a la que yo respondo con un guiño y ambos nos sentimos felices. Parece absurdo decir que Peter se siente feliz; pero estoy segura de que él tiene los mismos sentimientos que yo.

Tu Ana

Sábado 4 de marzo de 1944

Querida Kitty:

Hace meses que esperábamos un sábado menos fastidioso, menos triste y monótono que de costumbre, lo que no me ocurría desde hace meses. Se lo debo a Peter. Esta mañana, cuando fui a colgar mi delantal en el desván, papá me preguntó si no quería quedarme para una conversación en francés, asentí y pude explicar algo en francés a Peter; Enseguida pasamos al inglés, papá leyó a Dickens en voz alta. Sentada en la misma silla que papá y muy junto a Peter, me sentí en el séptimo cielo. A las once, me fui a mi cuarto. A las once y media, en el momento de volver a subir, él estaba ya en la escalera aguardándome. Charlamos hasta un cuarto para la una. Cada vez que me ausento, después, por ejemplo, de la comida, él me dice, sin dejarse oír por los demás:

—¡Hasta luego, Ana!

¡Ay, estoy tan feliz! ¿Empieza a quererme al fin y al cabo? De cualquier modo, es un muchacho simpático y quizá, ¡quién sabe!, vamos a tener conversaciones magníficas.

La señora Van Daan parece consentir mis charlas con su hijo, pero hoy me hizo una broma:

—¿Puedo dejarlos solos a los dos allá en el desván?

—Desde luego —contesté—. ¿Pretende usted, por casualidad, ofenderme?

Desde que empieza la mañana y hasta la noche, espero con alegría ver a Peter.

Tu Ana

P.D. Se me olvidó decirte que anoche cayó una cantidad enorme de nieve. Pero ya se ha fundido toda.

Lunes 6 de marzo de 1944

Querida Kitty:

¿No te parece extraño que después de que Peter me contara lo de sus padres, ahora me sienta responsable por él?

Veo en el rostro de Peter que piensa tanto en mí como yo en él. Anoche su madre lo llamó burlescamente:

—¡El pensador!

Peter enojó y yo me sentí a punto de explotar.

¡Por qué no se callará esta gente y dejan de decir tonterías! Tú no puedes saber hasta qué punto me entristece verlo tan solo y no poder hacer nada por él. Comprendo, como si yo misma hubiera pasado por ello, cómo deben exasperarle las perpetuas disputas y las demostraciones de cariño de sus padres. ¡Pobre Peter, tú también necesitas tanto del amor! Me ha dicho que podía muy bien pasarse sin amigos; mis oídos resuenan todavía con la dureza de estas palabras. ¡Ah, cómo se engaña! Y pienso que, en el fondo, él no cree en eso para nada. Se aferra a su soledad, simula indiferencia y juega a la persona mayor, porque se ha impuesto ese papel y no quiere abandonarlo. Pobre Peter, ¿cuánto tiempo aguantarás aún? Ese esfuerzo sobrehumano, ¿no provocará, tarde o temprano, una reacción terrible? ¡Ay Peter si me dejaras ayudarte! Juntos, podríamos vencer nuestra soledad común. Pienso mucho, pero no hablo demasiado. Me siento dichosa cuando lo veo y más feliz aún si, además, el sol brilla. Ayer, mientras me lavaba la cabeza, me sentía muy eufórica, pues él estaba en la habitación de al lado. Era algo más fuerte que yo, como siempre. Cuanto más tranquila y seria me siento en mi interior, más ruidosamente me comporto. ¿Quién será el primero en descubrir y romper esta armadura?

¡Es una suerte que los Van Daan no hayan tenido una hija! Nunca mi conquista hubiera sido tan difícil, tan bella, tan espléndida, como con un chico.

Tu Ana

P.D. Ya sabes que te escribo con toda sinceridad, por eso quiero añadir, que, en el fondo, sólo vivo de un encuentro al otro. Siempre espero comprobar que él también me aguarda y me siento transportada de alegría cuando noto una de sus íntimas y tímidas iniciativas. Apostaría a que él siente tantos deseos como yo de encontrar las palabras adecuadas. Ignora que, precisamente, son sus esfuerzos desamparados los que más me conmueven.

Martes 7 de marzo de 1944

Querida Kitty:

Cuando recuerdo mi vida llevada en el año 1942, todo se me antoja irreal. La Ana que disfrutaba de esa existencia celestial era muy diferente de la que maduró entre estas paredes. Sí, era una vida celestial: admiradores en cada esquina, una veintena de amigas no todas íntimas, desde luego, la predilecta de la mayoría de mis profesores, y mimada a más no poder por mis padres con bombones, con dinero para pequeños gastos... ¿Qué más pedir? Tú te preguntarás cómo tenía a tanta gente prendada. Peter cree que, gracias a mis atractivos, pero no es del todo cierto. Los profesores encontraban ocurrentes mis salidas y mis observaciones; mi rostro era riente; mi sentido crítico, original y encantador. Yo era una coqueta incorregible y también divertida. Algunas de mis cualidades me hacían popular, es decir, la aplicación, la honestidad, la franqueza y la generosidad. Nunca le hubiera negado a un condiscípulo que copiase una de mis tareas; repartía las golosinas generosamente y jamás fui vanidosa. Toda esta admiración, ¿no habría hecho de mí una joven arrogante? Tuve la suerte de ser arrojada bruscamente a la realidad y he necesitado más de un año para habituarme a una vida desprovista de toda admiración.

¿Mi reputación en la escuela? Fue así, siempre la primera en gastar bromas, la eterna chistosa, nunca llorona ni caprichosa. Para que me acompañasen en bicicleta o ser objeto de una atención cualquiera, no tenía más que levantar el dedo meñique. A Ana, la escolar de entonces, la veo ahora como una chiquilla encantadora, pero muy superficial, que no tiene nada en común conmigo. Peter, muy a propósito, ha dicho de mí: Cada vez que te veía, tenías al lado a dos muchachos o más y una fila de muchachas.

Reías siempre y eras constantemente el centro de la pandilla.

¿Qué queda de aquella Ana Frank? No he olvidado la risa ni las ocurrencias, y no me canso de criticar a la gente como antes, quizá más que antes; todavía soy capaz de flirtear, si... quiero. Esa es la cuestión: me gustaría, por espacio de una velada, de algunos días o de una semana, volver a ser la de antes, alegre, aparentemente despreocupada, pero, al cabo de una semana, me sentiría saturada, vería con gratitud al primero que llegara y fuese capaz de hablar de algo que valiera la pena. Ya no necesito adoradores o admiradores seducidos por una sonrisa lisonjera, sino amigos cautivados por mi carácter y mi proceder. Comprendo que estas exigencias reducirían mucho mi círculo de íntimos, pero lo importante es conservar algunas personas sinceras a mí alrededor.

A pesar de todo, mi felicidad de entonces tampoco era completa. Con frecuencia me sentía abandonada. Me movía demasiado de la mañana a la noche para pensar en ello y me divertía cuanto podía. Consciente o inconscientemente, trataba de olvidar el vacío que sentía divirtiéndome así. Mientras que ahora miro las cosas de frente y estudio. Aquel período de mi vida terminó irrevocablemente. Los años de escuela, su tranquilidad y su despreocupación, nunca más volverán. Los he superado y ya no los deseo; sería incapaz de seguir pensando únicamente en la diversión; una pequeña parte de mí exigiría siempre cierta seriedad. Puedo ver mi vida, hasta este instante a través de una lupa despiadada. Primero, nuestra casa bañada de sol; luego, aquí desde 1942, el brusco cambio, las disputas, las reprimendas, etc. Me tomaron desprevenida, como si hubiera recibido una sorpresa, y, para darme ánimo, me volví insolente.

Los primeros meses de 1943: crisis de lágrimas, soledad infinita, lenta comprensión de todos mis defectos que, graves ya, parecían agravarse aún más. Durante todo el día hablaba sin cesar, tratando de poner a Pim de mi parte. No lo conseguí. Me hallaba sola ante la difícil tarea de cambiarme a mí misma, con el fin de no seguir provocando reproches; porque éstos me deprimían y me desesperaban. La segunda parte del año fue un poco mejor; me transformé en jovencita, y los mayores comenzaron a considerarme más bien como uno de ellos. Empecé a reflexionar, a escribir cuentos. Por fin comprendí que los demás no tenían ya el derecho de utilizarme como una pelota de tenis, enviándome a un lado y a otro.

Decidí cambiar y formarme según mi propia voluntad. Pero lo más difícil fue confesarme que ni siquiera papá sería nunca mi confidente en todas las cosas. Ya no podría tener confianza en nadie, salvo en mí misma.

Después del año nuevo, otro cambio, mi anhelo... Deseaba tener a un muchacho como amigo y no a una muchacha. Había descubierto también la dicha, bajo mi caparazón de superficialidad y alegría. De tiempo en tiempo, al volverme más seria, me sentía consciente de un deseo sin límites por todo lo que es belleza y bondad. Y por la noche, en la cama, al terminar mis rezos con las palabras: "Gracias, por todo lo que es bueno, amable y hermoso", mi corazón se regocija. "Cosas buenas" es la seguridad de nuestro escondite, de mi salud intacta, de todo mí ser, en las cosas queridas como es Peter, es el despertar de una ternura que nosotros sentimos, sin osar todavía, ni el uno ni el otro, nombrarla o tan siquiera rozarla, pero que se revelará: el amor, el porvenir, la felicidad. Lo «hermoso», es el mundo, la naturaleza, la belleza y todo cuanto es exquisito y admirable. No pienso ya en la miseria, sino en la belleza que sobrevivirá. He ahí la gran diferencia entre mamá y yo. Cuando se está desalentado y triste, ella aconseja: ¡Pensamos en las desgracias del mundo y alegrémonos de estar al abrigo! Y yo, por mi parte aconsejo: "Sal, sal a los campos, mira la naturaleza y el sol, ve al aire libre y trata de reencontrar la dicha en ti misma y en Dios. Piensa en la belleza que se encuentra todavía en ti y a tu alrededor. ¡Sé feliz!"

En mi opinión, el consejo de mamá no conduce a nada, porque ¿qué hay que hacer cuando nos encontramos en desgracia? ¿No salir de ella? En tal caso, estaríamos perdidos. En cambio, juzgo que volviéndonos hacia lo que es hermoso, la naturaleza, el sol, la libertad, lo hermoso que hay en nosotros, nos sentimos enriquecidos. Al no perder esto de vista, volvemos a recuperar el equilibrio. Aquel que es feliz puede hacer dichosos a los demás. Quien no pierda el valor ni la fe, jamás encontrará la desgracia.

Tu Ana

Miércoles 8 de marzo de 1944

Querida Kitty:

Margot y yo nos hemos estado escribiendo notitas, sólo por divertirnos, naturalmente. Ana: Cosa curiosa, a mí las cosas que pasan por la noche sólo me vuelven a la memoria mucho más tarde. Ahora, por ejemplo, recuerdo de repente que anoche el señor Dussel estuvo roncando como un loco (ahora son las tres menos cuarto del miércoles por la tarde y el señor Dussel está otra vez roncando, por eso me acordé, claro). Cuando tuve que hacer pipí en el orinal, hice más ruido de lo normal, para hacer que cesaran los ronquidos. Margot: ¿Qué es mejor: los resuellos o los ronquidos? Ana: Los ronquidos, porque si yo hago ruido, cesan sin que la persona en cuestión se despierte.

Lo que no le he escrito a Margot, pero que sí te confieso a ti, querida Kitty, es que sueño mucho con Peter. Antenoche, en nuestro cuarto de estar aquí, soñé que estaba patinando en la pista de hielo de la Apollolaan con un chico bajito, ése que tenía una hermana que siempre llevaba una falda azul y tenía patas de alambre. Le dije que me llamaba Ana y le pregunté su nombre. Se llamaba Peter. En mi sueño me pregunté a cuántos Peter conocía ya. Luego también soñé que estábamos en la habitación de Peter, uno frente al otro, al lado de la escalera. Le dije algo, me dio un beso, pero me contestó que no me quería tanto como yo pensaba y que dejara de coquetear. Con voz desesperada y suplicante, le dije: —¡Pero si yo no coqueteo, Peter! Cuando me desperté, me alegré de que Peter no hubiera dicho eso.

Anoche también nos estábamos besando, pero las mejillas de Peter me decepcionaron, porque no eran tan suaves como parecen, sino que eran como las mejillas de papá, o sea, como las de un hombre que ya se afeita.

Viernes 10 de marzo de 1944

Mi querida Kitty.

Hoy es aplicable el refrán que dice que las desgracias nunca vienen solas. Lo acaba de decir Peter. Te contaré todas las cosas

desagradables que nos pasan y las que quizá aún nos aguardan. En primer lugar, Miep está enferma, a raíz de la boda de Henk y Aagje, celebrada ayer en la iglesia del Oeste, donde se resfrió. En segundo lugar, el señor Kleiman aún no ha vuelto desde que tuvo la hemorragia estomacal, con lo que Bep sigue sola en la oficina. En tercer lugar, la Policía ha arrestado a un señor, cuyo nombre no mencionaré. No sólo es horrible para el susodicho señor, sino también para nosotros, ya que andamos muy escasos de patatas, mantequilla y mermelada. El señor M, por llamarlo de alguna manera, tiene cinco hijos menores de trece años y uno más en camino.

Anoche tuvimos otro pequeño sobresalto, ya que de repente se pusieron a golpear en la pared de al lado. Estábamos cenando. El resto de la noche transcurrió en un clima de tensión y nerviosismo. Últimamente no tengo ningunas ganas de escribirte sobre lo que acontece en casa. Me preocupan mucho más mis propias cosas. Pero no me entiendas mal, porque lo que le ha ocurrido al pobre y bueno del señor M me parece horrible, pero en mi diario de cualquier forma no hay demasiado sitio para él. El martes, miércoles y jueves estuve con Peter desde las cuatro y media hasta las cinco y cuarto. Estudiamos francés y charlamos sobre miles de cosas. Realmente me hace mucha ilusión esa horita que pasamos juntos por la tarde, y lo mejor de todo es que creo que también a Peter le gusta que yo vaya.

Tu Ana M. Frank

Sábado 11 de marzo de 1944

Querida Kitty:

En estos últimos días, no me quedo quieta nunca, ya no me siento; es un vaivén perpetuo, de mi cuarto al desván. Me alegra mucho hablar con Peter, pero tengo mucho miedo de molestarlo. Él ha vuelto a hablarme del pasado de sus padres y de sí mismo. Eso no me basta, y me pregunto por qué deseo más. Al principio, Peter me consideraba insoportable y la impresión era recíproca. Ahora, yo he cambiado de parecer, ¿le ha sucedido a él lo mismo? Pienso que sí, más eso no significa que ya seamos verdaderos camaradas, lo que para mí haría infinitamente más soportable nuestra permanencia

aquí. No debería atormentarme; me ocupo de él bastante a menudo, de manera que no necesito entristecerme con mi pesar. Pero te confieso que me siento muy deprimida.

Domingo 12 de marzo de 1944

Querida Kitty:

Todo está cada vez peor. Desde ayer, Peter no me dirige la mirada. Es como si anduviera enojado conmigo, y por eso me esfuerzo para no ir detrás de él y para hablarle lo menos posible, ¡Pero es tan complicado! ¿Qué será lo que lo aparta de mí y al mismo tiempo lo empuja hacia mí? Tal vez sea yo que me imagino que las cosas van peor cada vez, quizá mañana todo haya cambiado.

Ayer en la tarde, después de haberme llegado de afuera una serie de malas noticias, me sentí tan trastornada, que me tendí en mi diván para dormir un poco. Sólo podía dormir, con el fin de no pensar. Sueño profundo hasta las cuatro, después de lo cual me reuní con los demás. Me costó mucho contestar a todas las preguntas de mamá; para papá tuve que alegar un dolor de cabeza, con el fin de explicar mi siesta. En suma, no mentí: tenía un dolor de cabeza, aunque... ¡interno! Las personas corrientes, las muchachas corrientes de mi edad, me creerían loca por apiadarme así de mí misma. Pero, precisamente, yo he tomado la costumbre de decirte todo cuanto me pesa en el corazón; y el resto del día estoy todo lo alegre, todo lo segura de mí misma y todo lo insolente que me es posible, con el fin de evitar cualquier interrogatorio y no tener que deprimirme. Margot es muy amable y no desea nada mejor que ser mi confidente, pero a mí me es imposible contárselo todo. Es cariñosa, bella y buena, pero peca de cierta despreocupación por las cosas profundas. Me toma en serio, demasiado en serio, y, sin duda, se devana los sesos pensando en su hermanita, examinándome con la mirada a cada cosa que digo, como si cavilara: ¿Es eso verdad o está interpretando una comedia? Estamos constantemente juntas. Eso es lo malo, porque a mí no me gustaría tener a mi confidente siempre a mí alrededor. ¿Saldré alguna vez de este laberinto de pensamientos? ¿cuándo regresará a mí la paz y tranquilidad?

Tu Ana

Martes 14 de marzo de 1944

Querida Kitty:

Quizá te parezca divertido —a mí no—, saber lo que vamos a comer hoy. Como la empleada doméstica está trabajando en las oficinas me encuentro instalada en este momento en la mesa de los Van Daan. Me cubro la nariz con un pañuelo embebido en perfume de preguerra. Tú no comprendes todavía, así que comenzaré por el principio. Nuestros proveedores de cupones para alimentos han sido atrapados. Sólo tenemos nuestras tarjetas de racionamiento, ya no nos quedan frijoles, ni aceite o grasa. Como Miep y Kleiman están enfermos, Bep no puede efectuar las compras, la melancolía reina en casa y forzosamente las comidas se están resintiendo. A partir de mañana, no tendremos un gramo de grasa, ni de mantequilla, ni de margarina. El desayuno ya no consiste en patatas fritas (para economizar el pan), sino en avena con leche; como la señora Van Daan creía que estábamos a punto de morir de hambre, hubo que comprar leche en el mercado negro. Y hoy se preparan, para la cena, patatas y coles rizadas del tonel de conserva, cuyo olor exige la protección de mi pañuelo. El hedor de estas coles, metidas en el tonel desde hace un año, es absolutamente increíble. Toda la habitación está apestada. Se diría una mezcla de ciruelas pasadas, un desinfectante enérgico y huevos podridos. ¡Puah! Sólo la idea de tener que comer ese guiso me produce náuseas. Agrega a esto las extrañas enfermedades que las papas han contraído aquí: de dos barricas de papas, hay una sola que va derecho a la estufa. Nos hemos divertido haciendo el diagnóstico de estas enfermedades, y hemos encontrado el cáncer, la viruela y el sarampión, por rotación. Además, no tiene nada de agradable eso de vivir en un escondrijo durante el cuarto año de guerra. ¿Es que no va a terminar nunca todavía esta porquería? En verdad, me importaría muy poco el problema de la alimentación si al menos las otras cosas pudieran hacer la vida más agradable. La monotonía comienza a trastornarnos. Todos estamos saturados. He aquí las opiniones de los cinco adultos presentes sobre la situación actual:

La señora Van Daan: “El papel de Cenicienta ya no me entusiasma. Quedarme sentada buscándome las pulgas, me fastidia; por eso, me pongo de nuevo a cocinar.

No sin lamentarme, porque es imposible guisar sin materias grasas y todos esos olores sospechosos me enferman. Y, como recompensa, debo soportar gritos e ingratitudes, siempre es culpa mía, yo soy el chivo emisario. Además, juzgo que la guerra no adelanta mucho; los alemanes terminarán por lograr la victoria. Siento un terror, pánico de verme morir de hambre y maltrato a todo el mundo cuando estoy de mal humor”.

El señor Van Daan: “Necesito fumar, fumar y fumar, al lado de eso, la comida, la política, y los malos humores de Kerli no son tan malos como parecen. Kerli es una buena mujer”. Pero cuando no tengo nada que fumar, todo va mal. Pienso en que voy a caer enfermo, además, nos alimentamos demasiado mal, yo necesito carne. Nada está bien y debido a esto vamos a terminar nuevamente en diputas, tirándonos los trastos a la cabeza. “Kerli no lo comprende porque es tonta”.

La señora Frank: “La alimentación quizá no tenga mucha importancia, pero, sin embargo, me agradaría contar con una pequeña tajada de pan de centeno, pues tengo un hambre terrible. Si yo fuera la señora Van Daan, hace mucho tiempo que le hubiese contenido esa manía de fumar constantemente a su marido. Pero necesito un cigarrillo enseguida, porque los nervios me están dominando. Los ingleses cometen errores a menudo, pero la guerra adelanta, a pesar de todo; aún tengo el derecho de hablar y me alegro de no estar en Polonia”.

El señor Frank: “Todo marcha bien, no necesito nada. Un poco de paciencia todavía. Podemos aguantar. Mientras haya patatas no digo nada. Tendré que pensar en dar una parte de ración a Bep. La política marcha a pedir de boca. ¡Soy muy, muy optimista!”

El señor Dussel: “Se trata de terminar mi tesis a tiempo. La situación política es prometedora. Nunca nos atraparán. Es imposible. Yo, yo y yo”.

Tu Ana

Miércoles 15 de marzo de 1944

Querida Kitty:

Todo el santo día se repite, poco más o menos: “En caso de que esto o aquello suceda, tendremos dificultades; o si alguno cayera enfermo, estaríamos solos en el mundo, y si...” En fin, tú empiezas a comprender y a adivinar cómo terminan todas estas conversaciones en la casa. La causa de todos estos «si esto aquello, si esto tal...» es que el señor Kugler ha sido compelido a trabajar la tierra; Bep está afligida de un resfriado serio y probablemente tendrá que quedarse en su casa mañana; Miep no se ha curado todavía de su gripe, y Kleiman sufrió otra hemorragia del estómago. Una triste letanía. Mañana los hombres del depósito tendrán asueto todo el día. En caso de que Bep no venga, la puerta de entrada quedará rigurosamente cerrada; tendremos que cuidar mucho los ruidos, para que los vecinos no oigan nada. Jan vendrá a ver a las fieras a la una, e interpretará pues, el papel de guardián del Jardín Zoológico. Por primera vez durante mucho tiempo, nos ha hablado de lo que ocurre en el mundo exterior. Había que vernos, sentados en corro a su alrededor, exactamente como una imagen que ostenta el epígrafe: “Cuando abuelita cuenta un cuento”. Ha hablado, ante un público muy interesado naturalmente sobre el racionamiento y, a pedido nuestro, del médico de Miep:

¡El médico! ¡No me hablen de ese médico! Le he telefoneado esta mañana y he tenido que contentarme con pedir un remedio contra la gripe a una insignificante enfermera. Ella me respondió que había que ir a buscar las recetas por la mañana, entre las ocho y las nueve. En cuanto al médico, no acude al teléfono sino en caso de gripe muy seria y le dice a uno: “¡Saque la lengua y diga aah! Sí, lo oigo. Tiene usted la garganta inflamada. Le preparo una receta; podrá usted dársela al farmacéutico. Buenos días, señor”. Es así.

Los médicos no se molestan: servicio exclusivo por teléfono. No quiero reprochar nada a los médicos, al fin y al cabo, sólo tienen dos manos, como nosotros y con los tiempos que corren su número ha disminuido y se sienten abrumados. Pero Jan nos ha hecho reír con su conversación telefónica. Puedo imaginar la sala de espera de un médico en tiempo de guerra. No son ya los enfermos de la obra social a quienes se desprecia, sino a los que se presentan

por el menor malestar y que son mirados de arriba abajo, pensando: ¿Qué viene usted a buscar aquí? Haga fila, si quiere, usted también. Los enfermos verdaderos tienen prioridad.

Tu Ana

Jueves 16 de marzo de 1944

Querida Kitty:

Hace un tiempo maravilloso, verdaderamente hermoso, no veo la hora de ir al desván. Será dentro de un momento. No es extraño que Peter esté mucho más tranquilo que yo. Tiene su propia habitación, en la cual estudia, reflexiona, sueña y duerme; mientras que yo, yo soy empujada de un lado para otro. Es raro que me encuentre sola en este cuarto obligadamente compartido, cuando tengo tanta necesidad de estar sola. De ahí mis escapadas al desván, donde me encuentro a mí misma por un instante, aparte de los momentos pasados contigo. Pero basta de aburrirte con mis quejas. Al contrario, estoy bien resuelta a ser valerosa. Gracias a Dios, los demás no pueden adivinar lo que sucede en mí; salvo que de día en día estoy más distante de mamá, soy menos cariñosa con papá y ya no siento deseos de hacerle a Margot la menor confidencia. Me he vuelto hermética. Ante todo, se trata para mí de conservar mi aplomo exterior, con el fin de no dejar traslucir este interminable conflicto interior. Conflicto entre mi corazón y mi cerebro. Hasta ahora, es este último quien ha salido victorioso. Pero, ¿no va a mostrarse aquél más fuerte? ¡Lo temo, a veces, y lo deseo a menudo! ¡Oh, qué difícil es no dejar escapar nada delante de Peter! Sin embargo, a él le toca empezar. Resulta penoso, al cabo de cada día, no haber visto nunca realizarse todas las conversaciones ya materializadas en mis sueños. Sí, Kitty, Ana es extraña, pero la época en que vivo también es extraña y las circunstancias son más extrañas todavía. La cosa más maravillosa, y ya es algo, es poder escribir todo lo que siento; si no, me ahogaría. Querría saber lo que Peter piensa de todo esto. No pierdo la esperanza de que un día podamos comentarlo juntos. Sin embargo, él tiene que haberme adivinado, por poco que sea, pues a Ana, tal como ella se muestra — y hasta el momento él no conoce más que a ésa—, él no podría

amarla jamás. ¿Cómo podría, él tan partidario de la tranquilidad y el reposo, simpatizar conmigo, que no soy más que torbellino y estruendo? ¿Sería el primero y el único en el mundo que habría mirado detrás de mí máscara de cemento? ¿Y la arrancará pronto? ¿No dice un viejo proverbio que a menudo el amor nace de la compasión y que los dos andan de la mano? Es exactamente mi caso, ¿verdad? ¡Porque yo me compadezco de él tanto como a menudo me compadezco de mí misma! No sé en realidad cómo arreglármelas para encontrar palabras de entendimiento. Entonces, ¿cómo esperarlas de él, que le cuesta expresarse mucho más que a mí? Si pudiera escribirle, al menos sabría a qué atenerme sobre lo que tanto deseo decirle. Pero hablar es demasiado difícil. ¡Es atroz!

Tu Ana

Viernes 17 de marzo de 1944

Querida Kitty:

Una ráfaga de alivio barre el anexo. Kugler ha sido eximido del trabajo forzoso por la autoridad. Bep, harta de su resfriado, le ha prohibido a su nariz que la moleste hoy. Todo ha vuelto a la normalidad, salvo que Margot y yo estamos un poco cansadas de nuestros padres. No te he ocultado que, en estos momentos, las cosas no van muy bien con mamá; en cuanto a papá, sigo queriéndolo como siempre, y Margot los quiere a ambos; pero, a nuestra edad, a veces querríamos vernos libres en nuestros movimientos y no depender siempre de la decisión paterna. Cuando subo al desván me pregunta lo que voy a hacer; no puedo servirme sal en la mesa; todas las noches, a las ocho y cuarto, mamá me pregunta si no es la hora de desvestirme; cada libro que leo pasa por la censura: en verdad, ésta no es demasiado severa; se me permite leer casi todos los libros. Eso no impide que tantas objeciones y preguntas de la mañana a la noche nos fastidien a ambas. Otra cosa que les preocupa, en lo que a mí concierne: ya no tengo ganas de besitos y halagos y juzgo afectados los diminutivos. En suma, me gustaría poder dejar a mis padres queridos, aunque sólo fuese por poco tiempo. Anoche, Margot ha vuelto a decir: Si tengo la desgracia de suspirar dos veces sosteniéndome la cabeza, me preguntan

enseguida si tengo jaqueca o qué es lo que me pasa. Dándonos cuenta, ambas, de lo poco que queda de nuestro ambiente familiar, cuando era tan armonioso y tan íntimo; nos confesamos que es un golpe duro. No es de extrañar: la mayoría de las veces nos encontramos en postura falsa. Quiero decir que se nos trata como a niñas. Es verdad que lo somos físicamente, pero olvidan que, en el fondo, hemos madurado infinitamente más de lo que por lo general les sucede a otras muchachas de nuestra edad. A pesar de mis catorce años, sé con tanta exactitud lo que quiero, puedo decir quién tiene razón y quién no la tiene, me he formado mis propias opiniones, principios e ideas y, lo que puede parecer extraño en una adolescente, me siento más cerca de los adultos que de los niños. Tengo la impresión de ser absolutamente independiente de todos cuantos conozco. Si quisiera, aventajaría a mamá en las discusiones y las controversias, pues soy más objetiva que ella y exagero menos. Soy también más ordenada y más hábil, lo que me da — sí, puedes reírte— una superioridad sobre ella en muchas cosas. Para amar a una persona, me es menester primero que ésta me inspire admiración y respeto; sobre todo, admiración. Todo marchará bien cuando pueda conquistar a Peter, pues lo admiro desde muchos puntos de vista. ¡Es tan amoroso!

Tu Ana

Domingo 19 de marzo de 1944

Querida Kitty:

El día de ayer fue para mí muy importante. Había decidido hablar francamente con Peter. En el momento de sentarnos a la mesa, pude susurrarle:

—¿Practicar taquigrafía esta tarde, Peter?

—No—, repuso.

—¿Podría hablarte enseguida?

—Sí.

Después de secar los platos, para salvar las apariencias, me quedé primero con sus padres, sentada junto a la ventana. Poco después, fui a reunirme con él en su habitación; se había quedado de pie, a la izquierda de la ventana abierta; yo me puse a la derecha

y hablamos. La oscuridad relativa de afuera se prestaba más a la conversación que cualquier luz, facilitando las cosas para mí y también para Peter, si no me equivoco. Nos dijimos tantas cosas que nunca podría repetir las completamente. Pero fue maravilloso. La más hermosa velada que haya pasado en el anexo. Te diré en forma serena los diferentes temas de nuestra conversación. Ante todo, las disputas; le dije que eso no me afectaba ya tanto como el abismo que se había abierto entre nosotros y nuestros padres. Peter escuchó mis historias de familia. En determinado momento, inquirió: Ustedes se besan todas las noches antes de acostarse, ¿verdad? Un beso en cada mejilla, ¿eh?

—¿Uno solo? No, muchos, muchos. Apuesto a que no es tú caso.

—No, yo casi nunca he besado a nadie.

—¿Ni siquiera a tus padres para tu cumpleaños?

—Sí, para mi cumpleaños sí.

Reconocimos que ninguno de nosotros confiaba en nuestros padres: los de él habían tratado de ganarse su confianza, pero él no quiso concedérsela. Huía a la buhardilla para renegar completamente solo. En cuanto a mí, le dije cómo de noche, en la cama, daba rienda suelta a mis lágrimas. Le hablé también de mi amistad con Margot, muy reciente después de todo, y sin poder decírnoslo todo, porque estábamos siempre juntas. Hablamos un poco de todo. ¡Oh, ya lo sabía yo! ¡Lo encontré exactamente como me lo imaginaba! Luego, hablamos de 1942, ¡qué distintos éramos en aquella época! No nos reconocemos como las personas de entonces. Al principio, ninguno de los dos podía soportar al otro. Él me encontraba fastidiosa; y en cuanto a mí, yo no había tardado en juzgarlo una nulidad, no comprendía por qué no flirteaba conmigo. Ahora me regocijo de ello. Cuando él me habló de su aislamiento voluntario, le dije que no veía gran diferencia entre mi bullicio y su calma; que a mí también me gustaba la tranquilidad, pero que únicamente lograba estar a solas con mi diario. Él dijo que se alegraba de que mis padres tuvieran con ellos a sus hijas; por mi parte, también yo me alegraba que él estuviese aquí. Nos dijimos todo eso, yo lo comprendía por querer mantenerse apartado y no ignoraba el tipo de relaciones que existían entre él y sus padres.

—Me agradecería tanto ayudarte.

—¡Pero si tú me ayudas constantemente! — dijo él.

—¿De qué manera? — inquirí muy sorprendida.

—¡Con tu alegría!

Es lo más hermoso que él me haya dicho. Debe de haber empezado a quererme como amiga, y esto me basta por el momento. Por más que busque las palabras no las encuentro; a tal punto soy dichosa. Perdóname, querida Kitty, mi estilo se ha venido muy abajo. Sólo te he referido algunas impresiones vitales. Tengo la sensación de compartir un secreto con Peter. Cada vez que él me mira con esos ojos, con esa sonrisa y ese guiño, me parece que se enciende en mí una llamita. ¡Con tal que eso siga así! ¡Con tal de que podamos seguir pasando horas juntos, horas y horas de felicidad! Tu feliz y agradecida...

Ana

Lunes 20 de marzo de 1944

Querida Kitty:

Esta mañana Peter me ha preguntado por qué no iba más a menudo por la noche, diciéndome que yo no lo molestaba en absoluto y que su cuarto era bastante grande para los dos. Yo le hice notar que nunca me permitirían ausentarme todas las noches, pero a él le pareció que no había que dar a ello demasiada importancia. Entonces yo le propuse la noche del sábado siempre que hubiera luna...

—En tal caso— repuso él—, la admiraremos desde el primer piso más bien que desde arriba.

Entretanto, una sombra se ha cernido sobre nuestra dicha. Lo había pensado más de una vez. Peter le gusta también a Margot. No sé si ella lo ama, pero eso me inquieta. Tengo la impresión de hacerle daño cada vez que me encuentro con Peter, y lo más curioso de la historia es que ella sabe ocultar bien sus sentimientos. En su lugar, yo estaría enferma de celos; Margot me asegura que yo no tengo ninguna necesidad de apiadarme de ella.

—Debe de ser fastidioso eso de sentirse una tercera rueda de la carreta, he agregado.

—¡Oh, estoy acostumbrada! — contestó ella no sin amargura. Confieso que eso no se lo he transmitido a Peter, más tarde quizá; primero tenemos aún un montón de cosas que decirnos. Anoche,

pequeña reprimenda de mamá, desde luego bien merecida. Creo que sería mejor no llevar demasiado lejos mi indiferencia hacia ella. Hay, pues, que volver a empezar. Tratemos de ser amables a pesar de todo y ser más prudentes con las observaciones. Pim se muestra también menos cariñoso. Sus esfuerzos por no seguir tratándome como una niña lo han enfriado demasiado. Ya veremos. Basta por hoy.

No hago nada más que mirar a Peter: y eso es más que suficiente.

Tu Ana

He aquí una prueba de la bondad de Margot: una carta que he recibido hoy 20 de marzo de 1944.

Ana: Al decirte anoche que no estaba celosa de ti, no fui franca sino en parte. Quiero decir, no estoy celosa ni de ti ni de Peter. Pero me aflige un poco no haber podido encontrar hasta el momento alguien con quien hablar de mi sentir y mis pensamientos; y nada de eso puedo esperar por ahora. No es cuestión de despecho. No tengo por qué guardarle rencor al uno o al otro. Al contrario. Si ambos se tienen confianza mutua y llegan a ser grandes amigos, tanto mejor. Aquí tú te ves privada de todo lo que muchos otros consideran sólo lo normal. Además, estoy segura de que la persona con quien a mí me agradaría confiarme y con quien querría pues intimar no es Peter; confieso que nunca llegaría a eso con él. Ese alguien tendría que adivinarme aun antes de que yo necesitara hablarle mucho de mí misma. Por esto lo veo superior a mí intelectualmente. Peter jamás me ha causado tal impresión. Sin embargo, imagino muy bien esa especie de intimidación que ha surgido entre ustedes. Nada tienes que reprocharte. Y, sobre todo, no pienses que me arrebatas algo. Nada está más lejos de la verdad. Espero que me entiendas, tan sólo deseo que estén bien, tanto Peter como tú.

Mi respuesta:

Querida Margot:

Tu carta es verdaderamente amable, pero no me tranquiliza por completo. La intimidación entre Peter y yo, tal como tú la vez, aún no ha llegado; pero evidentemente hay una ventana abierta y la

oscuridad se presta más fácilmente a las confidencias que la luz del día. Así pueden murmurarse sentimientos que no gritaríamos a los cuatro vientos. Presumo que Peter te inspiraba una especie de afecto de hermana mayor, y que por lo menos te gustaría tanto como yo. Espero tengas ocasión de hacerlo un día, sin que exista esa intimidad con que nosotros soñamos. En tal caso, la confianza tendría que ser recíproca; he ahí por qué la brecha entre papá y yo se ha ensanchado: por falta de confianza mutua. No hablemos más de ello ni tú ni yo. Si necesitas saber algo, escríbemelo por favor, podré confesarte mucho mejor que verbalmente. No puedes imaginar cuanto te admiro, y mientras sienta a mi lado tu bondad y la de papá —pues en ese sentido ya no veo gran diferencia entre ustedes dos— conservaré la esperanza de vivir.

Tu Ana

Miércoles 22 de marzo de 1944

Querida Kitty:

Anoche recibí una nueva carta de Margot.

Querida Ana: Tu cartita me ha dado la desagradable impresión de que ir a estudiar o charlar en el cuarto de Peter te hace sentir culpable frente a mí. Te aseguro que te engañas. Deseo ardientemente y creo que tengo el derecho de contar con alguien en quien confiar; pero por el momento, no daría ese lugar a Peter. Está claro. Sin embargo, Peter se ha vuelto para mí una especie de hermano, exactamente como tú lo has dicho en tu carta, pero... un hermano menor. Quizá tendamos nuestras antenas el uno hacia el otro y hallemos más tarde un terreno de mutua confianza, pero aún no estamos en eso y quizá no lo estemos nunca. Verdaderamente, te lo repito no me compadezcas. Disfruta todo cuanto puedas de la buena compañía de tu nuevo amigo. De cualquier modo, ahora encuentro la vida más bella.

Creo, Kitty, que la casa va a ser cruzada por el soplo de un amor verdadero. No pienso para nada en casarme con él. No sueño con eso. Es demasiado joven todavía y no sé qué clase de hombre será más tarde. Tampoco sé si nos amaremos lo bastante como para

que ambos deseemos casarnos. En todo caso, estoy persuadida de una cosa: él me quiere también, aunque no podría decir de qué manera. Puede necesitar muy bien una buena camarada o haber succumbido a mis encantos de muchacha, o considerarme como una hermana; de ello no llego a formarme una idea muy clara. Cuando Peter dijo, a propósito de las disputas entre sus padres, que yo lo ayudaba siempre, me conmovió por entero, era el primer paso de su amistad, en la que quiero creer. Ayer le pregunté qué haría él si la casa se llenara súbitamente de una docena de Anas que fueran a cada momento a molestarlo. Y él me contestó.

—¡Si todas fueran como tú, sería bastante agradable!

Es para mí la hospitalidad personificada; debe, pues, sentirse muy contento cuando me ve. Entretanto, se dedica al francés con aplicación ejemplar, estudia inclusive en la cama hasta las diez y cuarto. ¡Oh! Cuando vuelvo a pensar en el sábado a la noche, en nuestras palabras, en las delicias de aquel momento, me siento contenta de mí misma por primera vez. Meditando de nuevo sobre aquello en este instante, no cambiaría ni una sola palabra de cuanto dije, lo que no me ocurre sino muy rara vez después de reflexionar.

Cuando está serio, tanto como cuando ríe, es hermoso. Es toda amabilidad y bondad. Creo que lo que más le ha impresionado es el haber descubierto en mí no a la pequeña Ana superficial que los demás conocen, sino a una criatura totalmente diferente, una persona tan soñadora como él mismo y enfrentados a idénticas dificultades.

Tu Ana

Mi respuesta a Margot:

Me parece que lo más adecuado será esperar simplemente y ver qué sucede. Peter y yo llegaremos pronto a una decisión definitiva; o seguimos como antes o iniciamos algo nuevo. No sé lo que saldría de ello; en cuestiones como ésta, no veo más allá de la punta de mi nariz. Sin embargo, he tomado una decisión y es ésta: en caso de que Peter y yo trabemos amistad, le diré que tú también lo quieres mucho y que estás dispuesta a ayudarlo si es necesario. Tú no querrás, ya lo sé, pero a mí no me importa. Ignoro absolutamente lo que Peter piensa de ti, pero no dejaré de preguntárselo. No hay nada de malo en ello, estoy segura. ¡Todo lo contrario! Ven a

reunirte con nosotros en el desván o en otra parte donde estemos. Nunca nos estorbarás, pues de común acuerdo sólo hablamos por la tarde cuando está oscuro. ¡Valor! Yo también lo necesito, y no resulta siempre fácil. Tu turno llegará más pronto de lo que crees. ¡ojalá!

Tu Ana

Jueves 23 de marzo de 1944

Querida Kitty:

Nuestros asuntos van un poco mejor. Por suerte, quienes nos proveían de cupones para alimentos han sido dejados en libertad. Miep se ha integrado al trabajo desde ayer. Bep sigue mejor a pesar de su tos persistente. Kleiman tendrá que guardar cama aún por bastante tiempo.

Ayer, cayó un avión en la vecindad; la tripulación pudo saltar a tiempo con sus paracaídas. El aparato se estrelló contra una escuela vacía y causó algunos muertos y un ligero incendio. Los alemanes ametrallaron a los aviadores cuando aún estaban en el aire, era espantoso, los espectadores holandeses, ante semejante cobardía, estuvieron a punto de estallar de rabia. Y no podían decir nada. Nosotras, es decir, las mujeres de la casa, tuvimos un miedo terrible. ¡Qué abominables son esas ametralladoras! He tomado la costumbre de subir por la noche al cuarto de Peter para respirar allí aire fresco. Me siento en una silla a su lado y soy feliz mirando hacia afuera.

¡Qué tontos son Van Daan y Dussel cuando me ven aparecer en su habitación! Una de las observaciones:

—Ana y su nuevo hogar.

O esta otra:

—Los muchachos reciben a las muchachas a esta hora en la oscuridad. ¿Es correcto eso?

A estas palabras que pretenden ser humorísticas, Peter opone una presencia de ánimo asombrosa. Desde luego, también a mamá le cuesta ocultar su curiosidad; le gustaría preguntar de qué hablamos, pero no se atreve, sabiendo que corre el riesgo de dar un paso en falso. Peter, hablando de los mayores, dice que todo eso no es

más que celos —están celosos porque nosotros somos jóvenes y porque no hacemos el menor caso de sus odiosas advertencias—. A veces él viene a buscarme y a pesar de todas sus buenas intenciones, enrojece como el fuego y empieza a tartamudear. Yo no me ruborizo nunca y lo celebro, porque debe de ser una sensación muy desagradable. Papá dice siempre que soy muy presumida. No es verdad. Pero sí soy coqueta. Todavía no he oído alabar mucho mi belleza. Salvo a un compañero de curso que me decía que yo era encantadora cuando me reía. Ayer, Peter me dirigió un piropo sincero. Para divertirme un poco, voy a referirte, poco más o menos, nuestra conversación. Peter suele decir:

—¡Vamos, una risita!

A la larga, le pregunté:

—¿Por qué quieres que me ría siempre?

—Porque resulta encantador. Al reír, aparecen tus hoyuelos.

—¿Cómo puede ser? He nacido con hoyuelos en las mejillas y en la barbilla.

Es el único signo de belleza que poseo.

—No, eso no es verdad.

—Sí. Sé demasiado bien que no soy hermosa. Nunca lo he sido y nunca lo seré.

—No comparto en absoluto tu opinión. Yo te encuentro muy bonita.

—No es verdad.

—Si lo digo es porque así es. ¡Puedes fiarte de mí!

Naturalmente yo le devolví el cumplido. Todos tienen algo que decir sobre la repentina amistad entre nosotros. Sus pequeños chismorreos poco nos interesan y sus observaciones no son realmente originales. ¿Es que nuestros padres han olvidado ya su propia juventud? Pareciera que sí. Nos toman siempre en serio cuando decimos algo en son de chanza y se ríen cuando hablamos en serio.

Tu Ana

Lunes 27 de marzo de 1944

Querida Kitty:

La política juega un papel capital en nuestra “historia en la clandest-

tinidad” y como ese tema sólo me interesa vagamente, lo he descuidado mucho en los últimos tiempos. Es hora de que le consagre una de estas cartas. Naturalmente, todas las opiniones sobre tal cuestión difieren y, como es lógico, sólo se habla de eso en época de guerra. Pero... para los mayores es tema de perpetuas disputas, lo que resulta estúpido. Que ríen, que hablen, que apostrofen, que se encaprichen, que hagan lo que les cuadre, mientras mojen el pan en su propia salsa, eso no hace daño a nadie; ¡bueno!, pero que dejen de pelearse, porque las consecuencias son por lo general desagradables. La gente trae de afuera muchas noticias falsas; en cambio, nuestra radio todavía no ha mentido, hasta ahora. Jan, Miep, Kleiman y Kugler cambian de humor según la política del día. A ratos son optimistas, a ratos pesimistas. Jan es el más estable de todos. En cuanto al anexo, el clima político general cambia muy poco. Las innumerables discusiones sobre el desembarco, los bombardeos, los discursos, etc., provocan exclamaciones tales como:

—¡Imposible!

—Por Dios santo, si aún están en los preparativos, ¿qué va a ser de nosotros?

—Las cosas marchan cada vez mejor.

—Me parece muy bien. Es excelente.

Optimistas y pesimistas y no olvidemos a los realistas, todos se desgañitan con la misma energía infatigable para exponer su opinión y cada uno cree ser el único que tiene razón, lo que no es ninguna novedad. Cierta señora se enfada constantemente por la confianza desmesurada que su marido dispensa a los ingleses y cierto señor ataca a su esposa por sus reticencias desdeñosas con respecto a su Inglaterra bien amada. Nunca se cansan de ello. Yo lo utilizo hasta como medio, con resultados infalibles, pues dan respingos como si hubieran sido picados por una avispa.

Dejo caer una sola palabra, hago una sola pregunta, una frase basta para hacer perder la cabeza a toda la familia. Como si ya no estuviéramos saturados con las transmisiones alemanas de la Wehrmacht y la BBC, desde hace un tiempo se nos aflige con informes sobre el avance aéreo.

Es muy hermoso, pero no hay que olvidar el reverso de la medalla. Los ingleses hacen de su radio un arma de propaganda constante, para rivalizar únicamente con los embustes alemanes, sirviéndose de los mismos medios.

Desde entonces, se conecta la radio tan pronto como despertamos, luego a cada hora propicia, de la mañana a la noche, hasta las nueve, y a menudo hasta las diez o las once. Lo que prueba que los mayores son muy pacientes, y también, que la capacidad de absorción de sus mentes es bastante limitada, salvo algunas excepciones y no quiero ofender a nadie. Estaríamos suficientemente informados durante el día con una sola transmisión, con dos como máximo. Pero esos viejos obstinados... ¡bueno, tú ya sabes lo que pienso de ellos! El programa de los trabajadores, la emisión holandesa de ultramar, Frank Phillips o Su Majestad la Reina Guillermina, a cada uno le llega su turno, no se olvidan de nadie. Y cuando no están a la mesa o acostados, se amontonan alrededor de la radio para hablar de comestibles, insomnios y política. ¡Oh, es interminable! Se trata de no volverse como ellos. ¡Ojo con la vejez! No obstante, los viejos de aquí no tienen gran cosa que temer. Te doy como ejemplo una escena durante el discurso de Winston Churchill, querido por todos nosotros. Domingo por la noche, a las nueve. La tetera está sobre la mesa, y los invitados hacen su entrada. Dussel se instala a la izquierda de la radio, el señor Van Daan delante y Peter al otro lado del receptor. Mamá al lado del señor, y la señora detrás. En la mesa, Pim, flanqueado por Margot y por mí misma. Los caballeros contienen la respiración. A Peter se le cierran los ojos por el esfuerzo por comprenderlo todo. Mamá está vestida con un largo batón negro; haciendo caso omiso del discurso, rugen los aviones en ruta hacia el Ruhr y hacen estremecer a la señora; Margot y yo estamos tiernamente unidas por Mouschi, dormido sobre una rodilla de cada una de nosotras; y papá sobre su té. Margot tiene puestos los rizadores; yo estoy en camisón, demasiado corto y demasiado estrecho para mí. Al vernos, se diría. ¡Qué familia tan unida, qué intimidad, qué paz! Por una vez es verdad. Pero noto con terror que llega el final del discurso. Los mayores apenas si pueden esperarlo, tiemblan de impaciencia, en su anhelo de discutir tal o cual pormenor. Grr, grr, grr... Una corriente de provocaciones, aún imperceptible; a la que seguirá la discusión y la discordia.

Tu Ana

Martes 28 de marzo de 1944

Mi muy querida Kitty:

Podría escribir de política páginas y páginas, pero tengo muchas otras cosas que contarte. Hoy, mamá me ha hecho notar que mis visitas a los pisos superiores eran demasiado frecuentes; según ella, yo estaría poniendo celosa a la señora Van Daan. Otra cosa, Peter ha invitado a Margot a unirse a nosotros. ¿Por cortesía? ¿O le interesa de veras? Lo ignoro. He ido, pues a preguntarle a papá si le parecía que debía preocuparme por los posibles celos de la señora; a él le ha parecido que no. Entonces, ¿qué?, mamá está enfadada y probablemente celosa, ella también. Papá no envidia nuestras veladas amistosas; le alegra ver que Peter y yo nos entendemos tan bien. Margot quiere a Peter igualmente, pero se siente de más, sabiendo que cuando hay tres no se dicen las mismas cosas que entre dos. Mamá cree que Peter está enamorado de mí. Yo no pido nada mejor, francamente, en tal caso, estaríamos iguales y podríamos llegar a conocernos más íntimamente. Admito que, en compañía de los otros, nos lanzamos más de una mirada furtiva y que a veces él se fija en mis hoyuelos, pero yo no puedo remediarlo, ¿verdad? Aquí me tienes en una situación difícil. Mamá está contra mí y papá prefiere no intervenir en la lucha que se ha suscitado entre mamá y yo. Ella está triste, porque me quiere mucho; yo no estoy triste en absoluto, porque sé que ella lo está por falta de comprensión. Y Peter... No quiero renunciar a Peter, que es tan adorable y a quien admiro tanto. Lo existente entre nosotros podría transformarse en algo muy hermoso. ¿Por qué esos viejos pretenden meter la nariz? Por fortuna estoy habituada a disimular mis sentimientos y logro admirablemente ocultarles que estoy loca por él. ¿Y él, hablará de eso alguna vez? ¿Sentiré algún día su mejilla contra la mía, como sentí la del otro Peter en mi sueño? ¡Oh, Peter y Peter son el mismo! Ellos no nos comprenden, nunca sospecharán que nos basta con estar solos, sentados el uno al lado del otro, sin hablar, para estar contentos. No comprenden lo que nos impulsa a estar juntos. ¡Ah, estas dificultades! ¿Cuándo serán vencidas? De cualquier modo, hay que vencerlas, el desenlace será bellissimo.

Cuando lo veo tendido, la cabeza sobre los brazos y los ojos cerrados... no es más que un niño; cuando juega con Mouschi, es un

encanto; cuando se le encarga traer las papas u otras cosas pesadas, está lleno de fuerza; cuando va a mirar los bombardeos o a sorprender a los ladrones en la noche, es valiente y cuando es desmañado y torpe resulta sencillamente agraciado. Prefiero recibir de él una explicación a tener que enseñarle algo; querría reconocerle superioridad en todo, o en casi todo. ¿Qué pueden importarme nuestras madres? ¡Ah, sí sólo me dijera todo!

Tu Ana

Miércoles 29 de marzo de 1944

Querida Kitty:

Anoche, en la transmisión holandesa de ultramar, el ministro Bolkestein dijo en su discurso que después de la guerra se coleccionarán cartas y memorias concernientes a nuestra época. Naturalmente, todos los ojos se volvieron hacia mí; mi diario parecía tomado por asalto. Figúrate una novela titulada "El anexo secreto", ¡cuya autora fuera yo! ¿Verdad que sería interesante? (El mero título ya haría pensar en una novela policial). Pero hablemos con seriedad, diez años después de la guerra, seguramente causaría un extraño efecto mi historia de ocho judíos en su escondite, su manera de vivir, de comer y de hablar. Aunque de ello te haya dicho mucho, en realidad sabes muy poco, poquísimo. ¡Todas las angustias de las mujeres durante los bombardeos sin tregua! El del domingo, por ejemplo, cuando 350 aviones ingleses descargaron medio millón de kilos de bombas sobre IJmuiden, haciendo retemblar las casas como briznas de hierba en el viento. Además, el país está infestado por toda clase de epidemias. Tú no sabes nada de estas cosas, porque si quisiera contártelo en detalle, no cesaría de escribir en todo el día. La gente forma fila para realizar cualquier compra; los médicos están imposibilitados de ir a ver a sus enfermos, pues les robarían su vehículo al dejarlo en la calle y esto es lo corriente; el robo y las raterías están a la orden del día, a tal punto que nos preguntamos cómo nuestros holandeses han podido revelarse así de ladrones de la noche a la mañana. Los niños de ocho a once años rompen los vidrios de las casas y rapiñan lo que encuentran a mano. Nadie se atreve ya a dejar su casa cinco minutos, por miedo

de que sus bienes desaparezcan durante su ausencia. Todos los días aparecen anuncios ofreciendo recompensas por la devolución de máquinas de escribir robadas, alfombras persas, relojes eléctricos, telas, etc. Los relojes eléctricos de las calles y los teléfonos de las cabinas son desmontados hasta el último hilo. No tiene nada de extraño que la población esté convulsionada; todos tienen hambre y las raciones de una semana no bastan siquiera para vivir dos días, excepto en el caso del sucedáneo del café. Ante la perspectiva de una invasión envían los hombres a trabajar a Alemania. Los niños están enfermos y mal nutridos, todo el mundo está mal calzado y mal vestido. Unas suelas cuestan 7,50 florines; la mayoría de los remendones no aceptan clientes, a menos que esperen cuatro meses, al cabo de los cuales tus zapatos pueden haberse perdido. Una cosa apreciable es el sabotaje contra las autoridades, que aumenta día tras día, a pesar de las medidas cada vez más severas contra el pueblo, que no se contenta con una alimentación que empeora progresivamente. Los servicios de racionamiento, la policía, los funcionarios, o bien se agrupan al lado de los ciudadanos para ayudarlos, o bien actúan como soplones y provocan sus arrestos. Afortunadamente, muy pocos holandeses están con el enemigo.

Tu Ana

Viernes 31 de marzo de 1944

Querida Kitty:

Hace todavía bastante frío, pero la mayoría de la gente está sin carbón desde hace un mes. ¿Comprendes? Nuevamente el público se siente optimista con respecto al frente ruso, cuyas noticias son sensacionales. No quiero ocuparme de política, pero, sin embargo, voy a decir dónde se hallan: los rusos se encuentran exactamente enfrente del gran cuartel general alemán y se acercan a Rumania por el Prut; están cerca de Odesa; cada noche aguardamos un comunicado especial de Stalin. Todo Moscú resuena de salvas; pienso que hacen temblar a la ciudad entera. Hungría está ocupada por los alemanes; hay allí todavía un millón de judíos, que, indudablemente, también van a pasar muy malos ratos.

Se murmura un poco menos de Peter y de mí. Ambos somos grandes amigos, estamos juntos siempre que nos es posible, hablamos de todo y de todos. Cuando abordamos temas delicados, nunca necesito recurrir a la moderación, como sería el caso si conversara con otros muchachos. Estábamos hablando, por ejemplo, sobre la sangre y de ese tema pasamos al de la menstruación. Él considera que nosotras, las mujeres, somos muy fuertes. Pero ¿por qué? Decididamente, mi vida aquí ha cambiado. Ha mejorado mucho. Dios no me ha abandonado y nunca me abandonará.

Tu Ana

Sábado 10 de abril de 1944

Querida Kitty.

A pesar de todo, sigo encontrándome frente a las mismas dificultades. Sin duda ya sabes a qué me refiero, ¿verdad? Anhele tanto un beso, el beso que me hace esperar. ¿Me considerará todavía como una mera amiga? ¿No soy nada más para él? Tú sabes bien que soy fuerte, bastante fuerte para llevar sola la mayoría de mis pesares. No estoy acostumbrada a compartirlos con nadie; nunca me he confiado a mamá. Pero, al lado de él, ¡cómo me gustaría apoyar la cabeza en su hombro y quedarme quieta! Ese sueño de la mejilla de Peter no me abandona; imposible olvidar aquel instante en que todo se volvió infinitamente hermoso. ¿Y él? ¿No lo desea tanto como yo? ¿No será que la timidez le impide confesar su amor? ¿Por qué me quiere tan a menudo a su lado? Dios mío, ¿por qué no dice nada? Es mejor que me calle. Me tranquilizaré. He de encontrar la fuerza necesaria y, con un poco de paciencia, quizás eso llegue por sí solo. Pero hay algo que me tiene mortificada y es que doy la impresión lamentable de correr detrás de él. Siempre soy yo quien va hacia él y no él hacia mí. Pero se debe a nuestras habitaciones. Peter no comparte la suya con nadie, yo sí; él seguramente ve eso como un obstáculo. ¡Todavía debe comprender muchas cosas!

Tu Ana

Lunes 3 de abril de 1944

Querida Kitty:

Contra lo habitual, vas a recibir una carta consagrada por entero a la alimentación; porque este problema no se plantea únicamente en el anexo en realidad, sino en toda Holanda, en toda Europa, por doquiera y sigue siendo un factor primordial. Durante los veintiún meses que hemos pasado aquí, tuvimos diversos «ciclos alimenticios»; te explicaré de qué se trata. Durante cierto período nos vemos obligados a comer constantemente el mismo menú. Por largo tiempo hemos tenido sucesivamente escarolas con arena y sin arena, un puré de verduras con patatas, hervidas o a la sartén; espinacas, nabos, salsifíes, pepinos, tomates, coles, etc. No es divertido, por ejemplo, comer chucrut todos los días en el almuerzo y en la cena, pero uno se resigna cuando tiene hambre. Actualmente atravesamos el peor momento, porque no se encuentran verduras frescas. Nuestros almuerzos de esta semana constan de judías, guisantes partidos, patatas con bolitas de harina, o patatas simplemente, nabos (por amor de Dios) o zanahorias podridas, y se vuelve a las judías. Comemos papas en todas las comidas, empezando por el desayuno, a causa de la falta de pan. Para la sopa utilizamos frijoles blancos o colorados, y patatas o paquetes de Sopa Juliana y otra vez fríjoles colorados. Todo tiene judías o frijoles colorados, hasta en el pan, que los contiene en buena parte. Por la noche, comemos siempre patatas aderezadas con salsa sintética y, además, por suerte, una ensalada de zanahorias podridas, de nuestra reserva. Una pequeña referencia a las albóndigas, que fabricamos con la harina del panadero y con levadura, ellas empastan la boca, son tan pesadas, que causan la impresión de tener piedras en el estómago. Pero dejemos eso. Nuestras golosinas, una vez por semana, son una tajada de paté de hígado y mermelada sobre pan seco. No solamente seguimos con vida, sino que, a veces, hasta nos gusta el sabor de nuestra original comida.

Tu Ana

Martes 4 de abril de 1944

Querida Kitty:

Durante mucho tiempo, he estudiado casi sin saber cuál es mi objetivo; el final de la guerra se halla todavía espantosamente lejos... y parece irreal, un cuento de hadas. Si no termina en septiembre, nunca más volveré a la escuela, pues no me gustaría estar dos años atrasada en mis estudios. Mis días sólo han sido colmados por los pensamientos y los sueños vinculados a Peter; sólo me ocupo de Peter, hasta sentir una desazón de la que no tienes idea. El sábado fue terrible. En el cuarto de Peter me pasé el tiempo reteniendo las lágrimas; poco después reí con un Van Daan algo alegre por el ponche de limón, me mostré alegre y extrovertida. Pero, una vez sola, después de haberme puesto el camisón, me dejé resbalar al suelo, e hice mis rezos, largos e intensos; luego me desplomé y me eché a llorar. Un sollozo fuerte me devolvió la conciencia y puse fin a mis lágrimas para que no me oyeran. Después traté de armarme nuevamente de valor, diciendo: «Es necesario; es necesario, es necesario...»

Acalambada por estar agachada, me acosté; eran casi las once y media. Había terminado. Y ahora ha terminado de veras. Se trata de estudiar para no ser ignorante, para adelantar, para llegar a ser periodista, que es lo que quiero. Estoy segura de poder escribir, de ser capaz de hacerlo, algunas de mis novelitas pueden pasar, mis descripciones del anexo no carecen de agudeza, hay párrafos elocuentes en mi diario, pero... de ahí a saber si tengo verdadero talento.

Mi mejor cuento de hadas es El sueño de Eva; no sé exactamente de dónde lo he sacado. La vida de Cady tiene buenos momentos aquí y allá, pero en conjunto no es gran cosa. Yo soy mi única crítica y la más severa. Me doy cuenta de lo que está bien o mal escrito.

Quienes no escriben desconocen cuán maravilloso es. Antes, yo deploraba siempre no saber dibujar, pero ahora me entusiasma poder al menos escribir. Y si no tengo bastante talento para ser periodista o para escribir libros, ¡bah!, siempre podré hacerlo para mí misma. Quería adelantar, hacer algo. No puedo imaginarme viviendo como mamá, la señora Van Daan y todas esas mujeres que cumplen con su deber y son olvidadas más tarde.

Además de un marido y varios hijos, necesitaré otra cosa. Quiero seguir viviendo, aun después de mi muerte. Por eso le estoy agradecida a Dios, que, desde mi nacimiento, me dio una posibilidad, la de desarrollarme y escribir, es decir, la de expresar todo cuanto acontece en mí. Al escribir me libero de todo, mi pesar desaparece y mi valor renace.

Pero he ahí la cuestión primordial, ¿seré alguna vez capaz de escribir algo importante; podré ser algún día periodista o escritora? Confío en que sí. ¡Oh, cómo lo deseo! Pues, al escribir, puedo concretarlo todo, mis pensamientos, mi idealismo y mis fantasías. Hace mucho tiempo que no trabajo en *La Vida de Cady*; aunque sé muy bien cómo debe continuar esta obra, no logro llevar mis ideas al papel. Quizá nunca logre terminarla; esta novelita acaso encuentre su fin en el cesto de los papeles o en la estufa... Ello me dolerá infinitamente, pero, bien pensado, "a los catorce años se tiene demasiado poca experiencia para incursionar en la filosofía". ¡Bueno, adelante con nuevo valor! Ya llegará eso, pues estoy resuelta a escribir.

Tu Ana

Jueves 6 de abril de 1944

Querida Kitty:

Me has preguntado cuáles son mis intenciones y actividades preferidas, y me apresuro a responderte. No te asustes, porque son bastantes. En primer lugar, escribir, pero, en realidad, ésa es para mí una tarea muy seria. En segundo lugar, hacer árboles genealógicos. Estoy haciendo indagaciones en todos los documentos, diarios y libros, sobre la genealogía de las dinastías de Francia, Alemania, España, Inglaterra, Austria, Rusia, de los países nórdicos y Holanda. En la mayoría de los casos he obtenido excelentes resultados a fuerza de leer y anotar las biografías y los libros de historia, buena parte de los cuales he copiado. Desde luego, mi tercera manía es la historia, por eso papá ya me ha comprado muchos libros. Espero con impaciencia el día en que podré revolver las estanterías de la biblioteca pública. El cuarto lugar, la mitología de Grecia y Roma; poseo ya diversos libros sobre el tema. Otras manías, las fotos de familia y de artistas de cine. Me entusiasman los libros y la lectura.

La historia del arte y la de la literatura me interesan, sobre todo cuando se trata de escritores, poetas y pintores. La música también puede interesarme un día. Siento gran antipatía por el álgebra, la geometría y todo cuanto sea matemática. Me gustan todas las demás asignaturas escolares, pero, sobre todo, la historia.

Tu Ana

Martes 11 de abril de 1944

Querida Kitty:

La cabeza me da vueltas. No sé verdaderamente por dónde empezar. El viernes (Viernes Santo) jugamos un juego de mesa, lo mismo que el sábado en la tarde. Estos días han pasado rápidamente, sin nada que señalar. Invitado por mí, Peter vino a mi cuarto a las cuatro y media; a las cinco y cuarto subimos al desván, donde nos quedamos hasta las seis. De seis a siete y cuarto escuchamos la transmisión de un hermoso concierto de Mozart; me gustó, sobre todo, Una Pequeña Serenata Nocturna. Me es difícil escuchar música en presencia de otros, pues siempre me causa el mismo efecto, me conmueve profundamente. En la noche del domingo, a las ocho, me instalé con Peter en el desván de adelante; para mayor comodidad, llevamos de nuestra casa algunos almohadones del diván para convertir un cajón en asiento. Sobre los almohadones tan estrechos como el cajón, estuvimos ovillados el uno junto al otro, apoyando la cabeza en un montón de otros cajones y sólo éramos espionados por Mouschi. De pronto, un cuarto para las nueve, el señor Van Daan nos silbó y vino a preguntarnos si no teníamos el almohadón de Dussel. Dimos los dos un salto y bajamos con el almohadón, el gato y Van Daan. Este almohadón trajo cola, porque habíamos tomado el que le servía de almohada y Dussel estaba furioso. Tenía miedo a las pulgas del desván, por esa causa hizo una escena delante de todo el mundo. Peter y yo, para vengarnos, escondimos dos cepillos duros en su cama y este pequeño intermedio nos hizo reír bastante. Pero no reímos mucho tiempo. A las nueve y media, Peter golpeó suavemente a nuestra puerta y preguntó a papá si quería ir a ayudarlo; no podía arreglárselas con una frase inglesa difícil. Algo anda mal, le dije a Margot, ¡Este pretexto es

demasiado burdo! Tenía razón, había ladrones en el depósito. En un mínimo de tiempo, papá, Van Daan, Dussel y Peter se encontraron abajo, en tanto que Margot, mamá, la señora y yo nos quedamos aguardando. Cuatro mujeres, unidas por la angustia, hablan sin cesar, y es lo que nosotras hicimos, hasta que oímos un golpe violento. Luego, silencio absoluto. El reloj señalaba un cuarto para las diez. Todas nos habíamos puesto pálidas, aunque guardando la calma a pesar del miedo. ¿Qué había sido de nuestros hombres? ¿Qué significaba aquel golpe? ¿Habían tenido que luchar con los ladrones? A las diez, pasos en la escalera, papá, pálido y nervioso, entró, seguido del señor Van Daan.

—Apaguen todas las luces. Suban sin hacer ruido. Es de temer que venga la policía.

No había tiempo para sentir miedo. Las luces fueron apagadas; yo apenas si alcancé a tomar un abrigo antes de subir.

—¿Qué ha ocurrido? ¡Vamos, cuenten!

Ya no había nadie para hacerlo, pues los cuatro habían vuelto a bajar. No reaparecieron hasta diez minutos más tarde, todos a la vez: dos de ellos montaron guardia junto a la ventana abierta en el cuarto de Peter; la puerta del rellano fue cerrada con cerrojo, lo mismo que la del armario giratorio. Se puso un trapo de lana alrededor del pequeño velador y fuimos un oído solo. Al percibir desde el rellano dos golpes secos, Peter bajó al entresuelo y vio que faltaba una plancha en el panel izquierdo de la puerta del depósito. Giró sobre sus talones para advertir al defensor de la familia, y los hombres bajaron para reconocer el terreno. Llegados al depósito, Van Daan perdió la cabeza, y gritó:

—¡Policía!

Inmediatamente después, pasos presurosos hacía la salida; los ladrones huían. Con el fin de impedir que la policía viera el agujero hecho en la puerta, nuestros hombres intentaron reponer la tabla en su sitio, pero un puñetazo del otro lado la hizo caer al suelo. Durante algunos segundos los nuestros quedaron perplejos ante tamaño descaro; Van Daan y Peter sintieron nacer en ellos el instinto asesino. El primero dio algunos golpes en el suelo con un hacha. Silencio de muerte. Nuevos esfuerzos para tapar la tronera. Nueva interrupción, una pareja que paseaba por el muelle se había detenido y enviaba la luz enceguedora de una linterna de bolsillo al interior del depósito. Una interjección de uno de nuestros hombres,

y la pareja huyó entonces como los ladrones. Antes de reunirse con los demás detrás de la puerta disimulada, Peter abrió rápidamente las ventanas de la cocina y del despacho privado y mandó el teléfono al suelo. Enseguida todos desaparecieron tras el estante giratorio.



Nosotros suponíamos que la pareja de la linterna iría a advertir a la policía. Era domingo por la noche, primer día de Pascua; al día siguiente, lunes de Pascua, nadie vendría a la oficina, por lo tanto, no podríamos movernos antes del martes por la mañana. ¿Te imaginas? ¡Dos noches y un día que teníamos que pasar en semejante angustia! Ninguno de nosotros se hacía ilusiones, la señora Van Daan, la más miedosa, ni siquiera quería que se tuviera encendido el velador y nos quedamos en la oscuridad cuchicheando y diciendo: “¡shisf!, ¡shisf!” al menor ruido. Diez y media, once, ningún ruido. Papá y el señor Van Daan venían a vernos alternativamente. Once y cuarto, oímos movimiento abajo. En casa, sólo nuestra respiración era perceptible, pues todos estábamos como clavados. Se oyeron pasos en los pisos inferiores, en el despacho privado, en la cocina y luego... en la escalera que lleva a la puerta disimulada. Nuestra respiración se había cortado. Ocho corazones latían a punto de romperse, al oírse los pasos en la escalera y las sacudidas en la puerta armario. Este instante es indescriptible. Ahora estamos perdidos pensé, viéndonos a todos llevados por la Gestapo aquella misma noche. Tiraron de la puerta-armario dos veces, tres veces. Algo cayó, y los pasos se alejaron. Hasta entonces, estábamos salvados; oí un castañeteo de dientes, no sé dónde; nadie dijo palabra. El silencio reinaba en la casa, pero había luz al otro lado de la puerta disimulada, visible desde nuestro rellano. ¿Les había parecido misterioso aquel armario? ¿Se había olvidado la policía de apagar la luz? Nuestras lenguas se desataron; ya no había nadie en la casa, quizá un guardián ante la puerta...

Recuerdo tres cosas: habíamos agotado todas las suposiciones, habíamos temblado de terror y todos necesitábamos ir al baño.

Los baldes estaban en el desván, sólo el cesto de papeles de Peter de latón podía servirnos para ese menester. Van Daan fue el primero en pasar. Le siguió papá. Mamá tenía demasiada vergüenza. Papá llevó el recipiente al dormitorio donde Margot, la señora y yo, bastante contentas, lo utilizamos y mamá también, al fin de cuentas. Todos pedían papel; afortunadamente, yo tenía algo en el bolsillo.

El recipiente tenía un hedor, sólo se escuchaban cuchicheos... era medianoche y estábamos todos fatigados. "Tiéndanse en el suelo y traten de dormir".

Margot y yo recibimos cada una un almohadón y una manta; ella se puso delante del armario y yo debajo de la mesa. En el suelo, el hedor era menos terrible; sin embargo, la señora fue discretamente a buscar un poco de cloro y un repasador para tapar el recipiente. Cuchicheos, miedo, hedor, pedos y alguien sobre el recipiente a cada minuto, trata de dormir así. De tan fatigada, caí en una especie de sopor alrededor de las dos y media y no oí nada hasta una hora después. Me desperté con la cabeza de la señora sobre uno de mis pies.

—Siento frío. ¿No tiene usted, por favor, algo para echarme sobre los hombros? — pregunté.

No preguntes lo que recibí, un pantalón de lana sobre mi pijama, un suéter rojo, una falda negra y calcetines blancos. Enseguida... la señora se instaló en la silla y el señor se tendió a mis pies. A partir de ese momento, me puse a pensar, temblando incesantemente, de suerte que Van Daan no pudo dormir. La policía iba a volver. Yo estaba preparada para ello. Tendríamos que decir por qué nos ocultábamos. O tropezaríamos con buenos holandeses y estaríamos salvados, o tendríamos que tratar con nazis, cuyo silencio trataríamos de comprar.

—Hay que ocultar la radio—, suspiró la señora.

—Tal vez en el horno—, repuso el señor.

—¡Bah! Si nos descubren, encontrarán la radio también.

—En tal caso, encontrarán el diario de Ana—, agregó papá.

—Deberías quemarlo—, propuso la más miedosa de todos nosotros.

Estas palabras y las sacudidas a la puerta-armario fueron para mí los instantes más terribles de esta velada.

¡Mi diario no! ¡Mi diario no será quemado sino conmigo! Papá ya no replicó nada... afortunadamente. Se dieron un montón de cosas. Repetir todo aquello no tendría sentido. Consolé a la señora Van Daan que estaba muerta de miedo. Hablamos de huida, de interrogatorios por la Gestapo, de arriesgarse a hacer una llamada en el teléfono y de valor.

—Ahora debemos portarnos como soldados, señora. Si nos atrapan, sea, nos sacrificaremos por la reina y la patria, por la libertad, la verdad y el derecho, como proclama constantemente la emisión holandesa de ultramar.

Pero arrastraremos a otros en nuestra desgracia, eso es lo más atroz. Después de una hora, el señor Van Daan cedió de nuevo su sitio a la señora y papá se puso a mi lado. Los hombres fumaban sin cesar, interrumpidos de tiempo en tiempo por un profundo suspiro, luego una pequeña necesidad y así sucesivamente. Las cuatro, las cinco, las cinco y media... Me levanté para reunirme con Peter en el puesto de vigía, ante su ventana abierta. Así, tan cerca el uno del otro, podíamos notar los temblores que recorrían nuestros cuerpos; de vez en cuando nos decíamos alguna palabra, pero, sobre todo, escuchábamos. A las siete, ellos quisieron telefonar a Kleiman para que mandase a alguien aquí. Anotaron lo que iban a decirle. El riesgo de hacerse oír por el guardián apostado ante la puerta era grande, pero el peligro de la llegada de la policía era más grande aún.

Resumo a continuación todo lo ocurrido:

Robo, visita de la policía, que ha penetrado hasta la puerta-armario, pero no más lejos. Los ladrones, al parecer estorbados, forzaron la puerta del depósito y huyeron por el jardín. Como la entrada principal estaba con cerrojo, sin duda, Kugler había salido en la víspera por la otra puerta de entrada. Las máquinas de escribir y la de calcular están a salvo en el gran bargueño del despacho privado. Avisar a Jan que pida la llave a Bep, y se traslade a la oficina, donde entrará con el pretexto de dar de comer al gato. Todo salió a pedir de boca. Telefonaron a Kleiman y trasladaron las máquinas de escribir desde nuestra casa al bargueño. Luego se sentaron alrededor de la mesa a esperar a Jan o a la policía.

Peter se había dormido. El señor Van Daan y yo quedamos tendidos en el suelo hasta oír un ruido de pasos firmes. Me levanté suavemente:

—Es Jan.

—No, no, es la policía—, respondieron los demás.

Golpearon a nuestra puerta. Miep silbó. La señora Van Daan ya no podía más, estaba pálida como una muerta, inerte en su silla y seguramente se habría desmayado si la tensión hubiera durado un minuto más. Cuando llegaron Miep y Jan, nuestra habitación parecía toda una obra de arte; hasta la mesa merecía una foto para la revista *Cinema & Theater*, abierta en una página consagrada a las bailarinas, había mermelada y un medicamento contra la diarrea; además, en revoltijo, dos potes de dulce, un mendrugo grande y otro chico, un espejo, un peine, fósforos, ceniza, cigarrillos, tabaco, un cenicero, libros, un calzón, una linterna de bolsillo, papel higiénico, etcétera. Naturalmente, Jan y Miep fueron acogidos con lágrimas de alegría. Jan, después de haber arreglado la tronera en la puerta, se puso en camino para avisar a la policía del robo. Después de eso, era su intención hablar con el guardián de noche Slagter, que había dejado cuatro palabras para Miep, diciendo que había visto la puerta estropeada y que había avisado a la policía. Disponíamos, pues, de una media hora para refrescarnos. Jamás he visto producirse un cambio tan grande en tan poco tiempo. Después de haber rehecho las camas, Margot y yo hicimos cada cual una visita al baño.; luego nos cepillamos los dientes, nos lavamos y nos peinamos. Enseguida puse en orden el dormitorio, y muy pronto subí hasta el alojamiento de los Van Daan. . La mesa estaba ya bien limpia; prepararon el té y el café, hicieron hervir la leche, iba a ser enseguida la hora del desayuno y nos pusimos a la mesa. Papá y Peter estaban ocupados en vaciar el papelerero de latón y en limpiarlo con agua y cloro. A las once, ya de vuelta Jan, estábamos todos sentados alrededor de la mesa, agradablemente, y, poco a poco, empezábamos a volver a la normalidad. Jan contó: Slagter dormía aún, pero su mujer repitió el relato de su marido: al hacer su ronda por los muelles, había descubierto el agujero de la puerta; buscó, por tanto, a un agente y juntos recorrieron el inmueble; vendría a ver a Kugler el martes para contarle lo demás. En la comisaría aún no estaban al tanto del robo; tomaron nota para venir el martes.

Al pasar, Jan, se había detenido en casa de nuestro proveedor de patatas, que vive muy cerca de aquí y le había hablado del robo. — Ya lo sé —, dijo éste lacónicamente. Al regresar anoche con mi mujer, vi un agujero en la puerta. Mi mujer iba a proseguir sin prestar atención, pero yo saqué mi linterna de bolsillo y miré adentro. Los ladrones iban a escapar en ese momento. Para mayor seguridad, preferí no telefonar a la policía. Pensé que era mejor para ustedes. Yo no sé nada y no me mezcló en nada, pero sospecho algo. Jan le agradeció y partió. Este hombre sin duda sospecha de los clientes a quienes son entregadas sus patatas, porque él las trae siempre a la hora del almuerzo. ¡Un tipo decente! Jan se fue alrededor de la una; para entonces ya habíamos terminado de lavar los platos. Todo el mundo se fue a dormir. Me desperté un cuarto para las tres, noté que Dussel había desaparecido. Aún adormilada, encontré por casualidad a Peter en el baño y nos citamos en la oficina. Me arreglé un poco antes de ir.

—¿Quieres arriesgarte hasta el desván de adelante? — me preguntó él.

Accedí, tomé mi almohadón al pasar y en marcha. El tiempo era espléndido, bien pronto las sirenas comenzaron a rugir; nosotros no nos habíamos movido. Peter puso su brazo alrededor de mis hombros, yo hice otro tanto, y nos quedamos así el uno en los brazos del otro, muy tranquilos, hasta que Margot nos llamó para el café de las cuatro. Comimos nuestro pan, bebimos la limonada y gastamos bromas, como si nada hubiera ocurrido y todo volvió a quedar en orden. Por la noche, felicité a Peter por haber sido el más valeroso de todos. Ninguno de nosotros había visto el peligro tan de cerca como la noche anterior. Dios debe de habernos protegido particularmente. Reflexiona un momento, la policía ante la puerta-armario, bajo la luz eléctrica, y nuestra presencia pasó inadvertida. En caso de invasión y de bombardeo, todos y cada uno hallarán la manera de defenderse, pero nosotros, aquí, estamos paralizados de angustia, no sólo por nosotros mismos, sino también por nuestros inocentes protectores. «Nos hemos salvado. ¡Salvados de nuevo!». Es todo cuanto podemos decir. Esta aventura ha traído bastantes cambios. El señor Dussel, de ahora en adelante, ya no trabajará en la oficina de Kugler, sino en el baño. Peter hará una ronda a las ocho y media y otra a las nueve y media de la noche. No más ventana abierta en su cuarto durante la noche. Se prohíbe apretar la descarga del

baño a partir de las nueve y media. Esta tarde vendrá un carpintero para reforzar las puertas del depósito.

Nunca terminan las discusiones en el anexo. Kugler nos ha reprochado nuestra imprudencia. Así mismo, Jan opinaba que, en casos semejantes, ninguno de nosotros debía aparecer en los pisos inferiores. Nos han refrescado la memoria sobre nuestra condición de “clandestinos”, nuestra categoría de judíos, enclaustrados entre cuatro paredes, sin ningún derecho y con mil obligaciones. Nosotros, judíos, no tenemos el derecho de hacer valer nuestro sentimiento; sólo nos resta ser fuertes y valerosos, aceptar todos los inconvenientes sin pestañear, conformarnos con lo que podemos tener, confiando en Dios. Un día terminará esta terrible guerra, un día seremos personas como los demás y no solamente judíos. ¿Quién nos ha marcado así? ¿Quién ha resuelto la exclusión del pueblo judío de todos los otros pueblos? ¿Quién nos ha hecho sufrir tanto hasta aquí? Es Dios quien nos ha hecho así, pero también será Dios quien nos elevará. Sí, a pesar de esta carga que soportamos, muchos de nosotros siguen sobreviviendo; hay que creer que, como proscritos, los judíos se transformarán un día en ejemplo. ¡Quién sabe! Acaso llegue el día en que nuestra religión enseñe el bien al mundo, es decir, a todos los pueblos... y que en eso radique la única razón de nuestro sufrimiento. Jamás llegaremos a ser los representantes de un país, sea el que fuere, nunca seremos holandeses o ingleses, simplemente; siempre seremos judíos, por añadidura. Pero deseamos seguir siéndolo. ¡Valor! tengamos conciencia de nuestra misión sin quejarnos y estemos seguros de nuestra salvación. Dios no ha dejado nunca caer a nuestro pueblo. En el correr de los siglos, nos vimos obligados a sufrir, y, en el correr de los siglos, también nos hemos fortalecido. Los débiles caen, pero los fuertes sobrevivirán y no caerán jamás. La otra noche intuía íntimamente que iba a morir. Aguardaba a la policía. Estaba preparada. Presta, como el soldado en el campo de batalla, iba, de buen grado, a sacrificarme por la patria. Ahora que me he salvado, me percaté de cuál es mi primer deseo para la posguerra: ser holandesa. Amo a los holandeses. Amo a nuestro país. Amo su idioma. Y querría trabajar aquí. Dispuesta a escribir yo misma a la reina, no cesaré antes de haber logrado ese objeto. Me siento de más en más apartada de mis padres, progresivamente independiente. Por joven que sea, enfrente la vida con mayor valor, soy más justa, más íntegra que

mamá. Sé lo que quiero, tengo un norte en la vida, una opinión, mi religión y mi amor. Soy consciente de ser mujer, una mujer con una fuerza moral y mucho valor. Si Dios me deja vivir, iré mucho más lejos que mamá. No me mantendré en la insignificancia, tendré un lugar en el mundo y trabajaré para mis semejantes. Comprendo en este momento que por sobre todas las cosas necesitaré valor y alegría.

Tu Ana

Viernes 14 de abril de 1944

Querida Kitty:

La atmósfera sigue tensa. Pim tiene los nervios a flor de piel. La señora Van Daan está resfriada, en cama y su nariz es una verdadera trompeta. El señor está verde, no tiene un sólo cigarrillo para fumar. Dussel, como ha tenido que renunciar a muchas comodidades desde el incidente de la otra noche, rabia y se agota con sus objeciones, etc. Por lo demás, en este momento no tenemos demasiada suerte. Hay un escape de agua en el baño pues el caucho del grifo se ha gastado; pero, gracias a nuestras numerosas relaciones, pronto quedará arreglado.

A veces soy sentimental, ya lo sé; en ocasiones tengo también una razón de serlo. Cuando, en medio de un estruendo insensato, no importa dónde, me encuentro muy cerca de Peter, sobre un duro cajón, su brazo alrededor de mi cintura, mi brazo alrededor de la suya, y él juega con un mechón de mi pelo; cuando afuera los pájaros hacen vibrar sus cantos, cuando se ve reverdecen a los árboles, cuando el sol nos llama, cuando el cielo está demasiado azul, ¡oh, entonces, entonces mis deseos ya no cuentan! Sólo veo rostros descontentos y sombríos. No oigo más que suspiros y quejas reprimidas. Se diría que, bruscamente, todo anda mal entre nosotros. En el anexo, cada uno pelea con sus propios nervios, sin llegar jamás a una conclusión. Todos los días oímos. «¡Si esto tan sólo terminara!» Mis estudios, mis esperanzas, mi amor, mi valor, todo eso me hace mantener la cabeza alta y ser juiciosa. Estoy persuadida, Kitty, de que hoy me hallo un poco descentrada, ignoro verdaderamente por qué. Todas las cosas se confunden, no llego

a encadenar, dudo muy seriamente que, más tarde, alguien pueda alguna vez interesarse por las tonterías que vuelco en estas páginas. Confidencias del Patito Feo. Tal será el título de mis papelotes. Los señores Bolkestein y Gerbrandy no hallarán gran interés en mi diario.

Tu Ana

Sábado 15 de abril de 1944

Querida Kitty:

Sobresalto tras sobresalto. ¿Se terminarán algún día? En verdad, nadie mejor que nosotros para formular esta pregunta. ¿Adivina cuál fue el último que sufrimos? Peter se olvidó de descerrar el cerrojo de la puerta de calle (la cual siempre se cierra por dentro todas las noches) y la cerradura de la otra puerta no funciona. Como consecuencia, el señor Kugler y los otros empleados no pudieron entrar en el edificio, por lo que tuvieron que molestar a los vecinos, forzar la ventana de la cocina y entrar por la parte de atrás. A Peter se le cae la cara de vergüenza por ser tan estúpido.

Te aseguro que eso lo ha trastornado terriblemente. A la hora de comer, cuando mamá dijo que lo lamentaba sobre todo por Peter, éste casi se puso a llorar. Todos somos tan culpables como él, porque prácticamente todos los días los hombres preguntan si ha sido descerrado el cerrojo y, precisamente hoy, nadie lo hizo. Tal vez logre consolarlo un poco más tarde; ¡me encantaría tanto ayudarle!

Tu Ana

Lunes 16 de abril de 1944

Mi querida Kitty:

Recuerda bien el día de ayer, porque es muy importante en mi vida. ¿No es un acontecimiento significativo para cualquier muchacha recibir el primer beso? Pues ésa es la razón. El beso de Bram en mi mejilla derecha no cuenta, como tampoco el que el señor

Walker depositó en mi mano derecha. Voy a contarte cómo fue. Anoche, a las ocho, estaba con Peter, sentada a su lado en el diván y él no tardó en rodearme con sus brazos.

—Corrámonos un poco — dije yo —, así no golpeo la cabeza contra tus libros.

Él retrocedió casi hasta el final y yo pasé mi brazo por su espalda para sentirme abrazada, de manera que quedé literalmente sepultada. No era la primera vez que nos sentábamos así, pero nunca hasta entonces habíamos estado tan cerca el uno del otro. Él me estrechó fuertemente contra sí; mi seno derecho, al tocar su corazón, hizo latir el mío con golpes más rápidos. Pero aún no habíamos terminado. Él no descansó hasta lograr que reposara mi cabeza sobre su hombro y apoyar la suya en la mía. Después de unos cinco minutos, me incorporé, pero él, enseguida, tomó mi cabeza entre sus manos y la estrechó contra sí. ¡Oh, era delicioso! Casi no hablé, tan grande era mi placer. Un poco torpe, él acarició mi mejilla y mi brazo, jugó con un rizo de mi cabello, nuestras cabezas juntas, pegadas la una a la otra la mayoría del tiempo. No puedo describirte, Kitty, la emoción que se apoderó de mí. Me sentía demasiado dichosa y creo que él también. Alrededor de las ocho y media nos levantamos. Me quedé mirando cómo Peter se ponía las zapatillas de gimnasia para hacer la ronda de la casa lo más silenciosamente posible. No sé todavía cómo fue, pero antes de bajar, él me besó de repente, en la mejilla izquierda, entre los cabellos, al lado de la oreja. Me precipité escaleras abajo sin volverme. Espero ansiosa la noche de hoy.

Tu Ana

Lunes 17 de abril de 1944

Querida Kitty:

¿Crees tú que mis padres me permitirán estar sentada con un muchacho en un diván y que nos besáramos? ¿Un muchacho de diecisiete años y medio y una muchacha de casi quince? En el fondo, creo que no, pero en este asunto debo confiar en mi propia opinión. ¡Me siento tan tranquila y segura en sus brazos, con todos mis ensueños! ¡Qué impresión la de sentir su mejilla contra la mía,

y qué delicia saber que alguien me aguarda! Pero, efectivamente, hay un, pero, ¿se contentará Peter con eso? Desde luego, aún no he olvidado su promesa, pero... ¡es un muchacho! Ya sé que soy un poco adelantada para mi edad, ¡No haber cumplido quince años y ser ya independiente! Para los demás, eso podría ser incomprensible. Estoy casi segura de que Margot nunca besaría a un muchacho sin que antes fuera cuestión de hablar de noviazgo o de matrimonio; pero ni Peter ni yo forjamos ningún proyecto. Sin duda, mamá tampoco tocó a ningún hombre antes de conocer a papá. ¿Qué dirían mis amigas si me vieran en los brazos de Peter, mi corazón contra su pecho, mi cabeza sobre su hombro o con su cabeza pegada a la mía? ¡Vamos, Ana, es vergonzoso! Pero, en realidad, yo no creo que lo sea para nosotros, que estamos privados de todo, segregados del mundo y abrumados de preocupaciones y angustias, sobre todo en los últimos tiempos. ¿Por qué nosotros, que nos amamos, habríamos de guardar las distancias? ¿Por qué esperar hasta la edad conveniente? ¿Por qué pedir demasiado?

Me he propuesto ocuparme de mí misma, él nunca querría causarme un pesar, razón sobrada para no escuchar más que nuestros corazones y hacernos ambos felices. ¿Por qué no? Sospecho, Kitty, que tú adivinas un poco mi vacilación, la cual, se me ocurre, proviene de mi franqueza que se opone a toda gazmoñería. ¿Crees que debo contarle a papá lo que hago? ¿Es menester que un tercero comparta nuestro secreto? ¿Qué te parece? Perdería su magia, pero, además, al contarle, ¿me tranquilizaría yo moralmente? Voy a pedirle a él su opinión. ¡Así, sí! Todavía tengo muchas cosas que decirle, pues las caricias por sí solas no lo son todo. Revelarnos nuestros pensamientos. Para eso es menester confiar y tener fe el uno en el otro. Eso nos hará más fuertes a ambos.

Tu Ana

Martes 18 de abril de 1944

Querida Kitty.

Todo marcha bien aquí. Papá acaba de decir que seguramente puede esperarse para antes del 20 de mayo operaciones en gran escala, tanto en Rusia como en Italia y también en la zona

occidental; la idea de salir de aquí y recuperar la libertad me parece cada vez más lejana.

Ayer tuve con Peter una conversación que veníamos posponiendo desde por lo menos diez días atrás. Se lo expliqué todo a propósito de las muchachas, y le hablé sin escrúpulos de las cosas más íntimas. La velada terminó con un beso recíproco, muy cerca de mi boca: es en verdad una sensación maravillosa. Pienso llevar uno de estos días mi diario, con el fin de que profundicemos juntos ciertas cosas, pues no me produce mucha satisfacción estar constantemente en los brazos del uno y del otro, sin nada más y preferiría saber que él piensa lo mismo. Tras un invierno prolongado estamos teniendo una primavera magnífica, el mes de abril es espléndido, ni demasiado calor ni demasiado frío, con algún pequeño chaparrón de vez en cuando. El verdor de nuestro castaño va desplegándose, aquí y allá, hasta se ven pequeños frutos. El sábado una encantadora atención de Bep, cuatro ramitos de flores; tres ramos de narcisos y un ramo de jacintos silvestres, este último para mí. El álgebra me aguarda, Kitty. Hasta la vista.

Tu Ana

Viernes 21 de abril de 1944

Querida Kitty:

Ayer en la tarde me quedé en cama, pues tenía dolor de garganta, pero como me aburrí tremendamente y como no tenía fiebre, hoy ya estoy mejor. Es el decimoctavo cumpleaños de Su Alteza Real la Princesa Isabel de York. La BBC anunció que no se la declara mayor de edad todavía, aunque eso es lo que se acostumbra entre los hijos de reyes. Nos hemos preguntado con qué príncipe contraerá matrimonio esta belleza, pero no hemos encontrado a ninguno que nos pareciera adecuado. Tal vez su hermana, la Princesa Margarita Rosa, se case algún día con el Príncipe Balduino de Bélgica.

Aquí estamos teniendo un contratiempo tras otro. Apenas fueron reforzadas las puertas de la calle, cuando reapareció el empleado del depósito. Es muy probable que haya sido él quien robó las patatas y quiere ahora echar la culpa a Bep. Como es comprensible, todos los habitantes del anexo secreto están indignados. Bep

nunca estuvo tan enojada. Me gustaría enviar lo que escribo a algún periódico; tal vez me publiquen un cuento, bajo un seudónimo, por supuesto. ¡Hasta pronto, Darling!

Tu Ana

Lunes 25 de abril de 1944

Querida Kitty:

Hace ya diez días que Dussel no le dirige la palabra a Van Daan, únicamente porque, desde el día en que intentaron entrar los ladrones, se tomó un conjunto de nuevas medidas de seguridad que a él no le agradan. Sostiene que Van Daan le ha gritado.

—Todo aquí se hace a mis espaldas— me dijo—; hablaré con tu padre al respecto.

Se supone que no debe sentarse más en la oficina de abajo los sábados en la tarde y los domingos, pero continúa haciéndolo. Van Daan está furioso y papá bajó a hablar con Dussel. Como es natural, éste siguió inventando excusas, pero no pudo convencer a Pim. Ahora, papá casi no le habla, pues Dussel lo insultó. Ninguno de nosotros sabe qué le dijo exactamente, pero debe de haber sido algo grave.

He escrito un hermoso cuento que titulé “Blurry el explorador”; agradó mucho a las tres personas a quienes se lo leí. Todavía estoy muy resfriada y he contagiado tanto a papá y mamá como a Margot. Con tal de que no se contagie Peter. Quería que yo lo besara y me llamó su “país de ensueño”. Pero no es posible, mi buen muchacho. Claro que él es muy amable.

Tu Ana

Jueves 27 de abril de 1944

Querida Kitty:

Esta mañana, la señora Van Daan ha estado malhumorada, quejándose sin cesar. Primero, sobre su resfrío, no tiene pastillas y está cansada de sonarse. Además, odia estos días nublados, la

invasión que no llega, la ventana enmascarada, etc. Nos ha hecho reír de tal manera, que ha terminado por reírse con nosotros. En este momento estoy leyendo El Emperador Carlos V, escrito por un gran profesor de la Universidad de Gotinga; tardó cuarenta años en terminar este libro. En cinco días no he podido leer más que cincuenta páginas. El volumen tiene quinientas noventa y ocho páginas. Puedes calcular el tiempo que deberé dedicarle, ¡y hay un segundo tomo! Pero es interesante. Es increíble lo que una escolar puede aprender en un solo día. Por ejemplo, hoy he empezado por traducir del holandés al inglés un fragmento de la última batalla de Nelson. Enseguida he proseguido mi historia de los países nórdicos, la guerra de 1700 - 1721, Pedro el Grande, Carlos XII, Stanisław Leszczyński, Mazepa, Von Götze, Brandeburgo, Pomerania y Dinamarca... ¡todo ello, incluyendo las fechas! Luego he abordado el Brasil; lectura sobre el tabaco de Bahía, la abundancia de café, los habitantes (un millón y medio) de Río de Janeiro, Pernambuco y Sao Paulo, sin olvidar los del Amazonas, sus negros, mulatos, mestizos, blancos, con más de un 50 por ciento analfabetos, y la malaria. Me quedaba aún tiempo para recorrer un árbol genealógico: Juan el Viejo, Guillermo Luis, Ernesto Casimiro I, Enrique Casimiro I ... hasta la pequeña Margarita Francisca, nacida en 1943 en Ottawa.

Mediodía, en el desván he proseguido mi programa con la historia de las catedrales, hasta la una. ¡Uf! Después de las dos, la pobre niña (¡hum, hum!) retoma los estudios, empezando por los monos de nariz aplastada o puntiaguda. ¿Sabrías decirme cuántos dedos tiene un hipopótamo? Luego le toca el turno a la Biblia: el Arca de Noé. Enseguida, Carlos V, en el cuarto de Peter; Henry Esmond de Thackeray; al final, comparar el Misisipi con el Misuri.

Tu Ana

Viernes 28 de abril de 1944

Querida Kitty:

No he olvidado mi sueño sobre Peter Schiff. Hoy mismo, al pensar en ello, siento su mejilla junto a la mía, dándome la sensación maravillosa de que todo es bueno. Con mi Peter de aquí, llevo a

veces a sentir lo mismo, pero nunca había sido con la misma fuerza, hasta anoche, cuando nos abrazamos en el diván como de costumbre. De repente, la pequeña Ana de todos los días se transformó y en su lugar, apareció la segunda Ana, ésa que no es audaz ni hace bromas, sino que sólo pide ser tierna y amar. Yo estaba hecha un ovillo junto a él, y, sintiendo la emoción apoderarse de mí, las lágrimas me subieron a los ojos, una cayó sobre su pantalón, en tanto que la otra resbalaba a lo largo de mi nariz ¿Lo había notado? Ningún movimiento lo traicionaba. ¿Se había emocionado tanto como yo? No dijo casi nada. ¿Se percataba de que tenía otra Ana ante sí? Estas preguntas quedan sin respuestas.

A las ocho y media me levanté para ir a la ventana, donde siempre nos despedimos. Yo temblaba todavía. Seguía siendo la segunda Ana cuando él se me acercó. Le echo los brazos al cuello y besé su mejilla, y, en el momento de besar la otra, nuestros labios se encontraron y su boca se apretó contra la mía. Presas de una especie de vértigo, nos estrechamos el uno contra el otro, y nos besamos como si aquello jamás debiera cesar. Peter necesita ternura. Por primera vez en su vida ha descubierto una muchacha; por primera vez también ha visto que la más traviesa de ellas oculta un corazón y puede transformarse tan pronto como está sola a su lado. Por primera vez en su vida ha dado su amistad, se ha liberado. Nunca, antes, había tenido un amigo o una amiga. Ahora él y yo nos hemos encontrado; yo tampoco lo conocía, jamás había tenido un confidente, y he ahí, las consecuencias... Para esa misma pregunta que no me abandona: «¿Está bien? ¿Está bien ceder tan pronto, con la misma intensidad y el mismo deseo que Peter? ¿Tengo derecho yo, una muchacha, de dejarme ir así?». No hay más que una respuesta: «Yo tenía ese deseo... desde hace mucho tiempo, me siento muy sola y ¡por fin he podido consolarme!». Por la mañana actuamos normalmente; por la tarde lo hacemos bastante bien, salvo algún raro desfallecimiento; por la noche, el deseo del día entero se vuelve intolerable, sumado al recuerdo del gozo y la dicha de todas las veces precedentes, entonces ambos pensamos nada más que el uno en el otro. Cada vez, tras el último beso, yo querría escapar, no mirarle más a los ojos, estar lejos, lejos de él, en la oscuridad, y sola. ¿Y dónde me encuentro, después de haber descendido las escaleras? Bajo una luz brutal, entre risas y preguntas, cuidando de no exteriorizar nada.

Mi corazón es aún demasiado sensible para suprimir de golpe una impresión como la de anoche. La pequeña Ana tierna es demasiado reservada y no se deja cazar con tanta facilidad. Peter me ha emocionado, más profundamente que cualquier otro muchacho, salvo en sueños. Peter me ha agitado, me ha dado vuelta como a un guante. Después de eso, ¿no tengo derecho, como cualquier otro, de reencontrar el reposo necesario para recuperarme de tal trastorno? ¡Oh, Peter! ¿Qué has hecho de mí? ¿Qué quieres de mí? ¿En qué va a terminar esto? ¡Ah! Con esta nueva experiencia empiezo a comprender a Bep y sus dudas. Si yo fuera mayor y Peter me pidiera que me casase con él, ¿qué le diría? ¡Sé honesta, Ana! Tú no podrías casarte con él, pero dejarlo es también difícil. Peter tiene poco carácter todavía, poca voluntad, poco valor y fuerza moral. En el fondo, sólo es un niño, no mayor que yo; no pide más que dicha y tranquilidad. ¿Es que, en verdad, no tengo más que catorce años? ¿Es que soy todavía una colegiala tonta? ¿Una personita sin experiencia, desde todo punto de vista? No. Tengo más experiencia que los demás; poseo una experiencia que pocas personas de mi edad han conocido. Tengo temor de mí misma, miedo de que mi deseo me arrastre, y miedo de no mantenerme controlada, más tarde, con otros chicos. ¡Ay, qué difícil es! Los sentimientos y el corazón están en lucha constante. Cada uno hablará en su momento, pero ¿cómo saber a ciencia cierta, si he elegido bien ese momento?

Tu Ana

Martes 2 de mayo de 1944

Querida Kitty:

El sábado por la noche pregunté a Peter si no opinaba que yo debía contarle algo a papá; consintió, después de alguna vacilación. Eso me puso contenta, pues demostraba la pureza de sus sentimientos. Al volver a nuestras habitaciones propuse inmediatamente ir a buscar el agua con papá. En la escalera le dije:

—Papá, comprenderás sin duda que cuando me encuentro con Peter no estamos sentados a un metro de distancia el uno del otro. ¿Qué te parece? ¿Está mal eso?

Papá no respondió enseguida; luego dijo:

—No, yo no lo encuentro mal, Ana; pero aquí, en este espacio restringido, sería preferible que fueras prudente.

Dijo algo más en ese sentido cuando subimos nuevamente. El domingo en la mañana me llamó para decirme:

—Ana, he reflexionado sobre lo que me has dicho.

Me sentí algo alarmada.

—No me parece muy apropiado lo que ocurre, aquí en esta casa por lo menos. Yo creía que ambos eran buenos amigos. ¿Qué sucede? ¿Se ha enamorado Peter de ti?

—Nada de eso, en absoluto—, contesté.

—Desde luego, les comprendo muy bien a ambos, pero debes ser tú quien guarde distancia; no vayas tan a menudo a su cuarto, no lo alientes al extremo que luego debas arrepentirte. En estas cosas, el hombre es activo y la mujer más moderada. En la vida normal, cuando se circula libremente, es algo bien distinto; estás forzada a ver a otros amigos y amigas, puedes alejarte por un tiempo, practicar deportes, hacer otras cosas; pero aquí, puede suceder que quieras irte sin poder hacerlo; si no me engaño, ustedes se ven a cada momento. Sé prudente, Ana, y no lo tomes demasiado en serio.

—No lo tomo en serio, papá, pero Peter es muy correcto y muy amable.

—Sí, pero no tiene mucho carácter. Se dejaría influir tan fácilmente por lo bueno como por lo malo; espero que se mantenga en lo primero, porque en realidad es un excelente muchacho.

Seguimos hablando un poco y acordé con papá que él hablara también con Peter. El domingo por la tarde, en el desván, Peter me preguntó:

— ¿Has hablado con tu padre?

—Sí—, dije —te lo iba a contar. Papá no ve en nuestra amistad nada malo, pero dice que aquí, estando unos sobre otros, podría llevar fácilmente a cualquier mal entendido...

—Quedó acordado entre nosotros, que nunca habría razones para disgustos, yo por mi parte pienso respetar el trato

Yo también, Peter, Pero papá no sospechaba nada, nos creía simplemente buenos amigos. ¿Te parece que eso no es posible entre nosotros?

—Claro que sí. ¿Y tú?

—Yo también. Le dije a papá que tengo entera confianza en ti. Por que es verdad, Peter. Tengo la misma confianza en ti que en papá. Te estimo lo mismo. Y no me engaño, ¿verdad?

—Espero que no. (Enrojeció ligeramente).

—Yo creo en ti, Peter — proseguí—, estoy segura de que tienes carácter y de que te abrirás paso en la vida.

Hablamos de toda clase de cosas. Más tarde, dije:

—Sé, que cuando salgamos de aquí, tú ya no pensarás en mí.

Él se exaltó.

—No es verdad, Ana. ¡Oh, no! ¡Tú no tienes ningún derecho a pensar eso de mí!

Me llamaron. Papá le ha hablado. Peter me dijo hace un momento:

—Tu padre juzga que esta amistad puede muy bien terminar en amor, pero yo le he contestado que los dos cuidaríamos de eso.

Papá ha vuelto a decirme que me aparte un poco y que espacie mis visitas al cuarto de Peter por la noche; pero no pienso hacerlo. He dicho que, no solamente me gusta la compañía de Peter, sino que, tengo confianza en él; para probárselo, quiero reunirme con él; si no, mi ausencia sería una prueba de desconfianza.

El sábado en la tarde, durante la comida, Dussel presentó sus disculpas en excelente holandés. Van Daan se aceptó este gesto como un caballero. A Dussel le debe de haber llevado un día entero aprender de memoria la lección. El domingo, día de su cumpleaños, transcurrió pacíficamente. Recibió una botella de un buen vino (cosecha 1919), por parte de los Van Daan (que después de todo pudieron obsequiarlo), un frasco de legumbres en escabeche y una caja de hojitas de afeitar. Kugler le regaló un pote de mermelada de limón, Miep un libro y Bep una planta. Él nos compartió a cada uno un huevo.

Tu Ana

Miércoles 3 de mayo de 1944

Querida Kitty:

Primero las noticias de la semana: La política está de vacaciones, nada que señalar. Empiezo a convencerme de que habrá una invasión después de todo, imposible dejar que los rusos se las arreglen solos; por lo demás, ellos tampoco se mueven ya en este momento. El señor Kleiman vuelve a venir a la oficina todas las mañanas. Ha conseguido un nuevo somier para el diván de Peter, así que éste tendrá que hacer un trabajo de tapicería, lo cual, lógicamente no le entusiasma demasiado. ¿Te he dicho que nuestro Mofie ha desaparecido? Se esfumó sin dejar rastros, el último jueves. Supongo que ya está en el cielo de los gatos, tal vez corrió con la mala suerte de ser preso de un aficionado a la carne, que ha hecho de él un plato delicioso o quizás alguna muchacha se esté abrigando con su piel. Peter se ha sentido muy afectado.

Desde el sábado almorzamos a las once y media; por economía, el desayuno sólo consta de una taza de avena; cuesta aún encontrar legumbres, para el almuerzo tuvimos ensalada cocida podrida. Ensalada cruda o cocida, espinacas... ése es nuestro menú; no hay otra cosa, salvo las patatas podridas, ¡algo delicioso! No es menester mucha imaginación para comprender esta eterna letanía de la desesperación, «¿De qué sirve esta guerra? ¿Por qué los hombres no pueden vivir en paz? ¿Por qué esta devastación?». Pregunta comprensible, pero nadie ha encontrado la respuesta final. En realidad, ¿por qué se construyen en Inglaterra, aviones cada vez mayores con bombas cada vez más pesadas y, al mismo tiempo, casas prefabricadas para la reconstrucción? ¿Por qué se gastan cada día millones en la guerra y no hay un céntimo disponible para la medicina, los artistas y los pobres? ¿Por qué hay hombres que sufren hambre, mientras que en otras partes del mundo los alimentos sobran y se pudren? ¿Por qué los hombres han enloquecido así? Jamás creeré que únicamente los poderosos, los gobernantes y los capitalistas son responsables de la guerra. No, el hombre de la calle también es responsable, si no, hace mucho tiempo que los pueblos se hubieran rebelado. Los hombres han nacido con el instinto de destruir, matar, asesinar y devorar; hasta que toda la humanidad, sin excepción, no sufra un enorme cambio, la guerra

imperará; las construcciones, las tierras cultivadas serán nuevamente destruidas, y la humanidad no tendrá más que volver a empezar.

A menudo me he sentido abatida, pero nunca me dejé llevar por la desesperación; considero nuestra estadía aquí como una aventura peligrosa, que se torna romántica e interesante por el riesgo. Cada una de nuestras privaciones ha sido tratada humorísticamente en mi diario. Me he propuesto, de una vez por todas, llevar una vida diferente de las simples dueñas de casa. Mis comienzos no están exentos de interés, son buenos, y únicamente por eso puedo reírme de una situación cómica en los momentos de mayor peligro. Soy joven, muchas de mis cualidades duermen todavía, soy joven y lo suficientemente fuerte como para vivir esta gran aventura que forma parte de mí y me niego a quejarme todo el santo día. He sido favorecida por una naturaleza dichosa, mi alegría y mi fuerza. Cada día me veo crecer interiormente, siento que se aproxima la libertad, que la naturaleza es bella, percibo la bondad de cuantos me rodean, ¡y experimento hasta qué punto esta aventura es interesante! ¿Por qué habría de desesperarme?

Tu Ana

Viernes 5 de mayo de 1944

Querida Kitty:

Papá no está contento conmigo, él esperaba que yo, dejara de subir todas las noches al cuarto de Peter. Empieza a juzgar mal nuestras caricias. ¿No fue bastante difícil hablar de eso? ¿Por qué, entonces, empeora las cosas? Pienso discutirlo hoy con él. Margot me ha aconsejado muy bien. He aquí, poco más o menos, lo que me propongo decirle: “Creo, papá, que tú aguardas de mí una explicación, y aquí la tienes, estás decepcionado porque hubieras querido que yo guardase distancias; quiereres, sin duda, que a mi edad yo sea una muchacha correcta, tal como tú la has forjado; pero te engañas. Desde que estamos aquí, es decir, desde julio de 1942, y hasta muy recientemente, mi vida no tuvo nada de fácil. Si supieras cuántas lágrimas derramé de noche, qué desgraciada me sentía, completamente sola, comprenderás mejor por qué quiero reunirme

con Peter. Eso no se produjo de la noche a la mañana. Llegué a vivir sin el apoyo de mamá o de quienquiera que fuese, a costa de luchas, de muchas luchas y lágrimas; me costó caro llegar a ser tan independiente. Puedes reírte y no creerme, pero eso no me importa. Tengo conciencia de haber crecido sola, y no me siento en lo más íntimo responsable hacia ustedes. Si te digo todo esto es porque no quiero que pienses que me hago la misteriosa; en cuanto a mis actos, me siento responsable conmigo misma. Cuando me debatía completamente sola, todos ustedes, y tú también, cerraron los ojos y se taparon los oídos: nadie me ayudó; al contrario, sólo recibí regaños porque era demasiado revoltosa. Al llamar así la atención, pensaba acallar mi pena, me obsesionaba silenciar esa voz interior. Durante más de un año y medio interpreté la comedia, día tras día, sin quejarme, sin apartarme de mi papel, sin desfallecer. Ahora la lucha ha terminado. He ganado, soy independiente de cuerpo y espíritu; ya no necesito una madre, me he vuelto fuerte a fuerza de luchar, y ahora que tengo la certidumbre de haber superado las dificultades, quiero proseguir sola mi camino, el camino que me parece bueno. Tú no puedes, no debes considerarme como una niña de catorce años, porque todas estas miserias me han madurado; me propongo obrar según mi conciencia, y no deploraré mis actos. Desde luego, no podrás convencerme de que deje de reunirme con Peter. O me lo prohíbes por la fuerza, o confías en mí en todo y para todo, ¡y me dejas en paz!”

Tu Ana

Sábado 6 de mayo de 1944

Querida Kitty:

Ayer, antes de comer, puse en el bolsillo de papá una carta que decía lo que ya te he explicado: estuvo agitado toda la noche, según Margot. (Yo estaba lavando los platos, arriba). ¡Pobre Pim! ¡Qué impresión debe de haberle causado su lectura! ¡Es tan sensible! Advertí inmediatamente a Peter para que no le dijera ni le preguntase nada. Pim no ha tratado aún de discutir el incidente conmigo. ¿Lo considera terminado?

Todo marcha normalmente. Las noticias de lo que sucede en la

calle son increíbles: doscientos cincuenta gramos de té cuestan 350 florines; medio kilo de café, 80 florines; la mantequilla, 35; cada huevo, 1,45, ¡se pagan 14 florines por 100 gramos de tabaco búlgaro! Todo el mundo trafica en el mercado negro. Los chicos que vagan por las calles siempre tienen algo que ofrecer. El muchacho del panadero nos ha conseguido unos hilos de seda para zurcir al precio de 0,90; el lechero se ocupa de falsas tarjetas de racionamiento y un empresario de pompas fúnebres negocia con el queso. Todos los días hay un asalto, un asesinato o un robo; los agentes de policía participan en ellos como profesionales, pues todos quieren llenar sus estómagos, de una u otra manera; como está prohibido elevar los salarios, la gente se ve impelida al delito. La policía tiene bastante trabajo en buscar a las niñas perdidas diariamente. Desaparecen jovencitas de quince, dieciséis y diecisiete años.

¡Hasta la próxima!

Tu Ana

Domingo, en la mañana, 7 de mayo de 1944

Querida Kitty:

Gran conversación tuve con mi papá, ayer en la tarde; yo lloré desconsoladamente y él lloró también. ¿Sabes lo que me dijo, Kitty? He recibido muchas cartas en mi vida, ¡pero ésta es la más hiriente de todas! Tú, Ana, tan querida siempre por tus padres, por unos padres que constantemente han estado dispuestos a defenderte y lo han hecho, ¿tú pretendes no tener ninguna responsabilidad ante nosotros? Insinúas que te abandonamos, que te dejamos sola, que no te hacemos justicia. No, Ana. ¡Eres tú quien comete un gran error al ser tan injusta! Quizá no querías decir eso. Pero lo has escrito. ¡No, Ana! ¡Nosotros no merecemos semejantes palabras! ¡Oh, es horrible, cometí un gran error! Es la cosa más innoble que haya hecho en mi vida. Para que él me respetase, me empeciné en hablar de mis lágrimas y mi pesar con la presunción de una persona mayor. He tenido una gran pena, desde luego, pero acusar de esa manera al bueno de Pim, él que lo ha hecho todo por mí, y sigue haciéndolo, era más que innoble.

La lección me ha servido para bajar del pedestal en el que estaba, sí, mi orgullo ha recibido un pequeño impacto. Porque fui demasiado presuntuosa; Señorita Ana, ¡lo que usted ha hecho está lejos de ser perfecto! Causar semejante pesar a alguien a quien se dice querer, e intencionalmente, por añadidura, no es más que una bajeza, ¡una gran bajeza!

Lo que más me avergüenza es pensar cómo papá pudo perdonarme; ¡No, Ana! ¡Tú tienes todavía mucho que aprender! ¡En lugar de encarar a los demás y acusarlos, harías mejor en volver a empezar! He tenido mis penas, sí, pero todos los jóvenes de mi edad pasan por eso, ¿verdad? Yo interpretaba una comedia antes de tener conciencia de lo que hacía; me sentía sola, pero rara vez vencida. Hay que avergonzarse de eso y me avergüenzo terriblemente. Lo hecho, hecho está; pero es posible corregirse. Volver a empezar desde el principio, quiero hacerlo, y no debe de ser demasiado difícil, pues tengo a Peter. ¡Con su apoyo tendré éxito! Ya no estoy sola en el mundo. Él me quiere y yo lo quiero, tengo mis libros, los cuentos que escribo y mi diario; no soy demasiado fea ni demasiado tonta; poseo una alegría natural y buen carácter. ¡Ese es, mi propósito! Sí, Ana. Has podido comprobar muy bien que tu carta era demasiado fuerte y un gran error, y, por si fuera poco, ¡te sentías orgullosa de haberla escrito! Tomando el ejemplo de papá, conseguiré disculparme.

Tu Ana

Lunes 8 de mayo de 1944

Querida Kitty:

¿Te he hablado alguna vez de nuestra familia? Creo que no, y es una razón para empezar. Los padres de papá eran muy ricos. Su padre había hecho fortuna solo, y su madre provenía de una familia adinerada y distinguida. La juventud de papá fue, extremadamente agradable: bailes o fiestas, residencias suntuosas, lindas mujeres, banquetes, etc. Todo ese dinero se perdió durante la Primera Guerra Mundial y a causa de la inflación. Papá, con su educación esmerada, debió reírse ayer cuando, por primera vez en sus cincuenta y cinco años, tuvo que comer el raspado de la olla. Mamá proviene

también de familia de ricos. A menudo escuchamos boquiabiertos sus historias de fiestas con doscientos cincuenta invitados, cenas y bailes de sociedad. Ahora ya no se nos puede considerar ricos, pero confío en que nos reharemos después de la guerra. A diferencia de mamá y de Margot, te aseguro que no me contentaría con una pequeña vida restringida. Me gustaría pasar un año en París y otro en Londres, para estudiar las lenguas y la historia del arte. ¡Compara eso con lo que desea Margot, que aspira ser enfermera de maternidad en Palestina! Tengo todavía llena la imaginación de hermosos vestidos y personas interesantes. Como ya te he dicho, querría ver algo de mundo, adquirir cierta experiencia. Para eso, un poco de dinero no vendría mal.

Esta mañana, Miep nos habló de una fiesta de compromiso a la que estuvo invitada. Tanto el novio como la novia pertenecen a familias adineradas. Resultó, pues, particularmente elegante. Miep nos embobó con su descripción del menú; sopa de legumbres con albondiguillas de carne, queso, panecillos, entremeses con huevos, rosbif, torta de moka, vinos y cigarrillos, todo a discreción (mercado negro).

Miep bebió diez copas. No está mal para quien no bebe, ¿eh? Si ella hizo así, me pregunto en cuanto la habrá sobrepasado su marido. Naturalmente, todos los invitados estaban un poco achispados. Entre ellos, había dos policías militares que fotografiaron a los novios.

Se diría que Miep no puede olvidar un solo instante a sus protegidos clandestinos, sabiendo que ellos eran de los buenos, anotó inmediatamente el nombre y la dirección de esos hombres, por si alguna vez hubiera necesidad de ellos. Mientras escuchábamos su relato se nos hizo agua la boca. A nosotros, que nos contentamos para el desayuno con dos cucharadas de sopa de avena y que tenemos el estómago vacío la mayor parte del tiempo por no comer más que espinacas medio cocidas (para conservar las vitaminas) y papas podridas, ensalada cruda o cocida, y nuevamente espinacas. Tal vez lleguemos a ser fuertes como *Popeye*... ¡aunque de esto no tengo la menor prueba! Si Miep hubiera podido llevarnos a esa fiesta de compromiso, seguramente no habríamos dejado un solo panecillo a los otros invitados. Puedo decirte que estábamos literalmente pegados a ella, sacándole las palabras de la boca, como si nunca jamás hubiésemos oído hablar de cosas buenas y personas

distinguidas. Y eso les ocurre a las nietas de un millonario. ¡Qué extrañas vueltas da la vida!

Tu Ana

Martes 9 de mayo de 1944

Querida Kitty:

Mi cuento, Ellen el hada madrina, está terminado. Lo he pasado en limpio en un hermoso papel de cartas, con algunos adornos en tinta roja, y lo he cosido todo. No queda mal, pero ¿no es demasiado poco para el cumpleaños de papá? No lo sé. Mamá y Margot han compuesto, cada una, una felicitación en verso. Esta tarde, el señor Kugler ha venido con la noticia de que la señora B., que antes trabajaba para ellos haciendo demostraciones, ha expresado el deseo de venir a comer su vianda a la oficina, todos los días, a las dos ¿comprendes? Ninguno de nuestros protectores podrá ya subir a nuestra casa, las patatas ya no podrán sernos entregadas, el almuerzo de Bep quedará suprimido, el baño nos será prohibido, no podremos movernos, etcétera. Todos nos hemos quebrado los sesos para encontrar pretextos que la disuadieran de su proyecto. El señor Van Daan ha sugerido que se pusiera en su café un laxante enérgico.

—¡Ah, no! respondió el señor Kleiman. Todo menos eso, porque no bajaría nunca del trono. (Risas)

—¿Del trono? preguntó la señora. ¿Qué significa eso? ¿Puede emplearse siempre esa palabra? —, Volvió a inquirir con toda ingenuidad.

—¡Qué esperanza! Dijo Bep, riendo. Si entra usted en una gran tienda y pregunta dónde queda el trono, nadie la comprenderá.

Hace buen tiempo, Kitty. Un tiempo maravilloso. ¡Cómo me gustaría salir!

Tu Ana

Miércoles 10 de mayo de 1944

Querida Kitty:

Ayer, en el desván, estando con nuestra lección de francés, escuché que caía agua. Iba a preguntarle a Peter de qué se trataba, cuando él ya había corrido a la buhardilla, donde estaba la causa del desastre. Mouschi, al encontrar la caja donde hace sus necesidades demasiado ocupada, utilizó el espacio adyacente, en tanto que Peter, con mano firme, quería poner al gato en el lugar indicado. Se produjo un estrépito, y el gato, cuando hubo terminado, huyó por la escalera. Sin embargo, Mouschi había tratado de utilizar en parte su recipiente con aserrín. Sus orines resbalaron de la buhardilla, por una rendija, al techo del desván y, por desgracia, precisamente encima de las patatas. Y como el techo del desván no está desprovisto de pequeños agujeros, gotas amarillas cayeron sobre un montón de medias y algunos libros que se hallaban sobre la mesa. Yo me moría de risa; a tal punto el incidente resultaba cómico. Mouschi metido debajo de una silla. Peter con el agua con cloro y un trapo, y Van Daan calmando a todo el mundo. El desastre fue rápidamente remediado, pero nadie ignora que los orines de gato exhalan un hedor espantoso. No sólo las papas de ayer nos dieron la prueba flagrante, sino que el aserrín que papá ha quemado lo demostró también.

Tu Ana

P.D. Ayer y esta noche, nuestra bienamada reina se dirigió a su pueblo por radio. Dijo que se toma vacaciones, con el fin de regresar a Holanda con nuevas fuerzas. Ha hablado de su retorno en un porvenir cercano, de liberación, de valor heroico y de pesadas cargas. Enseguida, un discurso del ministro Gerbrandy. Por último, un sacerdote ha implorado a Dios para que vele por los judíos y por todos cuantos se encuentran en los campos de concentración, en las cárceles y en Alemania.

Viernes 12 de mayo de 1944

Querida Kitty:

Estoy tan ocupada en este momento que me falta tiempo para terminar el trabajo que se me ha acumulado. ¿Quieres saber todo lo que tengo que hacer? Pues bien, mañana tendré que terminar la primera parte de Galileo Galilei, porque hay que devolver el libro a la biblioteca. Hasta ayer no lo empecé, pero conseguiré terminarlo. Para la semana próxima tengo que leer La encrucijada de Palestina y el segundo tomo de Galileo. Ayer terminé la primera parte de la biografía de El emperador Carlos V, y debo ordenar todas las notas y los árboles genealógicos. Tengo, además, las notas de otros libros, en total tres páginas extranjeras que pasar en limpio y que aprenderme de memoria. Está también mi colección de artistas de cine, que se ha vuelto un revoltijo, y me es absolutamente necesario clasificarlas; pero este caos me llevaría algunos días, y me temo que tendrá aún que quedar abandonado a su suerte, por el momento, pues la “doctora” Ana, como ya te dije, se siente desbordada.

Tesco, Edipo, Orfeo y Hércules me aguardan; esperan que mi cabeza se ponga en orden, porque sus acciones se han introducido en ella como un tejido de hilos embrollados y multicolores. Mirón y Fidias también tienen necesidad urgente de ser tratados, pues si no corren el riesgo de desaparecer del cuadro. Pasa lo mismo, por ejemplo, con la Guerra de los Siete Años y la de los Nueve Años; es para mí una confusión inextricable. ¿Cómo hacer con una memoria tan desdichada como la mía? ¡Prefiero no pensar en lo que será cuando tenga ochenta años! Y me olvido de la Biblia... Me pregunto cuánto tiempo tardaré en llegar a Susana en el baño. ¿Y qué quieren decir con los pecados de Sodoma y Gomorra? ¡Qué de preguntas y qué de cosas por aprender! He abandonado completamente a *Liselotte von der Pfalz*. Ya ves, Kitty, como me siento. Ya sabes desde hace tiempo cuál es mi mayor deseo; llegar un día a ser periodista, y más tarde escritora reconocida. ¿Seré capaz de concretar mi ambición? ¿O es mi manía de grandeza? Habrá que verlo, pero hasta aquí los temas no me faltan. En todo caso, después de la guerra, quiero publicar una novela sobre la casa. No sé si lo conseguiré, pero mi diario me servirá de documento.

Además de la casa, se me han ocurrido otros temas. Ya te hablaré de ello largamente, cuando hayan cobrado forma.

Tu Ana

Sábado 13 de mayo de 1944

Mi muy querida Kitty:

Ayer, por fin, fue el cumpleaños de papá, coincidiendo con sus diecinueve años de matrimonio. La sirvienta no estaba en la oficina, y el sol brillaba como no lo había hecho todavía en 1944. Nuestro castaño está todo florecido, de arriba abajo, sus ramas pesadamente cargadas de hojas, y mucho más hermosos que el año pasado. Kleiman ha regalado a papá una biografía de Lineo. Kugler, un libro sobre la naturaleza. Dussel, *Ámsterdam bajo el agua*. Van Daan se ha presentado con una enorme caja, adornada con una envoltura muy linda, que contenía tres huevos, una botella de cerveza, una botella de yogur y una corbata verde. Al lado de esto, nuestro tarro de dulce pareció insignificante. Mis rosas huelen deliciosamente, y los claveles de Miep y Bep, aunque sin aroma, son muy bonitos. Pim ha sido muy agasajado. Se hicieron traer cincuenta tortitas: ¡exquisitas, maravillosas! Papá ha regalado bizcochos, cerveza a los caballeros y yogur a las mujeres. Todo el mundo ha disfrutado.

Tu Ana

Martes 16 de mayo de 1944

Mi muy querida Kitty:

Para variar un poco, (como hace mucho tiempo que no hablo sobre el tema) te contaré la discusión que se tuvo anoche entre el señor y la señora Van Daan.

Señora: Los alemanes deben de haber reforzado el Muro del Atlántico de manera insospechada. Harán cuanto esté en su poder para impedir a los ingleses que desembarquen. A pesar de todo, ¡es increíble esa fuerza de los alemanes!

Señor: ¡Sí, sí! Colosal.

Señora: Sí...

Señor: A la larga, ganarán incluso la guerra. ¡Son tan fuertes!

Señora: Es muy posible. Aún no estoy convencida de lo contrario.

Señor: Prefiero no seguir contestando.

Señora: Pero no puedes dejar de hacerlo. Es más fuerte que tú.

Señor: ¿Qué quieres? Contesto sólo lo indispensable.

Señora: Pero contestas, y constantemente quieres tener razón. Sin embargo, tus pronósticos no siempre se cumplen.

Señor: Hasta ahora, nunca me he equivocado.

Señora: ¡Es falso! Opinabas que la invasión se efectuaría el año pasado, que Finlandia ya habría firmado la paz, que Italia quedaría liquidada durante el invierno, que los rusos tomarían Lemberg, ¡Oh, no! Decididamente, tus pronósticos no valen mucho.

Señor (levantándose): Bueno, ¿quieres cerrar la boca? Algún día demostraré que tengo razón. Ya estoy hasta la coronilla de tus tonterías y espero el momento de restregártelo todo por la nariz.

Fin del Primer Acto

Yo no pude evitar una carcajada, mamá tampoco, Peter se mordía los labios. ¡Oh, qué tontos son los adultos! Antes de hacer observaciones a sus hijos, sería mejor que comenzasen por aprender algo. Desde el viernes abrimos de nuevo las ventanas.

Tu Ana

Viernes 19 de mayo de 1944

Querida Kitty:

Ayer me sentí muy mal, y he vomitado. He tenido dolor de vientre y todas las calamidades imaginables. Hoy estoy un poco mejor, tengo mucha hambre, pero prefiero no comer más frijoles esta noche. Todo sigue bien entre Peter y yo. El pobre chico necesita, mucho más que yo, un poco de cariño. Se ruboriza aún cada vez que nos besamos al despedirnos por la noche, y nunca deja de mendigar otro beso. ¿Seré yo lo bastante buena para consolarlo de la pérdida de Moffie? Eso no importa, porque él es muy dichoso desde que sabe que alguien lo quiere. Después de mi difícil conquista, domino

un poco la situación. Pero no hay que pensar que mi amor haya disminuido. Peter es un encanto, pero en lo que se refiere a mis sentimientos más profundos, me he cerrado nuevamente, enseguida. Si él quiere romper la armadura una vez más, necesitará una palanca más fuerte.

Tu Ana

Sábado 20 de mayo de 1944

Querida Kitty:

Anoche, al regresar del cuarto de Peter y entrar en casa, vi el florero de los claveles por el suelo, a mamá de rodillas con un trapo y a Margot tratando de pescar mis papeles.

—¿Qué sucede? —, pregunté con aprensión, y sin esperar respuesta comencé a apreciar el daño.

Mi carpeta de árboles genealógicos, mis cuadernos, mis libros ¡todo flotaba! Estuve a punto de llorar, y tan conmovida que hablé a tontas y a locas; no recuerdo qué dije, pero Margot me ha repetido exageraciones, tales como “irrevocablemente perdido, espantoso, horrible, irreparable”, y Dios sabe cuántas cosas más. Papá se echó a reír, así como Margot y mamá; pero yo tenía lágrimas en los ojos viendo perdido todo mi trabajo y mis minuciosas notas. El “daño irreparable”, visto de cerca, no era tan grave. En el desván, despegué cuidadosamente todos los papeles, y los colgué a secar. Viéndolos, yo también solté la risa: María de Médicis pendía al lado de Carlos V, y Guillermo de Orange al lado de María Antonieta, lo que hizo decir a Van Daan: *Rassenchande*¹. Confié a Peter el cuidado de mis papelotes, y volví a bajar las escaleras.

—¿Cuáles son los libros estropeados? —, pregunté a Margot, que los estaba examinando.

—El de álgebra — respondió ella.

Acudí enseguida para ver, pero lamento decir que ni mi libro de álgebra estaba en mal estado; nunca he detestado tanto un libro como ese mamotreto. En la primera hoja figuran los nombres de por lo menos veinte propietarios precedentes, está viejo, amarillento,

¹ *Ultraje racial. Término alegórico a las ideologías nazis sobre la pureza de la raza.*

cubierto de garabatos y de correcciones. ¡Un día, que me dé un ataque de locura, lo romperé en pedazos!

Tu Ana

Lunes 22 de mayo de 1944

Querida Kitty:

Papá perdió su apuesta con la señora Van Daan, a quien ha entregado cinco tarros de Yogur. La invasión no se ha efectuado aún, puedo decir con absoluta certeza que toda Ámsterdam, toda Holanda, sí, toda la costa occidental de Europa hasta España no hace más que hablar y discutir sobre este tema, apostar y esperar... La atmósfera de espera no puede ser más tensa. Una buena parte de aquellos que nosotros incluimos entre los «buenos» holandeses han dejado de creer en los ingleses; no todo el mundo se conforma con el famoso bluff inglés —¡oh, no, lejos de eso! —; hay quienes necesitan pruebas, acciones grandes y heroicas. Nadie mira más allá de la punta de su nariz, nadie piensa en los ingleses como personas que se defienden y pelean por su país; todos creen que ellos están obligados a salvar a Holanda lo más rápidamente y lo mejor posible.

¿Qué obligaciones han contraído los ingleses con nosotros? ¿De qué manera los holandeses han merecido esa ayuda generosa que esperan con tanta seguridad? Por triste que sea, los holandeses pueden prepararse para las decepciones; a despecho de todo su bluff, no se le puede reprochar más a Inglaterra que a los otros países grandes y chicos que actualmente no están ocupados. Sin duda, los ingleses no vendrán a presentarnos sus excusas; porque si nosotros podemos reprocharles haberse dormido durante los años en que Alemania se armaba, no podríamos negar que todos los demás países, en especial los limítrofes de Alemania, se durmieron igualmente. La política del avestruz de nada nos servirá. Inglaterra y el mundo entero lo saben bien. Por eso los aliados, todos y cada uno, y particularmente Inglaterra, se verán obligados a hacer sacrificios. Ningún país desearía sacrificar a sus hombres en el interés de otro país, e Inglaterra no será la excepción. La invasión, la liberación y la libertad vendrán un día, pero la hora será fijada por

Inglaterra y Estados Unidos, y no por un conjunto de territorios ocupados. Con gran pesar y consternación hemos sabido que muchas personas se han vuelto contra los judíos. Hemos oído decir que el antisemitismo se ha apoderado de ciertos círculos, donde antes, jamás se hubiera pensado en eso. Los ocho nos sentimos profundamente conmovidos por la noticia. La causa de este odio contra los judíos es plausible, a veces hasta humana, pero inadmisibles. Los cristianos reprochan a los judíos que, ante los alemanes, tengan la lengua demasiado larga, traicionando a sus protectores y haciendo sufrir a los cristianos, por culpa de ellos, la suerte trágica y la tortura horrible de tantos de nosotros. Todo eso es verdad, pero hay que ver el reverso de la medalla, como en cualquier otro caso. ¿Los cristianos, en nuestro lugar, obrarían de manera diferente? ¿Un hombre, sea judío o cristiano, puede callarse ante los medios de que se sirven los alemanes? Todo el mundo sabe que eso es casi imposible. ¿Por qué, entonces, exigir lo imposible a los judíos? En los grupos de la Resistencia corre un rumor vinculado a los judíos alemanes otrora emigrados en Holanda, y actualmente en los campos de concentración de Polonia: estos no podrían, después de la derrota de Hitler, regresar a Holanda, donde tenían el derecho de asilo; se les obligaría a volver a Alemania. Oyendo eso, ¿no es lógico que nos preguntemos por qué se sostiene esta guerra larga y penosa? ¡Se nos ha repetido siempre que nosotros combatimos juntos por la libertad, la verdad y el derecho! Si ya se declara la división en pleno combate, ¿el judío saldrá del inferior a algún otro, una vez más? ¡Ay! Es triste tener que admitir el viejo aforismo: “De la mala acción de un cristiano, es este mismo responsable; la mala acción de un judío recae sobre todos los judíos”. Francamente, no puedo concebir que los holandeses hagan semejante cosa, ese pueblo bueno, honrado y leal que, al juzgarlos así, juzga al pueblo más oprimido, al más desgraciado y quizás al más digno de compasión del mundo entero. Sólo me resta confiar en que esta ola de odio contra los judíos sea pasajera, que los holandeses se mostrarán bien pronto tales como son, guardando intacto su sentimiento de justicia y su integridad. Porque el antisemitismo es injusto.

Y si este terror tuviera verdaderamente que suceder, el pobre puñado de judíos que queda en Holanda terminaría por dejarla. También nosotros aprontaríamos las valijas y reanudaríamos la marcha, abandonando a este hermoso país que tan cordialmente nos

recibió y que, sin embargo, nos vuelve la espalda. Amo a Holanda. Hasta había confiado en que me serviría de patria y sigo conservando esa esperanza.

Tu Ana

Jueves 25 de mayo de 1944

Querida Kitty:

¡Bep se ha comprometido! aunque no es una noticia tan maravillosa, la verdad a ninguno de nosotros nos interesa.

Todos los días ocurre algo. Esta mañana, nuestro proveedor de hortalizas ha sido arrestado: tenía dos judíos en su casa. Es un golpe para nosotros, no sólo porque dos pobres judíos más se hallen al borde del abismo, sino porque el proveedor se encuentra también en el mismo trance. El mundo está trastornado; las personas decentes son enviadas a los campos de concentración, a las prisiones, o todavía tiemblan en las celdas solitarias, en tanto que la gentuza que se queda aquí gobierna a jóvenes y viejos, a ricos y pobres. Uno se deja atrapar por el mercado negro, otro por haber albergado a judíos o a rebeldes; quienes no están en contacto con los nazis no pueden saber lo que pasará mañana. ¡Cómo vamos a extrañar a nuestro proveedor de hortalizas! Miep y Bep no podrán encargarse de semejantes bolsas de patatas sin llamar la atención; lo único que nos queda por hacer es comer menos.

Te cuento, pues, cómo vamos a arreglarnos; no será divertido. Mamá ha propuesto que suprimamos el desayuno, comer la avena en el almuerzo y papas saltadas por la noche, y una o dos veces por semana, como máximo, verduras o ensalada. Eso significa el hambre, pero todas estas privaciones no son nada comparadas con el temor de ser descubiertos.

Tu Ana

Viernes 26 de mayo de 1944

Querida Kitty:

Por fin, al fin ha llegado el momento para escribirte sentada en mi escritorio, ante una ventana apenas entreabierta. ¡Me siento tan desdichada! Esto no me ocurría desde hace meses; ni siquiera después del robo llegué a estar tan deprimida. Por una parte, el proveedor de hortalizas, el problema de los judíos del que todo el mundo habla sin cesar, la invasión que se hace esperar, la mala alimentación, los nervios, la atmósfera deprimente, mi decepción con respecto a Peter; y, por otra parte, historias como para soñar: el noviazgo de Bep, recepción el día de Pentecostés, flores, etc.; luego, el cumpleaños de Kugler, dulces, salidas a los cabarets, cine y conciertos. ¡Esta diferencia, este enorme contraste! Un día nos reímos del lado cómico de lo que estamos viviendo; otro, es decir, la mayor parte del tiempo temblamos de miedo; la ansiedad, la espera y la desesperación son visibles en cada rostro. Miep y Kugler son los que cargan el mayor peso en la ayuda que se nos presta. Miep interrumpida en su trabajo, y Kugler anonadado a la larga por la gran responsabilidad que ha contraído; se mantiene aún dueño de sus nervios demasiado tensos, pero hay momentos en que apenas si logra pronunciar una palabra. Kleiman y Bep, aún ocupándose bien y hasta muy bien de nosotros, tienen sin embargo un mayor respiro, algunas horas de ausencia un día, a veces dos días, que les permiten olvidarse de la casa. Tienen sus propias preocupaciones, Kleiman sobre su salud, y Bep sobre su compromiso, que no es de color de rosa; pero aparte de eso, tienen sus excursiones, sus visitas, toda una vida de personas libres. Ellos pueden alejarse de esta atmósfera sombría, aunque sólo sea por poco tiempo; para nosotros, la tensión siempre va en aumento.

Ya hace dos años que estamos aquí, ¿cuánto tiempo vamos a poder resistir esta presión insoportable y más fuerte cada día? Como los desagües están obstruidos, debemos hacer correr el agua con cuentagotas; vamos al baño con un cepillo, y conservamos el agua sucia en un recipiente. Hoy, eso puede pasar, pero ¿qué vamos a hacer si el plomero no puede arreglárselas solo? El servicio municipal no viene hasta el martes.

Miep nos ha enviado un pan de centeno con la inscripción: "Feliz Pentecostés". Esto suena casi a burla. ¿Cómo ser feliz en el estado en el que nos encontramos? Tras el arresto del proveedor de hortalizas, el miedo reina en la casa. ¡shisf, shisf!, por todos lados. Las tareas se hacen con mucho sigilo. ¡Si la policía ha forzado la puerta del verdulero, nosotros estamos tan expuestos como él! Si nosotros... No. No tengo el derecho de escribirlo, pero hoy esta cuestión no quiere abandonarme, toda la angustia por la cual ya he pasado se me impone nuevamente en toda su amplitud.

Esta noche, al ir al baño alrededor de las ocho, he tenido que dejar el piso de los Van Daan, donde todos estábamos reunidos, alrededor de la radio; quería ser valerosa, pero era difícil. Con los otros, me siento todavía en seguridad relativa, pero no completamente sola. Sé que la casa es grande y que está abandonada; los ruidos de arriba, ensordecidos, son misteriosos.

Si me demoro, comienzo a temblar, pues no puedo dejar de ver cuán terrible es nuestra situación. Más de una vez me pregunto si, para todos nosotros, no habría valido más no ocultarnos y estar ahora muertos, antes de pasar por todas estas calamidades, sobre todo por nuestros protectores, que al menos no estarían en peligro. Ni siquiera este pensamiento nos hace retroceder, amamos todavía la vida, no hemos olvidado la voz de la naturaleza, a pesar de todo. Que algo suceda bien pronto, que lleguen las bombas si es necesario, porque ellas no podrían aplastarnos más que esta intranquilidad. Que llegue el fin, aunque sea duro; al menos sabremos si, en última instancia, vamos a triunfar o sucumbir.

Tu Ana

Miércoles 31 de mayo de 1944

Querida Kitty:

Hizo un calor terrible el sábado, el domingo y el lunes, que me resultó imposible sujetar una lapicera en la mano. Por lo tanto, no pude escribir.

Las cañerías volvieron a fallar el viernes, y fueron arregladas el sábado. El señor Kleiman vino a visitarnos por la tarde y nos contó un montón de cosas sobre Corry: entre otras, que está en el mismo

club de hockey que Jopie. El domingo vino Bep para asegurarse de que no habíamos recibido ninguna visita indeseada, y se quedó a desayunar con nosotros. El lunes de Pentecostés fue el señor Van Santen quien actuó como guardián del escondite; y, finalmente, el martes fue posible abrir nuevamente las ventanas. Pocas veces hemos tenido un Pentecostés tan agradable, cálido, hasta podría decirse caluroso. El calor que hace en la “casa secreta” es terrible. Te describiré brevemente estos días sofocantes mediante ejemplos de las quejas que surgen:

Sábado. “Qué día hermoso, qué tiempo perfecto”, dijimos todos por la mañana. ¡Ah! Si no hiciera tanto calor, exclamábamos a la tarde cuando se cerraron las ventanas.

Domingo: Este calor es decididamente insoportable. La mantequilla se está derritiendo; no hay un solo lugar fresco en toda la casa, el pan se está poniendo tan seco, la leche se vuelve agria, no es posible abrir las ventanas, y nosotros, desdichados proscritos, estamos aquí sentados sofocándonos, mientras otras personas disfrutan del feriado de Pentecostés.

Lunes: Me duelen los pies, no tengo ropas más livianas. No puedo lavar los platos con este calor, todo esto dicho por la señora Van Daan. Fue extremadamente desagradable.

Aún no puedo tolerar el calor; por lo que me alegro de que hoy corra una buena brisa, y, de todas formas, brille el sol.

Tu Ana

Lunes 5 de junio de 1944

Querida Kitty:

Un nuevo problema en la casa de atrás: los Frank han discutido con Dussel por algo insignificante: la partición de mantequilla.

Capitulación de Dussel. Gran amistad entre este último y la señora Van Daan, flirteo, besitos y sonrisas de miel. Dussel comienza a sentir las inquietudes de la primavera. Roma ha sido tomada por el Quinto Ejército, sin devastación ni bombardeos.

Pocas verduras pocas patatas. Mal tiempo. El paso de Calais y la costa francesa están constantemente bajo las bombas.

¿De qué viviremos el mes que viene?

Tu Ana

Martes 6 de junio de 1944

Querida Kitty:

“Hoy es el día D”, ha dicho la radio inglesa a mediodía, y con razón: This is the day¹. ¡La invasión ha comenzado! Esta mañana, a las ocho, la BBC anunció el bombardeo en gran escala de Calais, Boloña, El Havre y Cherburgo, y también del paso de Calais (como de costumbre). Medidas de precaución para los territorios ocupados: todos los que habitan la zona que se extiende a 35 kilómetros de la costa están expuestos a los bombardeos. De ser posible, los aviones ingleses lanzarán volantes una hora antes. Según la transmisión alemana, tropas inglesas habrían aterrizado con paracaídas en la costa francesa. Combate entre los buques de desembarco y la marina alemana, según la BBC.

Conjeturas en el anexo, desde las nueve durante el desayuno: ¿se trata de una invasión tentativa, como la de Dieppe, hace dos años? Transmisión inglesa en alemán, holandés, francés y otras lenguas: «¡La invasión ha comenzado!» ... eso significa «la verdadera», invasión. Transmisión inglesa en lengua alemana, a las once; discurso del comandante en jefe, el general Dwight Eisenhower. A mediodía, en lengua inglesa: «Hoy es el día D». El general Eisenhower dijo al pueblo francés:

Stiff fighting will come now, but after this the victory. The year 1944 is the year of complete victory. Good luck!²

La BBC en lengua inglesa, una hora más tarde: Once mil aviones dejan caer constantemente tropas en paracaídas detrás de las líneas. Cuatro mil navíos, más pequeñas embarcaciones, aseguran el servicio constante del transporte de tropas y de material entre Cherburgo y El Havre. Las operaciones de las tropas inglesas y norteamericanas han empezado. Discursos de Gerbrandy, el Primer Ministro de Bélgica, del rey Haakon de Noruega, de De Gaulle para Francia, del rey de Inglaterra, sin olvidar el de Churchill.

¹ Traducido del Inglés. Este es el día.

² Traducido del Inglés. Ahora habrá una dura lucha, pero después de esto la victoria. El año 1944 es el año de la victoria completa. ¡Buena suerte!

La casa es un volcán en erupción. ¿Se acerca de veras esa libertad tan largamente esperada? Esa libertad de la que tanto se ha hablado, ¿no es demasiado hermosa, parecida a un cuento de hadas, para que se transforme en realidad? Este año, 1944, ¿va a darnos la victoria? Aún no lo sabemos, pero la esperanza nos hace renacer, nos devuelve el valor, nos restituye las fuerzas. Porque va a ser necesario soportar valerosamente muchas angustias, privaciones y sufrimientos. Se trata de permanecer tranquilos y de resistir. A partir de ahora, y más que nunca, tendremos que hundirnos las uñas en la carne antes que gritar. Es el momento para Francia, Rusia, Italia y también Alemania de hacer oír su miseria; en cuanto a nosotros, aún no tenemos ese derecho. ¡Oh, Kitty! Lo más hermoso de la invasión es la idea de que podré reunirme con mis amigos. Después de haber tenido el cuchillo en la garganta, de haber estado durante tanto tiempo oprimido por esos horribles alemanes, no podemos estar menos confiados, al pensar en la salvación y en los amigos.

Ya no se trata de judíos. Ahora se trata de toda Holanda y de toda Europa ocupada. Margot dice que quizá yo no pueda ir a la escuela en septiembre o en octubre.

Tu Ana

P.D. Te mantendré informada de las últimas noticias. En la noche y en la mañana siguiente los aliados lanzaron maniqués llenos de explosivos tras las líneas alemanas. También grandes contingentes de paracaidistas, pintados de negro como medio de camuflaje. A las siete de la mañana arribaron las primeras lanchas de desembarco. Por la noche se habían lanzado cinco millones de kg. de bombas sobre ese sector costero. Hoy actuaron veinte mil aviones. Al producirse el desembarco mismo, las baterías alemanas ya estaban definitivamente silenciadas. Se logró construir una pequeña cabeza de puente. Todo marcha bien, a pesar del mal tiempo. El ejército aliado y los pueblos ocupados son one will and one hope¹.

¹ Traducido del inglés. una voluntad y una esperanza

Viernes 9 de junio de 1944

Querida Kitty:

¡La invasión sigue viento en popa! Los aliados están en Bayeux, un pequeño puerto de la costa francesa, y se lucha por Caen. El objetivo estratégico consiste en rodear la aislada Cherburgo. Todas las noches, las transmisiones de guerra hablan de las dificultades, el valor y el entusiasmo del ejército, dando ejemplos de los más increíbles. Algunos heridos, de regreso en Inglaterra, han hablado también. La RAF no interrumpe sus vuelos, a pesar del mal tiempo. Hemos sabido por la BBC que Churchill quería participar con sus hombres en el desembarco, pero tuvo que abandonar su proyecto por consejo de Eisenhower y otros generales. ¡Qué coraje para un anciano que debe de tener cerca de setenta años! Aquí nos hemos repuesto un poco de la emoción, pero confiamos en que la guerra termine antes de fin de año. ¡Ya es hora! La señora Van Daan nos aburre con sus tonterías; ahora que no puede volvernos locos con el tema de la invasión, la emprende con el mal tiempo todo el santo día. ¡Habría que meterla en una tina llena de agua fría! Todos los habitantes del anexo, excepto Van Daan y Peter, han leído la trilogía Rapsodia húngara, que trata sobre la vida del compositor, músico eximio y niño prodigio que fue Franz Liszt. Es un libro muy interesante, pero opino que en él se habla demasiado de mujeres. En su tiempo, Liszt fue no sólo el más grande y famoso pianista, sino también el mayor don Juan... hasta la edad de setenta años. Vivió con la duquesa Marie d'Agould, la princesa Carolina Sayn-Wittgenstein, la bailarina Lola Montez, la pianista Agnes Kingworth, la pianista Sophie Menter, la princesa Olga Janina, la baronesa Olga Meyendorff, la actriz Lilla no- sé- cuanto, etc., etc.; la lista es interminable. Las partes del libro que tratan sobre música y arte son mucho más interesantes. Se menciona a Schuman, Clara Wieck, Héctor Berlioz, Johannes Brahms, Beethoven, Joachim, Richard Wagner, Hans von Bülow, Anton Rubinstein, Frédéric Chopin, Víctor Hugo, Honoré de Balzac, Hiller, Hummel, Czerny, Rossini, Cherubini, Paganini, Mendelssohn, etcétera. Liszt era personalmente un hombre agradable, muy generoso y modesto en lo que respecta a sí mismo, aunque en extremo vano. Ayudaba a todo el mundo, su arte lo era todo para él, le enloquecían el coñac y las mujeres, no podía

soportar las lágrimas, era un caballero, jamás se hubiera negado a hacer un favor a nadie, le importaba poco el dinero, y era partidario de la libertad de culto y amaba al mundo

Tu Ana

Martes 13 de junio de 1944

Querida Kitty:

Mi cumpleaños ha llegado de nuevo. Tengo ya quince años. He recibido bastantes regalos. La Historia del Arte de Springer, en cinco tomos; además, un conjunto de ropa interior, un pañuelo, dos tarros de yogur, un frasquito de mermelada, un gran bizcocho y un libro sobre botánica, de papá y mamá. Un brazalete doble de Margot, un libro (Patria) de Van Daan, caramelos de Dussel, bombones y cuadernos de Miep y Bep, y la mejor sorpresa, un libro: María Theresa, así como tres tajadas de verdadero queso, de Kraler; un magnífico ramo de peonías de Peter. ¡Pobre muchacho! se ha esforzado tanto por encontrar algo, pero sin ningún resultado.

Las noticias, las tormentas, los torrentes de lluvia y el mar desencadenado.

Churchill, Smuts, Eisenhower y Arnold visitaron ayer, en Francia, los pueblos conquistados y liberados por los ingleses. Churchill hizo la travesía en un torpedero que hostigó la costa. Hay que creer que ese hombre, como tantos otros, desconoce el miedo. ¡Es envidiable!

Desde la casa de atrás, no podemos pulsar la moral de los holandeses. No cabe duda de que las personas se alegran de haber visto a la indolente Inglaterra arremangarse por fin. Todos los holandeses que todavía osan hablar despectivamente de los ingleses, que siguen calumniando a Inglaterra y a su gobierno de viejos señores, llamándoles cobardes aun cuando odian a los alemanes, merecen una buena sacudida, tal vez eso les devuelva el sentido.

Hacía dos meses que no tenía la menstruación, pero finalmente todo recomenzó el sábado. A pesar de la molestia que significa, me alegro. Pensamientos, acusaciones y reproches asaltan mi cerebro como un ejército de fantasmas.

No soy en realidad tan presumida como imaginan los demás. Conozco mis innumerables defectos mejor que cualquiera, pero he ahí la diferencia: sé que tengo la firme voluntad de enmendarme, y de llegar a ello, pues ya compruebo un progreso sensible. Entonces, ¿cómo es posible que todo el mundo siga encontrándome presuntuosa y tan poco modesta? ¿Soy en verdad tan presuntuosa? ¿Lo soy realmente yo, o acaso lo son los otros? Esto no conduce a nada, lo comprendo, pero no voy a tachar la última frase, por extraña que sea. La señora Van Daan, mi principal acusadora, es conocida por su falta de inteligencia y, puedo decirlo con toda tranquilidad, por su estupidez. La mayoría de las veces, los tontos no pueden soportar a alguien más inteligente o más despierto que ellos. La señora me juzga tonta porque soy más veloz que ella para comprender las cosas; juzga que adolezco de inmodestia porque ella adolece mucho más; encuentra mis vestidos demasiado cortos porque los suyos son más cortos aún. Asimismo, me juzga presuntuosa porque ella es de eso dos veces más culpable que yo al hablar de cosas de las que no tiene ninguna noción. Mas he aquí uno de mis proverbios predilectos: «Hay algo de verdad en cada reproche». Y estoy dispuesta a admitir que soy presuntuosa. Ahora bien, no tengo muy buen carácter, y te aseguro que nadie me regaña y me critica tanto como yo misma. Entonces, si mamá agrega a ello sus buenos consejos, las prédicas se acumulan y se tornan insoportables, que, desesperando de no poder nunca salir de eso, me vuelvo insolente y me pongo a contradecirla. Y, por último, recurro al mismo estribillo: “¡Nadie intenta comprenderme!”. Esta idea está anclada en mí y, por discutible que pueda parecer, hay a pesar de todo, una brizna de verdad en esto también. Las acusaciones que me dirijo a mí misma cobran a menudo tales proporciones, que siento sed de una voz reconfortante que se interese un poco por lo que pasa en mí. ¡Ay! Por mucho que busque, todavía no he encontrado esa voz. Yo sé que esto te hace pensar en Peter, ¿verdad, Kitty? De acuerdo. Peter me quiere. No como enamorado, sino como amigo. Su devoción aumenta con los días. Sin embargo, no comprendo qué nos detiene a los dos; hay algo misterioso que nos separa. A veces pienso que el deseo irresistible hacia él era exagerado, pero eso no puede ser verdad, porque si me ocurre no reunirme con él por dos días seguidos, mi deseo se vuelve más fuerte que nunca... Peter es bueno y amable, mas no puedo negar que me decepciona en

muchas cosas. Le reprocho, sobre todo, que reniegue de su religión; sus conversaciones sobre la alimentación, y otras cosas que me desagradan han revelado varias divergencias entre nosotros. Pero sigo persuadida de que mantendremos nuestro propósito de no regañar nunca. A Peter le gusta la paz, es tolerante y muy indulgente. No permitiría a su madre que le dijera todas las cosas que acepta de mí, y hace denodados esfuerzos por mantener sus cosas en orden. Sin embargo, continúa guardando para sí sus sentimientos más íntimos ¿Por qué nunca me deja entreverlos? Su naturaleza es mucho más cerrada que la mía, es verdad, pero hasta las naturalezas más reacias sienten en un momento dado la necesidad irresistible de liberarse, tanto y más que las otras, que yo he experimentado. Ambos hemos pasado en el anexo los años en que uno se forma. Hablamos y volvemos a hablar siempre del porvenir, del pasado y del presente, pero, como ya te dije, parecía faltarme lo esencial, y sé que está ahí.

Puede que sea la nostalgia del aire libre, después de estar privada por tanto tiempo, pero extraño más que nunca a la naturaleza.

Recuerdo todavía muy bien que antes nunca me sentí tan fascinada por un cielo azul deslumbrante, por el canto de los pájaros, por el claro de luna, por las plantas y las flores. Aquí, he cambiado. El día de Pentecostés, por ejemplo, cuando hacía tanto calor, permanecí despierta hasta las once y media, para mirar completamente sola, por una vez, la luna a través de la ventana abierta. ¡Ay! Este sacrificio no sirvió de nada, pues la luna brillaba con luz demasiado fuerte para que yo me arriesgase a abrir la ventana. En otra ocasión — hace varios meses de eso— había subido al cuarto de los Van Daan una noche en que su ventana estaba abierta. Noche oscura y lluviosa, tormenta y nubes fugitivas. Por primera vez, desde hacía un año, frente a frente con la noche, me hallaba bajo el imperio de su hechizo. Después de eso, mi deseo de revivir un momento semejante sobrepasaba a mi miedo a los ladrones, a las ratas y a la oscuridad. Una vez bajé completamente sola para mirar por la ventana de la oficina privada y por la de la cocina.

Muchas personas encuentran bella a la naturaleza; muchos pasan la noche en el campo, quienes están en cárceles y hospitales, aguardan el día en que podrán gozar de nuevo del aire libre, pero hay pocos que están como nosotros; encontrados y aislados con su nostalgia de lo que es accesible tanto a pobres como a ricos.

Mirar el cielo, las nubes, la luna y las estrellas me tranquilizan y me devuelve la esperanza; no se trata, en verdad, de imaginación. Es un remedio mucho mejor que la valeriana y el bromuro. La naturaleza me hace humilde y me preparo a soportar todos los golpes con valor. En algunas ocasiones, me ha tocado la desdicha de mirar a través de vidrios sucios y visillos cargados de polvo. Mi gozo se desvanece, pues la naturaleza es la única cosa que no tolera ser transformada.

Tu Ana

Viernes 16 de junio de 1944

Querida Kitty:

Nuevos problemas: La señora Van Daan está desesperada, y habla de cárcel, de ahorcarse, de suicidio y de meterse una bala en el cráneo. Está celosa porque Peter confía en mí y no en ella. Se siente humillada porque Dussel no responde a sus insinuaciones. Teme que su marido se fume todo el dinero de su abrigo de pieles. Se pasa el tiempo en peleas, insultos, lloriqueos, quejas y risas para volver a las peleas. ¿Qué hacer de una chiflada que gimotea sin cesar? Nadie la toma en serio. No tiene ningún carácter, se queja de todo el mundo, provoca la insolencia de Peter, la irritación del señor Van Daan fastidiado, y el cinismo de mamá. Es una situación lamentable. Sólo resta una cosa por hacer; considerarse a sí mismo con sentido del humor y no reparar en los demás. Parecerá egoísmo, pero es en realidad el único medio de defensa cuando uno no puede confiar sino en sí mismo.

Kugler ha sido convocado nuevamente para trabajar la tierra duramente cuatro semanas. Va a tratar de librarse mediante un certificado médico y una carta del negocio. Kleiman está decidido a hacerse operar su úlcera.

Ayer, a las once, fueron cortadas las líneas telefónicas a los particulares.

Tu Ana

Viernes 23 de junio de 1944

Querida Kitty:

Nada especial ha sucedido.

Los ingleses han iniciado la gran ofensiva sobre Cherburgo. ¡Pim y Van Daan están seguros de nuestra liberación para antes del 10 de octubre! Los rusos toman parte en las operaciones; ayer comenzaron la ofensiva sobre Witebsk, exactamente tres años después del ataque alemán.

Ya casi no nos quedan papas; en lo futuro, las contaremos para que cada uno sepa la parte que le corresponde.

Los médicos de Kleiman no han encontrado nada en sus radiografías, duda si operarse o esperar y que pase lo que tenga que pasar.

Tu Ana

Martes 27 de junio de 1944

Mi muy querida Kitty:

El ambiente ha cambiado bastante: Todo marcha bien. Cherburgo, Witebsk y Slobin han caído hoy. Muchos prisioneros, gran botín. Los ingleses pueden ahora desembarcar lo que quieran, material y todo. Porque tienen un puerto. Tienen todo el Cotentín, tres semanas después de iniciada la invasión. ¡Qué resultado!

Durante las tres semanas que transcurrieron desde el día D no ha habido un solo día sin lluvia o tormenta, tanto aquí como en Francia; sin embargo, esta mala suerte no ha sido impedimento para los ingleses y norteamericanos demostrar su fuerza, ¡y cómo! Aunque la V-2, la famosa arma secreta, haya entrado en acción, ello no significa más que algunos destrozos en Inglaterra y material de propaganda para la prensa nazi. Por lo demás, los alemanes temblarán aún más al reparar en que el "peligro bolchevique" no está lejos.

Todas las mujeres alemanas de la región costera que no trabajan para la Wehrmacht son evacuadas a Grominga, Friesland y la Gueldre. Mussert ha declarado que, en caso de desembarco en nuestra tierra, se pondrá el uniforme de soldado.

¿Va a pelear ese gordito? Hubiera podido empezar un poco antes, en Rusia. Finlandia, que había rechazado los ofrecimientos de paz, ha roto de nuevo las conversaciones; tendrán de qué arrepentirse esos idiotas.

¿Cuánto crees que habremos avanzado para el 27 de julio?

Tu Ana

Viernes 30 de junio de 1944

Querida Kitty:

Mal tiempo, en la radio se escucha: Bad weather at a stretch to the 30th of June¹. ¡Qué te parece! Desde luego, ya manejo el inglés; prueba de ello es que estoy leyendo *An Ideal Husband* con ayuda del diccionario.

Noticias excelentes: Bobroisk, Mogilef y Orsja han caído. Muchos prisioneros.

En casa, las cosas están all right, la moral sensiblemente mejor. Nuestros optimistas a ultranza triunfan. Bep ha cambiado de peinado. Miep tiene una semana de licencia. Esas son las últimas noticias.

Tu Ana

Jueves 6 de julio de 1944

Querida Kitty.

Me entra un terrible temor cuando Peter dice que más tarde podría muy bien hacerse criminal o especulador. Aunque sepa que bromea no por eso dejo de tener la impresión de que le asusta su propia debilidad de carácter. Tanto Margot como Peter me repiten siempre: ¡Ah, si pudiera ser tan fuerte y valerosa como tú, tan perseverante! ¡Si tuviera tu energía tenaz!

Me pregunto si no dejarse influir es de veras una cualidad. Sigo casi siempre el camino de mi propia conciencia; quién sabe si tengo razón. En realidad, me cuesta comprender al que dice:

¹ Traducido del Inglés. Mal tiempo en un tramo hasta el 30 de junio

Soy débil, y sigue siéndolo. Ya que tiene conciencia de ello, ¿por qué no remontar la corriente y enmendar el propio carácter? A esto Peter replica... Porque es mucho más fácil, lo que me desalienta un poco. ¿Fácil? ¿Quiere decir que una vida perezosa y deshonesta equivale entonces a una vida fácil? No. Me niego a creerlo; no es posible dejarse seducir tan pronto por la debilidad y el dinero. He meditado largamente sobre la forma de responderle e incitarlo a tener confianza en sí mismo, sobre todo a enmendarse; pero ignoro si mi razonamiento es justo. Imaginaba que poseer la confianza de alguien era maravilloso, y ahora que lo he conseguido, empiezo a ver todo lo difícil que es identificarse con el pensamiento del otro, hallar la palabra cabal para responderle. Tanto más cuanto que los conceptos fáciles y dinero son para mí nuevos y totalmente extraños. Peter comienza a depender, poco más o menos de mí, y yo no lo admitiré, sean cuales fueren las circunstancias. Una persona como Peter encuentra difícil sostenerse sobre sus propias piernas, pero aún resulta más difícil hacerlo cuando se es un hombre consciente en la vida. Como tal, es doblemente arduo seguir firmemente una ruta a través del mar de los problemas, sin dejar de ser recto y perseverante. Eso me vuelve cavilosa; durante días enteros, busco y rebusco un medio radical de curarlo de esa palabra terrible: fácil.

Lo que le parece tan fácil y tan hermoso lo llevará a un abismo donde no hay nadie, que se vincule a la belleza; un abismo del que es casi imposible salir. ¿Cómo hacérselo comprender?

Todos vivimos sin saber el norte, y siempre buscamos la felicidad; vivimos todos juntos y cada quien de distintas maneras. Los tres fuimos educados en un buen ambiente, estamos capacitados para el estudio, tenemos la posibilidad de realizar algo, y muchas razones para encontrar la felicidad, pero debemos hacer algo para alcanzarla. Realizar una cosa fácil no demanda ningún esfuerzo. Hay que hacer el bien y trabajar para merecer la dicha, y no se llega a ella a través de la especulación y la pereza. La pereza seduce, el trabajo satisface. No entiendo a las personas que desdeñan el trabajo, aunque no es el caso de Peter; lo que le falta es un objetivo determinado; se considera poco listo y demasiado mediocre para llegar a un resultado. ¡Pobre muchacho! Nunca ha sabido lo que es hacer a los demás felices, y eso yo no puedo enseñárselo. No tiene religión, se burla de Jesucristo, y blasfema usando el nombre de Dios; tampoco yo soy ortodoxa, pero me entristece su desdén, su

soledad y su pobreza de alma. Pueden regocijarse quienes tienen una religión, pues no le es dado a todo el mundo creer en lo celestial. No es necesario temer el castigo, luego de la muerte; no todos creen en el infierno y el cielo, pero una religión, sea cual sea, mantiene a los hombres en el camino correcto. El temerle a Dios da la estimación del propio honor, de la propia conciencia. ¡Qué bella sería toda la humanidad, y qué buena, si, por la noche, antes de dormirse, cada cual dijera lo ocurrido durante el día, y todo lo que hizo, llevando cuenta del bien y del mal en su línea de conducta! Inconscientemente y sin dudar, las personas se esforzarían por enmendarse, y es probable que después de algún tiempo se hallen frente a un buen resultado. Todo el mundo puede probar este simple recurso, que no cuesta nada y que indudablemente sirve para algo. ¡La conciencia tranquila es donde radica nuestra fuerza! El que lo ignore puede aprenderlo y hacer la prueba.

Tu Ana

Sábado 8 de julio de 1944

Querida Kitty:

El señor, M.B., ha vuelto del campo con una gran cantidad de fresas, llenas de arena, pero fresas al fin. No menos de veinticuatro cajitas para la oficina y para nosotros. Inmediatamente nos pusimos a la tarea y la misma noche tuvimos la satisfacción de contar con seis vasijas de conservas y ocho tarros de confitura. A la mañana siguiente, Miep propuso que preparásemos la confitura para los de la oficina. A las doce y media, como el campo estaba libre en toda la casa y la puerta de entrada cerrada, subimos el resto de las cajitas. En la escalera, desfile de papá, Peter y Van Daan. A la pequeña Ana le tocó ocuparse del calentador del baño y del agua caliente. A Margot, buscar las vasijas. ¡Toda la tripulación actuando! Yo me sentía desplazada en esa cocina de la oficina, llena hasta reventar, y ello en pleno día, con Miep, Bep, Kleiman, Jan y papá. Hubiera dicho la quinta columna del aprovisionamiento. Evidentemente, los visillos de las ventanas nos aíslan, pero nuestras voces y las puertas que golpean me ponen la carne de gallina. Se me ocurrió pensar que ya no estábamos escondidos.

Es extraña la sensación de que tengo derecho a salir. Llenar la cacerola, a subirla enseguida... En nuestra cocina, el resto de la familia se halla alrededor de la mesa limpiando fresas, llevándose más a la boca que a las vasijas. No se tardó en reclamar otra vasija, y Peter fue a buscar una a la cocina de abajo... desde donde oyó llamar dos veces; dejando el recipiente, se precipitó detrás de la puerta-armario, cerrándolo con sumo cuidado. Todos estábamos impacientes ante los grifos cerrados y las fresas por lavar, pero había que respetar la consigna: En caso de que hubiera alguien en la casa, cerrar todos los grifos para evitar el ruido del paso del agua por las cañerías. Jan llegó a la una y nos dijo que era el cartero. Peter volvió a bajar... para oír el timbre una vez más y para girar de nuevo sobre sus talones. Yo me puse a escuchar, primero junto a la puerta-armario; luego, despacio, avancé hasta la escalera. Peter se unió a mí, y nos inclinamos sobre la balaustrada como dos ladrones, para oír las voces familiares de los nuestros. Peter bajó algunos peldaños, y llamó:

—Bep...

Ninguna respuesta... Otra vez:

—Bep...

El estrépito de la cocina dominaba la voz de Peter. De un salto, echó a correr hacia abajo. Con los nervios en tensión, me quedé en el lugar, y oí:

—Márchate, Peter. Ha venido el contador. No puedes quedarte aquí.

Era la voz de Kleiman. Peter vuelve suspirando, y cerramos la puerta-armario.

A la una y media, Kugler aparece por casa, exclamando:

—¡Caramba! Por donde paso no veo más que fresas: fresas para el desayuno, Jan come fresas, ¡huelo fresas en cualquier sitio! Vengo aquí para librarme de esos granos rojos, ¡y ustedes los están lavando!

El resto de las fresas se puso en conserva.

Esa misma noche, las tapas de dos vasijas habían saltado; papá hizo enseguida mermelada de su contenido. En la mañana siguiente, otras dos vasijas abiertas, y por la tarde, cuatro, pues Van Daan no las había esterilizado convenientemente. Y papá hace mermelada todas las noches. Comemos la avena con fresas, el yogur con fresas, el pan con fresas; fresas de postre, fresas con azúcar y

fresas con arena. Durante dos días, es el vals de las fresas. Enseguida se acabó la reserva, salvo la de los tarros puestos bajo llave.

—Ven a ver, Ana—, me llamó Margot. —El verdulero de la esquina nos ha enviado guisantes frescos. Nueve kilos.

—¡Qué amable ha sido! —, respondí.

Muy amable, sí, pero la tarea de desgranarlos... ¡Puah!

—Todo el mundo a la tarea mañana por la mañana, para desgranar los guisantes —, anunció mamá.

A la mañana siguiente la gran cacerola de hierro enlozado apareció sobre la mesa después del desayuno, para no tardar en llenarse de guisantes hasta el borde. Desvainarlos es una tarea fastidiosa, y es más bien un arte desprender la piel interior de la vaina; pocas personas conocen las delicias de la vaina de los guisantes una vez están privados de su piel. El sabor no lo es todo; la enorme ventaja es que se obtiene un volumen mayor. Quitar esta piel interior es un trabajito muy preciso y minucioso, indicado quizá para los dentistas pedantes y los burócratas meticulosos; para una impaciente como yo, es un suplicio. Iniciamos a las nueve y media; a las diez y media, me levanto; a las once y media, vuelvo a sentarme. Me retumban los oídos: quebrar las puntas, sacar los hilos, quitar la piel y separarla de la vaina, etc. La cabeza me da vueltas. Gusanito, hilito, vaina, vaina podrida, vaina verde, verde, verde. Se transforma en una obsesión. Hay que hacer algo. Y me pongo a hablar de todas las tonterías imaginables, hago reír a todos, o los aburro enormemente. Con cada hilo que quito más me convenzo de que no quiero ser tan solo una simple ama de casa.

A mediodía almorzamos por fin, pero después a reanudar la tarea, hasta la una y cuarto. Al terminar, tengo una especie de mareo; los otros también, poco más o menos. Duermo hasta las cuatro, y me siento todavía mareada por los guisantes.

Tu Ana

Sábado 15 de julio de 1944

Querida Kitty:

Nos han traído un libro de la biblioteca con un título provocativo. ¿Qué piensa usted de la muchacha moderna? Me gustaría hablarte

del tema. La autora, porque es una mujer, critica a fondo a la juventud de hoy, aunque sin desaprobársela por completo, pues no dice, por ejemplo, que no sirve para nada. Al contrario, es más bien de la opinión de que, si la juventud quisiera, podría ayudar a construir un mundo mejor y más bello, puesto que dispone de los medios; sin embargo, prefiere ocuparse de cosas superficiales, sin mirar lo que es esencialmente hermoso. Ciertos párrafos me dan la fuerte impresión de que soy atacada personalmente por la autora, y por eso quiero defenderme, abriéndome a ti. El rasgo más acusado de mi carácter — así lo admitirán quienes mejor me conocen — es el conocimiento de mí misma. Puedo mirar todos mis actos como los de una extraña. Me encuentro, delante de esta Ana de todos los días, sin ánimo preconcebido y sin querer disculparla de ninguna manera, con el fin de observar si lo que ella hace está bien o mal. Esta «conciencia de mí misma» no me abandona nunca; no puedo pronunciar nada sin que acuda a mi espíritu: «Hubiera debido decir esto otro» o: «Eso es, está bien». Me acuso de cosas innumerables, y, de más en más, estoy convencida de la verdad de esta frase de papá: «Todo niño debe educarse a sí mismo». Los padres sólo pueden aconsejarnos e indicarnos el camino a seguir, pero la formación esencial de nuestro carácter se halla en nuestras propias manos. Añade a eso que enfrento con extraordinario valor mi vida, me siento siempre muy fuerte, muy dispuesta a enfrentar lo que sea, ¡y me siento muy libre y muy joven! Cuando me percaté de esto por primera vez, me sentí gozosa, porque me parece que no me doblegaré fácilmente bajo los golpes de los que, nadie, desde luego, escapa. Pero de esas cosas ya te he hablado varias veces. Preferiría detenerme en el capítulo «Papá y mamá no me comprenden». Mis padres me han mimado siempre, me han tratado con mucha amabilidad, siempre han tomado mi defensa y han hecho cuanto estaba en sus manos por ser buenos. Sin embargo, me he sentido terriblemente sola durante mucho tiempo; sola, excluida, abandonada e incomprensida. Papá ha hecho todo lo posible por atemperar mi rebeldía., pero ello no ha servido de nada; me he curado yo misma, reconociendo mis errores y sacando de ellos una enseñanza. ¿Cómo es posible que, en mi lucha, papá nunca haya logrado ser para mí un apoyo y que, aún tendiéndome una mano de auxilio, no haya acertado? Papá no ha recapacitado bien, siempre me ha tratado como a una niña que pasa por la edad ingrata.

Eso parece extraño, porque él es el único que siempre me ha acordado su confianza, y el único también que me ha hecho sentir que soy razonable. Lo que no impide que haya descuidado una cosa: mis luchas por remontar la corriente — eran infinitamente más importantes para mí que todo el resto—, y en eso no pensó. Yo no quería oír hablar de «edad ingrata», de «otras muchachas» y de que «eso pasará»; no quería ser tratada como una muchacha igual que las otras, sino única y exclusivamente como Ana tal cual es. Pim no comprende eso. Por otra parte, yo sería incapaz de confiarle a alguien que no me lo dijese todo de sí mismo, y como sé demasiado poco de Pim, me es imposible aventurarme completamente sola en el camino de la intimidad. Pim se sitúa siempre en el punto de vista del padre, persona de más edad, conocedor de esta clase de inclinaciones porque ya pasó por ellas y juzgándolas, en consecuencia, triviales; de suerte que es incapaz de compartir mi amistad, aun cuando la busque con todas sus fuerzas.

Todo eso me ha llevado a pensar que no debo hacer partícipe a nadie, tan solo a mi diario, y a veces a Margot, de mi concepto de la vida y de mis teorías tan meditadas. Todo cuanto me conmovía, no se lo he contado a papá; nunca compartí con él mis ideales, y me aparté voluntariamente de él. No he podido obrar de otro modo; me he dejado guiar enteramente por mis sentimientos, y he obrado de acuerdo con mi conciencia para encontrar el reposo. Porque he construido mi tranquilidad y mi equilibrio sobre una base inestable, y los perdería por completo si tuviese que soportar críticas sobre esta obra aún inacabada. Por duro que eso pueda parecer, ni a Pim le permitiría inmiscuirse, pues no solamente no le he dejado tomar parte alguna en mi vida interior, sino que a menudo lo enfado con mi irritabilidad, alejándolo de mí todavía más. Eso me hace meditar mucho: ¿cómo es que Pim me fastidia a ese extremo? No aprendo casi nada estudiando con él, y sus caricias me parecen afectadas; querría estar tranquila y querría sobre todo que me dejase un poco en paz..., hasta el día en que vea ante él a una Ana mayor, más segura de sí misma. ¿Es ésa la razón? Porque el recuerdo de su reproche sobre mi terrible carta me sigue doliendo. Es que resulta muy difícil ser verdaderamente fuerte y valeroso desde todos los puntos de vista. Sin embargo, no es ésa mi mayor decepción. No. Peter me preocupa mucho más que papá. Me hago bien cargo de que soy yo quien le ha conquistado, y no viceversa: lo idealicé,

viéndole apartado, sensible y amable, como un muchacho que necesitaba cariño y amistad. Había llegado al punto en que me era necesario alguien a quien confiar mis sentimientos, un amigo que me señalase el camino que debía seguir, y, atrayéndole lenta pero seguramente hacia mí, lo conquisté, aunque con dificultad. Por fin, después de haber obtenido su amistad, hemos llegado a una intimidad que, bien pensada, ahora me parece inadmisibile. Hemos hablado de las cosas más secretas, pero, hasta aquí, hemos callado en cuanto a lo que colmaba y sigue colmando mi corazón. Continúo sin forjarme una idea exacta de Peter. ¿Es superficial? ¿O lo frena su timidez, incluso conmigo? Pero, abstracción hecha de eso, he cometido un grave error: alejé todas las otras posibilidades de asegurar nuestra amistad al aproximarme a él mediante esas relaciones íntimas. El no desea más que amar, y yo le gusto cada día más; de eso me he dado bien cuenta. En cuanto a él, nuestros encuentros le bastan; mientras que a mí me producen el efecto de un nuevo esfuerzo que obliga a volver a empezar cada vez, sin, a pesar de todo, poder decidirme a abordar los temas que tanto me agradaría poner en claro. He atraído a Peter a la fuerza, mucho más de lo que él pueda sospechar. Ahora bien, él se aferra a mí, y yo aún no he hallado la forma de que él pise con sus propios pies. Después de haberme percatado, bastante rápidamente, desde luego, de que no podía ser el amigo copartícipe de mis pensamientos, no he cesado de aspirar a elevarlo por sobre su horizonte limitado y a magnificarlo en su juventud. «Porque, en el fondo, la juventud es más solidaria que la vejez». Esta frase, leída en ya no recuerdo qué libro, se me ha quedado grabada, porque la encuentro justa. ¿Es posible que nuestra permanencia aquí resulte más difícil a los mayores que a los jóvenes? No. Indudablemente, eso no es verdad. Las personas adultas ya se han formado una opinión, sobre todo, y no suelen vacilar ante sus actos en la vida. Nosotros los jóvenes tenemos que hacer doble esfuerzo para mantener nuestras opiniones, en esta época en que todo idealismo ha sido aplastado y destruido, en que los hombres revelan su lado peor, en que la verdad, el derecho y Dios son puestos en duda. Quien pretende que los mayores de la casa tienen una vida mucho más difícil, no comprende sin duda hasta qué punto nosotros somos asaltados por nuestros problemas... problemas para los cuales somos demasiado jóvenes, pero que no dejan de imponérsenos; hasta que después,

creemos haber encontrado una solución, generalmente una solución que no parece resistir a los hechos, pues éstos terminan por destruirla. He ahí la dureza de esta época. Tan pronto como los sueños, las bellas esperanzas han tenido tiempo de germinar en nosotros, son súbitamente atacados y del todo devastado por el espanto de la realidad. Asombra que yo no haya abandonado aún todas mis esperanzas, puesto que parecen absurdas e irrealizables. Sin embargo, me aferro a ellas, a pesar de todo, porque sigo creyendo en la bondad innata del hombre. Me es absolutamente imposible construirlo todo sobre una base de muerte, miseria y confusión. Veo el mundo progresivamente transformado en desierto; oigo, cada vez más fuerte, el fragor del trueno que se acerca, y que anuncia tal vez nuestra muerte; me compadezco del dolor de millones de personas; y, sin embargo, cuando miro el cielo, pienso que todo eso cambiará y que todo volverá a ser bueno, que hasta estos días despiadados tendrán fin, y que el mundo conocerá de nuevo el orden, el reposo y la paz. Mientras lo espero, tendré que tener altos mis ideales, para el caso de que, en los tiempos venideros, puedan llevarse a la práctica.

Tu Ana

Viernes 21 de julio de 1944

Querida Kitty:

Han regresado las esperanzas. Esto marcha. ¡Sí, verdaderamente, marcha muy bien! ¡Noticias increíbles! Tentativa de asesinato contra Hitler, no por judíos comunistas o por capitalistas ingleses, sino por un general de la nobleza germánica, un conde, y joven, por añadidura. La “Divina Providencia” ha salvado la vida del Führer, que sólo ha tenido que sufrir, y es una lástima, algunos rasguños y quemaduras. Varios oficiales y generales han muerto o están heridos. El culpable principal ha sido ejecutado. Una buena prueba, ¿eh?, de que muchos oficiales y generales están cansados de la guerra y verían con alegría y voluptuosidad a Hitler descender a los abismos más profundos. Tras la muerte de Hitler, los alemanes aspirarían a una dictadura militar, una manera, de concluir la paz con los aliados, y que les permitiría rearmarse y recomenzar la guerra

veinte años después. Quizá la Providencia haya retardado a posta un poco la muerte de Hitler, pues será mucho más fácil para los aliados, y más ventajoso también, si los germanos puros, y sin tacha se encargan ellos mismos de matarse entre sí; menos trabajo para los rusos y los ingleses, que podrán proceder con mayor rapidez a la reconstrucción de sus propias ciudades. Pero aún no hemos llegado a eso. ¡Cuidado con anticiparse! Sin embargo, lo que arriesgo, ¿no es una realidad tangible? Por excepción, no estoy en vena de divagar a propósito de idealismos imposibles. Hitler tuvo nuevamente la amabilidad de hablar a su pueblo fiel y abnegado, diciéndole que a partir de hoy todos los militares deberán obedecer a la Gestapo; además todo soldado que sepa que uno de sus superiores tuvo algo que ver con este atentado degradante y cobarde, tiene el derecho de meterle una bala en el cuerpo sin otra forma de proceso. “Va a resultar muy lindo”:

A Hans le duelen los pies tras una marcha demasiado larga, y su oficial lo reprende. Hans agarra su fusil y grita: «¡Eres tú quien ha querido asesinar al Führer! ¡Cochino! ¡Toma tu recompensa!». ¡Pum! Y el orgulloso jefe que tuvo la audacia de reconvenir al pequeño Hans ha desaparecido para siempre en la vida eterna (o en la muerte eterna). ¿De qué manera quieres que esto termine? Los señores oficiales van a cagarse en sus calzoncillos de miedo cada vez que encuentren a un soldado o tomen un comando, y que sus presuntos inferiores tengan la audacia de gritar más fuerte que ellos. ¿Me entiendes, o es que yo he perdido el seso? No puedo remediarlo.

Me siento demasiado alegre para ser lógica, demasiado contenta con la expectativa de poder sentarme de nuevo, en octubre, en los bancos de la escuela. ¡Ay! ¿No he dicho hace un instante que no hay que anticiparse nunca? ¡Perdóname! No por nada me llaman “un montón de contradicciones”.

Tu Ana

Martes 1 de agosto de 1944

Querida Kitty:

“Un montón de contradicciones” son las últimas palabras de mi carta y las primeras de ésta. «Un montón de contradicciones». ¿Puedes explicarme lo que es exactamente? ¿Qué significa contradicción? Como tantas otras palabras tiene dos sentidos: contradicción exterior y contradicción interior. El primero es fácil de explicar: no quedarse con las opiniones ajenas, saber, mejor que el otro, decir la última palabra, en fin, todas las características desagradables por las cuales se me conoce muy bien. Pero en cuanto al segundo, casi nadie me conoce, y ése es mi secreto. Ya te he dicho que mi alma está, por así decir, dividida en dos. La primera parte alberga mi hilaridad, mis burlas, con cualquier motivo, mi alegría de vivir y, sobre todo, mi tendencia a tomarlo todo a la ligera. Por eso no me fastidian los flirteos, un beso, un abrazo o un chiste inconveniente. Esta primera parte está siempre en acecho, rechazando a la otra, que es más hermosa, más pura y más profunda. La parte hermosa de la pequeña Ana nadie la conoce, ¿verdad? Por eso son tan pocos los que me quieren de veras. Desde luego, puedo ser un payaso divertido durante una tarde, tras lo cual todo el mundo me ha visto lo suficiente para un mes por lo menos. Por ejemplo, una película de amor representa exactamente lo mismo para las personas profundas, una simple distracción de una velada, que se olvida bien pronto. No está mal. Cuando se trata de mí, sobre el «no está mal». Es aún algo peor. Me fastidia decírtelo. Pero ¿por qué no he de hacerlo, si sé que es la verdad? Esta parte que toma la vida a la ligera, la parte superficial, sobrepasará siempre a la parte profunda y, por consiguiente, será siempre vencedora. Puedes imaginar cuántas veces he tratado de rechazarla, de asestarle golpes, de ocultarla. Y eso que, en realidad, no es más que la mitad de todo lo que se llama Ana. Pero no ha servido de nada, y yo sé por qué. Tiemblo de miedo de que todos cuantos me conocen tal como me muestro siempre descubran que tengo otra parte, la más bella y la mejor. Temo que se burlen de mí, que me encuentren ridícula y sentimental, que no me tomen en serio. Estoy acostumbrada a que no me tomen en serio, pero es «Ana la superficial» la que se ha acostumbrado y quien puede soportarlo; la otra, la que es «grave y tierna», no lo

resistiría. Cuando, de veras, he llegado a mantener a la fuerza en el proscenio a «Ana la buena» durante un cuarto de hora, ella se achica en cuanto hay que elevar la voz y, dejando la palabra a Ana número uno, desaparece antes de que yo me dé cuenta. «Ana la tierna» nunca ha aparecido, pues, ante el público, ni una sola vez; pero, en la soledad, su voz domina casi siempre. Sé con exactitud cómo me gustaría ser, puesto que lo soy... interiormente; pero ¡ay!, soy la única que lo sabe. Y esta es quizá, no, es seguramente, la razón por la cual yo llamo dichosa a mi naturaleza interior, mientras que los demás juzgan precisamente dichosa mi naturaleza exterior. Dentro de mí, «Ana la pura» me señala el camino; exteriormente, sólo soy una cabrita desprendida de su cuerda, alocada y petulante.

Como ya te he dicho, veo y siento las cosas de manera totalmente distinta a como las expreso ante los demás; por eso me denominan, alternativamente, volandera, coqueta, pedante y romántica. La Ana alegre se ríe de eso, responde con insolencia, se encoge indiferente de hombros, pretende que no le importa; ¡pero ay!, «Ana la dulce» reacciona de la manera contraria. Para ser completamente franca, te confesaré que eso no me deja indiferente, que hago infinitos esfuerzos por cambiar, pero que me debato siempre contra fuerzas que me son superiores. Una voz solloza dentro de mí: “Ya ves, ya ves adonde has llegado: malas opiniones, rostros burlones, antipatías, y todo eso porque no escuchas los consejos de tu propia parte buena” ¡Ah!, ¡cuánto me gustaría hacerle caso, pero no puedo! Pero eso no sirve de nada. Cuando me muestro grave y tranquila, doy la impresión a todo el mundo de que interpreto una comedia, y enseguida recurro a una pequeña broma con el fin de zafarme; para no hablar de mi propia familia, que, persuadida de que estoy enferma, me hace engullir tabletas contra las jaquecas y los nervios, me mira la garganta, me tantea la cabeza para ver si tengo fiebre, me pregunta si tengo estreñimiento y me critica por mi mal humor y ya no puedo soportarlo; cuando se ocupan demasiado de mí, primero me vuelvo áspera, luego triste, revertiendo mi corazón una vez más con el fin de mostrar la parte mala y ocultar la parte buena, y sigo buscando la manera de llegar a ser la que tanto querría ser, lo que yo sería capaz de ser... si no hubiera otras personas en este mundo.

Tu Ana

-Aquí finaliza el diario de Ana Frank -